

NOTAS BIO-BIBLIOGRAFICAS

ACERCA DEL

R. P. MANUEL JOSE PROAÑO, S. J.

Individuo de la Academia Ecuatoriana Correspondiente
de la Real Española de la Lengua;

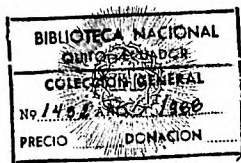
Socio Corresponsal de la Academia de Ciencias y Be-
llas Letras de San Salvador;

Socio Honorario del Institutum Scientiarum Aequato-
rianum y del Liceo de la Juventud del Azuay.

POR EL PADRE

JOSE FELIX HEREDIA

DE LA COMPAÑIA DE JESUS



0000240 - B

QUITO - ECUADOR

1935

«La Prensa Católica»-Editorial Ecuatoriana

NOTAS BIO-BIBLIOGRAFICAS

ACERCA DEL

R. P. Manuel José Proaño, S. J.

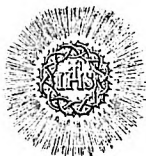
CONTRIBUCION

AL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

1835 — 1935

Por el R. P. José Félix Heredia

DE LA COMPAÑIA DE JESUS



QUITO — ECUADOR

1935

«La Prensa Católica»—Editorial Ecuatoriana



Manuel José Prada
S. J.



*A la memoria del inolvidable Maestro,
queridísimo Hermano en Religión y
sincero Amigo,*

R. P. Manuel José Proaño, S. J.

El Autor.

Quito, 17 de Abril de 1935.



El diligente coleccionador de escritos nacionales ecuatorianos, Rvmo. Señor Miguel Angel Jaramillo, Canónigo de Cuenca, publicó un interesante artículo acerca de *Bibliografía Quiteña*, con motivo de celebrarse, en la Capital de nuestra República, el cuarto Centenario de la fundación española de la ciudad de Quito. (1)

Al hablar, en dicho artículo, del P. MANUEL JOSÉ PROAÑO, de la Compañía de Jesús, el ilustrado Señor Jaramillo le dedica unas pocas líneas para enumerar escuetamente una parte de las obras impresas y salidas de la pluma del Jesuita académico.

Lástima grande es que «la estrechez de las columnas de *Gaceta Municipal*, para las que se le había pedido una colaboración», impidiese al acucioso bibliófilo azuayo darnos una exposición bibliográfica más exacta y completa, como él lo habría deseado.

Así y todo, el trabajo del Rvmo. Señor Jaramillo ha servido para poner de relieve un hecho que él mismo se encargó de consignarlo como una de las conclusiones de su interesante escrito, en la siguiente forma: «La Ciudad capitalina del Ecuador se presenta, en las fiestas del Cuarto Centenario de la funda-

1) *Gaceta Municipal-órgano del Concejo de Quito publicado por-La Secretaría-Municipal*.— Número Extraordinario-Año XIX Quito (Ecuador), Octubre-Diciembre 31 de 1934-Nº 79; págs. 7-29.

Un estudio estrictamente bibliográfico de los principales escritos impresos del P. Manuel José Proaño consiguió el mismo Sr. Jaramillo en su excelente «*Índice Bibliográfico de la Biblioteca «Jaramillo» de Escritos Nacionales*»,— Tomo primero-Cuenca-Ecuador-Imprenta de la Universidad-1932»; págs. 243-246.

ción de la primera ciudad española en territorio de los Quitus, con la frente erguida, con el orgullo y satisfacción del deber cumplido, y a pesar del yugo servil bajo el cual se desarrollaba su vida de colonia..., ha podido—y con opimos frutos—laborar en el campo de las Letras, en el terreno de la intelectualidad, mediante una como autoformación de su espíritu.» (1)

Por nuestra parte, agradecemos al digno *Secretario del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca* el habernos sugerido—con la lectura de su artículo—el arreglo definitivo del presente trabajo, al que nos habíamos aplicado hace ya muchos años y que tuvimos que interrumpir por ocupaciones de índole muy distinta.

La feliz circunstancia de conmemorarse en el presente año de 1935 el primer Centenario del nacimiento del R. P. Manuel José Proaño (17 de Abril de 1835) ha despertado en nosotros el deseo de dar a conocer al público la producción literaria del infatigable jesuita quiteño, cuyo recuerdo vive aún entre sus agradecidos discípulos y leales amigos.

1) Gaceta Municipal ya citada, pág. 29.

En la ciudad de Quito y en una casa situada en la actual Carrera García Moreno, intersección Bolívar, número 60, nació *Manuel José Proaño*, el 17 de Abril de 1835, y fue bautizado solemnemente dos días después, en la parroquia del Sagrario. (1) Fueron sus padres el señor don Jacinto Proaño y la señora Mercedes Vega, que vieron bendecido su matrimonio con tres hijos y una hija, todos virtuosos y dignos. Don Jacinto era hombre honrado a carta cabal y excelente cristiano; sobresalía por su rara prudencia y por el intenso amor a los suyos. Como quiteño de pura cepa, era festivo y donairoso, cualidad que, en no pequeña escala, heredó también su hijo Manuel. (2) Doña Mercedes Vega, digna consorte de don Jacinto, era una de aquellas matronas que, habiendo heredado toda la entereza y dignidad de las mujeres castellanas del tiempo de la Colonia, honraban el hogar de que eran verdaderas reinas.

1) El Sr. Dr. D. N. Clemente Ponce, en una breve anotación, puesta al principio de la *Oración Fúnebre del Sr. Dr. Modesto Espinosa* y publicada en *Memorias de la Academia Ecuatoriana Corresponsiente de la Real Española*. [Nueva Serie-Entrega primera-30 de Abril de 1923, pág. 69], afirma que el P. Proaño nació el año de 1836. Esta es una equivocación y debe rectificarse en vista de la siguiente partida de bautismo: «En la Parroquia Mayor del Sagrario de la Catedral de Quito a diecinueve de Abril de mil ochocientos treinta y cinco, bautizó solemnemente, puso óleo y crisma, con licencia parroquial, el R. P. Lorza a José Manuel, hijo legítimo de los españoles Jacinto Proaño y de Mercedes Vega; fue su padrino el Sr. Contador General del Estado Pedro José Arteta, quien sabe su obligación.—Doy fe.—[f] Fray Miguel Echerri.» [*Libro de Bautismos*.—Tomo 12 B.—Desde Noviembre 1º de 1833 hasta el 6 de Abril de 1836.—Archivo del Sagrario. Quito.]

2) Federico González Suárez, el futuro Arzobispo de Quito, al dar al P. Proaño el pésame por la muerte de su llorado padre, calificaba así a don Jacinto: «festivo, prudente, sufrido y amoroso padre.» El diglosímico Sr. Arzobispo conoció muy íntimamente al Sr. Jacinto Proaño; pues dice de él: «El Señor Proaño fue para mí no un amigo, sino algo que, en nuestra lengua, no sabemos nombrar, pero que mi corazón sí lo ha sentido, siempre lleno de gratitud y reconocimiento» (Carta autógrafa, escrita en Cuenca, a 19 de Octubre de 1872.—Arch. part. S. J.)

Ambos a dos esposos se esmeraron por infundir en sus hijos la religiosidad intensa, de que ellos mismos eran dechado perfecto y cumplido modelo. Con fruición inenarrable, llegado ya al atardecer de su vida, recordaba el P. Proaño cómo su virtuoso padre acudía indefectiblemente a la Capilla Mayor de Quito, a eso de las seis de la tarde, y tomaba parte, con edificante devoción y compostura, en las piadosas prácticas de la famosa *Escuela de Cristo*, hoguera por entonces y durante muchos años de santo fervor religioso entre el señorío de Quito. (1) En tales devotos ejercicios, don Jancinto estaba siempre acompañado de sus tiernos hijos, en especial de su querido Manuel, que desde entonces comenzó a mirar la vida por su lado sobrenatural y a depositar en su alma las simientes primeras de aquella piedad tierna y efusiva, que fue una de las características de su virtud en lo futuro.

Iniciada así la fisonomía moral del niño Manuel José Proaño, con la virtuosa formación dentro de un hogar eminentemente piadoso, le fue casi espontáneo el deseo del bien y la práctica de toda virtud.

* * *

Muy pronto atendieron también sus padres a la formación intelectual del niño, pues se dieron perfecta cuenta de la precocidad de sus facultades intelectuales, de la facilidad con que se asimilaba toda clase de conocimientos y, sobre todo, de la madura reflexión a que solía sujetar las ideas que paulatinamente iba adquiriendo.

Por dicha para la ciudad de Quito y para el Ecuador entero, hacia 1845 se hacían sentir ya los beneficios del empuje certero que D. Vicente Rocafuerte había impreso en el ramo de la instrucción pública.

1. Poca atención ha merecido, hasta ahora, de parte de nuestros historiadores esta benéfica institución; algo hemos dicho de ella, por relacionarse íntimamente con la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, en nuestra publicación *«La Consagración de la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús»*; Quito Ecuador, 1935, Editorial Ecuatoriana, págs. 116-121.

El Decreto orgánico, dictado por el célebre Presidente, con fecha 20 de Febrero de 1836, remediaba siquiera en parte, los grandes vacíos y las deplorables deficiencias que, en la enseñanza pública, habían dejado hasta entonces las leyes y organizaciones anteriores.

De modo especial, la Universidad de Quito recibió de Rocafuerte una organización nueva y por extremo minuciosa. Al caos escolar, con su organización totalmente rudimentaria y desvencijada, sucedía desde 1836, una más inteligente y metódica sistematización en los cursos y en las disciplinas, que auguraba un invidiable reflorecimiento para la cultura del país. En la Universidad de Quito, que iba adquiriendo poco a poco el carácter de *central*, empezó a funcionar una doble cátedra de Gramática latina, combinada con la castellana; se regularizó el Curso de Filosofía, dividido en tres años, durante los cuales, se aplicaban también los alumnos al estudio de las Matemáticas, de Geografía y de Historia.

Encontrábase, pues, la Universidad de Quito en un estado de relativo florecimiento de los estudios y tenía Profesores que ciertamente eran la honra del Establecimiento, como el profundo humanista, de recuerdo imborrable entre sus discípulos, el célebre D. Buenaventura Proaño, y los jurisconsultos de nota Dres. José Fernández Salvador, Pedro José de Ateña y otros.

Entonces el joven Proaño, en edad muy temprana, ingresó en la Universidad quitense y siguió, con toda regularidad y verdadero lucimiento, los cursos de Humanidades y Filosofía. El 11 de Septiembre de 1850, contando apenas quince años de edad, Proaño rindió sus exámenes para optar el Grado académico de «*Maestro en Filosofía*», que lo obtuvo efectivamente en conformidad con las leyes de la materia vigentes por entonces. (1)

1) Copiamos aquí el título extendido por la Universidad, con tal motivo: [*Escudo de armas de la República*]. Para los años de mil ochocientos cuarenta y nueve y cincuenta.—Nos, el Doctor Jo-

Con este título legal, el nuevo Maestro en Filosofía se decidió por la carrera de Jurisprudencia, que comprendía, por aquel tiempo, dos ciclos: teórico el primero y práctico el segundo. En el primero, solían dedicarse los alumnos, por espacio de cuatro años, a estudiar el Derecho Canónico, el civil y patrio, el Derecho internacional, el político y la Economía. Terminada esta parte teórica, seguían dos años de práctica en la Academia correspondiente para el conocimiento de la Ciencia procesal. Sólo entonces podía el alumno rendir sus exámenes para obtener el *Doctorado* y aplicarse luego al ejercicio curial en el despacho de algún abogado de nota. Terminado este período, de duración más o menos larga, según las aptitudes del nuevo doctor, estaba éste capacitado para rendir el examen previo a la abogacía, ante los Tribunales de justicia.

Desde Octubre de 1850 hasta Mayo de 1852, el universitario Proaño siguió regularmente los cursos de Jurisprudencia, cuando vino a interrumpir su carrera un suceso para él inesperado. «La llegada de los Padres de la Compañía de Jesús a nuestro territorio, en 1850, fue para el alma recta y pura de Proaño una revelación repentina de su futuro: conoció íntimamente a los recién venidos religiosos; estudió su

se Manuel Espinosa, Rector de la Universidad del Ecuador etc. Hacemos notorio que, habiendo el señor Manuel José Proaño completado sus Cursos de Filosofía, con arreglo a los Decretos de la materia, se presentó a examen para recibir la investidura de MAESTRO, y en mérito de la aprobación que obtuvo, se le confirió dicho Grado en la referida Facultad, el día once de Septiembre de mil ochocientos cincuenta. En cuya virtud mandamos librar el presente título, firmado por nuestra mano y de los Catedráticos de la Facultad; autorizado por el Secretario y sellado con el sello de la Universidad. Dado en Quito, a doce de Septiembre de mil ochocientos cincuenta.—(f) José Manuel Espinosa.—(f) Dr. Manuel de Angulo. (f) Dr. Miguel Egas.—(f) Joaquín Enriquez, Secretario.»—Va impreso en relieve el sello de la Universidad con esta leyenda al rededor: "*Omnium potentior est sapientia*".—Arch. priv. S. J.—En el reverso del título que acabamos de copiar, de puño y letra del Secretario Enriquez, se lee escrita la palabra *Dispensado*. Acaso ello quiera decir que, en vista de los brillantes Certificados y exámenes presentados por el joven Proaño, se le dispensó del pago de los derechos que debían depositar los candidatos.

manera de ser; se prendó de ellos y, a pesar de todas las perspectivas de honor y de grandeza con que le brindaba la vida seglar, se decidió a seguir la modesta y abnegada vocación del Jesuita.» (1)

El 4 de Mayo de 1852, practicados a satisfacción de los Superiores los experimentos a que la Orden de los Padres Jesuitas suele sujetar a los candidatos, fue admitido en la Compañía de Jesús el joven Manuel José Proaño, vistió la sotana propia de la Orden y dio comienzo a su *noviciado religioso*, en el local que ocupa actualmente el Colegio San Gabriel.

Poco tiempo pudo gozar el joven religioso de la tranquila quietud de su recogimiento; se había consagrado muy de veras a Jesucristo, resolviendo en su corazón seguirle por la escabrosa senda del Calvario, y el divino Maestro, que tenía escogido al joven Proaño para grandes empresas de su divina gloria, le dio ocasión temprana para que le hiciese patente lo firme y resuelto de su adhesión.

«Era la media noche del 21 al 22 de Noviembre de 1852. Bajo una lluvia torrencial, gran parte de la sociedad quiteña se apiñaba junto a la portería del actual Colegio San Gabriel, custodiado por fuertes destacamentos de tropa con la bayoneta calada y en actitud de hacer fuego tan pronto como se diesen las señales por los fefes. En medio de dos hileras de soldados, iban saliendo de los claustros treinta y seis inermes religiosos jesuitas y tomaban el camino del destierro. Desde lejos se percibían los lamentos de la numerosa muchedumbre y las airadas voces con que se condenaba acto tan salvaje, cometido por un Gobierno despótico y cruel.

De pronto una respetable señora, llorando a grito herido, descompuesto el semblante y tendiendo las manos hacia arriba, fuerza la guardia y cae como desmayada a lo largo de la puerta, impidiendo la salida de uno de los proscritos. — *«Hijo mío, dice a un joven jesuita, no saldrás de aquí sino pisando el cuerpo de*

11 Véase lo que, a este propósito, escribimos en la obra citada mas arriba: *«La Consagración»*.



tu madre».—El joven de mirada vivaz y frente espaciosa, se sobrecoge ante tal espectáculo, se conmueve hondamente, y duda por un momento. Una voz robusta y varonil, salida de entre los espectadores, exclama: «¡Firme, Manuelito, firme!» El joven religioso, serenado ya y en plena posesión de sí mismo, se arrodilla calmadamente junto a la señora y le contesta: «*Madre mía, Dios me llama y debo seguirle; primero es Dios y después mis cariñosos padres. Saldré de aquí sin tocarla con mis pies*». Se levanta el joven, toma un ligero vuelo y, de un salto, se pone al otro lado de la afligida señora y casi en la mitad de la calle. Ante el estupor de la muchedumbre, la noble matrona se levanta y, trocado su dolor en heroica valentía: «*Hijo mío, dice dirigiéndose al joven: ahora sí conozco claramente que Dios te llama; recibe mi bendición y sigue camino de tu destierro*».

Los personajes de este episodio netamente histórico (1) no son desconocidos en la ciudad de Quito: la señora Mercedes Vega de Proaño, la cristiana madre del joven religioso; Gabriel García Moreno, el de la voz robusta y varonil; Manuel José Proaño, novicio, en aquella época, de la Compañía de Jesús, que prefería el destierro por Cristo antes que las comodidades del hogar, a trueque de prepararse, saboreando el amargo pan del ostracismo, a desempeñar debidamente el sublime papel de *Apóstol del Sagrado Corazón de Jesús*, para el cual le había elegido la divina Providencia.» (2)

* * *

Partió, pues, el denodado joven religioso, en compañía de sus hermanos de destierro, y se alejó de la querida patria ecuatoriana, a la cual habría de volver repetidamente sus ojos durante los largos y penosos años del ostracismo.

1) Relato hecho por el mismo P. Proaño al autor del presente trabajo.

2) Obra ya citada: «*La Consagración*...»; págs. 194 y 195.

Tras un viaje, lleno de peripecias, (1) logró sentar sus tiendas en la ciudad de Guatemala, en la América Central, donde pudo entregarse con quietud y atender a su formación religiosa y a la adquisición de una amplia y profunda cultura literario-filosófica hasta el año de 1858. Durante ese lapso de tiempo y bajo la dirección de expertos humanistas, como los célebres PP. Santiago Cenarruza, León Tornero, Esteban Parrondo, y de eximios filósofos como los PP. Francisco Javier Hernáez, Luis Segura y Miguel Franco, el joven jesuita Proaño se perfeccionó en los estudios de Humanidades greco-latinas y se entregó a la esmerada disquisición de los problemas filosóficos, siguiendo en todo las luminosas huellas de los grandes neo-escolásticos como Zigliara, Liberatore y Tapparelli. (2)

* * *

A esta época, en que el joven Proaño profundizaba más y más sus estudios humanísticos y filosóficos, pertenecen algunos de sus escritos inéditos, de que vamos a dar breve noticia.

1.—“Jesucristo, buen Pastor de las almas”.

Discurso inédito y predicado en Guatemala, en Abril de 1855.—Es la primera de las piezas literarias que conocemos del P. Proaño; forma un Ms. (posteriormente transcrito a máquina) de 7 fojs., en papel de 33-x-21.

El joven orador trata de exponer, en este discurso, «con cuánta razón se llama Cristo nuestro Señor,

1) El P. Rafael Pérez, apoyado en documentos fehacientes, hizo el relato de aquel penosísimo viaje que, empezando en Quito, no terminó sino en Guatemala.—Véase el libro «*La Compañía de Jesús en Colombia y Centro-América después de su restauración*....Segunda parte....Valladolid-Imprenta Castellana-1897» págs. 105-116.

2) El 26 de Febrero de 1854, el estudiante Jesuita Manuel José Proaño recibió las *Ordenes menores* de manos del Ilmo. Sr. Francisco de Paula García Poláez, obispo de Guatemala. (*Testimonio auténtico* en Arch. priv. S. J. Quito).

BUEN PASTOR, y luego cuáles son las ovejas dignas de tan Buen Pastor.»

La pieza, mirada en conjunto, no pasa de ser un ensayo de Oratoria sagrada; es un ejercicio, bastante bueno para un discípulo aprovechado de Retórica, que desea reducir a la práctica los preceptos que acaba de oír expuestos en las clases de elocuencia. La argumentación es débil y escasa; pero es notable la parte relativa a los afectos, suaves de ordinario, arrebatados pocas veces.

En el presente discurso, aun no se adivinan las grandes cualidades del *Orador filósofo*, que, andando el tiempo, caracterizarán la elocuencia del P. Proaño. Hay empero dos cosas dignas de notarse y que, más tarde, serán muy perceptibles en el gran orador sagrado de 1880 a 1898: en primer lugar, ni por un momento desvía la vista del blanco que se ha propuesto en el discurso, de suerte que cuanto en él se dice se refiere a un centro único, de donde resulta la unidad del discurso; en segundo lugar, la dicción es por extremo clara, precisa y de asombrosa pureza en el lenguaje.

El autor del presente discurso, al tiempo de componerlo, frisaba con los veinte años de edad y acababa de repasar sus estudios de Retórica, bajo la dirección de profesores jesuitas, en el Colegio que éstos abrieron para sus jóvenes estudiantes en la ciudad de Guatemala. Por eso, el anterior discurso, en su contextura, es netamente *ciceroniano*, con todas las partes que, en obras de ese género, exigen los preceptistas a lo Quintiliano. Por lo que hace a la forma y a la dicción, se observa que el joven Proaño se había aprovechado largamente más del sencillez y castizo decir de Fray Luis de Granada, que no de la amplia y pomposa frase del de León.

2.—“La Inmaculada Concepción de Ntra. Señora considerada en su glorioso Tránsito.”

Discurso inédito y predicado en el Seminario de Guatemala, el 15 de Agosto de 1856. — Es un Ms., posteriormente escrito a máquina, en papel de 27-x-21; en 14 fojs.

Un año después de escrito el anterior ensayo, el joven jesuita Manuel José Proaño se presentaba en la sagrada tribuna y se dirigía a los alumnos del Seminario de Guatemala, el día 15 de Agosto, años antes de ser sacerdote. Debía predicarles acerca del Tránsito de Ntra. Señora a los cielos, por ser la patrona del Establecimiento; pero la mente de Proaño se hallaba vivamente impresionada por el hecho notabilísimo de la solemne declaración dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción, realizada dos años antes, por el inmortal Pontífice Pío IX. (1) El joven Proaño, revelando ya una de las cualidades que caracterizan su elocuencia, enlaza bellamente la Concepción Inmaculada de María con su admirable Tránsito y logra dar *novedad* agradable a su discurso: estudia la muerte de María en relación con el significado dogmático de la Concepción Inmaculada y hace ver que el Tránsito de la Virgen es digno de celebrarse religiosamente, gracias a los privilegios y carismas celestiales que María recibió en su Concepción Inmaculada.

Si nos fijamos en el vigor, precisión y amplitud del raciocinio que se notan en el presente discurso, y si advertimos a lo redondeado, pulcro y galano de la forma dominante en todo él, debemos afirmar dos cosas: la primera, que el joven Proaño había hecho progresos increíbles en el arte de la palabra, con relación al ensayo que estudiamos en el número anterior; la segunda es que, en el presente discurso, se revela, de cuerpo entero, el orador dotado de originalidad en

1) La concepción realmente *original* del discurso que se estudia en el texto, tiene su explicación psicológica en el hecho que apuntamos: la declaración dogmática de la Concepción Inmaculada de María, hecha por Pío IX en 1854, y cuya solemnísimas celebración se realizó en la ciudad de Guatemala [en donde se encontraba el joven Proaño] en los meses de Julio y Agosto de 1855. Los festejos, al tratarse de la devoción favorita de Guatemala, fueron nunca vistos. Véase la descripción en la obra: *La Compañía de Jesús en Colombia y Centro América después de su restauración*, por el P. Rafael Pérez, religioso de la misma Compañía.— Segunda parte-Valladolid-Imprenta Castellana-1897; págs. 187 y 188.

el raciocinio, de solidez en la argumentación y de amplitud y galanura en la dicción. Añadamos una cualidad que brilla en el discurso que analizamos y que no se destacaba aún en el anterior ensayo: la precisión teológica en el concebir y exponer la doctrina del catolicismo.

Consideración especial merece el *exordio* con que da comienzo al presente discurso: bella antítesis y contraposición de dos afectos que el Tránsito de María Santísima produce en el ánimo de quienes le aman, cuales son la tristeza, si se contempla el hecho desde el punto de vista meramente natural, y un gozo indescriptible contemplándolo con los ojos de la fe. (1)

* * *

Hemos dicho que, desde 1854, el joven religioso Manuel José Proaño se dio de lleno al estudio de las Humanidades clásicas en el Colegio de Guatemala, establecido para que los estudiantes jesuitas reciban la formación literario-científica propia de su profesión. Ventajosamente aquel verdadero *Colegio Máximo*, con el nombre de Seminario, estaba por entonces en una época de envidiable florecimiento. En él se cultivaban fervorosamente los estudios de Gramática, Humanidades propiamente dichas, de Retórica y Poética, de Filosofía, de Ciencias, en especial de la Física, y de la Teología en sus diversos ramos. Entre los Profesores, según se indicó anteriormente, se encontraban hombres de rara competencia, formados en las Universidades europeas, como el celeberrimo P. Antonio Canudas, experto en Ciencias físicas y matemáticas, como lo atestiguan las publicaciones que hizo

1) Véase ese Exordio en el APÉNDICE: *Pasajes selectos de los Escritos del R. P. Manuel José Proaño S. J.*—Advertimos que se dan allí algunas muestras, aun de los escritos de la juventud de nuestro escritor, no porque creamos que los pasajes aducidos sean perfectos en su género, sino para que sirvan de base para un estudio documentado acerca del desarrollo del afamado escritor. La crítica, si ha de ser cuerda y atinada, no puede prescindir de esas observaciones.

acerca de ellas y que aun hoy, después de tantos adelantos, suelen consultarse con provecho, sobre todo por su excelencia pedagógica.

Los jóvenes estudiantes del Colegio Máximo de Guatemala disponían, además, de copiosas y selectas bibliotecas para sus consultas y para ampliar sus estudios; en fin, desde 1855 y gracias a la munífica generosidad de los amigos de los Padres Jesuitas, el Establecimiento contaba con un Gabinete de Física experimental, traído expresamente de las mejores fábricas francesas y que contenía las últimas adquisiciones de la Ciencia.

Para estímulo de los jóvenes estudiantes se entablaron los *actos públicos*, en que examinadores, nombrados por el Rector, ponían a prueba la ciencia de los alumnos preguntándoles sobre Filosofía, Ciencias, Matemáticas y Humanidades greco-latinas. «Nuestros alumnos—dice un historiador refiriéndose a esa época—mostraron (en tales actos) tanta solidez y extensión de conocimientos, tanta facilidad y despejo en responder a las dificultades, tanto dominio en los diversos puntos que se les tocaban, que todo el numeroso concurso no podía menos de palpar que los estudios del Seminario iban muy por encima de lo que los nacidos después de la independencia (americana) estaban acostumbrados a ver. Sobre todo llamaba la atención la facilidad de los jóvenes para expresarse en latín y en forma silogística, ambas cosas ya olvidadas, si no excluidas de propósito, como suele suceder donde quiera que ha puesto su mano destructora, en la enseñanza pública, el liberalismo, enemigo capital de la verdad y solidez en las doctrinas, no menos que de la claridad en expresarlas.» (1)

1) Rafael Pérez, obr. citad., págs. 202 y 203.—No estará por demás completar aquí la cita porque ésta contiene enseñanzas deducidas de la experiencia y muy provechosas para nosotros. «La sensación favorable, producida por la esplendidez de aquellos actos y superioridad innegable a cuanto se había visto, en este género, de largo tiempo atrás, produjo sus buenos efectos en lo sucesivo, siendo uno de los más importantes el comenzarse a desvanecer cierta preocupación contra los *siete años* que gasta la Compañía en la Segun-

Formado en tal escuela y con tan eximios profesores, el joven Proaño se dedicó al estudio de la poesía, principalmente latina. En ésta, desde los comienzos y más tarde en su madurez, sintió predilección irresistible por la sintética y audaz forma horaciana; de ahí que los más remotos ensayos que poseemos de la lira de Proaño sean varias odas y otras composiciones, calcadas sobre el molde del amigo de Augusto y protegido de Mecenas, Quinto Horacio Flaco.

He aquí algunas muestras de sus producciones y que pertenecen al año de 1856:

3.—Ad Sanctum Ignatium-Ode.--Ad Sanctos Ignatium et Franciscum Xaverium-Ode.--Definito Dogmate de Immaculatae Deiparae Conceptu ad Sodales-Ode.--Beatus Petrus Claverius nigros baptismatis aquis regenerat-Ode.--Ad Urbem Quitum, ejecta Jesu Societate, viribus adversus hostes (nempe infernales) prorsus destitutam Elegia.

Todas estas poesías se han conservado inéditas y, excepto la Elegía, escrita en dísticos latinos, todas las demás siguen los metros horacianos. Forman cinco Mms., en papel de 27-x-21

Quienes encuentren sabor y deleite estético en la rapidez, energía y saltos líricos de la poesía horaciana, y hayan acostumbrado el oído a la suave música de los ver-

da Enseñanza. Y ciertamente: como en los tiempos de decadencia científica, un Curso de latín y dos de Filosofía y Matemáticas eran suficientes para recibir el Grado de Bachiller y emprender y concluir cuanto antes una carrera, no podía menos de parecer demasiado largo lo que los Jesuitas comenzaron desde un principio a practicar; mas los hombres serios y entendidos en las Ciencias y su enseñanza pudieron comprender que aquella competencia, tan aplaudida, de sus discípulos no era precisamente efecto de haber empleado tres cursos en el estudio de la Filosofía y de las Ciencias exactas, sino de que, cuando emprendieron éste, llevaban ya sus facultades educadas en otros estudios preparatorios, como el del latín y el griego, de la Retórica, de la Historia etc., en cuyo aprendizaje se han desarrollado las facultades y se las ha habituado a cierto carril metódico que las dispone a los estudios serios y concienzudos. Ténganse muy en cuenta las anteriores observaciones para explicar convenientemente el alto desarrollo de las facultades que adquirió el joven Proaño y de que, ya desde 1855, empezó a dar no vulgares manifestaciones.

sos, sáficos y alcaicos, con la inmensa variedad de sus bellísimos cambiantes y delicadas combinaciones, no dejarán de percibir, en los ocios poéticos del joven Proaño, los dejos de Horacio y de su encantadora poesía. En tales composiciones es muy perceptible la facultad asimiladora de que el joven religioso estaba dotado y se adivina el oído sumamente musical que poseía y que, andando el tiempo, había de hacer de él un inteligente aficionado, y en ocasiones hasta compositor, del arte presidido por Euterpe. (1)

4.—*Hortatio ad Societatem Jesu ut ex Mariannae a Jesu Beatificatione gaudia concipiat.*—*Ode.*—*Impletae visionis Narratio.*—*Ode.*—*Beati Joannis Britti de idololatria madurensi Victoria.*—*Ode.*—*In pulchram Pueri Jesu Imaginem Cor nudo pectore ostendentis, et manibus auream gestantis catenam.*—*Epigrammata.*

Composiciones latinas inéditas y conservadas en copia; forman un Ms. de 9 fojas, en papel de 27.x-21.

Siguiendo sus aficiones y como en vía de descanso de otros estudios más serios, el joven Proaño compuso las anteriores poesías; de ellas nada más hay que decir por la razón expuesta anteriormente. Réstanos sí indagar las causas de la predilección que, desde sus comienzos y a través de toda su vida, tuvo el P. Proaño por la poesía lírica en relación con los demás géneros poéticos, así como su amor decidido a la forma horaciana.

Para explicar convenientemente este hecho, además de las disposiciones naturales del joven Proaño, mucho más conformes con los ímpetus transitorios de la lírica que no con el tranquilo y reposado movimiento de la épica, ni con los lances variados de la dramática, las circunstancias y el medio ambiente en

1) Nos abstenemos de analizar detenidamente esta sección de poesías latinas e inéditas, porque el estudio detenido de ellas se ha solicitado del R. P. Aurelio Espinosa Pólit S. J., autoridad competente en la materia. Esperamos que el referido Padre publicará muy pronto el resultado de sus apreciaciones en las «*Memorias de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española*». Véase en el *Apéndice*, Número II, una muestra de las poesías latinas del P. Proaño.

que se deslizó la vida del P. Proaño, desde su más tierna niñez, deben tenerse muy en cuenta.

En efecto: las múltiples ocupaciones del profesorado y del ministerio sacerdotal, a que el P. Proaño se consagró de por vida, apenas le permitieron sino ciertos ocios para dedicarlos a las Musas; y sabido es que tanto la épica como la dramática exigen tiempo y holgura para su desempeño.

Por lo que hace a la entonación horaciana de sus producciones, lo mismo que a la dicción clásica de sus escritos, tienen su origen en la primera educación recibida con esmero de su propio padre. En los días de su ancianidad, complacíase el P. Proaño en contar que su padre, don Jacinto Proaño, ponía increíble esmero en que su pequeño Manuel José manejara únicamente libros de habla española, propios de la edad de oro de su literatura. Desde muy tierno le eran familiares los escritos de los dos Luises, el de León y el de Granada, de Malón de Chaide y del P. Pedro de Ribadeniera, mientras con todo esmero alejaba de su lado las obras modernas, en especial las novelas traducidas del francés. Con ésto y con el cuidado constante de que el niño no frecuentara, en lo posible, el trato con los sirvientes y los niños de pueblo, logró el solícito padre que su tierno hijo se empapara prácticamente en el donairoso decir del clasicismo español y su lenguaje no desdijese de un nacido en la Península.

Al lado de la prosa, netamente castiza, procuró don Jacinto Proaño que su hijo despertase su sentimiento poético y lo educase en vista de los mejores modelos literarios. Por entonces estaba muy en boga la poesía de nuestro divino Olmedo; sobre todo *La Victoria de Junín* y *La Oda al General Flores, vencedor en Miñarica* eran leídas y releídas por la gente de acendrado gusto. El tierno Proaño, por imposición de su amado padre, hubo de aprenderlas de memoria; D. Jacinto, en sus tertulias en casa del expresado General, de quien era muy amigo y partidario decidido, se complacía en que su tierno Manuel José declamara largos trozos de aquellas dos primorosas poesías

del vate guayaquileño, con la consiguiente loa y aplauso del mencionado General.

Llevando tan apreciable fondo, ingresó el P. Proaño en la Compañía de Jesús, en cuyas aulas acendró su gusto literario con el profundo estudio de los más aquilatados escritores greco-latinos, y hubo de adquirir aquel admirable equilibrio estético que se nota a primera vista en todas sus producciones. Y esto fue en tanto grado, que quien tratara en la intimidad con el P. Proaño y durante algún espacio de tiempo, pronto venía a caer en la cuenta de dos cosas dignas de notarse: en primer lugar, su gusto literario era tan acendrado y como instintivo, que, sin poderlo remediar, sentía horror indescriptible a todo desacierto y a todo rompimiento de la armonía en el desarrollo de las actividades estéticas. De ahí nacieron las fustigadoras lecciones que dió en su célebre discurso académico «*La Idolatría de la Palabra.*» En segundo lugar, el buen gusto literario y el lenguaje genuinamente castizo eran en el P. Proaño tan connaturales y espontáneos, que, a modo de instinto, le hacían distinguir, con inimitable certeza y prontitud, lo que era aceptable y lo que debía desecharse, aunque de pronto no diese con el porqué ni con la regla gramatical del caso concreto.

5.—In Societatem Jesu sub arboris cujusdam imagine-Ode.

Escrita esta oda latina en 1863, permaneció inédita hasta 1914, en que se publicó en el periódico quincenal «EL TEMPLO», número correspondiente al 14 de Abril de aquel año. Por segunda vez, se imprimió en el folleto: «BODAS DE ORO DEL R. P. MANUEL JOSÉ PROAÑO S. J. 1864-1914 - Tipografía de la Prensa Católica--Quito Ecuador»; pág. 156.—Esta composición tuvo la suerte de que fuera vertida al español por el notable literato colombiano, Dr. D. Miguel Antonio Caro, discípulo del P. Proaño en el Colegio de Bogotá. La pulcra y esmerada traducción corre impresa junto a su original.

La factura de la composición poética que precede es en extremo sencilla: la excelencia del Instituto de la Compañía de Jesús, expuesta por medio de un cor-

pulento árbol, plantado en infecundo suelo, pero que vigoroso eleva su ramaje hasta el cielo. Los ardores del estío ni los quemantes rayos de sol abrasador no le causan daño; tampoco logran descuajarlo los vientos más furiosos. Por el contrario, todo ello contribuye a que el árbol se revista de más verdor y lleve más opimos y preciados frutos, porque la mano que riega al árbol y lo sostiene es la del Omnipotente. Por eso, a la sombra del vigoroso árbol encuentra el joven refrigerio y el anciano plácido descanso.

En cinco estrofas, de confección genuinamente horaciana, encierra todas esas ideas valiéndose de la admirable concisión, propia del idioma latino, en el cual se muestra el P. Proaño perfecto maestro.

No es extraña en la literatura greco-latina la *forma alegórica* de que echó mano nuestro poeta para expresar su pensamiento: el megarense Teognis (siglo VI a. C.) y Alceo (s. VII a. C.), a quien se atribuyen la estrofa y el verso alcaicos; Horacio, en varias de sus odas, como la conocidísima que comienza: *O navis, referent in mare te novi fluctus* !; en fin, para hablar de la literatura española, nuestro divino León, emplearon con garbo y donosura la alegoría.

El P. Proaño se inspiró probablemente en la oda citada de Horacio, pero no la imitó servilmente: es que Proaño tenía verdadero talento creador y numen poético muy personal suyo. Dejamos a los lectores la fruición que resulta del cotejo entre las dos composiciones y terminamos haciendo notar el bello y afectuoso final de la oda: *Felix, si rigida tegmine sub tuo mortis me jaculum ferit* !, tan lindamente traducido por el Sr. Caro con estos versos:

« ¡Cuál sería dichoso
yo, si bajo tu sombra placentera
me encontrara la muerte saetera ! »

Cuatro años (1854-1858) empleó el joven estudiante Proaño en profundizar los estudios de Humanidades greco-latinas y de Filosofía, que ya había cursado en la Universidad de Quito. En Julio de 1858 rindió



públicamente el examen de *Universa Philosophia*, y debió dar en él tales muestras de competencia, que en el Curso escolar siguiente, le encontramos desempeñando las cátedras de Metafísica y Ética en el mismo Colegio Máximo de Guatemala. A nadie que conozca la severa selección de Profesores que emplea la Compañía de Jesús, en sus Colegios Máximos, dejará de sorprender el hecho de que los Superiores de los Jesuitas en Guatemala pusieran los ojos en el joven Proaño, que acababa de abandonar los bancos del alumno y no era aún sacerdote, para que fuese Profesor de los estudiantes jesuitas. La sorpresa se desvanecerá solamente cuando se piense en la excelencia del talento que, desde entonces, debió mostrar el Padre Proaño.

*
* * *

Otro hecho de no menor importancia viene a sumarse a los anteriores, por donde se pueden conocer las elevadas dotes que, para el magisterio, resplandecían desde entonces en el joven profesor, Manuel José Proaño.

A instancias del Presidente de la Nueva Granada, hoy Colombia, Dr. D. Mariano Ospina, y por decreto de la Asamblea Legislativa del Estado de Boyacá, la Compañía de Jesús, recién llegada a la ciudad de Bogotá, hubo de hacerse cargo del Colegio de San Bartolomé, revestido entonces del carácter de *Universidad Nacional*. Entre los sujetos destinados por los Superiores para desempeñar el delicado cargo de Profesores de aquel establecimiento y para ser uno de los fundadores de él, encontramos al joven profesor Manuel José Proaño, que tuvo que trasladarse de Guatemala a Bogotá. (1)

1) Véanse las fuentes que siguen: «*La Compañía de Jesús restablecida en Colombia y Centro-América* — Notas históricas... por el P. Luis J. Muñoz, S. J.; 1842-1914. Oña 1920 - Imprenta priv. del Colegio»; págs. 26-29.— P. Rafael Pérez, S. J.—*La Compañía de Jesús en Colombia y Centro-América*.... Segunda Parte; págs. 289-291.

El 2 de Febrero de 1859, se abrió solemnemente el Colegio, dirigido ahora por los Padres Jesuitas, y nuestro joven profesor Proaño empezó a dictar las clases de Lógica y Matemáticas, no sin ocuparse también en perfeccionar los conocimientos literarios de algunos jóvenes escogidos, valiéndose para ello de las *Academias*, tan del gusto del P. Proaño.

Son las *Academias* un medio de formación excelente, ideado por el *Ratio Studiorum* de los Padres de la Compañía de Jesús, y como tal muy empleado en sus Colegios, sobre todo cuando éstos gozan de la debida libertad pedagógica. En ellos suelen reunirse los más aventajados jóvenes de cada sección; se organizan con su Presidente, Vice-presidente, Secretario, Tesorero, Vocales, más o menos en número, y los socios que reúnen en sí buena conducta y decidida aplicación a un ramo especial de Ciencias o Literatura. Todos estos jóvenes, presididos por un Profesor competente en la materia que se cultiva, se consagran empeñosamente a profundizarla y, sobre todo, a trabajar científicamente en un ramo particular de los humanos conocimientos. Las *Academias*, tan frecuentadas en los Colegios Jesuiticos, sobre todo en los siglos XVI, XVII y XVIII, equivalen completamente a lo que, en las modernas Universidades alemanas, se llama *Wissenschaftliches Seminarium*, verdaderos y excelentes Semilleros de especialistas en algún ramo de Ciencias o Letras.

El joven Proaño, bien inbuído en el espíritu de su Orden y ejercitado en la práctica de dirigir las Academias, desde que estuvo en Guatemala, (1) cuidó de implantarlas en el Colegio de San Bartolomé en Bogotá, al mismo tiempo que atendía a sus clases de Lógica y Matemáticas.

De este modo se afanó por la exquisita formación científico-literaria de algunos jóvenes que, con el andar de los años, llegaron a ser el timbre de honor para

1) Véase lo que, acerca de las *Academias* establecidas en el Seminario de Guatemala, dice el historiador P. Rafael Pérez, en su obra ya citada. (Parte Segunda; págs. 169 y 170).

Colombia, y cuya fama, traspasando los mares, se convirtió de continental en mundial. Entre ellos citaremos únicamente al profundo humanista D. Miguel Antonio Caro, al sabio lingüista Rufino José Cuervo y al celoso Aizobispo de Bogotá y Primado de Colombia, Bernardo Herrera Restrepo. Todos ellos, a través de su vida, conservaron gratos recuerdos de su antiguo Profesor; el Sr. Miguel Antonio Caro hizo más: no sólo se complacía en traducir al castellano, como vimos más arriba, las poesías latinas de su estimado Profesor, sino que le dedicó alguna de las originales suyas para cantar a su diestro Director, ensalzando en él las bellas prendas que observaba y consolándole en las amargas horas del ostracismo en que, por esos años, se encontraba el P. Proaño. (1)

A este tiempo de permanencia en Bogotá pertenecen los siguientes escritos del joven Profesor:

6.—Plática en la Fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen.—En el templo y ante la tumba de San Pedro Claver en Cartagena de Colombia.—Poesía castellana.—María esperanza de la Patria y de la Iglesia-Oda.

La primera de las tres piezas anotadas es un breve sermón que el joven profesor P. Proaño dirigió a los estudiantes del Colegio de San Bartolomé en Bogotá, el 15 de Agosto de 1859, pocos meses después de su arribo a la ciudad, no siendo aún sacerdote. En la actualidad se conserva la pieza oratoria, escrita en máquina, en papel de 27-x-21 y consta de 7 fojas.—La poesía inspirada por la visita que el joven Proaño hizo a la tumba del apóstol de los negros en Cartagena, es una copia de puño y letra del Sr. D. Miguel Antonio Caro.—La tercera pieza se halla publicada ya en la pág. 455 del «PARNASO ECUATORIANO» con apuntamientos biográficos, de los Poetas y Versificadores de la República del Ecuador, desde el siglo XVII hasta el año de 1879, por Manuel Gallegos Naranjo. Quito.—Imprenta de Manuel V. Flor.—1879.—Desgraciadamente el editor de la obra de Gallegos Naranjo o él mismo descuidaron no poco la corrección de los errores tipográficos, y así adolece de imperdonables equivocaciones.

1) *El Debate*, diario conservador quiteño, con motivo de celebrarse el primer Centenario del nacimiento del P. Proaño, publicó

La *Plática*, en un todo ajustada a los preceptos de la Retórica, como en general los discursos del P. Proaño, no llama atención: es corta; no contiene ampliaciones de ninguna clase; la trama de la argumentación es por demás sencilla y contiene muy escasa parte de afectos. Lo que sí debe notarse es el constante manejo de la Sagrada Escritura y el acierto con que emplea los textos tomados de ella. Más tarde, el gran Orador filósofo de 1880 se destacará, entre muchos otros, por el tino en el manejo de la Biblia, como fuente primera de su elocuencia, hasta el punto de que, en esta materia, sólo haya un Orador ecuatoriano, que le aventaje: el franciscano Fray José María Aguirre.

por primera vez la «*Poesía al P. Manuel José Proaño S. J. en sus días*», escrita por el Sr. D. Miguel Antonio Caro y Tobar, el 18 de Abril de 1861.—(NY 1990, correspondiente al 17 de Abril de 1935.) No sólo para que tan precioso rasgo de gratitud no se eche en olvido, sino también porque esa bella poesía—uno de los primeros ensayos poéticos del gran humanista colombiano—servirá para dar a conocer la evolución de la poesía de Caro, creemos oportuno insertarla en el Apéndice, número III. Evidentemente, el Sr. Caro cuando escribió esa composición, estaba en el período de la imitación bastante apegada a los modelos. Compárese la poesía del vate colombiano con la de nuestro Fray Luis de León, que comienza: «*Cuando contemplo el cielo, de innumerables luces tachonado* etc.», y el cotejo se prestará a muchas e interesantes observaciones. Desde luego no descuidemos de notar que el P. Proaño acostumbraba a que sus alumnos buscasen su inspiración en las puras fuentes del más subido clasicismo. He aquí lo que, a este propósito, decía ante numeroso auditorio: «*Firmemente persuadido de que, al tratarse de invención en Bellas Letras, no hay tipo más perfecto de belleza que Dios, en la plenitud de sus adorables perfecciones, he cerrado a sus ojos todas las mezquinas producciones de la ociosidad o corrupción, y les he abierto con generosa mano todos los tesoros de los clásicos latinos y de los clásicos españoles del siglo XVI, cuyo espíritu eminentemente religioso, difunde por doquiera luminosos rayos de verdad y de hermosura. Por eso mis alumnos nada deben, y ojalá nunca deban nada, a los novelistas. Por esto, nuestros seguros maestros han sido: el elocuente Luis de Granada, el ameno Cervantes, el armonioso Jovellanos y el vehemente Cortés, entre los prosadores; y entre los poetas, el extático Juan de la Cruz, el tierno Garcilaso, el sencillo y sublime Luis de León, el delicado Rioja, el impetuoso Herrera, el diestro Martínez de la Rosa y el severo Moratín.*» (Véase *El Sud-Americano*. Periódico semanal, político, literario, científico y noticioso. Trím. 2. Quito, Julio 18 de 1866. Núm. 17, pág. 138.)

Las poesías citadas en este párrafo son las primeras composiciones que, en lengua castellana, escribió el F. Proaño; por eso conviene que nos detengamos algo en ellas.

Sin duda, por vía de descanso, después de once meses de curso escolar, el joven Proaño debió hacer un viaje a la ciudad de Cartagena desde Bogotá. Allí fue a visitar el antiguo templo de los Jesuitas, en donde duermen las cenizas del apóstol de los negros, San Pedro Claver. Ante tan venerandos restos, depositados en un sitio hoy desierto y solitario, el joven poeta siente las zozobras de la angustia; extiende sus miradas más allá de los muros del templo, y se le presenta de bulto la presente miseria de una ciudad que fue ayer el emporio del comercio colonial americano. Indaga las causas de tan mísera postración y las encuentra en el descuido y en el olvido en que Cartagena vive de aquel precioso tesoro que guarda en el derruido templo: las reliquias de un Santo. Concluye exhortando a la ciudad para que vuelva a tributar a su santo Patrono el honor que le es debido.

Tanto en el fondo como en la forma de esta composición, Proaño se muestra lo que siempre fue: amante e imitador del sano clasicismo de nuestros autores del siglo de oro.

De mayor aliento y de más regulares proporciones es la *Oda a Marta, esperanza de la Patria y de la Iglesia*; pero no en la forma en que aparece publicada por el Sr. Gallegos Naranjo, sino en su factura original que ventajosamente poseemos. Hacia 1862, se desató sobre Méjico una ola de persecución sectaria contra la Iglesia católica y sus ministros; el hecho conmovió hondamente el ánimo del joven Proaño y escribió una *oda* con el título de «*Súplica a la Santísima Virgen por la Iglesia Mejicana.*» Esta poesía, que respira dulce y tierno afecto, tiene verdadera unidad en el plan y justas proporciones en la forma. Sin duda, para satisfacer a los deseos del Sr. Gallegos Naranjo de publicar algún trabajo poético del P. Proaño, éste dio nueva forma a la oda primitiva y, no hay para qué decirlo, la echó a perder. Véase en el Apén-

dice, número IV, la poesía original y compáresela con la nueva redacción, impresa en el *Parnaso Ecuatoriano* de 1879.

* * *

Terminado el año escolar de 1861 y dejando gratos recuerdos entre sus alumnos del Colegio de Bogotá, (1) alejose de esta ciudad el joven Profesor, Manuel José Proaño, y retornó al Colegio Máximo de Guatemala para seguir allí su formación eclesiástica y entregarse al detenido estudio de la sagrada Teología. (2) Las cátedras de esta Ciencia se hallaban establecidas para los estudiantes Jesuitas en el Colegio de *La Merced* y, gracias a la alta competencia de los Profesores, al fervor de los alumnos y al celo vigilante de los Superiores, los estudios teológicos se encontraban en estado floreciente. Confirmando este aserto un historiador competente escribe lo que sigue: «Llamó mucho la atención un Acto de esta facultad

1) En Octubre de 1915, el señor Víctor E. Caro, digno vástago del egregio bogotano Miguel Antonio Caro, escribió al P. Proaño desde Bogotá pidiéndole algunos datos acerca de su amado progenitor, cuando fue discípulo de tan egregio maestro. Entre otras cosas le decía: «Me atrevo a dirigirme a V. R., cuyo nombre es bien conocido en esta su casa, por habérmelos enseñado a amar y respetar aquel su discípulo predilecto. Mi padre hablaba siempre con particular cariño de V. R.; entre sus pocos recuerdos de infancia guardaba, en preferente lugar, un pequeñísimo ejemplar del *Piissima*, en cuya primera página dice: '*Recuerdo del P. Proaño. Todas las tardes rezábamos juntos en el Piissima, y este es el ejemplar que yo usaba*'.—Con igual afecto conservaba las cartas y escritos de V. R.» (*Arch. Quit. S. J.*) Este dato nos revela que el P. Proaño contribuyó no poco para hacer del egregio humanista no sólo un excelente literato, sino también un fervoroso cristiano y muy amante de María Santísima. El librito de que se trata en la citada carta es una especie de oficio en honor de María.

Ignoramos si el P. Proaño contestó al digno hijo de su apreciado discípulo; quizá no pudo hacerlo ya porque se encontraba demasiado agotado y en vísperas de su muerte ¡Cuánto agradeceríamos al Sr. Víctor E. Caro que nos facilitara una copia de las cartas del P. Proaño a su eminente señor Padre!

2) Quiso Dios que de nuevo, en 1861, el P. Proaño sufriese el destierro de la Nueva Granada, así como en 1852 lo sufrió del Ecuador. Las peripecias de este nuevo destierro pueden verse en la obra del P. Rafael Pérez, arriba citada; págs. 311-332.

(la Teología) tenido en presencia de los cuatro Prelados residentes entonces en la Capital y lo más escogido del Clero secular y regular, en el cual así el que defendía las *Tesis* como los que argumentaban, dieron tales muestras de sí, que el Ilmo. Señor Obispo de Chiapas, juez muy competente y que acababa de presenciar actos semejantes en el Colegio Romano, no dudó asegurar que bien podían figurar en aquel emporio del saber nuestras concertaciones teológicas, no sólo por la solidez de las doctrinas y profundidad de los conocimientos, sino por la habilidad, destreza y facilidad de expresión de los que argúan y sustentaban.» (1)

Mientras el joven teólogo Manuel José Proaño permanecía entregado al detenido cultivo de las Ciencias eclesiásticas y se preparaba próximamente para subir al altar con el alto honor del Sacerdocio, en su lejana patria, la República del Ecuador, los negocios políticos, y con ellos todo el vivir nacional, iban tomando sesgo más benigno. Con la toma de Guayaquil, por el Gobierno Provisorio de Quito, llevada a efecto el 24 de Septiembre de 1860, se dio fin al ominoso estado del Ecuador, en que reinaron el desorden, la traición y hasta el crimen de lesa patria por parte de los eternos y bárbaros enemigos de la nación ecuatoriana: los llamados por entonces *rojos* o modernamente liberales radicales.

El Gobierno, encabezado por el Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno, patriota de verdad y revestido de la necesaria energía, impuso finalmente el orden y pensó en colocar al país en la senda del progreso.

Por lo que hace a los Jesuitas, al mes de pacificada la República, el noble y desinteresado amigo de éstos, expidió el Decreto de 26 de Octubre de 1860, documento de carácter conciso, decisivo y resuelto, en el que se transparentaban las excelentes prendas del alma nobilísima y cristiana de García Moreno. En virtud de ese Decreto se abrían las puertas de la Pa-

1) P. Rafael Pérez, op. cit.—Tercera Parte; pág. 21.

tria a los Institutos religiosos, aprobados por la Iglesia, y especialmente a la Compañía de Jesús, derogando las anteriores disposiciones en contra, dadas por pasados Gobiernos y que, además de constituir una vergüenza para un país culto, defraudaban grandemente al país necesitado de moralidad y de luces.

El 12 de Agosto de 1862, de nuevo entraron en la ciudad de Quito los Padres de la Compañía de Jesús y tomaron posesión de su antigua casa con la iglesia adjunta. Plenamente garantizados por el Excmo. Señor Presidente de la República y por la sociedad quiteña, en la cual han sido proverbiales y, por decirlo así, congénitos el aprecio y el amor a los hijos de San Ignacio de Loyola, los Padres Jesuitas pudieron desplegar su ordinaria actividad en el terreno de la enseñanza y del cuidado espiritual de los fieles.

Para entender en lo primero, se organizó el *Colegio Seminario de San Luis*, en el cual se atendía conjuntamente a la formación religioso-literaria de los jóvenes civiles. Tal situación duró poco tiempo; arreglado el edificio, se procedió a la conveniente separación entre seminaristas y colegiales. (1)

* * *

Por este tiempo, el joven estudiante Manuel José Proaño estaba próximo a terminar el curso regular de Teología. Los Superiores, deseosos de que se ordenara *sacerdote* en su ciudad natal y perurgidos por la necesidad de aumentar el número de buenos profesores en el *Colegio Nacional de San Gabriel*, decidieron traer al joven Proaño para que dirigiese la clase de Retórica y se preparase próximamente a su ordenación sacerdotal. (2)

1] Véase el folleto *«Recuerdo del quincuagésimo aniversario del Establecimiento de la Compañía de Jesús en el Ecuador»*. Quito, 31 de Julio de 1912 — Quito-Ecuador.—Tip. y Encuadernación Salesianas- 1922; págs. 5, 6 y 7.—Este folleto, impreso sin nombre de su autor, salió de la pluma del R. P. José Ricardo Vázquez S. J.

2] Véase lo que el mismo P. Proaño decía a este propósito en

En efecto: a principios de 1864 encontramos al joven Profesor completamente consagrado a la obra de la enseñanza y a la dirección de las célebres *Academias Literarias* fundadas por él en Quito, lo mismo que lo había hecho en Bogotá. (1)

Desde que la Compañía de Jesús se hizo cargo de algunos Colegios de Segunda Enseñanza en nuestra patria, vino a organizarse aquélla con tino y acierto pedagógico, alejando de tan importante ramo de Instrucción Pública el vicio que más la afeaba y cons-

un pequeño discurso, leído al final de un *Acto de Retórica*, con que se cerraba el Curso escolar de 1866: «¡Qué de veces, cuando un violento huracán me arrancó del seno de mi Patria y me lanzó a playas extrañas, volví hacia ella mis ojos anublados con lágrimas para saludarla desde lejos y desearle toda prosperidad y bienestar, en medio de la profunda tristeza que oprimía mi pecho al recordar que desterrado no podía contribuir de mi parte a su progreso y engrandecimiento! ¡Qué de veces, en dos lustros de ausencia, hallándome rodeado de extrañas generaciones, a quienes debía comunicar mis muy escasas luces, me dije a mí mismo suspirando: ¡oh, cuán feliz sería, si el trabajo que empleas en el riego y cultivo de heredad ajena, fuese, si no reclamado, al menos benignamente acogido por tu Patria en favor de sus hijos! Y esta idea me hacía levantar los ojos al cielo para pedir al Señor abreviase el plazo, y ofrecermé generosamente a tan noble tarea! Oyó el Señor mi plegaria; abrevió el plazo, e inmediatamente oí la voz de la Obediencia y de la Patria que me llamaban a su amoroso seno. No vacilé un momento y creí había llegado para mí la favorable ocasión de cumplir mis ferventísimos votos: abracé cariñosamente a los que reconocí por míos, y desde ese instante consagué todo mi desvelo a la educación de la juventud quiteña» (*El Sud-Americano*.— Periódico semanal, político, literario, científico y noticioso.—Trim. 2.—Quito, Julio 18 de 1866.—Núm. 17: pág. 138.)

1) Recuérdese cómo, al finalizar el curso escolar de ese mismo año de 1864, fueron tales los avances hechos por los alumnos del Colegio San Gabriel en Quito, que arrancaron aplausos tan sinceros y nobles, como los contenidos en la preciosa oda del Sr. Belisario Peña. «A los discípulos de los RR. PP. de la Compañía de Jesús en la solemne distribución de premios de 1864.»

Entusiasmado el noble vate, decía a los jóvenes alumnos:

*«Creced en gloria, como el sol temprano,
vosotros los que sois la esplendorosa
del ciclo ecuatoriano
rosada luz de la mañana hermosa»*

(Composiciones poéticas del señor don Belisario Peña.—Precedidas de un Prólogo por el Ilmo. y Rvmo. Señor Doctor Don Federico González Suárez, Arzobispo de Quito, bajo cuya dirección se ha hecho la edición presente.—Quito.—Imprenta de Julio Sáenz R. 24, Mideros, 24—1912, págs. 61-64.)

titula la más fuerte rémora para el progreso intelectual de las nacientes generaciones, cual era la falta de una reglamentación oficial y precisa del orden y duración de los estudios en los Colegios y de las materias de la enseñanza. Esta deficiencia de un *Plan de estudios* inteligente y acomodado a las necesidades nacionales, en sana concordia con el fin humano de la Segunda Enseñanza, se llenó gracias al decidido empeño del Presidente Señor Gabriel García Moreno y—justo es decirlo—a la práctica pedagógica de los Padres de la Compañía de Jesús. Entre éstos, uno de los que más decidida e inteligentemente trabajó, desde su llegada al Ecuador, fue el P. Manuel José Proaño, hasta el punto de que un conocedor profundo de la materia e historiador concienzudo no ha dudado en estampar las siguientes líneas, confirmadas por hechos indiscutibles: «La enseñanza [en el *Colegio San Gabriel* de Quito]... mejoró constantemente, tanto en profundidad como en extensión. [De 1871 a 1875] fue la edad de oro del Colegio, que sin duda merecía *el primer puesto de honor en la América toda* por la calidad del cuerpo docente y de la instrucción que daba a sus numerosos discípulos.» (1)

Refiriéndonos especialmente al joven profesor Manuel José Proaño y dando por supuesta su exquisita preparación para el ejercicio del profesorado, dos causas influyeron principalmente para que su labor rindiese opimos y envidiables frutos en la elevación cultural de sus alumnos y en general de la docencia jesuítica en Quito.

Ante todo, el sistema y el plan de estudios adoptados para la Segunda Enseñanza en el Ecuador de entonces se presentaban como los más aptos para el armónico desarrollo de las facultades cognoscitivas de los alumnos y como la más adecuada preparación de las mentes juveniles para entregarse, en acabando su educación de jóvenes, a los arduos y difíciles proble-

1] El señor doctor Julio Tobar Donoso en su excelente Monografía «*García Moreno y la Instrucción Pública*». Quito-Ecuador. Imprenta de la Universidad Central, 1923; pág. 170.

mas de la especialización profesional en los Establecimientos de Enseñanza Superior. El sistema no era otro que el *humanístico*, compuesto del doble ciclo de aprendizaje de las bellezas literarias greco-latinas y de las ciencias físico-naturales y matemáticas. Piense como uno quiera del valor educativo de este sistema *en teoría*, ello es que, abordando el problema al terreno de la práctica y con relación al Ecuador de entonces, el sistema humanístico era indudablemente el que más le convenía. Echese una ojeada, limpia de prejuicios, a la psicología de nuestros adolescentes, en la época a que nos referimos, medítese sobre las circunstancias de entonces y recuérdese el medio ambiente que rodeaba, por aquellos días, a nuestra juventud: un juez imparcial dará seguramente la razón a los Mandatarios de entonces y a sus colaboradores en la enseñanza de los jóvenes, los Padres de la Compañía de Jesús, por haber adoptado el sistema humanístico en sus Colegios. Este hecho contribuyó a que los Colegios de Quito, Riobamba, Cuenca y Guayaquil, dirigidos entonces por Padres de la Compañía de Jesús, se elevasen *«a un estado no indigno de los países más adelantados de Europa y América»*, según se expresa el historiador poco ha citado. (1)

El *Plan de Estudios* adoptado para la Segunda Enseñanza estaba en perfecta armonía con el sistema humanístico y había sido elaborado con el concurso de los eminentes Profesores de la Escuela Politécnica, hombres ciertamente los más calificados para imprimir rumbo certero a la cultura del país y que, consagrados a la enseñanza por vocación de su Instituto, ricos además en experiencia pedagógica adquirida en Centros educativos europeos, podían adaptar los principios pedagógicos a las condiciones de nuestro pueblo. Por lo que hace al último punto, de la adaptación, tratándose sobre todo de las Letras Humanas, es de justicia observar de nuevo que el inteligente Profesor Manuel José Proaño trabajó con empeño

1) Dr. Julio Tobar Donoso; obr. cit. págs. 158.



decidido y constante, puesto que, en tales problemas, en nada cedía a los eminentes Profesores de la Politécnica. Así, pues, el admirable resurgimiento de la Segunda Enseñanza, muy perceptible ya desde 1870, se debe, en no escasa parte, a la competencia, abnegación y empeño del Padre Manuel José Proaño. (1)

Al reglamentar los estudios de la Segunda Enseñanza, con fecha 2 de Agosto de 1872, el Presidente de la República consignaba en ese Reglamento un hecho realizado ya desde mucho antes y le daba carácter legal, con las palabras siguientes: «Este Programa de enseñanza (el de los Colegios) debe observarse en todos los Colegios de la República, no pudiéndose disminuir ni las materias ni el tiempo de los

1) En un discurso, pronunciado ante selecta concurrencia quiteña, en Junio de 1866, se expresaba así el P. Proaño: «No es mío, Señores, determinar si he dado cima a tan ardua empresa [la de guiar a los jóvenes por la senda de la Belleza literaria]; mas si puedo congratularme con mis Superiores de haber puesto en juego todos los medios de que hemos podido disponer en este Curso, para abrir a nuestros alumnos la luminosa senda que debe conducirlos a la cumbre de la verdadera civilización y del progreso. Y para hablar con especialidad de la Clase de Literatura (que, como sabéis, es una escuela de nueva creación en este Colegio), designado por la Obediencia a dirigirla, he procurado cuidadosamente hermanar la perfección moral y religiosa de sus alumnos con el metódico desenvolvimiento de sus tiernas facultades.» Véase la publicación: *El Sud-Americano*.—Periódico semanal, político, literario, científico y noticioso.—Tím. 2.—Quito Julio 18 de 1866.—Núm. 17: pág. 138).—No dejaremos sin anotar lo relativo a la escuela de nueva creación en este Colegio, que dice el P. Proaño. Efectivamente: antes del advenimiento de la Compañía de Jesús al Ecuador en 1862, el Curso de Humanidades y Retórica no formaba parte del Plan de Estudios de la Segunda Enseñanza; los primeros elementos de Literatura se reservaban únicamente a los jóvenes que estaban en el 4.º año de Jurisprudencia, a los cuales se les explicaban muy de paso las lecciones de Hermosilla. «Por desgracia, dice el Dr. Julio Tobar Donoso, en su conocido trabajo histórico: *Garza Moreno y la Instrucción Pública* (pág. 3), tampoco este Decreto del 9 de Agosto de 1838, dado por Rocafuerte) abraza propiamente un conjunto de partes enlazadas entre sí, para que fuera completo el todo; y la enseñanza, aunque más bien organizada, siguió siempre mezquina, principalmente con respecto a lo que debía darse en las provincias, y siguió, como antes, sin comprender otros ramos que los conocidos, y aun estos con falta de una *Cátedra especial para conocer la lengua propia, aquella sin cuyo conocimiento previo no puede escribirse ninguna materia.*»

respectivos cursos, quedando siempre libre la Compañía de Jesús en seguir el sistema y los métodos particulares de su *Ratio Studiorum* aprobado por las leyes de la República.»

A este propósito, cuerdaamente anota el Sr. Dr. D. Julio Tobar Donoso, en su bien meditado trabajo histórico ya citado, que «el programa (con más rigor técnico llamaríamos *Plan de Estudios*) no era un ideal para el Gobierno; constituía únicamente un *minimum* exigible a todos los Colegios sin excepción alguna. Los Jesuitas, dotados de los mejores elementos enseñantes y de magníficos medios para la difusión del saber, rompían con justicia el marco del programa y daban a sus alumnos instrucción más amplia y profunda.» (1)

La observación es atinada y justa. Si quisiéramos señalar las causas de tal hecho, deberíamos reducirlas a dos principales: la libertad de acción que, dentro de del *Ratio Studiorum*, se concedía a los Jesuitas, y el que éstos, siguiendo sus más atinadas prácticas pedagógicas, procuraban la mayor extensión y la profundidad más asequible a su enseñanza por medio princi-

1) Ob. cit. pág. 160.—El perspicaz historiador trata de hacer un cotejo entre el Plan de Estudios impuesto por García Moreno y el actual, que nos trajo el Gobierno liberal de última hora. Sin dejar de conceder ciertas ventajas al actual, concluye el Señor Tobar diciendo que el de García Moreno «le supera, en cambio, por la sencillez y armonía, por su mayor valor pedagógico y por que realiza con plenitud y eficacia el ideal de la segunda enseñanza.» (Pág. 160) Con perdón del inteligente investigador, quizá podría decirse que no cabe cotejo alguno entre dos cosas totalmente desemejantes como son dos Planes de estudios, el uno esencialmente humanístico y el otro netamente científico; apto aquél para dar al joven la cultura propia del hombre, bueno éste para especializar las facultades del adolescente en determinados ramos del conocimiento humano. Por eso, el ojo avisador de nuestro historiador en referencia no pudo menos de observar que el Plan de 1872 realizaba con plenitud y eficacia el ideal de la segunda enseñanza. El gran error, el imponderable error del liberalismo ecuatoriano, al imponer a todos los Colegios ecuatorianos de Segunda Enseñanza su novísimo Plan de Estudios, en 1901, con aire aparatoso de progreso, consiste en haber pretendido dar a la juventud la especialización para un determinado ciclo de conocimientos científicos, sin antes haberle provisto de aquel grado de desenvolvimiento y robustez de sus facultades, absolutamente necesario para cualquier humano progreso.

palmente de las *Academias*, de que hemos hablado más arriba y en cuya dirección era *verdadero maestro* el P. Proaño.

Porque conviene notar aquí que este diestro educador, apenas tomó a su cargo la clase de Retórica en el Colegio de Quito, se ocupó activamente en la fundación y dirección de *Academias Literarias*, primero entre los alumnos y, poco más tarde, entre jóvenes ya salidos del Colegio y aun entre eclesiásticos que deseaban perfeccionar sus conocimientos de Literatura y llevarlos a la práctica por medio de la Composición.

He aquí, para confirmar nuestro aserto, cómo compendia y expone el fruto de sus investigaciones históricas el juicioso escritor, varias veces citado, en este punto: «La instrucción literaria era... objeto de predilecta atención por parte de los maestros: procurábase anhelosamente una amplia formación en las Bellas Letras, no sólo mediante el conocimiento de los Cánones de la Retórica, sino sobre todo por la lectura de los clásicos latinos y españoles, cuyas obras se estudiaban con esmero, procurando despertar de este modo el amor al noble arte de la forma, sin el cual el pensar no podría difundir eficazmente sus ideas... Por medio de las *Academias Literarias*, de los certámenes poéticos (1) y otros recursos tan excelentes como aquellos, los Jesuitas contribuyeron a depurar el buen gusto literario, y formaron una espléndida generación de jóvenes que más tarde dieron lustre a la Patria en el campo de la Gaya Ciencia.» (2)

1) Estos certámenes no son otra cosa sino periódicas manifestaciones que suelen hacerse ante un público selecto, del lento, asiduo y obscuro trabajo en las *Academias*.

2) Tobar Donoso; ob. cit. pág. 171.— ¡Cuán gratos y consoladores fueran los resultados inmediatos de la nueva orientación en los estudios literarios, y con cuánto gusto les mirase la Capital de la República, nos lo revela bien a las claras la opinión pública. Copiamos a continuación lo que uno de nuestros mejores literatos (D. Juan León Mera) escribía en el Núm. 56 de la *América Latina*, correspondiente al 11 de Mayo de 1867. Holo aquí: «Acto literario del 5 por la noche en el Colegio de los PP. de la Compañía de Jesús — No podemos dirigirnos al público sin entusiasmo y sin un justo placer, cuando tenemos que felicitarle por los adelantos de la juventud y por las



Entre tanto, había llegado el tiempo de que el joven profesor de Retórica en el Colegio de San Gabriel, Manuel José Proaño recibiese la ordenación sacerdotal. El Excmo. Sr. Arzobispo de Quito, José María Ríofrío, se había trasladado a Loja, una vez puesta su renuncia del Arzobispado; y en la Capital no existía Prelado que pudiera conferir las órdenes sagradas. Ventajosamente vino entonces de su ciudad

repetidas y espléndidas pruebas de aprovechamiento que ella va dando cada día, bajo la dirección de los Padres de la Compañía de Jesús.

El 5 por la noche la clase de Retórica, presidida por su maestro, el P. Manuel J. Proaño, sostuvo un examen lucido, en el que manifestaron casi todos los alumnos, talento, dedicación y aprovechamiento. Muchas veces hemos oído repetir a los niños y aun a los jóvenes, en ocasiones análogas a la presente, las reglas de retórica con toda la monotonía y el mal gusto de Hermosilla; porque debemos decir, en obsequio de la verdad, que en esta ciudad el texto y el método de enseñanza para este ramo no ha cambiado desde que ella se estableció hasta la presente; pero en el acto del 5 tuvimos el placer de oír a los jóvenes alumnos traducir fiel y elegantemente algunas odas morales escogidas entre las más hermosas de Horacio y una parte la 1.^a Égloga de Virgilio, aplicando oportuna e inteligentemente las reglas, sin recitarlas aisladas y sin embarazo en la práctica, como ha solido acontecer hasta aquí. El estudio de la literatura consiste más en el despertamiento del buen gusto, en la percepción de lo bello y del sublime, y en la placida impresión que causa en nuestra alma la enunciación poética o filosófica de un pensamiento, antes que en la simple repetición de las reglas; por esta razón jamás podrá hacerse con provecho un estudio puramente teórico, sin lectura de buenos modelos y sin un preceptor bien instruido, inteligente y de fino y exquisito gusto que haga notar a los alumnos las bellezas, la estricta observancia de las reglas y el tono viril y robusto de los clásicos antiguos; la pompa, riqueza de imaginación y bella originalidad de los primeros románticos y el tono épico, filosófico, grave y majestuoso de la musa cristiana. El P. Proaño ha seguido esta ruta y ha obtenido notables adelantos en los alumnos de la clase que dirige. Ellos manifestaron en reflejo las mismas cualidades que adornan a su Profesor; porque a más de la urbanidad y moderación que mostraron, dieron pruebas inequívocas de que iban formando un gusto literario lleno de hermosura, de sentimiento y de prudente respeto a las reglas y preceptos de la ciencia y de los maestros. Las estrofas que ellos señalaban en las odas y en la égloga que tradujeron contentan, ciertamente, rasgos y pensamientos dignos de elogio por la belleza y sublimidad; la aplicación que hacían de las reglas a medida que se iban presentando en las odas, prueba que no las sabían de

episcopal de Pasto, el Ilmo. Sr. José Elías Puyana. El fue quien, debidamente autorizado, confirió al joven Proaño las órdenes sagradas en los días 19 de Marzo, 27 del propio mes y 4 de Abril de 1864. (1)

Adornado con la excelsa dignidad de sacerdote, el P. Manuel José Proaño comenzó a ejercer los ministerios propios de su profesión, sin descuidar un punto las arduas tareas de profesor. Dotado como estaba de facultad oratoria, en grado nada vulgar, a los pocos días de su ordenación sacerdotal, subió a la cátedra sagrada y continuó, en el resto de su vida, haciendo oír su voz siempre sólida, siempre atractiva.

• He aquí la serie de escritos correspondientes a esta época de 1864 a 1871, año este último en que se

memoria únicamente y que el Profesor, constante en su buen método, las había impreso más en la inteligencia que en la memoria de sus alumnos, porque se había propuesto formar su gusto sin recargar inútilmente su memoria.

Otro de los grandes servicios que le deberá al P. Proaño la enseñanza secundaria en el Ecuador, es el renacimiento del estudio de los clásicos antiguos, que iba ya desapareciendo entre nosotros. Los perjuicios que ha causado la lectura de Zorrilla y de otros poetas modernos semifantásticos y de loca imaginación han sido de graves consecuencias en la América del Sur, porque los jóvenes han preferido ese vuelo libre y desarreglado de los líricos modernos al majestuoso y sublime lirismo de los clásicos antiguos. Ese nuevo género de poesía puesto en moda por Lord Byron e imitado bellamente por Espronceda había contribuido también a convertir la poesía (como dice Cermeno) *en un espectro aullador y temible*; era ya necesario que el estudio de los clásicos antiguos y modernos sirviera de pauta a la juventud para que no termine en la palabrería y confusión de Zorrilla, sin tener el talento suficiente para dorar los defectos de ese maestro.

El acto de que hablamos no tuvo, pues, para nosotros, otro defecto que el de la brevedad; porque el encanto con que lo escuchamos hizo pasar rápidamente las horas; pero había necesidad de llenar todas las exigencias y los gustos; por eso hubo hermosos entre actos en los que el cauto entreteuvo dulcemente al auditorio

.....
Podemos felicitar a los Padres de la Compañía de Jesús en general, y particularmente al P. Rector y al Profesor de Retórica, a nombre de todo el pueblo quiteño porque, perteneciendo nosotros a él, conocemos sus verdaderos sentimientos y sabemos el aprecio, respeto y agradecimiento general que él les profesa, a pesar de la envidia que les calumnia.

1) Véanse las letras testimoniales de las sucesivas ordenaciones de subdiácono, diácono y presbítero, existentes aún en el Arch. privado S. J. — Quito.

trasladó al Colegio de San Felipe Neri en la ciudad de Riobamba.

7.— ESCRITOS INEDITOS: *a)* Sermón sobre la misericordia de María Santísima. (Predicado en Quito, durante el mes de Mayo de 1864.)— *b)* Sermón sobre la Oración de N. Señor en el Huerto. (Predicado en Quito, en el mes de Mayo de 1864.)— *c)* La Inmaculada Concepción de María.— Panegírico. (Predicado el 8 de Diciembre de 1865 en Quito.)— *d)* Sermón sobre el Misterio de la Santísima Trinidad. (Predicado en Quito, en la festividad de Marzo de 1865.)— *e)* Panegírico de Santa Teresa de Jesús. (Predicado en Quito, el 15 de Octubre de 1866.)— *f)* Sermón Moral sobre el Infierno. (Predicado en Quito, durante el mes de Abril de 1866.)— *g)* Sermón Moral sobre la Gloria. (Predicado en Quito, en el mes de Abril de 1866.)— *h)* Sermón Moral sobre la necesidad de corresponder a la divina gracia. (Predicado en Febrero de 1866.)— *i)* Exhortación sobre la gracia actual. (Predicado en Mayo de 1867.)

8.— PUBLICACIONES: *a)* Discurso leído al finalizar el año escolar de 1866. (5 de Julio en el Colegio San Gabriel de Quito.)— *b)* Panegírico de San Ignacio de Loyola. (Predicado en Quito, en el templo de la Compañía de Jesús, el 31 de Julio de 1866.)— *c)* Oración Fúnebre del Excmo. Señor General Don Juan José Flores, fundador de la República Ecuatoriana, su Primer Presidente y General en Jefe de sus ejércitos. (Discurso pronunciado en la Catedral de Quito, el 26 de Noviembre de 1866.)— *d)* Sermón sobre las Siete Palabras de Cristo en la Cruz. (Predicado en el templo de la Compañía en Quito— 1871.)

Todas las piezas señaladas con el NÚMERO 7 han sido transcritas del original a máquina, en papel de 27 x 21 y constan de las siguientes fojas: a) 18; b) 24; c) 25; d) 83; e) 19; f) 15; g) 20; h) 31; i) 10.

Las publicaciones del NÚMERO 8 aparecieron en la forma siguiente: a) en EL SUD-AMERICANO, periódico semanal, político, literario, científico y noticioso.— Trim. 2.— Quito, Julio 18 de 1866.— Núm. 17; págs. 137-139.— b) Se publicó en folleto especial, de 18 págs. de texto y 2 de portada. Se imprimió en Quito, en la imprenta de Rivadeneira, año de 1866.— c) Comprende la ORACIÓN FÚNEBRE las págs. 40 a 56 del folleto: CORONA FUNERARIA DEL

PADRE DE LA PATRIA.— Quito, Imprenta de Manuel Rivadeneira.—1866.—d) Apareció en folleto de 28 págs. y en formato de $19\frac{1}{2} \times 15$, con este título: «Sermón sobre las Siete Palabras de Cristo en la Cruz»—predicado en el templo de la Compañía de Jesús de esta Capital—por el R. P. Manuel José Proaño de la misma Compañía.—Quito—Imprenta de Manuel V. Flor, por Julián Mora—1871.

De los discursos *inéditos*, predicados todos en la ciudad de Quito, daremos unas breves noticias. En el primero a) demuestra que *la misericordia de María es universal*, pues ella es, en el orden la gracia, *el alivio de todas nuestras miserias y el remedio de todas nuestras dolencias*. El Orador reduce a tres las grandes miserias que aquejan al hombre en esta vida: ignorancia y error del entendimiento, inconstancia y volubilidad del corazón, y, como consecuencia de ambas, el pecado. Después de probar sólidamente estas verdades, hace ver cómo María acude bondadosamente al remedio de ellas. Sólido y regular en todas sus partes, no tiene este discurso recomendación especial. Debe sí advertirse que el P. Proaño, en este discurso, acude, y con frecuencia, para reforzar su argumentación a los Santos Padres de la Iglesia: signo evidente de los avances de la oratoria de Proaño y fruto exquisito de los extensos estudios teológicos que acababa de terminar.

El sermón sobre la Oración de N. Señor en el Huerto b), en sí mismo considerado es impecable y lleno de afecto; conjunto de consideraciones piadosas y mosaico de cuadros bien trazados; pero, si se lo considera con relación al tiempo en que se lo predicó — el mes de Mayo — y a la ocasión del mismo — celebrar a María — nos parece del todo inoportuno. Ciertamente es que el Orador hace prodigios de ingenio para ver de acomodar ese tema a las circunstancias, pero se nos figura que no alcanza a justificar su intento ni menos a desvirtuar la idea de la inconveniencia.

Con un bello exordio *ex-abrupto* da comienzo el P. Proaño a su panegírico de la Inmaculada Concepción. c) Se propone demostrar el dicho de S. Juan

Damasceno: «*La Concepción Inmaculada de María levantó y restableció perfectamente nuestra descendencia caída y degradada.*» Para ello, valiéndose de una bella antítesis, pinta primero, con salientes colores, la postración en que, por el pecado, estaba sumido el linaje humano; pasa en seguida a demostrar la alteza a que fue elevado, en María Inmaculada, con la exención de la culpa original, con la extinción de la concupiscencia, en fin, con la plenitud de gracias. En estos tres puntos se detiene el Orador y, valiéndose del raciocinio sólidamente teológico, explica esos tres grandes privilegios de la Madre de Dios. Por la unidad del plan, por lo profundo del raciocinio, por el constante y bullidor afecto que se desparrama por toda la pieza oratoria, en fin, por el redondeado y amplio estilo, junto con el lenguaje puro y castizo, el presente discurso pertenece al acervo de aquellas grandes piezas oratorias que contribuyeron a granjear al P. Proaño el merecido título de *Orador notable* entre los buenos de la época.

Una de las prendas genuinas del verdadero Orador consiste, sin duda alguna, en saber colocarse en el plano que requieren el asunto de que trata y las circunstancias que le rodean. El P. Proaño fue en este punto, verdadero maestro. Buena prueba de ello tenemos en el *Sermón sobre el misterio de la Santísima Trinidad* d). Cierta sublime grandeza domina todo el discurso: el orador se siente como anonadado y perplejo ante la misteriosa sublimidad del asunto; su inteligencia como que flaquea ante sus propias fuerzas, pero se eleva lenta y paulatinamente, sostenida por la gracia, hasta las esferas del misterio; la lengua, torpe en un principio para expresar verdades situadas muy por encima de lo humano, se siente ágil al manejar el idioma de la fe. Ya desde el exordio, el Orador expresa ingenuamente su temor reverencial. No es, pues, admirable que este discurso, netamente teológico, no esté al alcance de inteligencias poco avezadas al raciocinio. De cuantos sermones conocemos del P. Proaño este es el más teológico y de menos arranques oratorios, más doctrinal que afectivo.

Por repetidas ocasiones tuvo que hacer el P. Proaño el panegírico de Santa Teresa de Jesús; éste e) de 1866 es el primero que compuso acerca de la Doctora Mística española. En él la pinta como «*la mujer fuerte que buscaba Salomón en los últimos confines de la tierra.*» Este elogio es una ingeniosa imitación del que S. Gregorio de Nazianzo hizo de su santa Madre Nonna; por eso considera en la Virgen de Avila «su piedad para con Dios; su industria y diligencia para con los suyos» Tal es la *proposición* del discurso, dividido en las dos partes que de ella espontáneamente se desprenden. Contemplada la Santa desde este doble punto de vista, el Orador recorre el largo curso de su vida haciendo ver en toda ella la realización de aquel doble carácter. Hay en todo el panegírico vigor, animación, rapidez y afecto; pero quizá—porque el objeto no le permitiera—faltan en él las grandes concepciones y los nobilísimos arranques que son las bellas prendas que adornan otras producciones del P. Proaño.

En el *sermón moral sobre el infierno* f) trata especialmente de la pena de daño, cifrado en la privación de todos los bienes sobrenaturales de la gracia, del Creador en sí mismo y del abandono de Dios a la criatura réproba.

Al día siguiente de predicado el anterior sermón, con el cual dejó medio aterrados a sus oyentes, sube el P. Proaño a la sagrada Cátedra y les habla de los goces del Cielo, en un *Sermón sobre la gloria* g). La antítesis entre el uno y el otro es sorprendente: grave y sombrío el primero, alegre y gozoso el segundo; aquél lento y aun pesado en la marcha, éste rápido en su curso y lleno de movimiento.

h) El primer Domingo de la Cuaresma de 1866, hablaba el P. Proaño a su auditorio acerca de «*la necesidad absoluta que tenía de corresponder, con toda fidelidad, a la divina gracia.*» Para ello induce a sus oyentes a que piensen acerca de los dos puntos siguientes, que constituyen las dos partes de su discurso: *la gracia divina en su eficaz actividad, y la*

gracia divina en los funestos resultados que nos acarrea el abuso o menosprecio de la misma.

Con amplitud y verdadera belleza expone la conversión de la Samaritana. Este pasaje es un modelo maravilloso no sólo de argumentación sino también de amplificación oratoria *ab exemplis* y que llena toda la segunda parte. (Véase en el Apéndice, número V.)

i) Apoyado nuestro Orador en las palabras del Apóstol: «*Gratia autem Dei sum id sum, et gratia ejus in me vacua non fuit*», prueba a sus oyentes (en el sermón sobre la gracia actual) que en esas palabras se contiene una condenación de nuestra presunción y al mismo tiempo de nuestra culpable negligencia. Breve es este sermón; pero es mucho más contorneado en el conjunto, que el precedente; la argumentación es más perceptible y vigorosa.

Digamos dos palabras acerca de las cuatro *Publicaciones* que se pusieron más arriba, (Nº 8) dejando a nuestros lectores la satisfacción de saborearlas por medio del análisis, ya que todas esas tres piezas corren impresas en variedad múltiple de folletos.

El *Discurso* pronunciado al finalizar el Curso escolar de 1866, es un brote de exquisita cultura por parte del P. Proaño ante los aplausos que los concurrentes prodigaron a los alumnos de Literatura en el Colegio San Gabriel. Algunos pasajes hemos copiado más arriba; (1) como es fácil advertirlo, la pieza tiene un corte netamente *académico*.

Con el afecto de hijo fiel y amante, celebró el P. Proaño, desde la Cátedra Sagrada, las glorias de S. Ignacio de Loyola, el 31 de Julio de 1866. Es el primero de los magníficos discursos que corren impresos. Profundamente conocedor del asunto y reuniendo en un solo y precioso haz a S. Ignacio y a su magistral obra, la Compañía de Jesús, el Orador demuestra que «*Ignacio siempre perseguido y su Compañía siempre combatida por el mundo, prueban, de un modo irrefragable, la legitimidad de su misión y la divinidad*

1] Véanse las Notas de las págs. 25 y 31.

de su apostolado. Tema, como es fácil ver, profundamente cristiano y altamente consolador. Al desarrollarlo en dos partes, no hace otra cosa el P. Proaño sino recorrer, con rapidez vertiginosa y valiéndose de cuadros llenos de animación, tanto la vida del santo Patriarca, como la historia de la Compañía. Dignos de estudio son las grandiosas amplificaciones acerca del celo de Ignacio (págs. 8 y 9), y acerca de los padecimientos de la Compañía [págs. 12, 13 y 14]. En el Apéndice, Núm. VI, podrán los lectores darse cuenta del *Exordio*, que nos parece modelo en su género.

En Noviembre del mismo año de 1866, con ocasión de depositar en la Catedral de Quito los restos del General Juan José Flores, muerto en 1864, el Padre Proaño, ligado al General y a su dignísima familia con lazos de amistad estrecha, tuvo la *Oración Fúnebre* mirándole como al PADRE DE LA PATRIA, puesto que *él la fundó, él la sostuvo y, con su lealtad y constancia hasta la muerte, él nos la legó.* A juzgar sólo por la proposición sentada y por su distribución en partes, parece que el discurso, antes que *sagrado*, debía resultar *patriótico*; pero la elevación del P. Proaño y su carácter sacerdotal hicieron que tal elogio tomara un matiz netamente sagrado. En el hecho del nacimiento del Ecuador ve el P. Proaño un acontecimiento guiado por la Providencia, y al creador de esta nueva nacionalidad lo conceptúa como un hombre providencial, adornado por Dios largamente con espléndidos dones para la realización de sus eternos designios. Desde este punto de vista, desfilan ante los ojos de los oyentes las prendas de aquel héroe notabilísimo.

d) El Sermón sobre las siete Palabras de Cristo en la Cruz, es un brote de ternura exquisita: desde el *Exordio*, el Orador se muestra hondamente conmovido por efecto de la meditación a que se ha entregado sobre aquel espectáculo triste al par que grandioso: Jesús, el amantísimo Jesús, en tormentos sobre un crucifijo. Ese afecto de ternura no abandona al Orador sagrado durante todo el tiempo que permanece oyendo «las postreras lecciones del

Maestro de la verdad y de la vida. > Tal es el lazo de unión que da a las siete palabras pronunciadas por Jesucristo en la cumbre del Calvario.

En la exposición de cada una de esas palabras se ciñe el Orador a las explicaciones obvias dadas por los escritores ascéticos y deduce de ellas no sólo afectos de amor hacia Jesucristo sino también breves enseñanzas de virtud para los oyentes.

Patética sobre manera es la conclusión; a ella ha conducido diestramente el Orador a sus oyentes.

*
* *

La catástrofe lamentable de Ibarra, destruida casi en su totalidad, por el terremoto del 15 de Agosto de 1868, y la intervención heroica de la caridad de García Moreno en la reedificación de la nueva ciudad, conmovieron el corazón del P. Proaño y arrancaron a su lira una composición, de la cual sólo hemos podido obtener unas cuantas estrofas, no destituidas de inspiración poética y repletas de sentimiento. Evidentemente es obra inconclusa.

Durante todo el año de 1869, se eclipsa totalmente la actividad externa del P. Proaño; no se conserva ninguna huella de su predicación ni de su magisterio; no encontramos ni sermones ni poesías ni otro ningún género de escritos de aquella época. Esto se explica fácilmente teniendo en cuenta que los hijos de la Compañía, una vez terminados sus estudios eclesiásticos y recibidas las órdenes sagradas, por espacio de un año completo, se dedican a dar a su espíritu los últimos y definitivos toques antes de salir a ocuparse preferentemente en los ministerios espirituales con los prójimos. Esto es lo que se llama *el año de tercera probación*.

El P. Proaño hizo este último experimento que la Compañía de Jesús exige de sus hijos, en el mismo Colegio de Quito, atendiendo casi exclusivamente a la mayor santificación de su alma, en una especie de *noviciado*, entregado a la soledad y al retiro.

Terminado este último experimento y satisfechos los Superiores de la Compañía con la intachable y

religiosa conducta del P. Proaño, reconocieron en él las prendas que deben adornar al genuino hijo de San Ignacio de Loyola, y le concedieron la más alta recompensa que suele dar la Compañía a sus hijos que, durante el largo tiempo de formación, han atesorado la *Ciencia* y la *Virtud* exigidas por el Instituto. Esta recompensa es la *profesión de cuatro votos*. Emitióla el P. Proaño en el templo de la Compañía en Quito, el día 2 de febrero de 1870. Con ella quedaba definitivamente incorporado en el ejército de Ignacio de Loyola y podía—si la Obediencia se lo mandaba—ejercer los más elevados y espinosos cargos dentro de la Orden. (1)

Cobrando nuevos bríos el P. Proaño y extendiendo poco a poco el radio de su acción apostólica y cultural, acometió, por esta época, una empresa de provecho inmenso para la iglesia ecuatoriana. Unos cuantos jóvenes eclesiásticos, entre los cuales se distinguían los señores Arsenio Andrade, Juan de Dios Campuzano y Arsenio Suárez, aquilatando el mérito literario del P. Proaño, se le unieron en fina y estrecha amistad y le tomaron como a su director espiritual y juntamente maestro en el arte de escribir.

Haciéndose el P. Proaño, a imitación del apóstol San Pablo, *todo para todos*, juntó a esos jóvenes eclesiásticos en una especie de *Academia* o *Círculo Literario* para adelantarlos tanto en espíritu como en conocimientos principalmente literarios. Esta actividad, ejercitada a ocultas de las miradas ajenas, por la ingénita modestia del Director, no pudo menos de ser provechosa en alto grado, como se vino a conocer cuando, alejado de Quito el P. Proaño, aquellos jóve-

1) Consérvase aún (*Arch. S. J. Quito*) la fórmula de la profesión emitida por el P. Proaño, escrita de puño y letra del mismo Padre.—Con ese motivo, el Sr. Belisario Peña, sincero amigo y poco después colega en trabajos literarios del P. Proaño, le dedicó una *Poesía*, pulcra y elegante como todas las del *poeta-teólogo* de Colombia. Conservábase inédita, durante mucho tiempo, esa bella poesía hasta que se publicó, por la vez primera, en 1912, en el libro: *Composiciones Poéticas del Señor Don Belisario Peña....* Quito, 1913; pág. 307.—Más tarde, en 1914, con motivo de las

nes eclesiásticos lamentaron su ausencia y con ella los bienes que habían perdido. Semanalmente se reunían los sacerdotes, en número de 8 a 10, bajo la dirección del Jesuita; se entregaban primero a piadosas prácticas de religión, oían la fervorosa plática del Director y recalentaban el espíritu sacerdotal. En seguida se dedicaban a ejercicios de composición literaria y a la práctica de la Elocuencia sagrada. Es claro que, con un guía tan atinado e inteligente como el P. Proaño, era por extremo visible el provecho que iban sacando de esa Academia los jóvenes eclesiásticos. Pero lo que más encanta en esta actividad del Jesuita quiteño es el profundo silencio que acerca de ella guardó durante toda su vida; si no fuera por las cartas íntimas de aquellos jóvenes sacerdotes (cartas encontradas después de la muerte del P. Proaño), tan hermosa actividad habría pasado totalmente desapercibida. (1)

Brillante fue la época de 1864 a 1871, durante la cual el P. Proaño hizo su primera estadía en Quito: religioso de observancia regular esmerada, lleno de celo por la gloria de Dios, y ampliamente dotado por la naturaleza con preciados dones de inteligencia, corazón y trato amable, hubo de lanzar en torno suyo fulgores de virtud y ciencia, granjeándose el aprecio y veneración de las gentes. Pero Dios, en su admirable Providencia, permitió que esta misma gloria fuese ocasión de no pequeños padecimientos para el P. Proaño y de llevar adelante los secretos designios del Altísimo.

Cuando más empeñado estaba este fiel siervo de Dios en adelantar la divina gloria, rodeado de inmensas y poco usadas consideraciones, gozando de singu-

Bodas de oro sacerdotales del P. Proaño, se reprodujo esa poesía en la pág. 159 del folleto: *«Bodas de Oro del R. P. Manuel José Proaño S. J.»*—1864-1914.—Tipografía de la Prensa Católica-Quito, Ecuador. »

1) Véase la interesante carta del Rdo. Sr. Juan de Dios Campuzano al P. Proaño, escrita en Quito, con fecha 6 de Septiembre de 1861, y dirigida a Riobamba, en donde se encontraba dicho Padre. (*Arch. S. J. Quito.*)—Oficialmente se denominó ese grupo

lar prestigio y aureolado de viva luz por su saber y religiosas virtudes, vino a enturbiar su horizonte la negra sombra de la sospecha acerca de su humildad, cerco diamantino que debe adornar la virtud del jesuita. (1)

Los Superiores de la Compañía, bien penetrados de la inanidad de las acusaciones, conociendo a fondo las sólidas virtudes de su súbdito, pero deseosos de que la menor sombra no viniese a menguar el brillo de la Orden, ni atenuarse el fulgor religioso de su querido hijo, optaron por alejarle de Quito para que sus calumniadores reconociesen lo infundado de las sospechas y reluciera más la modestia del P. Proaño. Salió, pues, de Quito, a la más pequeña insinuación de sus Prelados, y a muchos pareció que se iba lejos del espléndido teatro de sus actividades *como en desierto*. El heroico religioso no puso reparo alguno a la orden de sus Superiores ni dijo una palabra; obedeció sin demora y se trasladó a la ciudad de Riobamba,

«Asociación Eclesiástica de los Sagrados Corazones de Jesús y María» Esta Asociación dio a la pública luz el *Sermón sobre las Siete Palabras*, con esta delicada advertencia: «Al hacerlo, se congratula sobremanera de haber dado con una ocasión oportuna para ofrecer al Jesuita quiteño, el R. P. Manuel José Proaño, virtuoso y sabio Director de la Asociación, un tributo de gratitud por su ferviente celo, y un testimonio del justo aprecio que hace de sus luces y elevada inteligencia» (Véase el *Sermón sobre las Siete Palabras*... en el reverso de la cubierta.)

r) Por comunicaciones íntimas y por diversas fuentes pudimos cerciorarnos de que ciertas gentes envidiosas llegaron a acusar al P. Proaño ante los Superiores de ésta, como si su digno súbdito estuviera ambicionando el Arzobispado de Quito; cosa tan ajena del genuino hijo de la Compañía, tanto más cuanto que los más egregios jesuitas hacen voto de no pretender tales honores ni dignidades y admitirlas sólo obligados, bajo pena de pecado mortal, por el único que a ello puede obligarlos, el Vicario de Cristo sobre la tierra. Tratándose del P. Proaño, aquella sospecha era tanto más infundada, cuanto que tal cosa reñía con su carácter de modestia ingénita, de elevación alta y sobrenatural en sus miras y de profundo desprecio de cuanto los hombres del mundo concebían honores y preclás. El P. Proaño, como hijo genuino de la Compañía de Jesús, sólo apetecía el *Supremo honor de la Cruz de Cristo*. Esos eran sus arraigados sentimientos; recórrase el Panegírico de San Ignacio de Loyola, predicado el 31 de Julio de 1866, donde reflejó de manera por extremo fiel el sentir de su alma.

teatro ciertamente demasiado estrecho, en aquella época, para sus apostólicos afanes. (1)

En otra parte (2) hemos expuesto los planes maravillosos que la Providencia había tenido sobre el P. Proaño el llevarle a la ciudad de Riobamba; aquí diremos únicamente que, en esa ciudad, recibió del cielo, gracias a su cooperación, la admirable misión de ser él instrumento apto, en las manos de Dios, para la realización del acto religioso-político de mayor trascendencia en la historia de la Nación Ecuatoriana durante todo el siglo XIX: *la Consagración canónica y oficial de nuestra República al divino Corazón de Jesús.*

* * *

Por ahora nos interesa conocer la actividad literaria del P. Proaño desde 1871 hasta 1874, época durante la cual se mantuvo en el Colegio San Felipe Neri de Riobamba, excepto una corta ausencia para estar, por pocos meses, en la ciudad de Cuenca.

En Riobamba empezó la enseñanza de la Filosofía dictando las clases de Lógica y Ética, lo mismo

1) Justo es que dejemos constancia, en este lugar, de un rasgo de religiosidad y delicadeza del P. Proaño: para evitar molestias e importunidades a los Superiores, al irse a Riobamba, a nadie ni a sus mismos padres manifestó que su ausencia de Quito iba a ser definitiva. Sólo después de su llegada a Riobamba dio a conocer la resolución de sus Superiores. Por su parte los cristianos y virtuosos padres de Proaño, a pesar de las instancias que otras personas hacían para el retorno del jesuita quiteño a la Capital, prefirieron llevar en paciencia el duro golpe. En carta del 2 de Agosto de 1871, don Jacinto Proaño comunicaba a su hijo Manuel José que el Excmo. Sr. Arzobispo estaba haciendo todo lo posible con el R. P. Visitador de los Jesuitas para que le trajesen de nuevo a Quito; «nosotros-agregaba en la misma carta—ya debes suponer que guardamos la circunspección de verdaderos padres tuyos para no comprometernos, asegurando que estamos resueltos a sufrir con paciencia lo que nos sobrevenga.» (Arch. S. J. Quito.) Como en tales casos suele acontecer, los comentarios eran variadísimos; llegó a decirse que el P. Proaño estaba destinado a las misiones del Napo.

2) Véase el libro «La Consagración de la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús.—Rasgos Históricos por el R. P. José Félix Heredia S. J.—Quito-Ecuador, 1935 —Editorial Ecuatoriana»; págs. 201-210.

que había hecho ya en el Seminario de Guatemala y en el Colegio Nacional de Bogotá. Aun se conserva el recuerdo de aquellas espléndidas clases dictadas por el diestro Profesor quiteño, y si hemos de juzgar del maestro por sus aprovechados discípulos, habremos de decir que la acción del P. Proaño en el Colegio-Seminario de Riobamba debió ser profunda y apreciable. Discípulos suyos fueron los Chiribogas (Pacífico y Benjamín), los Dres. José María Flor de las Banderas, Julio Antonio Vela, Pacífico Villagómez y otros más, que sirvieron con honor a la causa de Dios y de la Patria.

Entre los escritos de aquella época, además del *Curso de Filosofía Escolástica* de que hablaremos más tarde y cuyos *primeros apuntes* tuvieron su comienzo en la ciudad de Riobamba, debemos enumerar los siguientes:

9.—PIEZAS INEDITAS.-- *a*) Sermón en la festividad del dulcísimo Nombre de Jesús. (Predicado en Riobamba, el 1º de Enero de 1871) *b*) Cristo y Pío IX.—(Poesía escrita en Junio de 1871, con motivo de la invasión de los Estados Pontificios.)—*c*) La Protesta de García Moreno contra la usurpación de los Estados Pontificios. (Poesía escrita en Junio de 1871.)—*d*) Pío IX a la República del Ecuador. (Poesía escrita en la misma fecha.)—*e*) Sermón sobre la muerte. (Predicado en Riobamba, el miércoles de Ceniza en 1871.)—*f*) En el cumpleaños del P. Luciano Navarro, Rector del Colegio San Felipe. (Riobamba, Julio 6 de 1872.)—*g*) Sermón de Acción de gracias. (Predicado en Riobamba, el 31 de Diciembre de 1872.)—*h*) Sermón predicado en la Octava del Corpus. (Riobamba, 7 de Junio de 1872.)—*i*) Parénesis con motivo de la colocación de la primera piedra del templo de San Alfonso María de Liguorio en la ciudad de Riobamba. (Noviembre 9 de 1872.)—*j*) Panegirico de la Beata Mariana de Jesús. (Predicado en Riobamba, el 23 de Mayo de 1873.)

10.— ESCRITOS IMPRESOS: *a*)—A María en la Anunciación.—Himno. (Compuesto en Riobamba y publicado en la misma ciudad, en Marzo de 1873.)—*b*) Novena al divino Corazón de Jesucristo, especialmente redactada para la República del Ecuador. (Folleto impreso en Riobamba, Imprenta del Colegio por José A.A.—1874.)

11.—PIEZAS VARIAS: a) — Conferencia sobre la Fe. (Colegio-Seminario de Cuenca, 27 de Octubre de 1862.)—
b) Panegirico predicado en las fiestas de la Beatificación del Bienaventurado Pedro Fabro de la Compañía de Jesús. (Quito, 12 de Mayo de 1874.)

De las piezas inéditas la primera a) es el *Sermón del dulcísimo nombre de Jesús*; con él inició el P. Proaño sus actividades sacerdotales en Riobamba, el 1º de Enero de 1871. Vivamente conmovido el P. Proaño, como lo estaban todos los católicos del mundo, por la reciente pérdida de los Estados Pontificios y las consiguientes humillaciones del Pontificado, levanta sus ojos al cielo y convida a sus oyentes a ver en Jesucristo *«la solución más satisfactoria de las dificultades que puede la razón humana oponer contra la providencia con que el Señor gobierna a su Iglesia.»* Sin salirse de su tema: el santo nombre de Jesús, gracias a un profundo y hábil manejo de la Sagrada Escritura, el Orador logra efectivamente calmar las dudas, deshacer las dificultades y serenar los ánimos en las graves tribulaciones que Dios había enviado a la Iglesia por aquellos años. Es notable, en este sermón, la habilidad que muestra el P. Proaño en las *amplificaciones*.

Esta misma idea, la invasión de los Estados Pontificios por el Rey de Saboya, idea que dominó por algún tiempo la mente del P. Proaño, inspirele la poesía b): *Cristo y Pío IX*. Evidentemente esta composición, hecha en horas de descanso de más serias ocupaciones y como para desahogo de la honda conmoción que le produjeran los triunfos de la injusticia, no recibió la última mano; es como la primera redacción del trabajo. Lleva correcciones y enmendaduras de la propia mano del autor. Es valiente y contiene versos de magistral factura.

El acto nobilísimo con que el Sr. Dr. Gabriel García Moreno protestó oficialmente por las injusticias del Rey piamontés, Victor Manuel, contra su Santidad Pío IX, conmovió el sentimiento del P. Proaño y, dominado de nobles afectos, escribió asimismo en borradores, las dos piezas poéticas: *La Pro-*

testa de García Moreno....y Pío IX a la República del Ecuador. Dulces afectos y pensamientos delicados contienen ambas poesías; son, pues, dignas de que la posteridad las conozca. Por eso las publicamos por la vez primera en el Apéndice N^o VII.

El *Sermón de la muerte* dista mucho de las vulgaridades que acerca de tal tema suelen oírse en nuestros púlpitos; Proaño, hombre original aun en lo ordinario, ve en la práctica religiosa de la ceniza del Miércoles que da principio al tiempo cuaresmal, *el sacramento de nuestra inmortalidad*. Por desgracia, ciertas disquisiciones de escuela acerca de la materia y de la forma del sacramento vienen a retardar los vuelos oratorios. Por lo demás, la solidez de los pensamientos es notable. Un bello ejemplo de *narración oratoria* tomamos de este sermón y lo insertamos en el Núm. VIII del Apéndice, como uno de los mejores modelos en su género.

Para festejar el cumpleaños de un Rector de Colegio escribió el P. Proaño una ligera y bella composición *f)*, en la que se advierte cómo de un asunto baladí se eleva a consideraciones elevadas y altamente morales.

Notable es, por muchos conceptos, el *Sermón de acción de gracias g)*, predicado a fines de 1872. El Orador desarrolla el pensamiento de que «*con ningún otro pueblo había hecho el Señor lo que con el Ecuador.*» Demuestra, con los hechos realizados, al rededor de ese año, que en el Ecuador había *paz, libertad verdadera y progreso*; que, a la sombra de la paz y gracias a esa libertad, la virtud cristiana refluorecía; en fin, heshace ciertas objeciones relativas al asunto tratado. Fácil era, al tocar tales tópicos, convertirse en un tribuno de la plebe; el elevado concepto que el P. Proaño tenía de la Cátedra sagrada le hace huir de todas las vulgaridades y trata el asunto desde un punto de vista muy encumbrado.

Con idéntico tino aleja el P. Proaño de su discurso el tinte que hubiera podido tomar de la llamada *política*, tan candente, por desgracia, en todo el tiempo de nuestro vivir republicano. He aquí la razón

que para ello aduce, en este mismo sermón, la cual nos explicará esa total abstención de la política partidista, que fue para el P. Proaño la regla invariable de toda su vida: *«De propósito, Oyentes míos, no hablo del elemento político; porque ni en el púlpito se debe hablar de política, ni la política de nuestro siglo merece ser asunto de conversación entre gente honrada, siendo como es la consumación de la iniquidad, y el gran pecado que sepultará en ruinas pavorosas a las naciones que han tenido la osadía de desafiar a Dios.»* (1)

La tierna devoción del *Octavario del Corpus* celébrase en Riobamba desde tiempo inmemorial y de modo espléndido. Para que predicase en uno de esos días, precisamente en el de la octava, convidaron al P. Proaño, hacia el año de 1872 y cuando éste traía en mientes alejarse del Ecuador. (2) Como quien, desde

1) Con imparcialidad recomendable y con acierto digno de aplauso, el diario quiteño *El Día*, en un artículo dedicado a conmemorar el *primer centenario* del nacimiento del P. Proaño, escribía las frases siguientes: «*El Día*, en ejercicio de la justicia que le es característica, se adhiere, pues, al centenario del nacimiento del Padre Proaño, honor de la literatura nacional, dejando constancia de que lo que más admira en el eminente ecuatoriano es el hecho de que él haya sido, ante todo y sobre todo, un apolítico: un hombre que nunca llevó sus ideas ni sus doctrinas al campo de ciertas luchas despiadadas» (*El Día*-Año XXII-Quito-Ecuador Miércoles 17 de Abril de 1935.-Núm. 7533). He ahí una confesión llena de sinceridad y fiel reflejo de los hechos. Ahora bien: si la Compañía de Jesús, en sus elementos más representativos y más influyentes, como el P. Proaño, son apolíticos (habrá lógica, habrá sinceridad en afirmar como tantas veces se oye en labios de gente hasta cierto punto culta—que los jesuitas andan metidos en política....? Reflexiónese alguna vez serenamente y a base de hechos y no guiándose por necios prejuicios sin fundamento, y se persuadirá cualquiera a qué enormes dislates y aun calumnias arrastran la ligereza y la precipitación en el hablar.

2) Estando en Riobamba y de modo repentino, atacole al P. Proaño una debilidad bastante pronunciada del organismo; resultó que sufría de *ictericia* a juicio de los médicos. Con ese motivo pidió el Padre alejarse del Ecuador y se ofreció para ir a la ciudad de Huánuco en el Perú, en donde debía enseñar Teología a los Seminaristas. Ventajosamente el mal desapareció pronto y se deshizo el viaje fuera de nuestra República. Por eso, sin duda, en el sermón del *Octavario del Corpus* dice así: *«Tal vez el Señor me llama a otras regiones para contemplar desde lejos la gloria singular del pueblo ecuatoriano»*

la cumbre de elevado monte, lanza una mirada escrutadora sobre el valle que se extiende a los pies, así el Orador echa una mirada sobre el Ecuador y exclama: «*Gloria es, Señores, muy especial del pueblo ecuatoriano haberse convertido en teatro magnífico de las más espléndidas manifestaciones de la Divinidad.*»

El Orador prueba que esto es verdad porque la Eucaristía ha hecho su morada en el Ecuador, pues en él se la acata socialmente, reinan la caridad y la justicia y florecen las virtudes cristianas. Plan sencillo pero cuya ejecución se realiza con amplitud y, sobre todo, con verdadero afecto.

Sobre los escombros del derruido templo de San Agustín en la ciudad de Riobamba, la piedad de los hijos del Chimborazo resolvió construir otro templo para que en él ejercitasen sus ministerios sacerdotales los Padres de la Congregación del Santísimo Redentor, vulgarmente conocidos con el nombre de *Redentoristas*.

Al colocarse la primera piedra de ese templo, el 9 de Noviembre de 1873, el P. Proaño habló al apilado concurso y le dirigió la *Parénesis* o Exhortación arriba indicada. i) En tal ocasión desarrolló esta idea: «*El Catolicismo edifica, así como la impiedad destruye.*» Con calor siempre creciente y sin desviar la mirada de la obra magnífica cuya iniciación tenía delante, ensalza el celo de los PP. Redentoristas y su abnegación; descubre, en arrebatadoras amplificaciones, las grandezas del templo católico, y pondera los beneficios de la paz social, a cuyo amparo se va a levantar el grandioso templo. Pieza es ésta de suyo corta, pero lleva todo el calor, la animación y vida de una improvisación fogosa.

Como es natural, en repetidas ocasiones tuvo que hacer el P. Proaño el panegírico de la Beata Mariana de Jesús, según iremos viendo. El que predicó en Riobamba el 23 de Mayo de 1873 fue el primero de ellos. j). Hablaba a las fervorosas *Hijas de María* de la Congregación establecida en la iglesia de San Felipe; por eso, en su discurso, propone a Mariana de Jesús como el modelo más próximo y acabado de la

joven cristiana «por la pureza y el amor, o sea la inocencia y caridad.» Para exponer su tesis, analiza las más profundas dolencias de la humanidad y las concreta en la sensualidad y el egoísmo; a estos dos vicios opone la limpieza celestial de Mariana de Jesús, y su abnegado amor de Dios y del prójimo.

Nota simpática de este y de muchos sermones del P. Proaño es el recuerdo hábilmente hecho y el amor delicadamente expresado de la Patria y especialmente de Quito, su ciudad natal. Con ello logra poner en sus discursos un sello característico y personal, que, lejos de contrariar a los oyentes, les complace dulcemente y vuelven amable al orador.

De los escritos impresos, señalados más arriba con el número 10, el *Himno a María*, a) demuestra la facilidad que, mediante el ejercicio, había adquirido Proaño para la composición poética, dominio del verso y perfección en la forma.

Largamente hemos estudiado, en otro lugar, (1) la ingeniosa *Novena al Divino Corazón de Jesucristo*, impresa en Riobamba por los años de 1874; nos remitimos a lo que ya tenemos dicho acerca de ella.

Hacia el mes de Septiembre de 1872, el P. Proaño hizo una rápida excursión a la ciudad de Cuenca: iba destinado al Colegio-Seminario dirigido por los Padres de la Compañía y empezó allí el Curso escolar de 1872 a 1873, dedicándose preferentemente a dictar las clases de Filosofía nacional. (2)

1) Véase el libro: «*La Consagración de la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús*» — Rasgos Históricos por el R. P. José Félix Heredia, S. J. — Quito Ecuador — 1935 — Editorial Ecuatoriana; págs. 246-250.

2) En 1911 (Enero 3), el dignísimo párroco de Biblián, Rdo. Dr. D. Daniel Muñoz, escribía al P. Proaño, residente en Quito, dedicándole algunos ejemplares de un *Triduo a la Dolorosa del Colegio*, compuesto por el digno señor sacerdote. En aquella carta, entre otras cosas le decía: «Le mando (el obsequio anotado) impulsado por el sincero cariño que V. R. supo captarse de este su pobre discípulo, en el corto tiempo que V. R. estuvo en Cuenca. ¿Recuerda cuando V. R. fue profesor de Filosofía racional algunos meses? Yo era entonces su discípulo, el más pequeñito de todos; y era tanto el cariño que todos le profesábamos, que, cuando V. R. dejó Cuenca, por la Obediencia, nos quedamos llorando...» (Arch. S. J. - Quito.)

Antes de dar comienzo a las labores del año escolar, todo el profesorado — entre el cual se contaban varios caballeros que ayudaban a los Padres Jesuitas — y muchísimas familias de los alumnos se reunieron en el templo para hacer la *profesión de Fe*, previa al desempeño del magisterio. En esa ocasión y evocando gratísimos recuerdos personales, el nuevo Profesor de Filosofía habló a su ilustrado auditorio acerca de la Fe cristiana, «*cuya solemne profesión es la esperanza segura de la patria y la gloria singular de un pueblo creyente.*» Notable es esta *conferencia* no sólo por los conceptos elevados, expuestos con asombrosa facilidad y con lucidez meridiana, sino también por el movimiento oratorio que nunca abandona al P. Proaño y está manifiesto de principio a fin, en todo el discurso. Pero lo que principalmente se advierte en la presente Conferencia es la profundidad y vigor del raciocinio filosófico que, en adelante, se pondrá de relieve en los posteriores y más notables discursos del P. Proaño, hasta el punto de merecerle el justo calificativo de *Orador-Filósofo*, con que le conocerá la posteridad caracterizando así el aspecto particular de su elocuencia y asignándole el puesto que le corresponde en la historia de la Oratoria sagrada en el Ecuador.

Al final de esta *Conferencia* hace un lúgubre recuerdo de la muerte de su amado padre, el Sr. D. Jacinto Proaño que acababa de fallecer: (1) — «Esta

1) Efectivamente antes del 19 de Octubre (sic que hayamos podido precisar el día) el Sr. Jacinto Proaño había dejado de existir para la tierra, con la muerte propia de un cristiano ejemplar. Más arriba hicimos mención de que el entonces presbítero señor Federico González Suárez, residente en Cuenca, le remitió una carta de pésame muy sentido. El joven estudiante Eloy Proaño Vega, hermano del P. Manuel José, cuenta en una carta íntima que recibieron la desgarradora noticia cierto día, a eso de las siete y media de la mañana; a las ocho «*ambos hermanos acudían a dar sus respectivas clases enjugándose aún las lágrimas.*» No es, pues, admirable que el día 27 de Octubre, estuviera nuestro Orador tan lleno de emoción, que, al hablar de la muerte, se le ocurriera inmediatamente la reciente de su padre y diera a su discurso un final un tanto raro y desacostumbrado. Acabó con estas palabras: «*No puedo proseguir porque el dolor anuda mi garganta.... pero hay fe, hay fe en el corazón....*»

corona, Señores, decía el Orador, es el más seguro patrimonio que podemos legar a la generación que se levanta; así como es el tesoro más sagrado que recibimos de nuestros mayores. Presto desapareceremos de la escena del mundo como desaparecieron nuestros padres; presto llorarán los hijos la muerte de los que les dieron el ser: mas entonces, cuando la posteridad vaya a visitar silenciosa nuestras tumbas, la posteridad nos hará justicia y la fe que les leguemos enjugará sus lágrimas, *como hoy mismo enjugó las mías y las de ese hermano mío aquí presente* (1), *cuando inquietos volvemos los ojos al nuevo lejano sepulcro de nuestro padre...* ¡Padre mío, descansa en paz! Aguarda a tu esposa y a tus hijos en la eternidad: allá vamos para repetir contigo en el seno de Dios: «Nuestra fe es la victoria que triunfó del mundo: *hæc est victoria, quæ vicit mundum, fides nostra.*» El final de la Conferencia es ciertamente un tanto violento y desacostumbrado, pero se presenta bastante excusable dado el grave dolor que embargaba el ánimo del Orador.

Pocos meses antes de que el P. Proaño fuese definitivamente trasladado a Quito desde Riobamba, los Padres Jesuitas de la Capital resolvieron celebrar solemnemente las fiestas de la beatificación del bienaventurado Pedro Fabro, primer compañero de San Ignacio en la fundación definitiva de la Compañía de Jesús. El Superior de la Misión Ecuatoriana ordenó al P. Proaño que se dirigiera a Quito para predicar el panegírico del nuevo *Beato*. Hízolo así el obediente religioso y compuso una de las mejores obras de su elocuencia.

Con singular maestría, considera a Fabro como *«alumno sincero de la Verdad divina, al mismo tiem-*

1) Como acabamos de decir, se refiere el Orador al joven profesor jesuita Eloy Proaño Vega, su hermano, el cual estaba por entonces en el Colegio-Seminario de Cuenca y desempeñaba con lucimiento la clase de Retórica y Literatura. Posteriormente y para atender a su madre, dejada en completa viudez, el joven tuvo que abandonar el claustro religioso, pero vivió siempre como cristiano edificante desempeñando cargos de mucha confianza en tiempo de los Gobiernos conservadores, desde los días del Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno.

po que es maestro singular de esa misma verdad.» Así enfocado el asunto, fuele muy fácil al P. Proaño tejer el brillante elogio del modesto y espiritualísimo P. Fabro.

* * *

Cierto día del mes de Agosto de 1874, al caer de la tarde, paseaban por las orillas del Chibunga, en los amenos valles de Pantús y de Pantaño, el Visitador de los Jesuítas ecuatorianos, P. Agustín Delgado, y el P. Manuel José Proaño, profesor en el Colegio San Felipe Neri. Sintiendo fatigado el P. Visitador, convidó a su compañero a que tomaran algún descanso sentados a la sombra de los frondosos y seculares árboles que adornan aquellos deliciosos valles y que aun conservan el recuerdo del antiguo y célebre *encomendero* de aquella región, D. Lorenzo de Cepeda, herinano de la seráfica Doctora del Carmelo.

En aquel apacible paraje, se entabló entre nuestros dos paseantes el diálogo siguiente:

—¿Sabe V. R., mi Padre Proaño, cuál es el motivo porqué la santa Obediencia le ordenó que V. R. abandonara la ciudad de Quito y viniera a Riobamba, allá por los años de 1871?

—P. Visitador: a través de mi vida religiosa, nunca he perdido el tiempo en averiguar porqué mis Superiores me han ordenado tales o cuales cosas. A mí, en mis deseos de ser genuino hijo de San Ignacio, nuestro padre, y de mi madre, la Compañía de Jesús, me ha bastado únicamente que lo que se me manda no sea pecado, para obedecer pecho por tierra, al punto y ahogando cualquier brote de la dañada naturaleza.

—Bien, hijo mío; ese es el espíritu propio del jesuita. Pero deseo ahora manifestar a V. R. todo lo que pasó entonces. Hubo ciertas acusaciones de que V. R., gracias al inmenso influjo que ejercía en la sociedad quiteña, como que pretendía el arzobispado de Quito.

—Padre ¿yo pretender encaramarme al arzobispado de Quito?... Con la sinceridad de hijo y en pre-

sencia de Dios, ante quien nos encontramos, aseguro a V. R., que jamás ha pasado por mi mente tal idea.

—Así lo estimó la Compañía desde el principio; los Superiores jamás han tenido, en este particular, la menor queja ni aun sospecha de la virtud de V. R. Pero las delaciones venían de los extraños y aun de ciertos religiosos, ajenos a nuestra Orden. Era, pues, preciso manifestar a los tales, y valiéndose de las obras, que las sospechas eran infundadas y que un buen hijo de la Compañía de Jesús no busca, en el despliegue de sus actividades, otra cosa sino la gloria de Dios, sin poner la mira en dignidades y prelacías que tanto halagan a quien no tiene robusto en su pecho el espíritu de Jesucristo.

—Harto conozco, P. Visitador, que la Compañía busca sólo el *honor de la Cruz*, y que, por lo mismo, es muy severa en este punto.

—Pues bien, mi querido Padre: repito, no por sospechas ni dudas que los Superiores tuvieran de su virtud y de su modestia, sino para alejar todo motivo, aun el más infundado, de que se piense que un hijo de la Compañía era víctima de ambiciones bastardas, se le arrancó de Quito y se le envió a Riobamba.

—Yo ignoraba por completo todo lo acontecido; pero ahora que lo conozco, bendigo a Dios por la amable providencia con que me ha guiado hasta el presente y agradezco sinceramente a la Compañía por la prudente conducta que conmigo ha observado.

—Apenas se alejó V. R. de Quito, corrieron las voces de que se le había desterrado de la Capital y se le había confinado en esta ciudad de Riobamba.

—Yo entiendo, Padre Visitador, que para el jesuita no hay destierros: su puesto está donde le pide la mayor gloria de Dios y la necesidad espiritual de las almas.

—Esa es la verdad. Y ahora me complazco en manifestar a V. R. que el tiempo de prueba ha concluido. Los murmuradores nada tendrán que decir ya que en su presunto destierro de Riobamba, V. R. ha trabajado con igual ardor que lo hacía en Quito. Además, mi buen Padre Proaño, bendiga con toda el alma

al bondadoso Dios porque, desde aquí y en esta ciudad de Riobamba, ha logrado V. R. hacer de modo que el Cielo le ha tomado como instrumento para realizar la grande obra de la Consagración nacional del Ecuador al Divino Corazón de Jesús. En tan grande dignación de lo alto verá V. R. el premio que Dios ha dado a su obediencia y a su rendimiento a las disposiciones de Dios manifestadas por sus Superiores.

—Padre mío, el premio con que Dios misericordioso ha recompensado mis afanes es superior a todo merecimiento de mi parte.

—Pues bien: *euge serve bone*, le diré con el Evangelio! Prepare su viaje a Quito, desde donde podrá V. R. contribuir a que se asiente y consolide el reinado de Jesucristo sobre todo el Ecuador. Observe, Padre Proaño, que *longa adhuc tibi restat via!*

—Padre Visitador: estoy en manos de Dios; haga El de mí lo que le plazca, por medio de sus legítimos representantes. (1)

Pocos días después de este sabroso coloquio, el P. Manuel José Proaño, grandemente robustecido en el espíritu de *apóstol del Corazón de Jesús*, volvía a Quito para difundir, con más vigor que en su primera estadía, vivos esplendores de virtud y ciencia desde la Cátedra de Filosofía y desde el Púlpito, como Director del Apostolado de la Oración y como Director de la notabilísima Congregación de los Caballeros de la Inmaculada, sin que el brillo con que ejercitaba esos ministerios sufriese mengua en ningún tiempo.

- El nuevo Profesor de Filosofía en el Colegio San Gabriel de Quito abre su segunda permanencia en esta ciudad con el *Discurso de apertura* del curso escolar de 1874 a 1875, de que vamos a dar cuenta junto con algunos otros escritos.

12.—Discurso pronunciado en la solemne inauguración de los Estudios del Colegio Nacional San Gabriel, en el Curso escolar de 1874 a 1875.

1) Relato auténtico hecho por el mismo P. Proaño al autor del presente escrito.

Se publicó este discurso en el periódico de Gobierno "EL NACIONAL", número 375, correspondiente al 27 de Octubre de 1874, dos días después de pronunciado. Conocemos dos redacciones y ambas las poseemos; las dos coinciden en la introducción y en el final, discrepan en varios puntos. La primera redacción es un tanto abstracta, la segunda es mucho más asequible a la generalidad de los oyentes.

El presente discurso es notable por muchos conceptos: ante todo, en él se observa que el Orador ha llegado a su virilidad perfecta; la ciencia de la vida y el espíritu de observación han adquirido en él pleno desarrollo. Además tiene su valor histórico por los copiosos datos que suministra para la historia de nuestra Segunda Enseñanza por aquellos días en que se organizó con mayor empeño aquel grado de enseñanza y estaba ya funcionando la famosa Escuela Politécnica. Por todo esto creemos que nuestros lectores desearán conocerlo. (*Véase el Apéndice*, número IX.)

Pasajes singularmente bellos son el exordio y la conclusión; en aquel expone, con patriótico entusiasmo y con religiosa gratitud, *lo mucho* que la Compañía debe al Ecuador católico y sobre todo a la ciudad de Quito; en la conclusión del discurso, después de manifestar al público los anhelos que los Padres de la Compañía abrigaban por el adelanto cultural de la juventud ecuatoriana, los esfuerzos realizados en ese sentido y las últimas mejoras introducidas en la enseñanza toda, termina con estas frases felicísimas: «Y vosotros, padres de familia, prestadnos, sí, prestadnos vuestro apoyo; sostened con vuestra autoridad la nuestra; tomad parte más inmediata en la formación de nuestros jóvenes; ayudadnos con vuestras luces y consejos; secundad las miras de un Gobierno católico que tantos sacrificios hace por salvar la generación naciente, y contribuid con vuestra cooperación a la felicidad de vuestros hijos, al engrandecimiento de la Patria y a la conservación y amplificación de la Iglesia ecuatoriana. *En cuanto a nosotros* (los Jesuitas),

seremos felices si algún hijo del Ecuador puede decir, al escribir las glorias de la Patria: «ALGO DEBE EL ECUADOR CATÓLICO A LA COMPAÑÍA DE JESÚS.» (1)

1) Razón que le sobra tiene el docto historiador quiteño Julio Tobar Douoso de estampar los párrafos siguientes cuando trata del Colegio San Gabriel de Quito. «La enseñanza en los años de 1871 a 75 mejoró constantemente, tanto en profundidad como en extensión. Esa fue la edad de oro del Colegio, que sin duda merecía el primer puesto de honor en la América toda por la calidad del cuerpo docente y de la instrucción que daba a sus numerosos discípulos.

Los dos sucesivos Rectores, los PP. Enrique Terenziani y Clemente Faller, se esmeraron en secundar eficazmente las aspiraciones del primer magistrado y no omitieron esfuerzo, ni sacrificio algunos para transformar todos y cada uno de los ramos de la enseñanza. El Colegio de Quito difundía luz vivísima de saber y virtud sobre toda la República, la cual entreveía en él un foco de progreso, un venero de fecundo influjo para su saneamiento moral y político.

Los PP. de la Politécnica cooperaron con su ciencia al buen éxito de la segunda instrucción: el P. Luis Sodiro dictaba la clase de Botánica, el P. Cristiano Boetzke la de Zoología, el P. Luis Heiss la de Química, el P. Wenzel, durante algún tiempo la de idiomas. Las tres primeras asignaturas, como recordará el lector, no se incluían en el programa dictado por García Moreno. Créase también la cátedra de Cosmografía, que la tenía el P. Santiago Afraiz. Este ramo, aunque comprendido en el programa, no fue posible implantar sino en el último bienio.

Las matemáticas eran una de las asignaturas en que más entusiasmo ponían los PP. Jesuitas, en su afán de contribuir a que se facilitase el acceso de los jóvenes ecuatorianos al estudio superior de esa ciencia, objeto primordial de la Politécnica. Los proliferos programas publicados en los cuatro años de 1871 a 1875 demuestran la laboriosidad de los maestros y el creciente adelanto de los alumnos. La referida cátedra se dividió para mejor fruto de la instrucción en dos, servidas por los PP. Ricardo Cappa (antiguo oficial de la Marina Española y luego historiador del Perú) y Agustín Wandemberg.

El Gobierno trajo de Europa para el Colegio de Quito un gabinete de Física y Química, que contenía «los elementos mas indispensables para la enseñanza práctica de estas importantísimas ciencias.» Y de este gabinete se servía efectivamente el P. Eugenio Navarro para difundir con maestría sus conocimientos. A él se debieron los primeros ensayos de Física, las primeras experimentaciones de electricidad que admiraron sorprendidos los vecinos de Quito, acostumbrados a que aquella ciencia se dictase en la forma que nos relata el Ilmo. Sr. González Suárez, cuyo testimonio adujimos oportunamente. La electricidad sirvió la primera vez, para proclamar «Honor al Presidente García Moreno», en los fulgidos destellos de la luz artificial por ella producida.

Los PP. de la Politécnica proporcionaron también los textos para la enseñanza, textos cuya consecución era antes muy difícil, por lo cual los maestros se veían forzados a extraer la sustancia de

13.—a] Panegírico de santa Teresa de Jesús. [Predicado en Quito, el 15 de Octubre de 1874.]—b] Panegírico de la Inmaculada Concepción. [Predicado en Quito, el 8 de Diciembre de 1874.]

Ambas piezas oratorias se han conservado inéditas; la primera está escrita en máquina; de la segunda se ha sacado copia a mano; aquella consta de 12 fojas; ésta tiene 13.

Era la segunda vez que el P. Proaño enaltecía a la santa Doctora del Carmelo; él lo recuerda en el exordio, y se propone alabar en Teresa de Jesús *la ciencia de las cosas divinas, el ejemplo de sus virtudes y la poderosa intercesión de su santidad.* El discurso iba enderezado principalmente a las religiosas, y es de género *templado*, como suelen expresarse los retóricos.

El panegírico de la Inmaculada Concepción es una hermosa alabanza de María considerando su Concepción *«como el muy glorioso principio de donde arranca toda la hermosura de la creación; y, en nuestros días, la esperanza más segura del triunfo final de la Iglesia de Jesucristo.»* Echando mano de la Teología católica y manejando diestramente la sagra-

alguna obra sólo por ellos conocida y dictársela a los alumnos, quienes ocupaban la mayor parte de su tiempo en la ingrata tarea de copiar aquellos extractos. El Álgebra del P. Kolberg, la Geometría, de Epping, la Trigonometría de Menten, publicadas por el Gobierno servían para el objeto expresado.

La filosofía, enseñada al principio por el P. Miguel Garcés, religioso imbabureño, lo fue en el último bienio por el P. José Monti, famoso teólogo y poligloto: ambos transformaron ese antes árido e indigesto estudio en un medio de divulgación de la verdadera doctrina católica, preparando así la renovación del criterio católico en el Derecho, y generalmente, en toda la cultura superior. El texto era el del filósofo italiano Tongiorgi.

La instrucción literaria era, como acabamos de decirlo, objeto de predilecta atención por parte de los maestros: procurábase ahechosamente una amplia formación en las bellas letras, no sólo mediante el conocimiento de los cánones de la retórica, sino sobre todo por la lectura de los clásicos latinos y españoles, cuyas obras se estudiaban con esmero, procurando despertar de este modo el amor al noble arte de la forma, sin el cual el pensador no podría difundir eficazmente sus ideas.» *García Moreno y la Instrucción Pública; 170 y 171.)*

da Escritura, muy fácil fue para el P. Proaño probar su tesis con verdadero movimiento oratorio y comunicándose de continuo con sus oyentes.

14.—La Paz y el Progreso. [Poesía escrita en 1874 y que permanece inédita.]

No hemos podido dar con la ocasión en que el P. Proaño escribió esta poesía, en la cual se revela aquel estado de absoluta quietud y ambicionada tranquilidad de que, por aquellos años, gozaba nuestra República. A la sombra de la amable paz, la Nación iba subiendo hacia las cumbres del progreso y todos gozaban de comodidad relativa. Subido amor patrio en las ideas y sentimientos, esmerada pulcritud en la forma, son los dos caracteres que se transparentan en la aludida poesía.

* * *

Los años de 1875 y 76 se caracterizan, en la labor científico-literaria del P. Proaño, por una falta casi total de producciones; como si algo insólito y vehementemente conmovedor hubiera sacudido su noble espíritu, hasta el punto de reducirlo a un silencio profundo. Así aparecen esos dos años.

Si bien se medita en los acontecimientos de aquella época, se verá que no pudo ser de otro modo: el alma hondamente cristiana, noble y generosa, y el corazón fervorosamente patriota del P. Proaño hubieron de quedar sumidos en un piélago de amargura, y la voz se le hubo de ahogar en la garganta.

En efecto: el 6 de Agosto de 1875, como cae la robusta y secular encina, herida por hacha impía, descuajando el bosque a que daba hermosura y vida, así cayó bajo el puñal asesino el excelso Magistrado católico, Dr. D. Gabriel García Moreno, noble amigo del P. Proaño, y con la muerte del excelso Presidente sólo podía preverse la ruina moral y material de la amada Patria.

Por aquellos días, el celoso y activo P. Proaño, en vez de aprovecharse del tiempo de vacaciones para

buscar el descanso, estaba dando una serie de misiones religiosas en varios pueblos de la Arquidiócesis. El día 7 de Agosto, por la tarde, le llegó un posta a la población de Pelileo, expresamente enviado desde Quito, por su hermano, el Sr. Eloy Proaño Vega, y puso en sus manos un pliego con la desconsoladora noticia. El noble religioso lo leyó; no pudo ocultar su pena sin que pagase a su buen amigo el tributo de las lágrimas; se dirigió al templo contiguo a la casa parroquial y allí oró, oró largamente mezclando sus plegarias con sollozos y suspiros; serenose luego y, como si nada hubiera conmovido a su alma de robusto temple, prosiguió los ejercicios de la misión hasta concluirlos.

Pero la herida que en su corazón produjo golpe tan rudo era profunda; para tratar de restañarla, se dirigió a una pequeña finca, en donde estaba su madre y no regresó a Quito sino para abrir el curso escolar, en el mes de Octubre. La soledad fue el único testigo de su dolor profundo.

Si la muerte del queridísimo amigo y leal confidente embargó su voz, la suerte de la amada Patria, suerte tan oscura, tan enigmática, durante los años de 1875 y 76, absorbió su espíritu y ató su lengua. No es preciso que digamos más a quienes conocen los sucesos patrios que se siguieron a la muerte de García Moreno, para que se explique satisfactoriamente el prolongado silencio del P. Proaño durante aquellos dos años de angustia para los buenos hijos del Ecuador.

Sólo la voz augusta de Pío IX fue capaz de calmar un tanto su profunda pena y, por breves instantes, dió alientos a su desmayada pluma para que escribiera una de las piezas más repletas de afecto al difunto héroe y de amor a su católica Patria ecuatoriana.

15.—Una Palabra a todos los hijos del Ecuador. (Breve artículo escrito para dar a conocer a los ecuatorianos el Discurso de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX a unos peregrinos de Laval.

Se publicó este artículo en EL NACIONAL, número 465, correspondiente a Noviembre de 1875.—Se reprodu-

jo en seguida en un folleto de 16 páginas (sin foliar) y cuyas dimensiones eran de 22-x-14.—No lleva nombre de autor.

En el mes de Septiembre de 1875, peregrinos franceses, principalmente de la ciudad de Laval, acudieron a Roma para visitar y consolar a Pío IX, prisionero en el Vaticano. El Papa, noticioso ya del asesinato de su queridísimo hijo, el Presidente del católico Ecuador, no pudo menos de hacer de él un tristísimo recuerdo y de tejerle el más soberano elogio debido a su virtud, (1) en el discurso que, según costumbre, dirigió a los peregrinos. Era aquella la primera ocasión en que el Papa hablaba públicamente acerca de García Moreno.

El diario católico de París, «L' UNIVERS», reprodujo íntegramente el Discurso de Pío IX, en el número 2791, correspondiente al 14 de Septiembre de 1875.

Apenas el P. Proaño, retirado aún en la soledad de una quinta cerca de Ambato, pudo leer el interesante *Discurso*, lo tradujo del francés y le hizo preceder de una *Introducción* en la cual vació su alma dolorida tanto por la muerte del fiel amigo, como también por las zozobras y angustias que le producía el porvenir de su patria católica. Poco dijo del héroe,

1] Como este precioso elogio que de García Moreno hizo el Soberano Pontífice Pío IX, es poco conocido en su totalidad, nos permitimos consignarlo aquí íntegramente: «Si, en medio de aquellos gobiernos entregados a un febril delirio, se levanta milagrosamente en el Ecuador una república que se distingue por la rectitud de los que la gobiernan y por la fe inquebrantable de su Presidente, el cual se mostró siempre hijo sumiso de la Iglesia, lleno de inmeoso afecto y amor para con la Santa Sede, y deseoso de mantener en el seno de la República el espíritu de piedad y de religión; he aquí que la impiedad se enfurece y mira como un insulto a la pretendida civilización moderna la existencia de un Gobierno que, consagrándose enteramente al bienestar material del pueblo, se esfuerza al mismo tiempo en asegurar el bienestar moral y espiritual, persuadido de que allí está el verdadero bien; por cuanto atiende no sólo a su vida presente que se pasa, sino también a la vida futura, que es eterna. Pero los ímpios formaron una asamblea tenebrosa, en una República vecina, y allí los valientes sectarios han decretado la muerte del respetable Presidente, y él ha caído bajo el hierro del asesino, víctima de su fe y de su caridad cristiana para con su Patria.»

porque era inmenso el elogio hecho por el Soberano Pontífice; en cambio, se extendió al hablar de la Patria, pintando su triste estado y recomendando a todos los ecuatorianos serenidad y alteza de miras. Sin mezclarse el P. Proaño en la revuelta política del país, sin dejarse llevar por las turbias ondas de los partidos políticos, a todos aconsejó y pidió de todos que se mantuviesen firmemente adheridos a los principios religiosos y a la Iglesia católica.

Vertida así una quemante lágrima de duelo por el grande y predilecto amigo, y después de acudir, como él pudo, al sostenimiento del principio católico, la lengua del P. Proaño enmudeció y su vigorosa péñola quedó inactiva para el público, por espacio de dos largos y pesados años.

*
* *

Por efecto de la borrasca que, en 1875, sobrevino al Ecuador, tuvo que abandonar el país el R. P. Enrique Terenziani, fundador y Director de la Congregación de Caballeros de la Inmaculada. Entonces el P. Proaño fue nombrado sucesor en la dirección de la Congregación. A este propósito, con acierto notable, escribe el doctor Julio Tobar Donoso: «Proaño conocía profundamente las ideas matrices que habían dirigido la labor de aquél [*el P. Terenziani*] y estaba dotado del mismo generoso entusiasmo. Reunía además constancia, ilustración vasta y sólida, imaginación brillante y el raro don de exponer, en forma clara, amena y elegante, los más abstrusos problemas. Tales eran las cualidades que ya entonces distinguían al preclaro jesuita y que, mediante más extensos estudios, hicieron de él un varón eminente, filósofo, académico, orador y sobre todo apóstol, que no padeció jamás vacilaciones y sostuvo la Congregación en el mismo honroso predicamento en que la dejó el P. Terenziani.» (1)

1] Recuerdo del Quincuagésimo Aniversario de la Congregación de Caballeros - Quito - 1918 Imprenta de «La Prensa Católica».

Las anteriores palabras, en que con tanto acierto se condensan las cualidades del P. Proaño, como Director de la más autorizada de las Congregaciones que la Compañía de Jesús dirige en Quito, nos ahorran el trabajo de dar a conocer la figura del notable Director con mayor extensión y descendiendo a más ligeros pormenores.

Porque, en realidad, desde 1875 se consagró el P. Proaño al cultivo espiritual de los dignísimos Caballeros de la Inmaculada, y lo hizo con tanta abnegación y sacrificio, que no omitió medio alguno para sostener y aumentar en sus congregantes el espíritu de un verdadero, ilustrado y práctico catolicismo. Para ello, procuró ante todo que se mantuviera vivo en su Congregación el culto al Sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen Inmaculada, celebrando con todo esplendor sus fiestas y las novenas que las precedían. Jamás dejó la santa práctica de los ejercicios espirituales, cada año, ni los acostumbrados actos de piedad cada Domingo.

En segundo lugar, el P. Director contaba con sus fervorosos Caballeros de la Inmaculada para las obras más notables de lo que podríamos llamar *acción católica* en la ciudad de Quito.

Una de sus más constantes preocupaciones, como Director espiritual, era fomentar en sus Congregantes la adhesión a la Iglesia católica, la sumisión a sus enseñanzas y un ferviente amor a la Cátedra de Pedro. En el curso de esta obra iremos viendo los actos de acatamiento que hacía la Congregación de Caballeros cada vez que el Padre Común de los fieles escribía alguna de aquellas soberanas encíclicas que hablaban de materias de mayor importancia.

Pero lo que en verdad sorprende es que desde 1875 hasta 1916 (año de su fallecimiento), el P. Proaño no experimentó la flaqueza de los desmayos ni de la inconstancia. Octogenario ya, nunca sin embargo quiso admitir sustitutos suyos en los actos de la Congregación: él predicaba a sus amados Congregantes, él les celebraba la santa Misa, a eso de las 8 de la

mañana; él, en fin, presidía todos los actos de la Congregación.

Justo es hacer notar que, en retorno, sus Congregantes-inteligentes y cuerdos apreciadores de la abnegada solicitud de su Director-le rindieron los homenajes de su afecto, de su aprecio y de su noble gratitud. A su tiempo hablaremos de las *Academias* y otros actos que solían dedicarle con motivo de su onomástico o de las Bodas de Oro de su consagración sacerdotal. (1)

No dejemos de apuntar aquí un delicado acto de aprecio que los Caballeros de la Inmaculada manifestaron a su amado Director, cuando éste se hallaba ausente de Quito atendiendo en España a la impresión de su *Filosofía Escolástica*. La ausencia duró menos de dos años; en ese intervalo, sus Congregantes le remitían periódicamente un Informe detallado de las actividades de la Congregación, de su vida interna y del movimiento del personal. Al pie de esos informes, nunca habían de faltar las firmas de todos los socios ni las frases cariñosas con que tiernamente exigían el pronto retorno del apreciado Director. (2)

Tales demostraciones de aprecio encontraban eco en el sensible y agradecido corazón del Director, y así se esforzaba no sólo en atender a sus Congregantes con todos los ministerios espirituales, sino que ponía también a su servicio sus dotes literarias ya componiendo poesías originales, ya traduciendo algunas joyas de la Literatura extranjera, como lo veremos en tiempo oportuno.

1] Véanse, entre otros numerosos folletos escritos en honor del P. Proaño, los siguientes: «Reseña del Acto Solemne en el cual la Congregación de Señores de la Inmaculada Concepción ofreció a su Director R. P. Manuel José Proaño S. J., una Medalla de Oro y un Album.—Quito-Tipografía y Encuadernación Salesiana-1906.»

«Bodas de Oro del R. P. Manuel José Proaño S. J.-1964-1914. Tipografía de «La Prensa Católica»—Quito-Ecuador.»

2] Consérvanse aún esos informes entre los demás papeles del difunto P. Proaño (*Arch. S. J.-Quito*.)



Con el año de 1877 se abre la era de los más notables escritos y de las piezas oratorias de mayor fuste que salieron de la pluma del P. Manuel José Proaño, hasta el punto de que cuanto hasta ahora hemos visto con ser tan bueno, puede considerarse como simple preludio y aun quizá como meros ensayos de lo que nos resta por estudiar. Desde este momento, a diferencia de lo acaecido anteriormente, casi todos sus trabajos filosóficos y literarios se dieron a la publicidad por la prensa; muy pocas son las piezas que permanecieron inéditas.

Este hecho y el andar los escritos del P. Proaño en manos de cualquier ecuatoriano versado en nuestra literatura del último tercio del siglo XIX, hará que en adelante seamos más breves al dar cuenta de las producciones del jesuita quiteño.

16.—a) Discurso pronunciado con motivo del Quincuagésimo aniversario de la elevación a la dignidad episcopal de Ntro. Smo. Padre el Papa Pío IX, y predicado en el templo de la Compañía en Quito.—b) Nuevo Duelo de la Iglesia del Ecuador.—c) Discurso Fúnebre en las Solemnnes Honras de Pío IX. (Predicado en la Catedral de Quito.)

El primer discurso a) fue pronunciado en el mes de Mayo de 1877; se publicó inmediatamente en Quito, en un folleto de 18 páginas y en formato de 21 x-15.—El artículo necrológico b) vio la luz pública en «LA LIBERTAD CRISTIANA», periódico quiteño [Año 2. Trim. I.—Quito, Viernes 2 de Noviembre de 1877. Núm. 46]—Abraza las tres columnas íntegras de la primera plana y un tercio de la primera columna en la segunda plana.—El Discurso Fúnebre c) es del 1º de Marzo de 1878, y se publicó en Quito, en un folleto de 15 páginas, formato de 20 x-13½.

Circunstancia única en la historia del Papado fue que el gran Pontífice Pío IX celebrara, el 21 de Mayo de 1877, los cincuenta años de su exaltación al Episcopado y treinta y uno de ascensión al Solio Pontificio. El mundo católico se conmovió, tanto más cuan-

to que, en tan grato aniversario, quiso exteriorizar al anciano y queridísimo Papa su afecto, y reparar así los desacatos de que había sido víctima por parte de la impiedad. El Ecuador, gracias a su adhesión constante a la Silla de Pedro y a pesar de encontrarse entonces en plena persecución religiosa, movida por el Presidente de la época, General D. Ignacio de Veintemilla, no fue el último en celebrar, con la mayor magnificencia, las *Bodas de Oro* del excelso Pontífice.

El P. Proaño amaba entrañablemente y con predilección especial a Su Santidad Pío IX, no sólo por ser éste la cabeza visible de la Iglesia, sino muy particularmente por haber sido el tierno, generoso y leal amigo de García Moreno, y porque actuó decidida y eficazmente en la regeneración católica del Ecuador, al cual llegó a apreciar el atribulado Pontífice como a las pupilas de sus ojos. Razones eran éstas más que suficientes para que el religioso y patriota corazón de Proaño se conmoviese hondamente y su mente elevada concibiese uno de los discursos más bellos y perfectos que salieron de su pluma.

Después de una tierna, feliz y oportunísima introducción, anuncia a sus oyentes el tema de que va a tratar: «*La conservación de la vida de Pío IX, hasta nuestros días, es una providencia especialísima y un singular beneficio concedido por Cristo a la Iglesia católica, apostólica, romana.*»

Para convencer a su auditorio de esta verdad, expone con movimiento siempre creciente los caracteres del Papa, ya en su personalidad individual, ya en el ejercicio de su misión sagrada; enumera las grandes obras, los padecimientos indecibles de Pío IX y deduce, como cosa obvia y natural, la verdad de su proposición en cuanto que «*la conservación de la vida de Pío IX, hasta nuestros días, es una providencia especialísima.*» Para poner de manifiesta la segunda parte de su aserto, se eleva el Orador a la consideración filosófica de los tiempos en que vive Pío IX y hace ver que este Pontífice, enfrentándose con la *Revolución*, la detiene, la combate y triunfa de ella,

como triunfó Jesucristo. Cuadros bellísimos se encierran en esta parte, si bien no ampliamente expuestos, porque—sin duda alguna—el tiempo estrechaba al Orador.

Tratándose de Pío IX, que tanto amó al Ecuador y tanto hizo por su bien, justo era que el Orador dijese algo acerca de este punto. Y el P. Proaño habló de ello hermosamente al final de su discurso. «Y tú, pueblo ecuatoriano—así dijo—acuérdate cuánto debes a Pío IX. Mucho te ama el Papa: lo sé bien. Preguntádselo a tantos hermanos míos que han venido de la Ciudad eterna; preguntadles qué han traído al Ecuador, después de besar los pies del Vicario de Jesucristo. Han recogido sus palabras ternísimas, sus saluciones afectuosas, sus ricas bendiciones para todos los hijos del Ecuador. . . . Mucho te ama el Papa: lo sé bien. Oyeme: tres años ha, un compatriota nuestro en Roma pidió audiencia al Padre Santo. Sabiendo el Vicario de Jesucristo que el que se le pedía era ecuatoriano, dejó a un lado el ceremonial de la etiqueta, e introdujo a nuestro compatriota a su humilde y pobre habitación. «Y bien, dícele el Padre Santo, ¿qué querías, hijo mío?—Una bendición para mi Patria, Beatísimo Padre»! Entonces el Pontífice toma de la diestra al peregrino, acércase con él a la ventana de la habitación, y dirigiendo hacia el Ecuador sus ojos anublados con lágrimas, le dice: «Mira, hijo mío, entre todos los pueblos de la tierra yo amo al Ecuador con muy particular ternura: todos los días, después de ofrecer el sacrificio incruento, levanto mi diestra y le bendigo, como lo hago ahora en tu presencia.» Dios te guarde, pueblo fiel! . . . Hasta entonces no le habíamos arrancado una lágrima de dolor y de angustia. . . . Ya se las vamos arrancando! Pontífice—Mártir, perdónanos! No todos son culpables Bendícenos a todos!» (1)

b) Seis meses y medio, el 17 de Octubre de 1877, después del sacrilego crimen del 30 de Marzo que

1) Discurso; págs. 17 y 18.

arrebató al Excmo. Sr. Arzobispo de Quito, Dr. D. José Ignacio Checa y Barba, sucumbía, también de modo misterioso, el excelente Obispo de Guayaquil, Ilmo. Sr. José Antonio Lizaraburu, de la Compañía de Jesús. El P. Proaño escribió, con verbo de fuego, el artículo necrológico de su amigo, de su compañero de ostracismo en Guatemala, de su hermano en religión, del intrépido Obispo que supo defender contra el tirano Veintemilla los derechos de Dios y de su Iglesia. En breves frases pero caldeadas por el fervor religioso patriótico condena el crimen que ocasionó la muerte del preclaro Obispo; con toques de un apacible colorido esboza la figura noble y digna del extinto, y repleto de esperanza alienta a los católicos del Ecuador en medio de tan rudas pruebas. La pieza, literariamente considerada, es un modelo acabado de necrologías; por ser hoy tan raros los ejemplares del periódico en que vio la luz, la reproducimos en el número X del Apéndice.

c) Aun no había transcurrido un año completo desde que, en Mayo de 1877, encumbró el P. Proaño desde la Cátedra sagrada la excelsa figura de Pío IX, cuando, vestido de luto riguroso, se vio obligado a tejer el elogio fúnebre del gran Pontífice, el 1º de Marzo de 1878.

Una atinada comparación entre Moisés, el gran legislador del pueblo hebreo, y el Pontífice Pío IX, sirve de base al Orador para poner de relieve la excelsa figura del gran Papa. Llama la atención la sencillez de la trama y la magnificencia del desarrollo; de una sola mirada, pero bañada en luz de fe, abarca toda la acción religiosa, social y política de Pío IX. El conocimiento profundo del medio ambiente en el que el Sumo Pontífice despliega su prodigiosa actividad, y un estudio detenido de los hechos históricos contemporáneos iluminan el cuadro y le comunican cierto brillo de belleza indescriptible. Sin lugar a duda, el presente *Discurso Fúnebre* es una de las mejores piezas oratorias del P. Proaño.

17.—a) A María-Soneto.—b) Carta....a los Jóvenes de la "Sociedad Filosófica"

El Soneto A MARÍA SANTÍSIMA se encuentra publicado en la pág. 455 del PARNASO ECUATORIANO....por Manuel Gallegos Naranjo.—Quito—Imprenta de Manuel V. Flor.—1879.

La "CARTA....A LOS JÓVENES" data del 24 de Abril de 1879 y se publicó en una hoja suelta sin pie de imprenta.

a) El soneto, aunque publicado únicamente en 1879, no es obra de ese año; probable es que el P. Proaño lo compusiera hacia 1855, cuando era estudiante aprovechado de Retórica en el Colegio Máximo que los Jesuitas tenían en Guatemala, y en momentos en que había estallado el fervor religioso de ese pueblo al celebrar en toda la nación la declaración dogmática de la Concepción Inmaculada de María; pues no es otro el motivo de aquella composición. Sin embargo, comparada la factura de este soneto con las demás composiciones, que ciertamente pertenecen a la época en que Proaño ensayaba su lira con cantos primerizos, se observa notable diferencia: el soneto del ensayista debió recibir correcciones y retoques posteriores, debidos a su propia mano, pero ya bien ejercitada y hábil en el manejo de la forma poética. De seguro que, antes de entregar la pieza a Gallegos Naranjo, pulió y perfeccionó la composición que acaso dormía el sueño del olvido en polvorientos cartapacios, depositarios de los ensayos de la juventud. Pulcritud y perfección en la forma, fluidez en la frase poética, carencia absoluta de ripios, y en el fondo majestad de ideas, commoción serena de afectos y brillo de creación poética son las cualidades que adornan esta composición de corte acabadamente clásico y académico.

b) La «Carta a los Jóvenes de la Sociedad Filosófica» merece un comentario que la ilustre y, al propio tiempo, descubra un rasgo saliente de la vida profesoral del P. Proaño.

Empeñose el diestro Profesor, desde los primeros tiempos de su llegada a Quito, en fundar y dirigir atinadamente las *Academias Literarias*, como dijimos en su lugar. Uno de los frutos más envidiables de tales agrupaciones consiste en estimular el trabajo propio y personal, dirigido siempre por la experiencia práctica del Director de la Academia, lo mismo que en aprender prácticamente el *método del trabajo científico y literario*. (1) De este modo, en las Academias va perfilándose paulatina y seguramente la personalidad científica y literaria del alumno. El joven que, por espacio de cuatro o cinco años, ha tomado parte en estas *Academias* y ha trabajado en ellas empeñosamente, por necesidad siente amor—y a veces pasión verdadera—del trabajo intelectual; ha profundizado los principios básicos de la Ciencia y del Arte literario; posee ya consiguientemente dirección cierta en su mente y gusto estético fijo, y, como consecuencia de todo ello, sale de la Academia con definida personalidad científica y literaria. ¡Tal es el envidiable fruto de aquellas agrupaciones de bullidores jóvenes, entregados al ennobecedor esfuerzo de ensayar el vuelo batiendo las propias alas e intentando escalar regiones que, en aquellos momentos, se columbran solamente y que, tarde o temprano, vienen a ser la morada habitual del talento ya desarrollado y en virilidad perfecta.

1) Quien desee conocer a fondo y en sus formas modernas la vida de una Academia científica o literaria y sobre todo el método práctico de sus diferentes ejercicios, estudie con detenimiento la excelente obra: *«Wissenschaftliches Arbeiten. Beitrage zur Methodik des akademischen Studiums.»* Von Dr. phil. et theol. Leopoldo Fonk S. J., o. o., Professor an der Universität Innsbruck. Innsbruck. — Druck und Verlag von Feliziano Rauch - 1908. Trabajo de tal valor y de tan subido mérito, que luego fue traducido al italiano y al castellano. Se hace esperar ya mucho tiempo la traducción latina, anunciada hace varios años.

Más sucintamente exponeu los principios directivos de una Academia los autores siguientes: F. X. Passard S. J. en su obra: *«La Pratique du Ratio Studiorum pour les Colleges...»* Nouvelle édition — París. — Librairie Ch. Poussielgue 1896; 205-221. — R. P. Bainvel de la Compagnie de Jesús en la obra: *«Causeries pédagogiques.»* — París. — Librairie Ch. Poussielgue — 1698; págs. 17-24.

Pues bien: hacia 1879, el P. Proaño recogía a manos llenas y en abundantes haces los frutos de su afanosa siembra. Varios jóvenes, terminados los estudios de Humanidades, se aplicaron al cultivo de la Filosofía. Para profundizarla más, ellos, por iniciativa propia, se congregaron en una Academia filosófica, a la que bautizaron con el nombre de «*Sociedad de Filosofía*.» Dieron cuenta de la nueva agrupación a su Profesor el P. Proaño y le pidieron su valiosa cooperación. Dulcemente emocionado el amable Profesor, les contesta la carta, aplaude las iniciativas de los jóvenes, los estimula y les ofrece todo su apoyo.

Largo tiempo duró esa «*Sociedad de Filosofía*», que más tarde adoptó el significativo nombre de *El Estímulo*. A poco que se considere, fácil será deducir el bien inmenso que produjo entre varias generaciones de jóvenes. Estos, a su vez, conocían las ventajas no pequeñas que iban reportando de la Academia y de vez en cuando, hacían ostensible su gratitud al diestro y entusiasta Director, P. Proaño. En 1881, los jóvenes de la Sociedad de Filosofía ofrecían al P. Proaño, al terminar sus labores, un significativo Diploma impreso con la siguiente leyenda. «*SOCIEDAD DE FILOSOFÍA "EL ESTÍMULO" al R. P. Manuel J. Proaño S. J.— Los abajo suscritos que componen esta Sociedad, dedican a V. R. este recuerdo en prueba de gratitud por los innumerables servicios que habéis prestado a esta Sociedad; impulsado por un espíritu patriótico habéis contribuido con entusiasmo para librarnos del error de una Filosofía plagada de sofismas. St. R. P.: vuestras fecundas semillas, plantadas en nuestros corazones, nos entusiasmarán para que, con esta preciosa disposición, caminemos guiados por vuestra luz, quedando siempre reconocidos por vuestros trabajos y congratulándonos de haber sido vuestros discípulos.*» Entre los firmantes figuran personas que posteriormente fueron el lustre de la patria; así Ulpiano Pérez Quiñones, Ricardo Ortiz, Alejandro Melo, Juan B. Mosquera, Luis M. Terán, etc.

*
* *

18.—a) Discurso sobre la Encíclica "AETERNI PATRIS" de Nuestro Smo. Padre el Papa León XIII.—b) Sermón predicado en la bendición del templo de S. Alfonso M. de Liguorio en Riobamba.—c) Panegírico de Sta. Teresa de Jesús.

El Discurso primero a) se imprimió en Quito en un folleto de 34 págs., incluyendo la Introducción, suscrita por "UNOS MIEMBROS DE LA CONGREGACIÓN" de Caballeros de la Inmaculada. Sus dimensiones son 21 x 14.—El sermón predicado en Riobamba b) se publicó asimismo en Quito, Imprenta de M. Rivadeneira, en un folleto de 19 x 15 y 29 págs. Finalmente el Panegírico de Santa Teresa se conserva inédito, en una copia sacada a máquina, en papel de 28 x 22, con 22 fojs.

La muy digna Congregación de Caballeros de la Inmaculada, dirigida en Quito por el celoso P. Proaño, recibió una magnífica carta, altamente laudatoria, enviada por el Sumo Pontífice León XIII, cuya fecha era de 3 de Noviembre de 1879. En ella, después de alabar el fervor de la Congregación quiteña y de exhortarla a que continúe siempre con el mismo ardoroso culto de la Virgen Inmaculada, envía cariñoso su bendición apostólica a los congregantes y a sus familias. (1)

Estos, por su parte, quisieron hacer alguna demostración de gratitud a la benignidad del Pontífice. Pidieron, pues, al P. Proaño que tuviese un discurso acerca de la inmortal Encíclica del sabio Pontífice, conocida con el nombre de *Aeterni Patris*, fechada el 4 de Agosto de 1879 y cuyo argumento es la Filosofía católica, encarnada, por decirlo así, en Santo Tomás de Aquino. Los RR. Padres Dominicanos de

1) Existe aún tan precioso documento, que tan bien habla de la piedad de los Caballeros Congregantes. Es la contestación que León XIII, dio a la Congregación, la cual se había dirigido al Sumo Pontífice para tributarle el testimonio de su adhesión a las enseñanzas pontificias, al cumplir los trece años de vida la Congregación. (Arch. S. J.—Quito)

Quito celebraron, en el mes de Marzo de 1880, una suntuosa novena al Angel de las Escuelas, con motivo precisamente del solemne Documento Pontificio ya enunciado y que tanto eleva la figura de su santo Doctor. Los panegíricos del Angélico corrieron a cargo de doctísimos predicadores que por entonces los había y muy buenos en Quito - tales como el grave doctor Juan de Dios Campuzano, el ardoroso P. Morn de la Orden dominicana, el profundo P. Concetti, Visitador de los Agustinos y otros más. Entre estos grandes oradores tomó asiento el P. Proaño con su discurso en el cual, gracias a un hilo muy tenue de enlace, ensalzó a León XIII, dio a conocer la gran importancia de la Encíclica estudiada y encumbró la figura del Doctor Angélico. Considerada cada parte por separado, es un elogio notable; gracias al movimiento oratorio, cualidad que siempre acompañó a la elocuencia de Proaño, y merced a la profundidad del raciocinio, logra realzar cada parte por separado. Pero el tema o mejor conjunto de temas era demasiado vasto y, en el espacio de una hora, difícilmente podía desarrollarse con cierta amplitud, propia de la Oratoria. Faltaba, pues, lo que los retóricos dirían la *unidad* del discurso, sin que pueda servir de lazo justificativo el que aquellos tres objetos: León XIII, la Encíclica *Aeterni Patris* y el Doctor de Aquino eran los que, en aquellos instantes, llamaban la atención del Orador.

Mucho más feliz, según las reglas del Arte, fue el P. Proaño en el Discurso b) que tuvo en Riobamba con motivo de la bendición del templo de S. Alfonso María de Liguorio. Ocho años antes, (1873), como recordarán nuestros lectores, el P. Proaño había hablado desde la Cátedra sagrada cuando se colocaba la primera piedra del mismo templo en proyecto. Justo era, pues, que, viéndolo ahora terminado con relativa rapidez, gracias a los esfuerzos de los meritísimos Padres Redentoristas y a la cooperación de todos los hijos del Chimborazo, saltase de alegría el alma del Orador y se congratulase y aplaudiese a los gestores de la obra.

Para justificar esos sentimientos y elevarlos a lo sobrenatural, se propone hablar y sienta la *proposición* siguiente: «*Justísimo es y legítimo nuestro común regocijo; porque la construcción de este templo es primero, de nuestra parte la afirmación más elocuente y categórica de nuestra fe nacional; segundo, en los designios de la Providencia, una como afirmación de nuestra misión social; y, tercero, la más segura prenda de nuestra prosperidad y bien entendido progreso.*»

Cada una de estas partes, bien trabadas entre sí, se prueban, en el decurso del sermón, con una argumentación sobria pero profunda y original. Singularmente persuasivo es aquel cotejo que el Orador promueve entre la palabra humana, aislada e infecunda en el terreno de la práctica, con el templo, expresión compleja, colectiva y siempre fecunda de la fe de un pueblo. Este solo argumento, pero amplificado con maestría, basta al P. Proaño para salir victorioso en su primer propósito. (1) Magnífico y profundo es así mismo el desarrollo del segundo punto, en donde considera la situación social del Ecuador hacia 1880 y deduce de allí su misión social, figurada en aquel hermoso templo que acababa de ser bendecido.—Estas dos consideraciones traían naturalmente al Orador una tercera: el templo aquel es la más segura prenda de las esperanzas del Ecuador católico: una civilización y un progreso que se desarrolle a la sombra de la Cruz.

Es natural que tan excelente *Discurso*, aun considerado desde el punto de vista artístico, tuviese resonancia no pequeña; recojamos algunas impresiones de los contemporáneos. «Del excelente discurso del R. P. Manuel José Proaño—escriban los editores de 1880—sólo diremos que conmovió profundamente a todo el auditorio y le arrancó, desde el principio al fin, esas dulces lágrimas que son el rocío con que se esmaltan los laureles del orador. Mucho agradó a todos,

x) Véase el trozo que transcribimos, como ejemplo de *argumentación oratoria*, en el Apéndice, Número XI.

y en todos infundió deseo de conservarle impreso para memoria de aquel solemne día. Por esta razón y por las repetidas instancias de los Reverendos Padres Redentoristas, le damos a la estampa, no dudando que, si pronunciando influyó en las almas tan saludables sentimientos, leído con atención repastará deliciosamente la inteligencia con las útiles y hermosas verdades que contiene.

El orador, correspondiendo a lo extraordinario de las circunstancias, prorrumpió de una manera impetuosa y ardiente, publicando los variados afectos que ya resonaban en el pecho de todos los oyentes. En seguida fijó la proposición de su discurso, que, por constar de ideas que mutuamente se refuerzan, tiene completa unidad, y por esto y por ser tan fecunda al par que determinada, supone un talento analizador nada ordinario. En el desenvolvimiento de ella no dejó que desear. Pruebas sólidas y concluyentes, expuestas con vigor, dignidad, unción, gracia, y con esa novedad que lisonjea grandemente el ánimo de los oyentes; bellísimas y oportunas comparaciones tomadas de los ricos manantiales de las sagradas escrituras; pomposas y risueñas descripciones; rasgos brillantes; nobles pensamientos de interés coetáneo y nacional; cierto carácter de comunicación, o, si decimos, de conversación entre el que habla y los que oyen: hé aquí los medios de que echó mano el orador para obtener los fines que, según San Agustín, debe proponerse el encargado de anunciar a los hombres la palabra divina, esto es, que la verdad sea conocida, agrade y conmueva: *«Ut veritas pateat, ut veritas placeat, ut veritas moveat.»*

La misma abundancia de afectos que en el discurso se nota, viene a darle, en nuestro concepto, mayor mérito, atento a que fué escrito no para la simple lectura, sino para ser pronunciado ante un auditorio conmovido por lo augusta y nuevo de aquella religiosa ceremonia. *«Escuchamos al orador con entusiasmo, y leemos al escritor con reflexión»*, dice Cormenin. Por consiguiente la elocuencia de aquél deberá ser impetuosa y desigual; la de éste grave y metódica: la

de aquél hablará a los hombres tales como se le presentan, inflamados por el mutuo contacto; la de éste alumbrará la razón fría y sosegada de personas aisladas, y dominará sus ánimos con tanto mayor autoridad, cuanto más reflexivamente se le estudie: la de aquél será endeble y desabrida, si se contenta con desnudos raciocinios; y la de éste se convertirá en fastidiosa declamación, si pretende ser muy patética, dando suelta a muchos y variados afectos.

Esto es de observación; de lo contrario, algunos pasos de este discurso y aún de los más acabados modelos de elocuencia, se hallarán intempestivos, incoherentes, imperfectos. Necesario es, por tanto que, al leer oraciones escritas para ser pronunciadas, nos traslademos con la imaginación ante un auditorio numeroso, agitado por comunes sensaciones.»

No logró los honores de la impresión el c) *Panegírico de Sta. Teresa*, que es, hasta 1880, el tercero que, acerca de la Mística Doctora del Carmelo, predicó en Quito, el día de la fiesta de la Santa (15 de Octubre.) Y sin embargo, bien considerado el presente discurso, es una pieza de alta y soberana oratoria. Ensalza en él la virginidad demostrando sus nobles prerrogativas entre las que sobresale la que es raíz de todas ellas: la unión íntima con Jesucristo, caracterizada por la indisolubilidad, la comunión y la fecundidad. Tras este raciocinio, teológicamente bien fundado, la aplicación a Santa Teresa era muy obvia y espontánea. De este modo, Proaño, aquí como en casi todas sus piezas oratorias, está muy por encima de la vulgaridad y del adocenamiento de oradores no dotados, si no a medias, del soberano don de la elocuencia; no es—como a primera vista pudiera creerse—un retórico de subida talla y nada más; es un orador de verdad.

*
* *
*

De los años 1881 y 1882 no tenemos sino una sola producción literaria que se haya salvado del olvido; no es creíble que se le hubiesen pasado al P. Proaño esos dos años sin escribir más que un solo pane-

górico; sin duda se han extraviado algunas obras. Veremos, pues, la única que ha llegado a nuestro conocimiento.

19.— Panegírico de la Beata Mariana de Jesús.

Predicado en Quito, 26 de Mayo de 1881. — Es un manuscrito, trasladado posteriormente a máquina y consta de 19 fojs.

Por primera vez en Quito, pero ya por segunda vez en su vida de sacerdote, predicó el P. Proaño acerca de la Beata Mariana de Jesús, en su fiesta del 26 de Mayo de 1881. Y *habló*— como él mismo lo dice en la introducción de su bello discurso — *el lenguaje del corazón*. Con una sola página arrancada de la Historia patria, probó a sus oyentes *«que el culto y homenaje más propio que los ecuatorianos debemos a Mariana de Jesús Paredes y Flores es el culto del más ferviente amor y de la más profunda y religiosa gratitud.»* Tal es la *proposición* que asienta el Orador, la cual, en definitiva, se reduce a considerar en Mariana de Jesús *su caridad cristiana para con la Patria*. En efecto: el acto heroico de Mariana de Jesús, que ofrece su vida a Dios por salvar a la ciudad de Quito y librarla del horroroso terremoto de 1645, estudiado a la luz de la historia universal y de la patria, iluminado por los fulgores de la fe, basta y sobra al Orador para tejer uno de los más bellos elogios que se han hecho de la Azucena de Quito, mártir del religioso amor de su Patria, porque Mariana hizo su sacrificio y Dios lo aceptó complacido. Así dividiendo su tema en dos partes y demostrándolo todo con hechos históricos, quedaba la *proposición* plenamente demostrada.

Digno de estudio es el *panegírico* de que damos cuenta; de modo particular recomendamos la lectura de la primera parte, por los primores de elocuencia que lo adornan. Por la razón convincente de que tan preciada joya de nuestra oratoria sagrada ha permanecido desconocida hasta el presente, copiamos una parte en el Apéndice, número XII.

20.—a) ¡Ocho años después!--A la imperecedera memoria del Excmo. Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno.

Artículo necrológico, publicado primeramente en el periódico quiteño LA REPÚBLICA, con fecha 6 de Agosto de 1883, y luego reproducido en folleto aparte, de 16 págs. en formato de 21 x 13.

Todos los ecuatorianos saben que, asesinado García Moreno en 1875, los años que se sucedieron hasta 1883 fueron de postración para la República, durante los cuales enmudecieron sus más grandes oradores y dieron tregua a su pluma los más notables escritores patrios. A Borrero siguió Veintemilla, y si éste, ambicioso y cruel, ensangrentó la República y afrentó a la ciudadanía, aquel empezó por ahogar toda la obra benéfica de García el Grande. Aquella época política no fue propicia para rememorar siquiera y renovar la memoria del Héroe-Mártir.

Mas, al fin, clareó la luz de la renovación en Enero de 1883, y se dio comienzo a una era de reconstrucción nacional y netamente cristiana.

El P. Proaño, en cuyo corazón de patriota tenían eco profundo todas las conmociones políticas, religiosas y sociales de su amada Patria, viose obligado a ahogar el sentimiento que le produjo la desaparición de García Moreno por todo aquel largo espacio de tiempo. Mas cuando vinieron días más apacibles, el P. Proaño despertó también en su amor a García Moreno y lanzó el artículo necrológico que precede.

En él, de mano maestra y valiéndose de cuadros conmovedores, pinta con colores enérgicos y frases de inexorable condenación, lo que era nuestra República en los tiempos del cobarde engaño y de la cruel tiranía. Para obedecer a la ley de los contrastes, Proaño pinta lo que habría sido el Ecuador sin la muerte del Gran Hombre, cuyo tercer período presidencial habría terminado en 1881. Por fin, clava los ojos en el Héroe para contemplar las soberanas cualidades que le adornaban y termina depositando, sobre la tumba del Mártir, una flor, la flor del indeleble

amor y de la veneración al gran Magistrado ecuatoriano.

Conocimiento íntimo de los hechos político-sociales desarrollados en nuestra Patria, durante aquellos años; vigor y valentía en los pensamientos; soltura y garbo en la dicción, y constante afecto que se derrama por todo el cuerpo de la pieza, son las cualidades que resplandecen en el artículo de nuestro estudio.

Modelo como es insuperable esta pieza de artículos necrológicos, la reproducimos por entero en el Apéndice, número XIII.

* * *

21.—a) Discurso pronunciado en la Iglesia Metropolitana (de Quito), por el R. P. Manuel José Proaño S. J., en la fiesta cívica del 10 de Agosto de 1884.—b) Al Halo del 17 de Agosto de 1884.—Soneto.

El discurso patriótico a] se ha publicado repetidas veces: primeramente salió a la luz en un folleto que la Municipalidad de Quito sacó en 1884, para conmemorar los festejos del 10 de Agosto del propio año; obra redactada principalmente por el Sr. Dr. D. Leonidas Batallas. Después se reprodujo en la revista quiteña "LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.—Número 11.—Diciembre de 1884.—Tomo I; (1884-1885); págs. 129-140.—Imprenta del Clero."—Nuevamente se reprodujo ese DISCURSO en la publicación española: «RECUERDOS DE UN CENTENARIO [1814-1914].—A los amigos y bienhechores de la Compañía de Jesús.—Homenaje formado con los escritos en lengua castellana de algunos jesuitas de este primer siglo—por el P. Quintín Pérez S. J.—Tomo II. ORATORIA.—Barcelona—Herederos de Juan Gili-MCMXV. págs. 367-388.»

El SONETO b] se publicó en la revista "LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS" tomo citado últimamente, pág. 213.

El Cabildo Municipal de Quito, integrado en 1884 por personas entusiastas, resolvió celebrar la fiesta patriótica del 10 de Agosto de ese año, con la mayor solemnidad posible, en que se inauguró definitivamente.

te la Biblioteca Municipal. Los sentimientos católicos de entonces y las leyes vigentes ordenaban la asistencia del Gobierno a los actos religiosos de la mañana. El P. Manuel José Proaño fue comisionado para el sermón religioso que se acostumbraba tener durante la Misa.

El Orador sagrado se propuso demostrar que la independencia política del Ecuador *«había sido para la sociedad ecuatoriana un medio providencial de preservación [para su fe religiosa]; y que ella debía ser en adelante para los ecuatorianos motivo urgente y poderoso que los decidiera al cumplimiento de un deber que les impone su misma condición de pueblo libre e independiente.»*

Tal es la *proposición*; en el *exordio* del discurso, el Orador expresa que el carácter *religioso* de la solemnidad le da pie para poder celebrar la *Independencia Política* dentro de los muros del templo. Así asienta su tema, dividido en dos partes.

Para probar la primera de ellas, se eleva el Orador a las alturas católicas; desde ellas analiza las circunstancias múltiples en que se realizó nuestra separación política de la Madre España y, con gran facilidad de raciocinio, apoyado siempre en los hechos, deja probada la tesis de que *«la emancipación política del Ecuador ha sido hasta hoy para ella un medio providencial de preservación.»*

En la segunda parte del Discurso, asienta los deberes que, por efecto de la emancipación política, incumben a los ecuatorianos. El Orador reduce esos deberes a tres: a) amor desinteresado y generoso entre ecuatorianos; b) espíritu de sacrificio en aras del bien común; y c) sumisión y dependencia con respecto a las autoridades legítimamente constituidas.

Notable es esta pieza oratoria por el carácter *religioso* que el Orador supo encontrar en el hecho de nuestra independencia, deduciéndolo del estudio detenido de las circunstancias en que se realizó el acto. Sorprenden tanto la facilidad del raciocinio, como también lo natural y como espontáneo de las pruebas oratorias.

En cuanto a la forma, se destacan en el discurso, con relieves bien pronunciados, las dotes características de la oratoria del P. Proaño; a saber: pensamientos originales y profundos, rigurosa lógica del raciocinio; viveza y novedad en el estilo, aun tratándose de asuntos ordinarios; amplitud y galanura de la frase; pureza y elegancia en el lenguaje.

Entre los más bellos pasajes del Discurso señalaremos la *etopeya* del pueblo ecuatoriano y la magnífica hipotiposis de Jesucristo silencioso en el pórtico del templo de Jerusalén. (Véase el Apéndice, Núm. XIV.)

En el *soneto b*), impregnado de amor patrio y de sentimiento católico, es muy visible la forma *académica* que, día a día, ha ido adquiriendo la musa de Proaño.

Esto nos lleva como por la mano a tratar del P. Proaño como *Individuo de número* de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, por más que hayamos de hablar algo después acerca de sus trabajos académicos.

Todo ecuatoriano sabe de memoria que la famosa *Academia Nacional Científica y Literaria*, nacida a impulsos de la Constituyente de 1861, fracasó por completo y murió al día siguiente de nacida, sin dejar huellas de su existencia. Ni podía ser de otro modo: por entonces eran escasísimos los valores intelectuales dignos de respeto, y esos pocos andaban asfixiados por la falta de atmósfera favorable al desarrollo científico y literario.

La Historia del Ecuador ha hecho ya justicia al Sr. Gabriel García Moreno, uno de cuyos méritos consiste en haber difundido la cultura intelectual del país, poniendo para ello las bases más seguras en el saneamiento y reorganización de escuelas primarias, colegios de Segunda Enseñanza e Institutos de formación superior y técnica.

Vimos anteriormente que, sobre todo en el Colegio Nacional de Quito, dirigido por los Padres de la Compañía de Jesús a partir de 1862, se reorganizó de manera eficiente la Segunda Enseñanza, y desde 1864 se dio principio a un esmerado cultivo de las Bellas

Letras con el establecimiento de las clases especiales de Humanidades y Retórica.

Estos hechos, y dada la aptitud innegable del genio ecuatoriano para apropiarse con relativa facilidad los conocimientos artísticos y literarios, hubieron de producir rápidamente, la difusión y el cultivo de la bella literatura. Así empezaron a surgir literatos de gusto depurado y que, gracias al intenso trabajo personal, en el que se habían iniciado en las mejores Aulas de la República, contribuyeron a difundir más y más entre los estudiosos el amor a las Letras.

Así se comprende que, el 4 de Mayo de 1875 y bajo los auspicios del Gobierno del señor García Moreno, se instalase sólidamente la *Academia Ecuatoriana*, Correspondiente de la Real Española de la Lengua, con un personal de tan alta valía literaria como los señores Julio Castro, Juan León Mera, Julio Zaldumbide, Pedro Fermín Cevallos, Antonio Flores y Pablo Herrera, a los cuales siguieron posteriormente otros miembros no menos conspicuos e ilustrados.

Entre estos, y ya en 1886, encontramos al P. Manuel José Proaño, acompañado de los señores: J. Modesto Espinosa, Belisario Peña, Luis Felipe Borja, Roberto Espinosa, Honorato Vázquez, Quintiliano Sánchez y otros ilustres literatos.

Por desgracia, a pesar de los esfuerzos que hemos hecho, no nos ha sido posible dar con la fecha exacta en que el P. Proaño hizo su ingreso en tan respetable Corporación, ni con el título o diploma que acredite su agregación a ella. Lo cierto es que para Febrero de 1886 asistía ya con derecho a las sesiones de la Academia y contestaba a los discursos de recepción de los nuevos socios. De esto volveremos a hablar un poco más tarde.

* * *

22.—Carta Pastoral que los Obispos del Ecuador, reunidos en Concilio Provincial, dirigen a sus diocesanos.

Apareció este DOCUMENTO celebrísimo, fechado el 2 de Julio de 1885, en folleto especial, impreso en los tá-

lles de la imprenta del Clero. Al mismo tiempo lo insertaba entre sus páginas la revista quiteña «LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS» — Número IX, tomo II, entrega de Septiembre de 1885; págs. 145-176.»

El 12 de Junio de 1885, previa convocatoria del Excmo. Sr. Arzobispo de Quito, José Ignacio Ordóñez, el Episcopado ecuatoriano dio comienzo al Cuarto Concilio Provincial Quitense, uno de los más fructíferos que ha tenido la Provincia eclesiástica quiteña. (1)

Penetrados estaban los Vbles. Padres del Concilio de los males inminentes que amenazaban al Ecuador católico y, en la serie de las sesiones, pronto llegaron a darse cuenta de que el *liberalismo político*, con su inevitable secuela de crímenes y desórdenes, era el mal más temible que iba cundiendo entre los fieles hijos de la Iglesia, el cual habría de poner en peligro tanto la fe cristiana con sus prácticas piadosas, como también el orden social y político, establecido ya a tanta costa y con tantos sufrimientos de la Iglesia y del pueblo creyente.

Para poner un dique a tan grave mal, los Padres resolvieron lanzar una *Carta Pastoral Colectiva* en que, tratando la materia de una manera fundamental y práctica al mismo tiempo, se refutasen los errores del *liberalismo*, en todos sus variados matices, y se expusiesen las enseñanzas católicas acerca de la libertad.

Por común acuerdo, los Vbles. Padres del Concilio comisionaron al P. Manuel José Proaño para que redactase el Documento. Examinado éste por los Excmos. Señores Obispos y encontrándolo digno de tan celosos e ilustrados Pastores, lo suscribieron con placidos y lo dieron a conocer a sus diocesanos.

El trabajo del P. Proaño fue juzgado dentro y fuera del Ecuador; y como este es uno de los más no-

1) Para mayores detalles acerca de este Concilio remitimos a nuestra publicación de última hora: *«La Consagración de la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús...»* Quito, 1935; Editorial Ecuatoriana; páginas 365-371.

tables escritos salidos de su pluma, parece oportuno citar aquí alguno que otro de los juicios que la prensa emitió acerca de ese Documento.

Los redactores de la revista quiteña *«La República del Sagrado Corazón»*, al reproducirlo en sus páginas, escribían lo que sigue: «Tenemos por cierto que esta *Carta* ha de ser el blanco de la contradicción de los hombres, y la quiltera en que se aprecie la fe de los creyentes, por la docilidad y sumisión con que reciban estas enseñanzas; así como también el descreimiento y falsedad de los católicos mentidos, por la rebelión que pongan en someterse a su obediencia. *Revélanse tan de bulto en la Pastoral las doctrinas pestilentes del liberalismo; hay allí tanto peso de autoridad y de razones, tanta viveza en los ejemplos, tanta claridad y sencillez en los conceptos y tanta unción y persuasiva, que no queda refugio al error, ni guarida en qué emboscarse, ni trinchera en qué defenderse, ni máscaras y disfraces con qué engañar y mentir.... La Pastoral.... nos ha de descubrir muy a las claras las diversas especies de enemigos de la Iglesia: los enemigos de casa, que hacen traición a la verdad con el beso de Judas; los enemigos de fuera, de los cuales unos la aturden con insultos y gritos, otros la liman y trabajan a la sordina con el dogmatismo infalible y la autoridad del silencio.» (1)*

Este juicio de un meritisimo escritor nacional se encuentra confirmado por el de valiosos escritores extranjeros.

«He aquí las frases con que anuncia la *Pastoral El Siglo Futuro* de Madrid, antes de reproducirla íntegramente, en su número de 28 de setiembre.

«Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el siguiente magnífico documento.

1) Véase *«La República del Sagrado Corazón de Jesús»*; Núm. IX-Tomo II—Septiembre de 1885; págs. 139-144. Este juicio es, a nuestro atender, del entonces señor y más tarde Excmo. y Rvmo. Arzobispo de Quito, Manuel María Pólit Laso. Está firmado por X, pseudónimo distinto de X***, que empleó, por aquellos años, el R. P. Proaño.

No rogamos a nuestros compañeros los periódicos tradicionalistas que lo publiquen, porque estamos seguros de que en leyéndole se apresurarán a transcribirle sin necesidad de ruegos ni de excitaciones.»

El mismo periódico, en su número de 3 de octubre, nos da la siguiente plausible noticia:

«Tenemos una satisfacción en anunciar a nuestros lectores que de la magnífica Carta Pastoral de los Prelados del Ecuador, que han podido leer y admirar en nuestras columnas, se está haciendo una gran tirada por la librería de *La verdadera Ciencia Española*, Arrenal, 15, que en su afán de propagar todo lo bueno sin pararse para ello en sacrificios, se propone ponerla el próximo miércoles a la venta, al precio de diez céntimos ejemplar. Nos place la idea de facilitar al público, por tan módico precio, documento de tal importancia, y felicitamos al Sr. Ibarzábal por ello, al par que recomendamos a nuestros lectores la citada Pastoral.»

La Hormiga de Oro, revista religiosa, política, literaria e ilustrada de Barcelona, copia asimismo en su totalidad el documento, y lo encabeza con estas palabras:

«Hemos tenido la distinción, que agradecemos, de recibir directamente de sus venerables autores la Carta Pastoral colectiva que los Ilmos. Prelados de la República del Ecuador han dirigido a sus fieles diocesanos.

«Este documento resonará en todo el orbe católico. Océpanse en él de un asunto de inmensa trascendencia moral y religiosa. Abordan de frente la gran cuestión del día, el *liberalismo católico*. Después de congratularse de la conclusión del Concilio Provincial celebrado, lanzan a los cuatro vientos su valeroso anatema contra un enemigo que, aun más o menos encubierto, desconcierta el rebaño de Jesucristo.

«¡Bien por los apóstoles del Ecuador! Oigan nuestros amigos con veneración y gratitud la elocuente palabra, que es espada de dos filos, del Episcopado ecuatoriano.»

Véase ahora en qué términos, conforme ya citan-

do, recomienda la Pastoral a sus lectores el distinguido director de la *Revista Popular* de Barcelona, Dr. D. Félix Sardá y Salvany, en el número correspondiente al 23 de setiembre:

.....
«Después de un brillante exordio, en que se felicitan por la conclusión y bellas esperanzas del celebrado Concilio, (los Ilmos. Prelados) abordan de frente y con franqueza sin igual el temeroso problema del día.

«Entran en seguida a formular la definición del Liberalismo: clasificanlo en los tres conocidos matices de radical, moderado y el llamado católico; citan los Documentos Pontificios que los anatematizan, y describen minuciosamente las obras malignas de cada uno de los tres. Pero de un modo particular detienen, y por decirlo así se ceban, en desenmascarar al titulado Liberalismo católico. Oigase bien [por los clavos de Nuestro Señor Jesucristo] este retrato, que es de mano maestra y nada deja que desear.....

«Los Prelados del Ecuador no se contentan con establecer doctrinas generales, sino que, como maestros *particulares* de su grey, particularizan la cuestión y aplican a su patria la doctrina sentada, y se preguntan luego: «¿Está o no nuestra República inficionada del virus del Liberalismo católico?» Y véase con qué llaneza y a la par con qué discreción se responden a su propia pregunta. A los individuos más que al Estado se dirige la interpelación. Léase bien y medítela cada cual por si se encuentra en ella aludido.....

«Basta ya; quisiéramos haber podido transcribir toda la Pastoral, que lo merece, y es Documento que entendemos ha de pasar a la historia. La autoridad de los Obispos del Ecuador no será rechazada esta vez por nuestros enemigos con el ruin y acostumbrado pretexto de que está supeditada a tal o cual política reaccionaria. Los Obispos del Ecuador son Obispos de una República. A bien que floado sea Dios! esta República es la de García Moreno, y estos animosos Pastores muestran bien que son de la madera de aquel gloriosísimo mártir de la soberanía social del divino Redentor!»

En fin, no se debe omitir la apreciación que hizo de la Pastoral *El Mensajero del Corazón de Jesús* (1) que se da a luz en Bilbao (España).

«A consentirlo la índole de nuestra REVISTA, insertáramos la *Carta Pastoral de los Obispos del Ecuador reunidos en Cuarto Concilio Provincial de Quito*, en 2 de Julio de 1885, que hemos tenido la inmerecida honra de recibir directamente: es magnífica por todo extremo, por el fondo, por la forma, por el estilo, y por el espíritu de caridad, dulzura y vigor sacerdotal que revela desde la primera hasta la última palabra. Nos parece el lenguaje propio del episcopado de una nación empapada toda en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, cuyo reinado social sólo allí se encuentra establecido con tanta felicidad de aquellos dichosos habitantes, a quienes como hijos gobiernan, hablan y se comunican los venturosos Pastores.

«Hé aquí una nación modelo, una nación feliz, un pueblo de verdadera civilización cristiana, pero nótese la razón de todo: es el único pueblo en que reina socialmente el Sagrado Corazón de Jesús, en leyes, instituciones, costumbres y designios.

«Así lo consignan los venerables Prelados ecuatorienses. «Un pueblo que se ha consagrado al Corazón del Hombre-Dios, no debe contar entre sus hijos uno solo que no reconozca y adore la soberanía social de Jesucristo sobre todas las naciones» (pág: 46). «E-tes, prosiguen, creédnoslo, éste es el secreto de la existencia, conservación, autonomía, incremento y ventura de nuestra débil y pequeña República». (pág. 47). «La República que se ha consagrado al divino Corazón de Jesús, no puede alojar en su seno a tan abominable monstruo del liberalismo» (pág. 24). Así se expresan para preservar a los fieles del mal contemporáneo, del error capital de las inteligencias y la pasión dominante de nuestro siglo, que forma una como atmósfera infecta que envuelve donde quiera el mundo político y religioso, y es el peligro supremo de

1) Número de Diciembre de 1885, pág. 376.

la sociedad y del individuo: tal es el *liberalismo católico* que analizan, desenmascaran y condenan con increíble fuerza de razón y de elocuencia los Reverendísimos Obispos del Ecuador.»

*
* *

Dijimos más arriba que el P. Manuel José Proaño, por comisión del IV Concilio Provincial Quitense, redactó la *Carta Pastoral Colectiva* que suscribieron e hicieron suya los Excmos. Señores Obispos reunidos en aquella asamblea, una de las más respetables del Ecuador católico. A ella asistió el P. Proaño y tomó parte no pequeña en los asuntos por ella tratados, en calidad de *Teólogo Consultor* nombrado por el Concilio, en unión de otros notables sacerdotes y religiosos.

De manera especial trabajó el P. Proaño, estrechamente unido al Rvmo. Sr. Julio M. Matovelle, porque se diese, en pleno Concilio, el *Decreto acerca de la Basílica Nacional*; como en efecto se hizo, con fecha 3 de Julio de 1885.» (1)

La República del Ecuador, anticipándose a todos los países hermanos de la América hispana, celebró en 1886 su *Primer Congreso Eucarístico Nacional*. Entre los varios fines de este Congreso, el más solemne, sin duda, de cuantos hasta ahora ha celebrado el catolicismo nacional, uno fue llevar a la práctica y de modo completamente *social y nacional*, la consagración oficial y canónica de nuestra República al divino Corazón de Jesús, en conformidad con los Decretos del 31 de Agosto y del 8 de Octubre de 1873; aquél dado por el Tercer Concilio Provincial Quitense y éste por la Legislatura de aquel mismo año.

1) Véase este punto, tratado más de propósito, en el libro *«La Consagración de la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús»*, citado más arriba; págs. 365-371.—Un análisis minucioso del Decreto aludido se encontrará en *«El Voto Nacional—Órgano de la Obra de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús... Año 6º Quito, Febrero de 1935—Número 1º»*; págs. 7-11.

Además el Congreso Eucarístico del Ecuador, celebrado en Quito en 1886, quiso también dar impulso vigoroso y certero a la construcción de la *Basílica Nacional*, decretada ya por la Asamblea Constituyente de 1884 y mandada por el Cuarto Concilio Provincial Quitense de 1885.

Tratándose pues de «*dar al Corazón de Jesús, en nombre de toda la República, un culto público y social de amor y reparación*», como dice la Invitación al Congreso Eucarístico Nacional, hay que dar por adelantado que el P. Proaño cooperó a esa espléndida manifestación de fe religiosa, por parte de la Nación entera, de palabra, por escrito y con el despliegue de su poderosa actividad.

Así fue, en efecto; y limitándonos ahora a sus escritos, por haber dado cuenta de su actividad en otra parte (I), haremos conocer la acción de su pluma en tan brillante asamblea.

Apenas apareció la excelente revista quiteña «*LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS*», dirigida por el Rvmo. Sr. José Julio Matovelle y con su *Redactor* responsable, el entonces excelente seglar Manuel María Pólit Laso, el P. Proaño empezó a colaborar en dicha revista, preparando así el ambiente nacional para el próximo despliegue de las fuerzas del país en honor del Corazón Sagrado. Anotemos, desde luego, que durante todo el tiempo que vivió aquella revista—y cuantas después le sucedieron con idéntico objeto el P. Proaño contribuyó con sus escritos al prestigio de tales publicaciones.

23.—La Consagración del Ecuador al divino Corazón de Jesucristo.

Serie de siete artículos publicados en "LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS", en el orden siguiente:
1.—*Cómo se concibió la idea de la Consagración* [Núm.

1] Véase el libro «*La Consagración de la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús...*», tantas veces citado págs. 283-319.

2; *Diciembre de 1884*; págs. 81-87]; 2.—*La Discusión del Proyecto* [Núm. 3; *Enero de 1885*; págs. 161-169]; 3.—*El Decreto del Tercer Concilio Provincial Quitense*; [Núm. 4; *Febrero de 1885*; págs. 225-233]; 4.—*El Decreto del III Concilio Provincial Quitense: El segundo Considerando* [Núm. 5; *Marzo de 1885*; págs. 293-303]; *Continuación del mismo Considerando* [Núm. VI; *Abril de 1885*; págs. 357-365]; 5.—*Conclusión del mismo Considerando* [Núm. XII; *Octubre de 1885*; págs. 211-220]; 6.—*El Tercer Considerando* [Núm. XIII; *Tomo II*; *Noviembre de 1885*; págs. 283-291]; 7.—*El Cuarto Considerando* [Núm. XIV; *Tomo II*; *Diciembre de 1885*; págs. 347-357]; *Conclusión del mismo Cuarto Considerando y de todo el trabajo* [Núm. XV—*Tomo II*—*Enero de 1886*; págs. 411-419].

Con este estudio el P. Proaño trató de dar luz al hecho notabilísimo de nuestra Consagración, tanto canónica como oficial, de nuestra República al Sagrado Corazón de Jesús. Y, en efecto, iluminó espléndidamente y con abundancia de calor religioso el hecho aludido. Ante todo, trazó la *historia* de la idea, lo cual nadie pudo hacer fuera de él, ya que el Padre Proaño fue el instrumento de que Dios se valió para lanzar la primera idea de hecho tan consolador. Luego nos habla de la realización de la idea, tanto en el seno del III Concilio Provincial Quitense, como también en las Cámaras legislativas de 1873. Ciertamente, al tratarse de este punto, omite algunos importantes detalles por falta de datos auténticos. Desgraciadamente omite también la narración verídica de la consagración misma en 1874; si bien es cierto que, por entonces, el P. Proaño se encontraba ausente de Quito.

24.—a) El Congreso Eucarístico del Ecuador.—b) Discurso en favor de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús.

El primer escrito a] de esta sección apareció en «LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN», Núm. XIX, Tomo II, Mayo de 1886; págs. 693-704.

EL DISCURSO b] se publicó en folleto separado, de 21 páginas, en los talleres de la imprenta del Clero; luego se

publicó en «*La República...*», Núm. XXI; Tomo III; Julio de 1886; págs. 129-160.

Acercábase ya la fecha fijada por la Junta Promotora para celebrar el Primer Congreso Eucarístico Nacional del Ecuador; convenía, pues, enardecer los ánimos de los ecuatorianos para celebrarlo dignamente. Esto es cabalmente lo que se propuso el P. Proaño al escribir su artículo acerca del *Congreso Eucarístico*. Después de exponer con claridad lo que es un Congreso Eucarístico y lo que significa para el Ecuador, explica las razones que han movido a la Junta Promotora para su celebración. Esto lo hace el escritor con criterio seguro y sano; con íntimo conocimiento de las necesidades del Ecuador; con alteza de razonamientos, y con llameante afecto de amor de Dios y de la Patria.

El Discurso en favor de la Basílica nos pone en la precisión de relatar las relaciones del P. Proaño con la obra del VOTO NACIONAL, ya que a ella dedicó no pequeña parte de sus actividades, desde que el IV Concilio Provincial Quitense le nombró PROMOTOR de aquella magna empresa.

A todos los ecuatorianos consta que el P. MANUEL JOSÉ PROAÑO de la Compañía de Jesús fue el alma de aquel hecho notabilísimo, en el cual culminó, por así decirlo, la vida religiosa y moral de nuestro pueblo, durante el siglo diecinueve, y que conoce la Historia con el nombre de la *Consagración Nacional de la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús*.

Pero si esto es cierto, a pocos, sobre todo entre la generación moderna, les habrá sido dado conocer a punto fijo cuánto trabajó el celoso Apóstol del Sagrado Corazón para ver de realizar aquel monumento de amor a Jesucristo, que la Iglesia, el Gobierno y el pueblo del Ecuador se propusieron levantar en honor del Sagrado Corazón de Jesús, es decir, de la BASÍLICA DEL VOTO NACIONAL.

Al recurrir, pues, en el presente año, la fecha centenaria del nacimiento de varón tan eminente, parece justo recordar a los hombres de ahora lo que

el P. Proaño pensó acerca de la Basílica Nacional y las múltiples formas con que procuró la realización de tan vasto proyecto.

I.—LAS IDEAS

El Gobierno Provisional de 1883, que asumió los poderes de la República a raíz de la caída del Gral. Don Ignacio de Veintemilla, se penetró concienzudamente de la especial y manifiesta protección con que el Cielo había amparado a nuestra República, hasta el punto de conceder un reñido pero espléndido triunfo a las armas *restauradoras* del orden y de la marcha normal de nuestro País.

Por eso, en acción de gracias y para dar forma sensible, grandiosa y duradera a los sentimientos de gratitud del pueblo ecuatoriano, con fecha 23 de Julio de 1883, *«dispuso la construcción, a expensas del Estado y con el auxilio de donativos particulares, de una lujosa Basílica al Sagrado Corazón de Jesús.»*

Este decreto, con leves modificaciones, fue ratificado por la Asamblea Nacional del Ecuador, mediante la ley de 29 de Febrero de 1884.

La autoridad eclesiástica, por su parte, se dió prisa en interpretar también los sentimientos del pueblo ecuatoriano y en apoyar, con su fuerza moral irresistible, las decisiones del Poder Civil.

Rennidos los Prelados de la Provincia eclesiástica quitense en Concilio provincial, desde el 12 de Junio de 1885, trataron muy de propósito acerca de este punto y dieron un *Decreto* digno de toda consideración. (1)

Pues bien: el P. Proaño tomó parte en ese Concilio Provincial, como uno de los Teólogos y Canonistas nombrados por los Excmos. Señores Obispos, y apenas puede caber duda razonable en que dicho

1) Véase *El Voto Nacional* (Año 6º—Quito, febrero de 1935 Número 1º pág. 7), en donde tratamos expresamente acerca de este punto.

Padre abogó ante el Concilio porque se expidiera el anhelado decreto que él mismo había redactado. Podemos, pues, valernos de este decreto, como de punto de partida para conocer las ideas que el R. P. Proaño tenía acerca de la Basílica Nacional.

Ante todo, en la mente del P. Proaño, la construcción del templo *nacional* en honor del Sagrado Corazón de Jesús debía contarse entre *los medios más eficaces para conseguir del Cielo el divino favor en bien de nuestra República, y asimismo para conservar e ir acrecentando en los ecuatorianos la santa fe y la caridad divina.*

Si bien se mira, es esta una verdad innegable; porque la Basílica Nacional, revestida de los caracteres que le comunican su finalidad y los propósitos de los principales promotores, viene a ser una manera de realizar y llevar a la práctica la *consagración* del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús, hecha de modo singular e inusitado. Con este acto solemne, el Ecuador proclamó el Reinado de amor y de reparación entre nosotros, y el Corazón de Jesús había de reinar sobre su pueblo. Ahora bien, ese reinado social exige que nuestro Soberano y Monarca tenga un solio propio y peculiar, adonde El se asiente para recibir los homenajes de los amantes vasallos y desde el cual derrame sobre ellos más preciados tesoros de su bondad. Por eso, la Basílica Nacional viene a ser como un corolario del hecho de nuestra consagración oficial y canónica al Sagrado Corazón de Jesús.

No es, pues, de admirar que tanto en el Decreto de la Consagración canónica al Corazón de Jesús, como también en el de erección de la Basílica Nacional, las razones que los motivan vengan a ser las mismas; esto es: conseguir para el Ecuador gracias más abundantes del Cielo y, de un modo especial, la conservación de la santa fe, en toda su pureza, su aumento y perfección, así como el amor fino y encendido a la persona de nuestro Señor Jesucristo. Pues si todo el pueblo ecuatoriano llegase a estar adornado de estos celestiales carismas, *el culto social y público de amor y reparación al Sagrado Corazón de Jesús, que*

constituye el fin esencial e intrínseco de la Consagración, vendría a ser una muy natural y práctica consecuencia.

En segundo lugar, el templo que la piedad religiosa ecuatoriana debe erigir en honor de su Rey y Patrono, el Sagrado Corazón de Jesús, ha de revestir el carácter específico de *nacional*, en el sentido de que a su construcción ha de contribuir el Ecuador entero con su Gobierno y su pueblo, con su Clero y sus diversas clases sociales. De este modo la *Basilica Nacional* vendría a ser el monumento simbólico de la unidad de fe y de creencias para todos los ecuatorianos, y constituiría el lazo más fuerte de unión y de concordia entre todos los hijos de una misma Patria. ¡Cómo se transparenta en estas ideas el corazón del P. Proaño, que no latió sino a impulsos del amor de Dios, de su patria, el Ecuador, y de su madre, en el orden religioso, la Compañía de Jesús!

Como muestra sensible del carácter *nacional* que debía tener la Basílica del Sagrado Corazón, se habrían de construir en ella tantas capillas laterales cuantas eran las diócesis que componían la Provincia Eclesiástica del Ecuador, en el momento en que se dictó el Decreto.

Por lo mismo, en todas las diócesis se deberían hacer *colectas* de limosnas para ayudar a la construcción de un templo *no indigno*, en cuanto cabe, de su divina Majestad y que no desdijese de la ardiente religiosidad ecuatoriana. Pues este templo, cual en otro tiempo el de Jerusalén, constituiría como el centro de catolicismo de la Nación, adonde habrían de acudir, en devotas peregrinaciones, los fieles de las diversas diócesis no sólo para rendir en él los homenajes de amor y de reparación al Sagrado Corazón de Jesús, sino también para estrechar más y más los lazos de la unidad religiosa y nacional entre todos los ecuatorianos.

El celoso P. Proaño daba tanta importancia a la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús, que no dudó en afirmar explícitamente y en demostrar con sólidas razones que «*su pronta e inmediata construcción....*

era la pronta e inmediata reconstrucción de la sociedad ecuatoriana sobre las únicas verdaderas bases en que reposan la prosperidad y ventura de los pueblos redimidos.»

Así lo expuso, con notable elocuencia, en el hermoso discurso pronunciado en la primera sesión solemne del Congreso Eucarístico Nacional Ecuatoriano, tenido en Quito, en 1886. Y en esto el celoso sacerdote no hacía sino repetir, reforzándolas con razones muy urgentes, aquel sincero anhelo y aquella íntima convicción de García Moreno, contenidos en las siguientes palabras del Héroe-Mártir: *«Es preciso construir en la Capital un nuevo y magnífico templo que perpetúe en las futuras generaciones la memoria de este hecho (la Consagración Nacional al Sagrado Corazón de Jesús), y sea al mismo tiempo como el centro de renovación religiosa, a lo menos en las Repúblicas de Hispano-América...»* (1)

En fin, no desconocía el P. Proaño que el proyecto de construir la Basílica Nacional era una *«empresa ardua, colosal, inmensa»*; y que humanamente hablando no podía explicarse *«cómo los Poderes públicos de la Nación, las Cámaras Legislativas, los Prelados ecuatorianos, los Sacerdotes, el Congreso Eucarístico (de 1886) y el pueblo todo habían podido contraer, delante de Dios y de los hombres, este sagrado compromiso, en actos y documentos tan serios, tan solemnes, tan reiterados, que no han podido menos de arrebatarse la admiración del mundo.»* Mas como lo que no alcanza la razón explícalo fácilmente la fe, de ese mismo hecho deducía el celoso Jesuita que el pensamiento y voluntad de construir la magnífica Basílica venían de Dios y que El facilitaría todos los medios, con tal que nosotros pusiésemos, de nuestra parte, lo necesario para cooperar a sus altísimos designios.

1) Así nos lo transmitió el R. P. Proaño: véase el discurso pronunciado en Quito, en Noviembre de 1890. (*El Sagrado Corazón*, Año I, Noviembre de 1890.—Número Extraordinario—Quito.)

Tan elevada consideración, al paso que era para el P. Proaño motivo de inefables consuelos, le infundía aliento para dedicarse al trabajo y poner manos a la obra.

II.—LOS HECHOS

Tan pronto como el Cuarto Concilio Provincial Quitense dio el decreto acerca de la Basílica Nacional, el R. P. Proaño fue nombrado *Promotor* de la magna obra. Sin duda, el Excmo. Señor José Ignacio Ordóñez, que presidió aquella Asamblea y conocía a fondo el celo del Director del Apostolado de la Oración en Quito, quiso poner el asunto en manos tan poderosas y activas como las del P. Proaño.

Hecho cargo de la empresa, ante todo el ingenioso Jesuita pensó en darle la importancia que se merecía y comunicarle la popularidad necesaria, a fin de que todos los ecuatorianos abrazasen el proyecto de la Basílica Nacional con empeño, decisión y constancia.

Reuniose, pues, en estrecha alianza con el Rvmo. Sr. Julio Matovelle, nombrado *Director* inmediato de la obra, y con el egregio joven abogado y más tarde Excmo. Sr. Arzobispo de Quito, Manuel Marfa Pólit Laso. Los tres fundaron la excelente revista «*La República del Sagrado Corazón de Jesús*», con el exclusivo fin de promover la construcción de la Basílica Nacional. Durante los seis años que duró aquella publicación mensual, a partir de 1884, el P. Proaño no dejó de colaborar asiduamente con artículos de no escasa importancia.

Allí aparecieron los estudios acerca de la Consagración del Ecuador al divino Corazón de Jesús, amplios y fervientes comentarios al Decreto eclesiástico del Tercer Concilio Quitense. En esa revista se publicó el célebre *Catecismo Filosófico de la Encíclica IMMORTALE DEI* y muchos de sus brillantes panegíricos y discursos de ocasión, con que realzó el valor de la Revista y le dió innegable prestigio.

En Mayo de 1890, a *La República* sucedió el Bo-

letín Mensual, con el título de *El Sagrado Corazón*, como publicación periódica consagrada a dar nuevo impulso a la obra de la Basílica. El P. Proaño no escatimó a la revista el contingente de su pluma, y regaló a los lectores de la publicación quiteña con las preciosas «*Lecciones populares acerca de la devoción y culto del Sacratísimo Corazón.*» Con ellas pretendía ilustrar y vigorizar más y más la piedad de los fieles ecuatorianos, e impulsar de este modo la construcción de la Basílica Nacional.

Hacia 1902, se hizo cargo de la obra de la Basílica Nacional el Rvmo. Sr. Julio Matovelle y, con el fin de activarla, trajo a los Sacerdotes Oblatos de los CC. SS. de Jesús y María, agrupados en torno de su fundador y padre, para que le secundasen en sus intentos.

Poco tiempo después, aparecían los primeros números de la revista mensual *El Voto Nacional*, destinada a promover la construcción de la Basílica del Sagrado Corazón. No hay para qué agregar que el P. Proaño de nuevo empuñó su clásica pluma y con artículos de erudición copiosa y de oportunismo sorprendente, trató de «instruir, reprender, alentar y sostener a toda la católica nación ecuatoriana en el cumplimiento de su *Voto Nacional* y en la prosecución constante, activa y ardorosa de la gran fábrica del templo decretado y solemnemente prometido al Divino Corazón de Jesucristo....» (1)

«*Ageo y nuestro Voto Nacional*» fue el título de aquellas lecturas ardorosas e infaltables en cada número de la revista, las cuales encendieron los ánimos del Ecuador y sobre todo de los quiteños, hasta el punto de que, en 1904, se pudo ya entregar al culto público la Capilla del Corazón Purísimo de María, y, cuatro años más tarde, se consagraba esa misma Capilla elegantemente decorada y como la primera de la gran Basílica Nacional.

1) Véase *El Voto Nacional*; Año 39.—Quito, Noviembre de 1906; pág. 580.

De esta manera y valiéndose de la palabra escrita trabajó el P. Proaño en la magna obra y desempeñó su papel de *Promotor* de la construcción de la Basílica.

Pero hizo más: no sólo escribió sino también predicó repetidas veces y exhortó de palabra a numerosos auditorios persuadiéndoles la necesidad inaplazable de fomentar la construcción del templo en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

Como prueba manifiesta de lo dicho, ahí están, entre varios otros, el discurso de 1886 *en favor de la Basílica Nacional*, y el de 1891, que trata del mismo asunto. En el primero de estos notables discursos, el P. Proaño se esforzó por arrancar de todos los asistentes al célebre Congreso Eucarístico de aquel año el entusiasta ¡DIOS LO QUIERE! de Pedro el Ermitaño, con relación a nuestra Basílica Nacional; el segundo discurso, predicado en la Catedral de Quito, con motivo de celebrarse un *Triduo* en honor de la entonces Beata Margarita María Alacoque, excitó al nutrido auditorio a llevar adelante la empresa de la Basílica, ya comenzada y desbarató las dificultades y reparos que se hacían para impedir la obra.

No contento con esto el P. Proaño, en su calidad de *Promotor de la Basílica en honor del Sdo. Corazón de Jesús*, se ocupó activamente en la recolección de limosnas para la obra y en ese trabajo perseveró hasta su muerte, sin que su actividad conociera eclipses ni supiera de desmayos.

En 1885, con motivo del Cuarto Concilio Provincial Quitense y en el mismo célebre *Decreto* acerca de la Basílica, el P. Proaño trazó un bien pensado *Reglamento* para la recolección de limosnas en todo el Ecuador. Lo perfeccionó y le dió fuerza increíble en 1886, respaldándolo con la autoridad del notabilísimo Congreso Eucarístico de aquel año.

Fue tan grande el impulso comunicado a la obra, que en todas las diócesis ecuatorianas se establecieron *Juntas Diocesanas*; en todas ellas se trabajó, durante mucho tiempo, con decisión y empeño, de suerte que no fueron de escasa consideración los fondos recolectados, como puede verse en las páginas de las revistas

ya mencionadas: *El Corazón de Jesús* y sobre todo *El Voto Nacional*.

El vigor de aquel impulso pudo apreciarse primeramente en 1904 y luego en 1909. En el primero de aquellos años celebraba el mundo católico las *Bodas de Oro* de la declaración dogmática de la *Inmaculada Concepción*. Ocurrióse al P. Proaño, según nos lo cuenta el Rvmo. Sr. Julio Matovelle, la idea feliz pero atrevida de que la ofrenda que el Ecuador pudiese a los pies de María Inmaculada, el 8 de Diciembre de 1904, fuera la Capilla del Purísimo Corazón de María, que forma parte de la Basílica Nacional.

Pues bien: aunque faltaba mucho para coronar la obra y parecía poco menos que imposible la realización de la idea, de tal manera trabajó el P. Proaño, que efectivamente el 8 de Diciembre se entregaba al culto público esa Capilla, cubierta ya y decentemente arreglada.

Cinco años más tarde y gracias a la poderosa cooperación del incansable *Promotor de la Basílica*, esa misma Capilla bellamente decorada en su interior y provista de todos los arreos que la herminosean, recibía la consagración de manos del Prelado.

Dios, complacido sin duda, en los afanes del activo, constante y abnegado Promotor de la Basílica dedicada al honor de su divino Corazón, quiso dar a su siervo el consuelo de que presenciase los inusitados festejos de la inauguración y de la consagración de la primera parte de aquella obra gigantesca: la Basílica del Voto Nacional.

Por espacio de un cuarto de siglo, el P. Proaño, cual otro Nehemías en la reconstrucción del templo de Jerusalén, había promovido la obra de la Basílica Nacional Ecuatoriana, *exhortando* a todos con la palabra y con la pluma; *activando* las labores con las atinadas medidas para la recolección de las limosnas en el Ecuador entero; *deshaciendo* en fin todos los estorbos y dificultades que se oponían a la obra.

Justo parecía que tan abnegado obrero del magnífico templo tuviese el singular contento de ver, antes de su muerte, terminados al menos los comienzos

de la grande obra. Y fue así: ante numerosa concurrencia, en la solemnidad de la consagración de la primera Capilla de la Basílica Nacional, el 14 de Diciembre de 1909, el P. Proaño subió a la tribuna sagrada y desde allí, entre lágrimas de regocijo, cantó las conmovedoras palabras: NUNC DIMITTIS. ¡Merecida recompensa que el Corazón divino de Jesús otorgó, aun en esta vida, al fiel y constante *Promotor de su Basílica Nacional*. (1)

Después de lo expuesto, poco nos queda por decir acerca del célebre *Discurso b) en favor de la Basílica*. En él quiso probar — y logró hacerlo espléndidamente — que «*la pronta e inmediata construcción de la Basílica del Sacratísimo Corazón de Jesús, decretada por la Convención de 1884, es la inmediata y pronta reconstrucción de la sociedad ecuatoriana sobre las únicas verdaderas bases en que reposan la prosperidad y ventura de los pueblos redimidos.*» Para probar esta su proposición acude a la Economía Política, a la Moral Social y a la Teología; analiza el estado de la sociedad ecuatoriana desde el punto de vista económico y moral; penetra en el recóndito santuario de su fe religiosa, y allí encuentra razones fuertes, convincentes e indestructibles para confirmar victoriosamente su aserto. Con sencillorazonamiento, a primera vista paradójico, convence claramente al auditorio y le satisface: «*Riqueza pública, moral severa y fe católica son las bases indestructibles y únicas del edificio social; si construimos prontamente la Basílica nacional, nos vendrán ciertamente aquellas cosas.*» ¡Con qué amplitud desarrolla estos pensamientos! ¡Y cómo reverbera el calor en cada una de las páginas del discurso! Poco a poco el Orador, junto con sus oyentes, se van emocionando, y llegan momentos en que el hervor del afecto como que se desborda y las ideas pugnan por exteriorizarse y los afectos se cruzan y se encienden más y más! Pieza

1) Véase *El Voto Nacional* número 3; año 6; Quito, Abril de 1935; pág. 43.

por todos conceptos notable y digna de estudio detenido para quienes desean salir aventajados en el arte de la palabra.

* * *

25.—a) Dos Importantes Documentos.—b) Deberes de los católicos ecuatorianos.—c) El Tungurahua y la Fe del Ecuador.

Los tres artículos anteriores se publicaron en "LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN", en el orden siguiente: a) en el Número XXVI-Tomo III—Noviembre de 1886; págs. 405-413;—b) en el Número XXVII-Tomo III-Diciembre de 1886; págs. 469-475;—c) en el Número XVI-Tomo II Febrero de 1886; págs. 528-542. Este último artículo se reprodujo en folleto especial, de 15 páginas, en el formato de la misma Revista, y circuló con toda profusión por el Ecuador entero.

El primero a) de estos tres artículos se refiere a la Carta que, con fecha 21 de marzo de 1886, dirigían el Gobierno y el pueblo del Ecuador a su Santidad León XIII, adhiriéndose completamente a las sabias enseñanzas del Pontífice, manifestadas en la Encíclica *Immortale Dei*, que trata de la constitución cristiana de los Estados. El otro documento era la contestación dada por el Secretario de Estado del Papa, Cardenal Jacobini, en nombre del Sumo Pontífice. Después de reproducir ambos documentos, el P. Proaño hace, con su acostumbrada elocuencia, algunas reflexiones de carácter religioso-social y exhorta a que las doctrinas expuestas en la Encíclica referida sean las normas de proceder para todos los ecuatorianos.

En el segundo b) artículo vuelve el escritor a insistir sobre este último punto y hace las debidas aplicaciones a las distintas clases de la sociedad ecuatoriana. De tal importancia juzgó el P. Proaño esta notable Encíclica y tan oportuna para Ecuador, que, desde entonces, empezó a revolver en su mente la composición de su célebre *Catecismo Filosófico*, cuyas primeras semillas encontramos en los anteriores artículos.

En fin, el tercer c) artículo de los enumerados aprovecha un hecho pavoroso para despertar la fe del Ecuador. Gran parte de los ecuatorianos recordamos aún la erupción terrible del Tungurahua, descrita así por el articulista: «El Tungurahua, este GIGANTE SOLITARIO, que había dormido más de cien años, se ha despertado el lunes, 11 de Enero de 1886: pero ¡qué despertar, Dios santo! Ha rasgado el rico manto de plata, y ha presentado a los ojos despavoridos de los habitantes de aquellas regiones el negro pecho, abrasado en el fuego horrible de su ignición eterna; ha levantado la voz destemplada y ha aturrido incesantemente a casi todas las provincias con bramidos formidables; ha oscurecido el cielo y ha envuelto en tinieblas pavorosas muchos horizontes, algunos de ellos durante cuatro días consecutivos, con el humo denso y copiosísima ceniza que ha vomitado; ha despojado a nuestra risueña naturaleza de todas sus pompas, galas y esperanzas, agostando las mieses, enturbiando las fuentes, matando de hambre y sed aves y cuadrúpedos; ha detenido el curso de los ríos, oponiéndoles en un instante inexpugnables diques de encendida lava, que han convertido las aguas vivas de impetuosa corriente en negras nubes o en mar muerto. Y sigue, y sigue el monstruo difundiendo el terror y la consternación con sordos bramidos y aterradores estremecimientos.» (1)

1) Véase «*La República*»... en el lugar citado, pág. 533.— También el egregio poeta, D. Juan León Mera, arrancó este terrible acontecimiento la bella poesía EL TUNGURAHUA, fechada en Atocha a 7 de Febrero de 1886. Se publicó en «*La República del Sagrado Corazón de Jesús*», número XVI—Tomo II—Febrero de 1886, pág. 543.—Sorprende la coincidencia, en los pensamientos fundamentales, de estos dos trabajos: el del orador y el del poeta. Ambos contemplan la naturaleza y la describen; admiran la obra de Dios airado y observan los efectos que ella produce en el corazón de los mortales. El poeta encierra toda su idea en estas fáciles quintillas:

*«De los Andes soberano
Tungurahua; cual te admiro!
Tu misión no es un arcano:
dócil de Dios a la mano
obrar como obras te admiro.
¡Salve, sublime montañal*

Este hecho convidó al P. Proaño a serias reflexiones sobre la naturaleza, sobre la gracia y sobre ciertos «*sabios de aldea y especialistas criollos*» que trataron de burlarse estúpidamente con la consternación general de los ecuatorianos. Fiel, exacta y bellísima es la descripción de la naturaleza ecuatoriana, convulsionada por la erupción del Tungurahua; consuelo inmenso produce el movimiento de los espíritus y el retorno a Dios; en fin, el descreimiento necio de algunos pocos *ensimismados* queda bien puesto en la picota. Lo expone sucintamente el Autor: «En estos dos meses se ha trabado, en la República consagrada al Divino Corazón de Jesucristo, un porfiado combate entre la *naturaleza, la gracia y el pecado*. En este combate la gracia sobrenatural y divina ha triunfado de un modo singularmente ostensible de las vías de la naturaleza y de los furores impotentes del pecado. *Gloria in excelsis Deo!*

* * *

26.—ORACION FUNEBRE pronunciada en las exequias que se celebraron el 6 de Agosto de 1885, décimo aniversario de la muerte del Excelentísimo Señor Dr. D. Gabriel García Moreno, Presidente de la República del Ecuador, en la Iglesia de la Compañía de Jesús en Quito.

Esta ORACIÓN FUNEBRE se publicó en «LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS» (Números IX y X Tomo II Agosto de 1885; páginas 51-81.—De esa impresión se sacaron TIRADAS APARTE y se divulgó en folleto de 30 páginas.—Se reimprimió en Madrid, en nitido folleto de 25 páginas; Imprenta y Litografía de los Huérfanos Calle de Juan Bravo, número 5.—1892.

Bien pudo decir el Orador, al comenzar el presente Discurso, que «desde el 6 de Agosto de 1875, nun-

¡Salve!... Mas vuelva tu entraña
largos siglos a calmarse.
¡Ab! no torne, no, a inflamarse
del Eterno con la señal....»

ca había repetido en silencio el nombre de García Moreno sin exhalar hondos suspiros, sin derramar lágrimas!» En efecto: el P. Proaño, amantísimo de su Dios y de su Patria, trabajó incansablemente por la glorificación de Aquél y por el engrandecimiento de ésta. Buscó con ardor el progreso de su patria, pero un progreso firme, seguro y en consonancia con los destinos inmortales del hombre, y por lo tanto basado en el catolicismo. Tales eran los ideales de su espíritu elevado y sublime.

Al encontrarse con García Moreno, leyó en ese gran corazón grabados también idénticos ideales. La amistad más estrecha entre aquellas dos nobles almas era un hecho. Y efectivamente, desde 1864, época en que el joven Proaño regresó de su destierro, hasta el luctuoso año de 1875. García Moreno y el P. Manuel José Proaño cultivaron las más estrechas relaciones de una amistad fina, delicada y altamente cristiana. Natural era, pues, que el amigo religioso no pudiese recordar al noble Presidente, muerto con tanta alevosía, sin exhalar hondos suspiros, sin derramar lágrimas. Añádase a esto la tristísima experiencia y súmense los terribles desengaños de la querida Patria, que se siguieron en los largos años de la ausencia del amigo, y se comprenderá lo justificado del dolor que embargaba al P. Proaño.

Pero el rigor de los acontecimientos le obligaron a tejer el elogio fúnebre de su llorado amigo. Y si bien se considera ¿quién pudo hacerlo mejor?... El P. Proaño había vivido con el Héroe-Mártir en la intimidad más estrecha — la intimidad de las almas — por espacio de once años; él era capaz de sondear en toda su profundidad a aquel nobilísimo espíritu y medir su grandeza; él fue, en muchas cosas, su consejero y guía; había sido testigo de obras importantísimas, realizadas por el Grande Hombre, y que las solía encubrir a las miradas importunas. Consignemos aquí una tan sólo de ellas, para enseñanza de las generaciones y que la oímos de labios del mismo Padre Proaño, en íntimas confidencias.

«Fuera del señor García Moreno, apenas tres

personas sabíamos en Quito que el excelso Mandatario, siendo Presidente de la República, anualmente se entregaba a practicar los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, por espacio de ocho días seguidos, guardando completa soledad y entregado a las austeridades propias de un religioso. Para eso, hacia el mes de Julio, hacía correr la voz de que su Excelencia, el Sr. Presidente, iba a retirarse de Quito a tomar sus vacaciones antes de la reunión del Congreso. Efectivamente, en pleno día, simulaba ausentarse de la ciudad y a caballo se dirigía hacia el vecino pueblo de Cotacollao, a su quinta del Niño Jesús; pero, al cerrar la noche, regresaba y, dejando en las afueras de Quito el caballo, disimuladamente penetraba en el Colegio San Gabriel e iba en derechura al aposento que se le había señalado para su recogimiento espiritual. El Rector del Colegio, por razones del gobierno de la casa, un Coadjutor encargado de servirle y yo, porque debía dirigirle en sus ejercicios espirituales, éramos los únicos que, en casa, conocíamos el hecho.

En ese encierro, García Moreno, a solas con Dios y su conciencia, se entregaba a la consideración profunda de las verdades eternas, haciendo—como los más observantes religiosos—cuatro horas de meditación diaria y consagrando el resto del día y gran parte de la noche a los exámenes de conciencia, a las pláticas y lecturas espirituales.

En esa hoguera de los Ejercicios de San Ignacio retemplaba su espíritu cristiano y de esa fuente bebía a raudales las aguas de una espiritualidad gigantesca. Este hecho pasó inadvertido, durante varios años, para todos los ecuatorianos.

En uno de esos ejercicios espirituales sucedió lo que voy a contarle. Indefectiblemente a las 5 de la mañana, solía ir yo a despertar a su Excia., para que diese comienzo a su primera hora de meditación. Casi siempre notaba que estaba ya en pie, apenas golpeaba en la puerta de su aposento. Pero, en una ocasión, no me contestó al primero, ni al segundo, ni al tercer golpe, un tanto recio este último, que dí en

la puerta. Bastante alarmado por lo raro del caso y temiendo le hubiera sobrevenido algún accidente, me tomé la libertad de abrir la puerta. Mi sorpresa fue inmensa al observar que el Presidente, con el rostro hacia la tierra, estaba tendido y dormía profundamente. ¿Qué había sucedido...? En un acceso de santo fervor, propúsose la víspera pasar toda la noche en oración: vencido por la naturaleza, pagó el tributo de la debilidad humana.»

Este relato sí, por una parte, nos hace vislumbrar la soberana alteza de la espiritualidad de García Moreno, por otra nos manifiesta el íntimo conocimiento que de este varón extraordinario tenía su fiel amigo, consejero y guía, el P. Manuel José Proaño.

Por eso, con toda razón se puede afirmar que nadie conoció tan íntimamente a García Moreno, en toda su soberana grandeza, como el P. Proaño y, por lo mismo, nadie estaba mejor capacitado, como él, para tejer el elogio fúnebre del Presidente.

Prueba manifiesta de lo dicho es el Discurso considerado en sí mismo. Confesamos que, una vez leído éste, todos los demás que se han publicado en los diversos tiempos, aunque magníficos y algunos de ellos magistrales, nos han parecido muy pálidas semblanzas del Héroe y que no llegan a bosquejar sino la superficie de aquella grande alma, de aquel hombre superior. Es que el P. Proaño, de modo consciente y bien pensado, para componer la oración fúnebre de su fiel amigo, supo colocarse en el verdadero punto de vista; él mismo lo dice: *«Cuando la Historia quiera dar a la posteridad una idea exacta de este hombre extraordinario, deberá elevarse por fuerza a las alturas católicas, a las cumbres eternamente serenas de la fe; porque sólo desde ellas puede la razón medir la talla gigantesca de los héroes cristianos.»*

A esas alturas subió el P. Proaño, desde allí contempló a su Héroe y encontró que *«García Moreno fue justo; que García Moreno fue, entre todos los jefes de los pueblos, el hombre de Dios del Siglo XIX. y el fruto de bendición de la fecundidad santa de la*

Iglesia católica. » Tal es la proposición de aquel notabilísimo discurso.

El razonamiento, para ponerla en evidencia, es muy sencillo: aplica a la vida y a las obras de García Moreno las sabias normas trazadas por Benedicto XIV para juzgar de las virtudes fundamentales de fe, esperanza y caridad en los creyentes y para declararlas en grado heroico. Dado el conocimiento íntimo que el P. Proaño tenía de García Moreno, esta aplicación era cosa muy fácil.

De este modo pudo nuestro Orador tejer el más bello y sublime elogio de García Moreno, entre tantos como se han escrito; y si Dios, en sus altísimos designios, quiere glorificar externamente a su fiel servidor con la auréola de la santidad, el Discurso de su leal amigo será el punto de partida, por haber sido él testigo de sus eximias virtudes. En todo caso, su *Oración fúnebre* vivirá, como el retrato más acabado, mientras perdure la memoria del Héroe-Mártir.

* * *

27.—a) La Idolatría de la Palabra. (Discurso Académico en contestación al de recepción del Sr. Dr. D. Honorato Vázquez.—b) Cristo, la Iglesia y la Poesía.—(Discurso Académico en contestación al de recepción del Sr. D. Quintiliano Sánchez.—c) Observaciones al Diccionario de la Lengua, en su duodécima edición.—d) Las Poesías y Pensamientos del poeta Joaquín Velasco y Cobo.

Todos estos trabajos del P. Proaño se publicaron en las "MEMORIAS DE LA ACADEMIA ECUATORIANA", en el orden siguiente: a) Tomo I; Entrega 3ª, págs. 137-145. Quito-Imprenta del Gobierno.—Año 1887.—b) Tomo I; Entrega 6ª, págs. 335-350. [Quito-Imprenta del Gobierno.—Año de 1889.—c) Tomo II; Entrega 9ª, págs. 8-16. Quito-Imprenta del Gobierno—Año de 1891; y Tomo II; Entrega 10ª, págs. 51-62.—d) Tomo II; Entrega 10ª, págs. 75-86.

Estos escritos, sobre todo los dos primeros, son muy conocidos por todos los ecuatorianos de mediana

cultura, pues se reprodujeron en Quito, como *Apéndice* al célebre Catecismo Filosófico (Edición de 1891 Quito- Imprenta del Gobierno; págs. 361 y 373). Basta, pues, decir dos palabras acerca de ellos.

a) En Febrero de 1886 ingresaba en la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española de la Lengua el Sr. Dr. D. Honorato Vázquez. En el solemne acto de su recepción, leyó el discurso de estilo acerca del *«Tratado de la Belleza de D. Juan Montalvo»*, algunas de cuyas teorías estéticas examinó, con noble y atinado criterio. (1) A este discurso del distinguido joven académico respondió el P. Proaño con el suyo; en él disertó con elegancia acerca de los efectos individuales, sociales, morales y religiosos de lo que el viejo académico llamó *Idolatría de la Palabra* y que consiste *«en hablar sin pensar, y en pensar sin sustancia, y en buscar la verdad y la belleza fuera del foco de sus más apacibles y luminosas irradiaciones.»* (2)

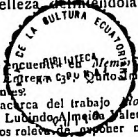
b) El señor don Quintiliano Sánchez tomaba asiento entre los Académicos de la Lengua el 13 de Febrero de 1887; en su discurso de ingreso trató de *«La Poesía en la Fe»*. (3) Contestóle el P. Proaño manifestando, con lujo de raciocinio, que Cristo y la Iglesia, *«en sus relaciones con la belleza, son la fuente fecundísima e inagotable de las más bellas y sublimes inspiraciones del poeta, al través de todos los tiempos y en la prolongación incomprensible de los siglos eternos.»*

Antes de probar esta verdad y como fundamento de ella, el digno académico expone una teoría *muy personal* suya acerca de la belleza definiéndola así:

1) El discurso del Dr Vázquez se encuentra en *Memorias de la Academia Ecuatoriana*; Tomo I; Entrega 3.^a Quito, Imprenta del Gobierno: 1887, págs. 112 y siguientes.

2) El bien pensado discurso que, acerca del trabajo *Idolatría de la Palabra*, compuso el Sr. Dr. D. Ludovico Almagro Valencia, y que va al final del presente escrito, nos releva de exponer nuestro juicio acerca de la obra del jesuita quiteño.

3) Véanse las *Memorias...* Tomo I; Entrega 6.^a págs. 293 y siguientes.



«El esplendor de los contrastes del orden tanto natural como sobrenatural, ofrecido a las más altas facultades cognoscitivas del hombre, con el fin de excitar en él la idea, el sentimiento, el amor del que es Principio y Corona de los dos órdenes dichos, con todos sus contrastes y esplendores.» Sea cual fuere—según los diversos criterios—el valor lógico de esta definición, nadie podrá dejar de reconocer, en la explicación que de ella da el autor, un poderoso vigor de raciocinio ni menos verdadero ingenio en las pruebas que aduce para mostrar su legitimidad.

En el siguiente desarrollo o aplicación de este concepto de belleza a Jesucristo y a la Iglesia se admiran la maestría en el razonamiento, el calor y vida con que brotan las ideas, la fluidez y galanura, nada postiza, de la expresión. No sin justicia estiman varios críticos de nota que este trabajo académico es el discurso *más perfecto* que haya brotado de la pluma del P. Proaño; de todos modos, es esta una obra que honra grandemente al notable académico de la Lengua. (1)

c) *Las Observaciones* al Diccionario de la Lengua... tienen el origen siguiente, La Real Academia Española de la Lengua pidió a sus hermanas de América que estudiasen el Diccionario por ella publicado últimamente y le enviasen los reparos, mejoras etc., que debieran introducirse. Con este fin, los Académicos ecuatorianos sortearon entre sí las letras del alfabeto; al P. Proaño tocole el estudio de las palabras que empiezan por E. Las observaciones del académico ecuatoriano se concretan a la significación teológica y filosófica de los términos. De este modo, recorrió desde la palabra EBIONITA hasta el término ESCRIBIR. Por desgracia, las *Memorias de la Academia* dejaron de publicarse después de la *Entrega* 11ª, impresa en 1893; quedó, pues, inconcluso el estudio del P. Proaño.

1) Por ser el discurso *más original* y *más elocuente* del P. Proaño lo reproducimos íntegro en el *Apéndice* número, 21.

d) En el artículo sobre las poesías del Sr. Dr. Joaquín Velasco y Cobo, da cuenta el P. Proaño del hallazgo hecho por él; presenta algunas muestras y excita a quienes tengan alguna más comodidad y holgura a que publiquen esas poesías, en las cuales el académico quiteño encontró «*naturalidad, sencillez, sentimiento, agudeza, ingenio, profundidad y sustancia.*»

Por desgracia, nadie tomó en cuenta, durante muchos años, la invitación del P. Proaño; pues sólo en 1931 las OBRAS POÉTICAS Y PENSAMIENTOS del Señor Doctor Don Joaquín Velasco y Cobo encontraron un diligente y entusiasta editor en la persona del esclarecido poeta, P. José Luis Velasco S. J., el cual reprodujo, en un *Apéndice*, el artículo del P. Proaño, publicado en las *Memorias de la Academia Ecuatoriana*. (1)

28.—Catecismo Filosófico de las Doctrinas Contenidas en la Encíclica IMMORTALE DEI de nuestro Santísimo Padre León XIII por el R. P. Manuel José Proaño S. J., individuo de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española.—Con dos Apéndices del mismo Autor.—Quito-Imprenta del Gobierno.—1891.

Por primera vez se publicaron las diversas LECCIONES de este CATECISMO en la Revista quiteña «LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS» [Números XXVIII a L, años de 1887 y 1888]; pocos años después, en 1891, a petición de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, salieron a la luz en volumen separado, de XXXII y 398 págs. y 27 x 17½ de formato.

La resonancia que, en aquella época, tuvo el *Catecismo Filosófico*, tanto dentro como fuera de nuestra Patria, fue notable; bien a las claras lo demuestran las apreciaciones laudatorias de la prensa

1) *Obras Poéticas y Pensamientos* del Sr. Dr. D. Joaquín Velasco y Cobo. Apéndice por el R. P. Manuel J. Proaño S. J. de la Academia Ecuatoriana.—Quito-Editorial Ecuatoriana.—1931.

nacional y extranjera. De entre todas estas escogemos solamente dos para conocimiento de nuestros lectores.

EL ECUATORIANO, periódico de Quito, en su número del 21 de Febrero de 1891, se expresaba así: «La literatura nacional acaba de hacer, en la obra que lleva este título, una adquisición honrosa y valiosísima. La ha escrito el M. R. P. Manuel José Proaño, Jesuita quiteño, y la ha dado a la estampa, en la misma imprenta del Gobierno, el actual Presidente de la República Excmo. Sr. Dr. D. Antonio Flores, por recomendación de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española. Bien por el autor, por el editor y por la Academia Ecuatoriana.

El *Catecismo Filosófico* es una obra magnífica, digna de figurar en las bibliotecas de los sabios. No es una inspiración fugitiva; es la resonancia majestuosa de la verdad. Por cualquier lado por donde se la considere, ella se recomienda a sí misma a todo ánimo despreocupado, a todo corazón bien puesto. El argumento es elevado y oportuno: todas las doctrinas del sabio Pontífice León XIII relativas a la constitución cristiana de la sociedad civil, explicadas y desenvueltas con fidelidad escrupulosa. La forma es dialogada, y en ella se levanta el autor a la altura del Conde de Maistre en sus famosas Veladas de San Petersburgo. En la obra del R. P. Proaño, el *Ecuatoriano* habla a nombre de la Fe y la Razón, al despedirse, se dan un estrecho abrazo delante de la Cruz victoriosa.

Dejamos a los literatos el cuidado de examinar los primores de la ejecución de este bellísimo plan; dejamos a los teólogos y filósofos la ponderación de la exactitud y profundidad de las doctrinas que se exponen; y nos fijamos únicamente en la parte práctica de la obra.

Ella es, en nuestro juicio, un esfuerzo supremo y generoso por introducir en la constitución y vida de los pueblos democráticos el elemento moral y religioso, bien comprendido, y no maliciosamente interpretado, según las momentáneas exigencias de pasiones

anárquicas y borrascosas, según los mezquinos intereses de partido y la insoportable altivez y jactancia de ambiciones arrogantes o personales. El *Ecuatoriano* y el *Filósofo* del Catecismo se encumbran a las más serenas regiones del pensamiento, y vibran desde ellas rayos tremendos contra los prácticos y sistemáticos enemigos de toda autoridad constituida, contra esos espíritus soberbios y turbulentos, que creyéndose ellos *solos* en posesión de la virtud, de la ciencia y de la fe, desprecian altivos y aborrecen furibundos a todos aquellos que no se ponen a su disposición; y extravían el juicio de las muchedumbres sencillas, echando mano de medios reprobados e inmorales como son la mentira, la calumnia, el odio, el furor, la venganza... y todo esto en nombre de Cristo, en nombre de la Iglesia!!!

Cuando los interlocutores explican las doctrinas del Papa relativas al progreso legítimo, si bien sostienen, como es justo, la inmutabilidad del dogma, demuestran sin embargo, en páginas brillantes, que la Iglesia es eminentemente progresista.

Hé aquí lo que ha llamado nuestra atención en la obra del Jesuita ecuatoriano.»

La revista romana *La Civiltà Cattolica* (Serie XIV, vol. XII; pág. 595, año de 1891) emita su juicio en la siguiente forma: «Este Catecismo Filosófico es un trabajo que merece ser leído y estudiado de cuantos tienen interés por las enseñanzas de Su Santidad León XIII.... Tras una atenta lectura de todo el libro, bien podemos asegurar a nuestros lectores que no hay punto alguno de las doctrinas encerradas en la Encíclica *Immortale Dei*, que no vaya explicado por el docto autor, con mucha solidez, orden y claridad. Nos complacemos en augurar numerosos lectores a un libro tan útil y oportuno.»

Finalmente, el Excmo. Cardenal Rampolla, a nombre de Su Santidad León XIII, escribía al P. Proaño, con fecha 16 de Abril de 1891, agradeciéndole el ejemplar del *Catecismo Filosófico* remitido al

Padre Santo y calificándolo de *obra docta y útil* para la enseñanza de la sociedad civil. (1)

Después de consignar aquí juicios tan autorizados de la obra, sólo nos resta recomendar a la juventud su esmerado estudio: ahí se encuentran doctrinas sólidas y verdaderamente científicas, expuestas en un estilo lleno de amenidad, de vida y de genuino patriotismo, como se puede ver por el pasaje que presentamos en el Apéndice, Número XV.

* * *

29.—a] Panegirico de la Beata Mariana de Jesús.— Pronunciado el 30 de Mayo de 1887, en la Iglesia de la Compañía de Jesús, en Quito.—b] León XII y el 31 de Diciembre de 1887.

El Panegirico a] se publicó en Quito. Imprenta del Clero, en un folleto de 22 x 14, con 16 páginas de texto. La Revista quiteña. "LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS", lo reprodujo en el Núm. XXXIV Tomo IV; Julio de 1887; págs. 413-427.

El segundo de los escritos mencionados b] es un artículo editorial de la misma Revista, en su Núm. XXXIX Tomo IV; Diciembre de 1887; págs. 727-340.—Se reprodujo también como APÉNDICE del Catecismo Filosófico, edición de 1891-Quito. Imprenta del Gobierno págs. 349-358.

1) He aquí el texto de la comunicación en su original: «Núm. 1410.— Rev. Padre; A mezzo dell' Incaricato d' affari della Repubblica Equatoriana presso la Santa Sede ebbe il S. Padre il Catechismo Filosofico delle dottrine contenute nella Enciclica IMMORTALE DEI: docto et utile lavoro da V. P. pubblicato ad ammaestramento della civile società ed a confutazione delle false dottrine che vogliansi insinuare nel popolo.

Ed é in nome della Santità Sua che, nell' encomiare altamente lo scopo che Ella si é prefisso, e la forma che ha creduto di adottare per raggiungerlo più facilmente, io Le participo l' Apostolica Benedizione a pegno di benevolenza.

Io poi Le debbo i miei ringraziamenti per avermi asseguato in dono un esemplare del lavoro suddetto, ed augurandole del Signore ogni bene mi dichiaro. Di V. P. Rev.—Poma 16 Aprile 1891 Affmo. nel Signore.—fr. M. Card Rampolla.—R. P. Emmanuel G. Proaño S. J.—Quito (Equatore), (Arch. S. J.—Quito.)

Por tercera vez, en Mayo de 1887, el P. Proaño hablaba desde la sagrada Cátedra acerca de la Beata Mariana de Jesús. En los dos anteriores panegíricos de la Vble. Virgen Quiteña consideró el Orador su heroica santidad con relación a determinado grupo de personas: las hijas de María; en el presente discurso considera la heroica santidad de Mariana en sus relaciones con la sociedad ecuatoriana en general. Por eso, enuncia su proposición en la siguiente forma: «*Digo que la misión providencial de Mariana de Jesús fue la de conservar la familia ecuatoriana atada siempre a Cristo, con la maravillosa eficacia de sus ejemplos, con la largueza de sus beneficios y con el poder de su intercesión*» De ahí deducía razonablemente el Orador que el Ecuador debía a Mariana de Jesús «*un culto de fiel imitación, un culto de gratitud profunda, un culto de confianza ilimitada.*»

Los razonamientos con que prueba su tesis son rigurosamente teológicos y van expresados con amplitud, soltura y elegancia. El conocimiento íntimo del estado en que se encontraba por entonces la sociedad humana en general y el matiz particular de la sociedad ecuatoriana, sirven al Orador para dar a su discurso adaptación admirable al medio ambiente.

El artículo b) *León XIII y el 31 de Diciembre de 1887* es una cálida invitación que el P. Proaño dirige a todos los ecuatorianos para que celebren, con júbilo y entusiasmo, el *Jubilco Sacerdotal* del Pontífice. Para ello analiza brevemente la excelsa personalidad de León XIII y expone sus relaciones con la República del Ecuador.

* * *

El 19 de Mayo de 1888, el P. Proaño recibió el nombramiento de SOCIO HONORARIO del *Instituto Ecuatoriano de Ciencias* que, por aquel tiempo, funcionaba en Quito y estaba compuesto por verdaderas notabilidades. (1)

1) He aquí el texto del diploma que aun se conserva en el Archivo privado S. J. de Quito: «*INSTITUTUM SCINTIARUM AEGUATO-*

Dos años después, el 24 de Octubre de 1890, el Excmo. Sr. Arzobispo de Quito, Dr. D. José Ignacio Ordóñez, nombraba al P. Proaño Profesor en la Universidad Central de Quito, para que ocupase la Cátedra de Religión, vacante por renuncia del R. P. Fray José María Aguirre, franciscano, que la había desempeñado con tanto lustre y por espacio de varios años.

Si se tiene en cuenta que, por entonces, el cuerpo profesoral de nuestra Universidad estaba integrado por verdaderas eminencias en cada ramo y por hombres de mérito indiscutible, se convendrá en que la elección hecha del P. Proaño ponía de manifiesto su competencia y su indiscutible prestigio. Todos se regocijaron con tan merecido nombramiento, y no faltó quien, al felicitar al P. Proaño, escribiese las frases siguientes: «Mi querido P. Proaño: No felicito tanto a U., como a mí mismo, por el acertado nombramiento que ha hecho en U. el Ilmo. Sr. Arzobispo para Profesor de Religión en esta Universidad. *Franca-mente tengo envidia a la juventud que concurrirá a esas clases.*» (1) Desgraciadamente, como lo veremos un poco después, el P. Proaño no pudo desempeñar esa clase sino por espacio de un año; pues, en Setiembre del curso escolar siguiente, partía para Europa.

30.- a] Discurso predicado en la Catedral de Quito el segundo día del Triduo que se celebró en honra del segundo centenario de la muerte de la Beata Margarita María Alacoque.—b] ¿Se hará la Basílica?—c] **Lecturas Populares** sobre la devoción y culto del Sacratísimo Corazón de Jesús: I. ¿Qué es el Corazón de Jesús?—II. La Perla Preciosa.—III. El Valor de la Perla Preciosa.—IV El Símbolo.

RIANUM. - Solemni consensu die XI mensis Maii, anni M DCCC. LXXX. VIII celebrato—Praeclarum Virum—R. P. EMMANUELEM PROAÑO S. J.—in socium honorarium sibi cooptavit.—In cuius rei fidem praesens Diploma, sigillo suo, Praesidis ac Scribae chirographa munitum—expediri mandavit.—Praeses: [f] J. Modesto Espinosa.—A secretis: Luis C. de Vaca.—Datum Quili, die XIX mensis Maii, anni M.DCCC.LXXX.VIII»

• 1) Carta del Sr. Dr. Antonio Flores, por entonces Presidente Constitucional del Ecuador, fechada el 31 de Octubre de 1890. Arch. priv. S. J. Quito.

Todos estos escritos aparecieron en la Revista quiteña «EL SAGRADO CORAZÓN.—BOLETÍN MENSUAL DE LA OBRA DEL VOTO NACIONAL AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS Y DE TODAS LAS OBRAS QUE A ÉL SE REFIEREN, BAJO LA DIRECCIÓN DE LOS MISIONEROS DEL SAGRADO CORAZÓN», en el orden siguiente; a] Año I—Noviembre de 1890 Núm. extraordinario;—b] Año I—Agosto de 1890 Núm. 4; págs. 117-123;—c] Año II—Febrero de 1891 Núm. 10; págs. 41-47—Marzo; Núm. 11 págs. 161-168.—El artículo ¿SE HARÁ LA BASÍLICA? se reprodujo en «EL VOTO NACIONAL», Año 6º, Quito, Abril de 1935—Núm. 3; págs. 39-42.

El título íntegro del *Discurso a)* nos da conocer las circunstancias en que se tuvo: la ciudad de Quito, siempre adicta a la causa del Corazón de Jesús y de sus fieles servidores, se propuso celebrar, con toda solemnidad, el segundo centenario de la muerte de la Vidente de Paray-le-Monial, por medio de un devoto *Triduo*, llevado a cabo en la Iglesia Metropolitana. En él tomaron la palabra los PP. Domingo Naranjo O. P., Enrique Faura S. J., Fray José María Aguirre O. F. M., y nuestro P. Manuel José Proaño. Los Redactores de «*El Sagrado Corazón*», que lo eran los beneméritos *Misioneros del Sagrado Corazón* o Padres de Issoudoun, publicaron el discurso del P. Proaño, en un número *extraordinario* de la Revista con la siguiente recomendación: «Dos razones poderosas nos mueven a consagrar cuanto antes este número extraordinario a la sola publicación del discurso del R. P. Proaño: su *extensión* y su *importancia práctica*. En él, como verán nuestros lectores, hace el Orador tres cosas: 1ª) Aduce las razones más persuasivas para mover y decidir la voluntad de todos los ecuatorianos a la inmediata construcción de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús; 2ª) Organiza los trabajos de la fábrica, sugiriendo para ello los medios más fáciles, aceptables y eficaces; 3ª) Rebate las objeciones más comunes que pueden hacerse contra la empresa.»

Los artículos *populares*, como lo indica este epíto, están dirigidos al pueblo; en ellos, con suave

unción y siempre con mucha sustancia, se trata de instruir acerca de la devoción y culto del Corazón Sagrado, excitando amablemente a su práctica.

31.—a) A la República del Sagrado Corazón (Soneto.)
b) Discurso de Acción de gracias, predicado el 28 de Junio de 1891, en el templo de la Compañía de Jesús en Quito.—c) El Tercer Centenario de San Luis Gonzaga.—d) Las Dos Azucenas (Soneto.)

El soneto a] fue un recuerdo de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, celebrada en el templo de la Compañía en Quito, año 1891; se publicó en la revista quiteña "EL SAGRADO CORAZÓN", Año II; Junio de 1891; Núm. 14; pág. 216.—El DISCURSO b] apareció en un folleto cuyo título era: "LA SANTA SEDE Y EL PRESIDENTE DEL ECUADOR; III—1891.—Imprenta del Gobierno"; págs. 13-42.—El artículo c] EL TERCER CENTENARIO... se publicó en la revista "EL SAGRADO CORAZÓN", Año II; Enero de 1891; Núm. 9; págs. 15-20. También circuló profusamente ese artículo reproducido en un folleto de 7 págs. 29 x 19, en la IMPRENTA DEL CLERO de Quito.—En fin, el soneto d] LAS DOS AZUCENAS, se declamó en la VELADA LITERARIA del 5 de Julio de 1891, en honor de San Luis Gonzaga, y se publicó en "EL SAGRADO CORAZÓN", Año II.—Septiembre y Octubre de 1891.—Núms. 17 y 18; págs. 396.

Dos palabras acerca del *Discurso b)*. El 30 de Junio de 1891 tocaba a su término el *tercer* año del período presidencial del Excmo. Sr. Dr. D. Antonio Flores; este religioso y católico Presidente invitó a los ecuatorianos a dar gracias a Dios por los beneficios concedidos a la República durante esos tres años de su presidencia. Se llevaron a cabo, con tal motivo, solemnes actos religiosos, en el templo de la Compañía, el día 28 de Junio, y el P. Proaño predicó el *Sermón eucarístico* o de acción de gracias. En él, después de manifestar en el *Exordio* el motivo de la solemnidad, *ponderó brevemente tres de los más grandes beneficios de que ha disfrutado y disfruta hoy nuestra venturosa República: el beneficio de la paz;*

el de nuestra íntima y sincera adhesión a la Cátedra de San Pedro, y el del amor entrañable del Padre Santo a la República y a su Jefe.»

En el desarrollo, demuestra satisfactoriamente su tesis echando mano del raciocinio filosófico y de los hechos; en estos últimos el P. Proaño había jugado un papel importante. Conocíalos, pues, a fondo, los apreciaba desde su verdadero punto de vista, y así fácil le fue aplicarlos a su asunto.

Al dar cuenta de esas solemnidades, un cronista se expresaba del modo siguiente: «Todo estuvo a la altura de tan solemne culto; pero llamó particularmente la atención de la escogida y numerosa concurrencia, el noble, elevado y religiosísimo discurso del R. P. Manuel José Proaño, quien ...desempeñó con tal acierto el encargo, que satisfizo plenamente el voto general.» (1)

*
* * *

En Agosto de 1891 partía el P. Proaño para España: largo tiempo pasó dedicado a la enseñanza de la Filosofía y había logrado especializarse en esa materia. Desde su estancia en Riobamba, allá por los años de 1871, empezó a consignar por escrito las lecciones que daba a sus alumnos en las clases; con el transcurso del tiempo tuvo ocasión de revisarlas de continuo y volver sobre ellas para acomodarlas a la inteligencia de jóvenes que están en vía de formación. En ello trabajó por espacio de veinte años, y era justo que el fruto de tantos desvelos no quedase desperdiciado. Tal fue el motivo principal de su viaje a España, y en ello principalmente se ocupó todo el tiempo de su permanencia en Europa.

Recogido en el Colegio de Chamartín de la Rosa, junto a Madrid, atendió a la impresión de su obra filosófica, que se hizo con relativa prontitud, y de la cual vamos a dar cuenta a los lectores.

1] Folleto antes citado, pág. 3.

32.—Curso de *Filosofía Escolástica*, por el R. P. Manuel José Proaño, de la Compañía de Jesús, Miembro de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española.—Tomo I Lógica y Ontología.—Madrid-Imp. de la Soc. Edit. de San Francisco de Sales-Pasaje de la Alhambra, 1.-1892.-Págs. XV--642; de 19 x 12 de formato.—Tomo II Cosmología, Psicología y Teología Natural-1893.-Págs. 615.—Volumen Tercero.—Ética y Derecho Natural.—1892.—Págs. 412.

Para juzgar atinadamente el *Curso de Filosofía Escolástica* es preciso darse cuenta de lo que el Autor pretendió realizar con su obra. Por dicha nuestra, poseemos manuscritas aún unas *Observaciones* de puño y letra del mismo P. Proaño, las cuales junto con el *Prólogo* que va estampado al principio del tomo I, nos darán luz suficiente para penetrar la mente del escritor en la composición de su libro.

Ante todo, el P. Proaño quiso componer un *libro de texto* para los Colegios de Segunda Enseñanza principalmente en el Ecuador. De ahí que, en dicho libro, se expongan con lucidez y precisión los principios *fundamentales* en cada materia, ateniéndose a las doctrinas más seguras y sólidamente asentadas. El Autor sigue muy de cerca los fecundos razonamientos del Angel de las Escuelas, Sto. Tomás de Aquino y de sus más notables comentaristas.

En segundo lugar, de caso pensado el P. Proaño abandonó una enseñanza de las cuestiones filosóficas en *rigorosa forma silogística*, y pensó «que prestaría un gran servicio a la causa de la verdad... si, sosteniendo a todo trance las formas lógicas, como base y fundamento común de todas sus enseñanzas, cuidase, al mismo tiempo de templarlas, moderada y oportunamente, con las otras formas descriptivas y patéticas.» (1) Por eso el Autor procuró variar y amenizar el estilo, a fin de hacer más llevadero a los jóvenes el importantísimo estudio de los arduos problemas filosóficos.

1) Prólogo de la obra; Tomo I, fol. X.

Nada tenemos que decir acerca de las doctrinas expuestas en el texto: son las de la *Filosofía Católica*, bebidas en las mejores fuentes e interpretadas por los más afamados pensadores del Catolicismo. En la *Ética* y *Derecho Natural* se advierten grandes lagunas, pero buen cuidado tuvo el P. Proaño de manifestar que tales vacíos fueron voluntarios y por él previstos, porque las doctrinas acerca del Estado, que faltan en en el *Volumen Tercero*, las había expuesto en el *Catecismo Filosófico*.

Mirada la obra en conjunto y teniendo en cuenta el fin que se propuso el Autor, nadie habrá que deje de reconocerle un positivo mérito, tanto más digno de recomendación cuanto que el P. Proaño fue el *primer ecuatoriano* que, durante los días de la República, con sus escritos tan asequibles a las mentes juveniles, llamó la atención de los jóvenes hacia el cultivo de los problemas filosóficos y encauzó las inteligencias en ese sentido. ¡Cuánto habría ganado la cultura filosófica de la juventud ecuatoriana, al andar de pocos años, si hubiese seguido adelante el certero impulso dado por el P. Proaño, con su ejemplo y con sus obras! Desgraciadamente la política—por cruel ironía llamada *liberal*—entronizada en el país desde 1895, en su afán de echar por tierra todo lo pasado, apenas le fue posible, desterró de las aulas el texto del P. Proaño y lo sustituyó con autores de escasa valía, hasta dejar a los alumnos a merced de *míscros copiados*!

Alguien, hacia 1910, en el periódico guayaquileño «*El Grito del Pueblo*», número correspondiente al 24 de Mayo, acusó al P. Proaño de no haber tenido en cuenta, en su obra filosófica, las ideas recientes y de no haber advertido a la nueva orientación. El entonces ya venerable anciano, en la mesurada contestación a ese reparo, dio una respuesta muy digna de un hombre prudente y de un verdadero filósofo. «No estoy tan aferrado a las doctrinas medioevales—le dijo—que no advierta la reciente orientación de las ideas. Lo que hay es que, estando como estoy firmemente persuadido de la eterna e inmutable destinación

de las almas inmortales, miro todo lo temporal como fugitivo y sombra vana. Las travesuras de la razón contemporánea, en sus delirios, no pasan, a mis ojos, de ser imperceptibles gotas de pasajera nube que se pierden en la inmensidad de nuestro Océano Pacífico, sin aumentar por eso el caudal de sus aguas.» (1) ¡Bella alegoría con que el sabio Maestro dio a entender que, la mayor parte de los devaneos de la Filosofía reciente no merecen la consideración detenida de quien está firmemente adherido a los principios de la *Philosophia perennis*, única que escapa al tiempo y a las vicisitudes de lo relativo y pasajero!

El estudio de la obra filosófica del P. Proaño fue encomendado, en 1892, al *Consejo General de Instrucción Pública*, el cual no sólo emitió un juicio sumamente laudatorio de la Obra, sino que determinó que fuese *texto obligatorio* para todos los Colegios de la República, a partir del curso escolar de 1893. (2)

1) *El Comercio* de Quito, en su número 1296, correspondiente al Sábado 25 de Junio de 1910, reprodujo tanto la semblanza del P. Proaño, hecha por *El Grito del Pueblo*, como también la contestación del P. Proaño al Director de aquel diario.

2) He aquí el documento íntegro, que lo publicamos por haberse mantenido hasta ahora inédito: «Núm. 11.—República del Ecuador.—Secretaría del Consejo General de Instrucción Pública.—Quito, a 19 de Marzo de 1892.—R. P. Manuel José Proaño de la Compañía de Jesús.—Chamarillo de la Rosa.—España.—El Consejo General de Instrucción Pública, en la sesión del presente mes, aprobó por unanimidad el Informe siguiente.—H. Señor Presidente del Consejo General.—Nos es grato, en cumplimiento de lo ordenado por Us. H., emitir informe acerca de la obra *Curso de Filosofía Escolástica*, puesta por el R. P. Manuel José Proaño al examen del H. Consejo General de Instrucción Pública, con el fin de que sea declarado texto para la enseñanza.—Muchos años hace que el autor de la obra tiene a su cargo la Cátedra de Filosofía Racional en el Colegio de San Gabriel, y mucho tiempo hace, en consecuencia, que el R. P. Proaño, para el desempeño escrupuloso de sus deberes, estudia detenidamente las materias de la clase que le está confiada y en ellas medita; y mucho tiempo hace asimismo que observa en la provechosa práctica del profesorado, lo más eficaz, lo más conducente, no sólo al fin de que los alumnos gauen los cursos legales y reglamentarios, sino también al de que tomen gusto a estudios que, por lo común, son tan necesarios cuanto desabridos para la generalidad de los cursantes.—Estudio, meditación, experiencia que, unidos a las felices disposiciones del R. P. Proaño, debían naturalmente producir un inmejorable libro, modificado, agregado,

*
* *

La permanencia del P. Proaño en España registra dos sucesos de no escasa importancia: su actuación como *Representante oficial* del Ecuador ante el *Congreso Católico de Sevilla* y la parte que tomó en la celebración de la fiesta patriótica española del 2 de Mayo, por invitación expresa del Ilustre Ayuntamiento de Madrid.

33.—a) Mensaje, del Representante del Ecuador al Congreso Católico de Sevilla.—b) Discurso predicado en Madrid al conmemorarse el 2 de Mayo de 1808.

El primer documento a] se publicó en una hoja suelta en Sevilla [1892] y se repartió profusamente en los días del Congreso Católico, celebrado en aquella población. El discurso b) se ha conservado inédito, hasta ahora.

Tanto el Excmo. Sr. Arzobispo de Quito, Dr. D. José Ignacio Ordóñez como el Sr. Presidente de la República, Dr. D. Antonio Flores, nombraron al P. Proaño su *Representante* a la magna Asamblea de católicos españoles. El Padre asistió efectivamente a todas las sesiones; habló en una de ellas presentando su *Mensaje* y lo hizo circular impreso.

El Ilustre Ayuntamiento de Madrid, en su deseo

reformado, pulido con la pacienzuda labor de años y años de estudio y análisis, de trato con inteligencias diversas, de comercio de diferentes opiniones, de consultas de libros variados.—E immejorable libro es, en verdad, el que se nos ha encargado examinar, y que recomendamos con encarecimiento al H. Consejo, seguros de que, declarado *Obra de texto*, prestará importantísimos servicios a quienes—como uno de los firmantes de este Informe—tengan la satisfacción de recibir lecciones en las aulas, sea de los mismos labios, sea del libro del notable autor del *Curso de Filosofía Escolástica*. Quito, Marzo 10 de 1892.—(f) Carlos R. Tobar.—(f) Rafael Cáceres.—Además el Sr. Decano de la Facultad de Jurisprudencia hizo la siguiente proposición, que fue aprobada sin contradicción ninguna: «Desde el siguiente año escolar el *Curso de Filosofía Escolástica* será *texto obligatorio* en todos los Colegios de la República.»—Al poner en conocimiento de S. R., lo resuelto por la H. Corporación, tengo a honra felicitar a S. R. por tan merecida distinción.»—Dios guarde a S. R. (f) Carlos Pérez Quiñones.

de solemnizar la fiesta patriótica del 2 de Mayo de 1808, invitó al P. Proaño, cuyas ejecutorias literarias le eran ya conocidas, por ser digno académico de la Lengua, a que ocupase, en ese día clásico para España, la Cátedra Sagrada.

El digno académico quiteño accedió a la benévola invitación y habló a su distinguido auditorio para *«celebrar la memoria de las Víctimas del 2 de Mayo considerando únicamente el sacrificio de su preciosa vida en las causas que más le enaltecen.»*

Con profundidad de razonamientos, con entero conocimiento de los sucesos y con frases galanas y estilo apropiado a las circunstancias, desarrolló el Orador su tema, de suerte que mereció el aplauso y el agradecimiento del Ilustre Ayuntamiento, como consta de la Nota de gratitud que le dirigió esta Corporación, con fecha 5 de Mayo, suscrita por el Presidente D. Alberto Bosch. (1) Varios periódicos de la Corte se hicieron eco de la población y enaltecieron el discurso del Orador americano. (2)

* *

El 20 de Agosto de 1893, el P. Proaño se embarcaba en Santander de regreso a la amada Patria, el

1) He aquí la Nota a que aludimos: *«El Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Madrid B. L. M. al Rdo. P. Manuel José Proaño y le felicita muy sinceramente por la inspirada oración fúnebre que tuvimos el gusto de escuchar de sus labios, con motivo de la festividad del 2 de Mayo, dándole al propio tiempo, muy expresivas gracias por ello— Don Alberto Bosch aprovecha gustoso esta ocasión para reiterarle el testimonio de su consideración más distinguida.—Madrid, 5 de Junio de 1892.»* (Arch. priv. S. J.)

2) El Excmo. Sr. Francisco Bravo y Liñón, Marqués de Bonadad Real, escribía al P. Proaño, desde Sevilla y con fecha 26 de Mayo. Entre otras cosas le decía: *«Mucho sentí que su permanencia aquí en Sevilla durante el Congreso Católico fuese tan corta, y que su salida fuera tan de pronto, pues no me permitió el placer de saludarlo. Tuvo suma satisfacción en oírle en San Francisco de Paula y lo felicito por su brillante y excelente sermón. Por los periódicos de la Corte supe que, el 2 de Mayo, predicó en la función de la Catedral y que fue escuchado con muchísimo gusto buena por ello, pues estuvo, como acostumbra, oportuno y muy bien en el recuerdo de aquel día.»* Arch. priv. S. J.

Ecuador, (1) en donde tanta falta hacía no sólo para la cátedra de Filosofía, en el Colegio San Gabriel de Quito, sino también para la dirección de los Caballeros de la Inmaculada, que deseaban por momentos su regreso.

No hay para qué decir el júbilo de la ciudad de Quito y sobre todo de los Congregantes de la Inmaculada, al tener en su seno al digno jesuita que tan gallardamente había representado a la Religión y a la Patria en suelo extranjero.

A poco de su llegada, el P. Proaño recibía un honroso nombramiento que daba a conocer que su valía literaria había traspasado los mares y era apreciada en países lejanos. Con fecha 4 de Mayo de 1893, el Sr. F. A. Gamboa, 1er. Secretario de la «*Academia de Ciencias y Bellas Letras de San Salvador*», en la América Central, comunicaba al académico ecuatoriano que aquella docta Corporación le había elegido por unanimidad SOCIO CORRESPONSAL y le rogaba se dignase aceptar el nombramiento junto con el *Diploma*. ¡Justo galardón para quien tanto había trabajado en pro de la juventud y de la sana literatural (2)

Mientras el P. Proaño se encontraba en Europa, se realizaba en su amada patria, el Ecuador, uno de los más significativos actos religioso-sociales que más han ennoblecido a la Iglesia y al Gobierno ecuatoriano. El 10 de Julio de 1892, el Episcopado del Ecu-

1) Carta del Sr. Dr. Antonio Flores, Representante diplomático del Ecuador ante el Gobierno de Francia, fechada en París, el 28 de Agosto de 1893. *Arch. priv. S. J.*

2) Consignamos aquí la copia del Diploma: «ACADEMIA DE CIENCIAS Y BELLAS LETRAS DE SAN SALVADOR.—Atendiendo a que el Sr. Presbítero Manuel Proaño, por sus méritos y demás cualidades, ha sido admitido por la Junta General como SOCIO CORRESPONSAL de la *Academia de Ciencias y Bellas Letras*, según consta en el Acta de la 84ª sesión extraordinaria, celebrada el 19 de Febrero de 1893, la Junta Directiva de dicha Corporación confiere al señor Proaño el presente DIPLOMA que le acredita en el carácter de tal *Socio Corresponsal*, de conformidad con los Estatutos y Reglamentos respectivos.—Extendido en San Salvador, a 4 de Marzo de 1893. (f) El Presidente Esteban Castro etc.» (*Arch. S. J. Quito*.)

dor consagró solemnemente nuestra República al Inmaculado Corazón de María, y poco después, el 4 de Agosto del mismo año, el Congreso ordinario se adhería a lo hecho por los Prelados de la Provincia Eclesiástica Ecuatoriana y consagraba también legalmente la República al mismo Inmaculado Corazón. (1)

De regreso a su patria, el P. Proaño no pudo menos de apreciar el acto en su justo valor, y escribió acerca de él lo que sigue:

34.— La Consagración de la República del Ecuador Corazón Santísimo de María.

Este artículo se publicó en el periódico "LA LIBERTAD CRISTIANA", número 24. Se reprodujo en la publicación cuencana: "EL REINADO EUCARÍSTICO del Sagrado Corazón de Jesús; Año 2º; Cuenca-Noviembre y Diciembre de 1892-Números 14 y 15; págs. 200-203.

35.—Oración Fúnebre del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre....Quito-Impronta del Clero 1895.

Bien conocida es de todos la ocasión del anterior discurso: el Pbro. Antonio J. de Sucre, pariente muy cercano del Mártir de Berruecos, se encontraba en nuestra Capital, como Representante del Gobierno de Venezuela. Se empeñó el religioso Representante en celebrar solemnes honras fúnebres y convidó a su antiguo amigo, el P. Proaño, para que ocupase la cátedra Sagrada.

En efecto: presentose el Orador y elogió las virtudes morales del Mariscal, probando por sus escritos y por hechos hábilmente seleccionados en la vida del héroe, que poseyó en grado no vulgar esas virtudes. Averiguando luego, a la luz de la Teología católica, el origen de esas virtudes, penetró en la religiosidad de Sucre, de la que tejió un bello elogio.

1) El relato detallado de este suceso singular puede verse en el libro «La Consagración de la República al Sagrado Corazón de Jesús....Quito-Editorial Ecuatoriana, 1935»; págs. 365-415.

Es notable, en este discurso, la medida en la alabanza: da al héroe lo que le pertenece, pero huye de las exageraciones desmedidas, y precisamente por eso la noble figura se destaca con aires de grandeza insuperable. El final del discurso, cuando se toca la muerte de Sucre, es conmovedor y de irreprochable factura; merece que figure entre los mejores pasajes de la obra. (1)

Fue grande la impresión que causó la anterior Oración Fúnebre en el selecto auditorio; el digno Representante de Venezuela no pudo contener su emoción; apenas salió de la Catedral de Quito, dirigió a su patria la comunicación siguiente: «A D. José R. Sucre. — Acabo de celebrar el funeral, que ha quedado espléndido en todo aspecto. La oración fúnebre o, mejor dicho, el panegírico del P. Proaño es una obra maestra que debe conservar con legítimo orgullo todo el que lleva nuestro apellido. Aguardo con ansia su publicación para transmitírsela. (1) A. J. de Sucre.»

* * *

El P. Proaño, sobre todo en los postreros años de su vida, se dio a traducir en versos castellanos algunas de las poesías que más llenaban su espíritu. Agrupemos aquí todas esas traducciones por más que fueran hechas en épocas distintas.

36.—a) Canto Secular. Traducción del Carmen Saeculare del Pontífice León XIII, escrita con motivo de conmemorarse en Francia la conversión de su Rey Clodoveo.—b) Versión castellana de la Oda Cultrix bonarum de León XIII.—c) El Espíritu Santo y la Iglesia en el día de Pentecostés. Traducción de La Pentecoste de Alejandro Manzoni.—d) El Cinco de Mayo o sea la muerte de Napoleón Primero. Traducción de la Oda de Manzoni: Il Cinque Maggio.

Todas estas traducciones se publicaron en la forma siguiente: a] en folleto separado, impreso en Quito-Im-

1] Véase ese pasaje en el Apéndice, Número XVI.

prenta del Clero—1897;—b) en hojas sueltas, asimismo en la Imprenta del Clero, en 1901;—c) en folleto especial, como "RECUERDO DE LA FIESTA TITULAR DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, CELEBRADA POR LOS SEÑORES CONGREGANTES DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN EN SU CAPILLA PROPIA. JUNIO, 23 DE 1901";—d) en "EL VOTO NACIONAL", revista quiteña, en el número correspondiente al mes de Abril de 1909, págs. 54 y 55.

Del *Carmen Saeculare* hizo el P. Proaño tres versiones: la una literal, la segunda en sáficos castellanos para más ceñirse al original aun en la combinación métrica; la tercera fue una traducción libre. Sin lugar a duda, esta última es la más garbosa y la más conforme al genio de nuestra lengua. En la sesión que la Academia Ecuatoriana de la Lengua celebró, el día 3 de Junio de 1897, el P. Proaño presentó sus traducciones a los señores académicos y declamó, delante de ellas, la *Versión libre*. El señor don Quintiliano Sánchez, con el pseudónimo de «Un católico, amigo de la Musa latina», hizo un estudio crítico acerca del original latino y de las tres versiones. He aquí lo que dijo acerca de estas últimas: «Bien, muy bien ha hecho el traductor de la bellísima poesía del Papa, al ensayar su no esquivo numen, trasladándola a nuestro hermoso idioma, en lenguaje no menos digno de su tipo original.

Injusticia y deficiencia notoria sería no agregar cuatro palabras acerca del mérito y congruencia de la traducción española, digna del académico a quien, en nombre de las letras patrias, tributamos las debidas gracias por la joya literaria con que nos ha obsequiado.

Tres ejemplares, a cual más satisfactorio, han salido de la fecunda pluma del traductor, en la versión de la *Oda secular* del Sumo Pontífice.

La primera en silva; la segunda en liras castellanas, y la tercera en sáficos. Tomamos intencionalmente la primera que es la que se dignó el autor poner en nuestras manos. En esta versión se ha elegido la silva, distribuida en estancias, correspondientes a cada estrofa de sáficos latinos. No sabríamos

decir a ciencia cierta, si el pensamiento contenido en la primera estrofa del original, que el traductor interpreta en siete versos alternados, entre endecasílabos y eptasílabos, ha ganado en su desarrollo y entonación poética, con el aditamento de la suave y armoniosa cadencia de nuestro rico idioma. Mas sea por efecto de lo numeroso del verso castellano, o por el corte clásico de la estrofa y versificación española, mejor suena a nuestro oído y más nos agrada la silva distribuída en estancias, aun cuando no forme estrofas cerradas, que las no menos armoniosas y de incuestionable mérito, del segundo ejemplar, en que el traductor ha querido ceñirse estrictamente al número de versos del original.

El mérito de esta segunda forma respecto de la primera, consiste a nuestro juicio en la magnífica complexión de la frase, que, sin mengua de la concisión y claridad, condensa el pensamiento y le asimila estrictamente al original.

Respecto del tercer ejemplar de la traducción en versos sáficos, no puede ser más conforme al tipo, así en el fondo como en la forma. Pero no obstante lo musical de la estrofa y la claridad del concepto, parécenos que la misma cadencia propia del sáfico castellano y su monotonía tan acompasada como el martilleo de nuestra octava real, es menos congruente con la seriedad y elevación del pensamiento pontificio, cuya manifestación externa debe estar en estricta armonía con su importancia ideológica. Tan impropia sería la versificación fluida y rápida del octosílabo para un asunto elevado como la monótona y amenazada de nuestro desusado alejandrino, para otro chispeante y empapado en el *dulce facetum* que dice Horacio.

Entrar en la análisis de algunas magníficas y felísimas estrofas de la traducción castellana, sería disputar al lector la grata impresión que su lectura ha de causarle. Demasiado nos hemos detenido ya en este grato estudio que nos ha permitido espigar algún tanto en el fecundo y ameno campo de las bellas letras. »

La oda alcaica, *Cultrix bonarum*, escrita por Su Santidad León XIII, al fenecer el siglo XIX, fue vertida en castellano con tal magnificencia y con tan serena alteza, que refleja muy de cerca la majestad del original latino; creemos que, entre las diversas traducciones, esta es la que merece presentarse como modelo; por eso la reproducimos en el *Apéndice* número XVII.

Las dos traducciones que el P. Proaño hizo de las odas de Manzoni no sólo interpretan con fidelidad las ideas y sentimientos del poeta italiano, sino que tienen mucho del frescor y lozanía de las piezas originales. Sin embargo, las versiones hechas por el académico quiteño no pueden competir con las que nos dieron don Juan Eugenio Hartzenbusch y nuestro poeta latacungueño Juan Abel Echeverría.

*
* *

Enumeramos a continuación y sólo para completar la bibliografía, varias composiciones poéticas originales del P. Proaño, que no son de mayor importancia:

37. — a] Razón y Fe—Soneto compuesto en 1909.—b] Dominus dedit, Dominus abstulit—Soneto con motivo de la muerte de la Señora Doña Josefa Dávila. Impreso en Quito—Imprenta del Clero, 1901.—c] Soneto en la muerte del glorioso Pontífice León XIII—Impreso en Quito (sin nombre de la imprenta) 25 de Julio de 1903.—d] Himno a la Inmaculada Concepción en el 50º aniversario de la declaración dogmática del inmortal Pío IX—Impreso en *El Voto Nacional*, año de 1904.—e] Salva Cruce.... Himno patriótico a los Próceres de la Independencia. Impreso asimismo en *El Voto Nacional*, en 1906.—(f) Al Divino Corazón de Jesús—Himno Popular de la República a El consagrada—Impreso en *El Voto Nacional*, 1908. (g) A Pío X en sus Bodas de Oro la República del Ecuador Soneto.—Impreso en hojas sueltas—Quito, 1908. (h) A la Providencia—Soneto—Quito, Julio 30 de 1909. — [i] En la llorada muerte del ilustre ecuatoriano Sr. Dr. Luis Cordero. Impreso en hojas sueltas.—Quito, 1912.

Sin conocer menguantes, la fama del P. Proaño había ido creciendo día a día, de suerte que varias instituciones culturales del país solicitaban el prestigio de su nombre. Así en 1902, el «*Liceo de la Juventud*» del Azuay le dirigió el siguiente Oficio que lo transcribimos íntegramente porque allí se da a conocer la estima en que se le tenía:

«PRESIDENCIA DEL LICEO DE LA JUVENTUD DEL AZUAY.—Ecuador.—Cuenca, Abril 12 de 1902.—M. R. P. Manuel J. Proaño.—Quito.—Muy Reverendo Padre: El Liceo de la Juventud del Azuay, en sesión del 16 de Marzo pasado, considerando los altos méritos de que os halláis adornado, tuvo como honra muy señalada para el Círculo nombraros Socio suyo en la clase de HONORARIO. No dudando que aceptaréis con benevolencia la designación hecha y que os serviréis coadyuvar de la manera más eficaz al progreso y buen nombre de aquella agrupación literaria, nos es muy grato comunicaros el susodicho nombramiento, suplicándoos contribuyáis con vuestras obras al enriquecimiento de la biblioteca del Liceo; poniendo así de manifiesto, una vez más, vuestro afán por el adelanto e ilustración de la juventud católica.—Dios y Patria.—(1) Miguel Cordero Dávila.

Meses después, en Febrero de 1903 el *Consejo General de Instrucción Pública*, atendiendo a que el P. Proaño había desempeñado el cargo de Profesor en varios Colegios de la República, *por espacio de treinta y cinco años consecutivos*, y haber escrito una obra de Filosofía, adoptada como texto en todos los Colegios de la República, le concedió la jubilación y con ello—como muy bien lo decía el Secretario de aquella Corporación—*«hizo un acto de justicia el H. Consejo General, pues concedía alguna recompensa a los indispuntables merecimientos [del Padre] y a su consagración a la proficua labor de educar a la Juventud de su Patria.»* (1)

1) Consérvase el original en el Arch. priv.





Impelido el P. Proaño por los años y por la vejez que le sobrevino, se vio obligado, poco después, a abandonar la enseñanza, pero siguió trabajando en los ministerios espirituales con sus prójimos.

Daremos cuenta de algunos escritos suyos, que deben considerarse como obras de la ancianidad.

38.—a) Sermón del Rosario.—b) Panegírico de San Juan Bautista de la Salle.—c) Discurso para un Ensayo Filosófico.—d) Discurso con motivo de la elección y coronación de N. Smo. Padre Pío X.—e) Sermón pronunciado en la profesión solemne de Sor Mariana de Jesús Varela Vásconez.—f) Panegírico de la Beata Mariana de Jesús.

El sermón del Rosario a] se imprimió en Quito, en un folleto de 15 páginas, cuyo formato era de 20 x 14. El Panegírico b] no se ha impreso, a lo que sepamos, y se conserva manuscrito; consta de 10 fojas escritas a máquina.—c] LA PATRIA, diario independiente de Quito, en su número 91, correspondiente al 23 de Mayo de 1902, insertó en sus columnas el Discurso para un Ensayo Filosófico. Las dos siguientes discursos d] y e] se publicaron en folletos separados de 12 y 14 págs. respectivamente y en igual formato: 24 x 16.—Finalmente, el Panegírico f] se publicó en el folleto «El Quincuagésimo Aniversario de la Beatificación de la Beata Mariana de Jesús—Quito—Imprenta Salesiana 1903.»

a) Accediendo a una amable invitación, el P. Proaño se dirigió a Ambato para solemnizar la fiesta del Smo. Rosario, el año 1899. En su discurso habló al ilustrado auditorio de la santa práctica del Rosario y *«la presentó como una maravillosa inspiración que reúne en sí toda la suavidad y la eficacia del gobierno divino en favor de la Fe, de la Iglesia y de la misma razón humana para salvar a los redimidos.»* De ahí que dividió su discurso en dos partes: suavidad y eficacia del Smo. Rosario. El desarrollo del tema escogido está hecho con verdadera amplitud y galanura; son notables las narraciones y las amplificaciones orato-

rias; una de aquellas puede verse en el Apéndice, número XVIII.

b) Con motivo de la Canonización de San Juan Bautista de la Salle, hecha por su Santidad León XIII, celebráronse fiestas solemnísimas en Quito; en uno de los días del triduo predicó el P. Proaño. En su discurso, después de exponer lo que es y lo que significa la *Canonización* de un santo, en la Iglesia católica, el Orador desarrolla este pensamiento: «*Juan Bautista de la Salle domina hoy las más altas cumbres de la gloria porque, en su vida, huyó siempre de ella.*» Con sólidos raciocinios y apelando a los hechos que tejen la vida del Santo de la Salle, quedó fácilmente probada la tesis en la primera parte del discurso. La segunda consagró a refutar hermosa y sólidamente un reparo que podía hacerse: «*¿No podría atribuirse esa humildad de Juan B. de la Salle a cierta cortedad de ánimo o estrechez de espíritu?*» Este reparo rebate el P. Proaño con alteza de miras y refuerza admirablemente su proposición.

Añadamos dos palabras acerca de los sermones que, en 1888 y con motivo de la *beatificación* de Juan B. de la Salle, predicó en Quito el P. Proaño, durante el Triduo celebrado en los días 13, 14 y 15 de Noviembre. «Muy sensible es—decía el eminente literato D. Belisario Peña, al hacer el relato de esos días—muy sensible es que circunstancias independientes de su voluntad no hubiesen permitido al Orador escribir prolijamente los tres brillantes y entusiastas panegíricos que, con sumo agrado, le escuchamos en los tres días consecutivos de la solemne fiesta....» En seguida, da unos breves resúmenes de esos discursos y concluye del modo siguiente: «Como el R. Padre panegirista es conocido en toda la República, sólo diremos que los discursos fueron dignos del orador. En la última tarde, particularmente, estuvo vehementemente al recordar, con justa complacencia, que el Ecuador, su patria, ha sido la primera de las Repúblicas de Hispano-América en que se estableció el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas,

bajo el gobierno tutelar de García Moreno, de preclara e imperecedera memoria.» (1)

El *Discurso c)* que precedió al *Ensayo Filosófico* del 20 de Mayo de 1902, versó acerca del *espíritu* que informa la educación dada por los jesuitas, de la materia que se ventilaría en el ensayo y de la forma con que se lo llevaría a cabo.

Si se piensa en las circunstancias que entonces rodeaban al Colegio San Gabriel, despojado ya para aquellos días de la categoría de *Nacional* y reducido a la simple condición de *Colegio particular*, se verá que el discurso fue muy oportuno. Era el acto—decía el periódico quiteño LA PATRIA—«una satisfacción al buen sentido y *servía* para dar razón a la confianza que los padres de familia han depositado en esa casa del saber.» Al dar cuenta del *Discurso de introducción*, ese mismo periódico se expresó en la siguiente forma: «El discurso fue muy digno del certamen, de quienes lo prepararon y de la distinguida concurrencia. Tan sobrio de palabras como nutrido de fondo, acertó en el punto vivo de las llagas que, con ayuda del orgullo y de la ignorancia, ha formado el racionalismo en las modernas sociedades. Los conceptos de lo bueno y de lo nuevo fueron tan bien expuestos y con un colorido de actualidad tan vivo y tan oportuno, que más que admiración, se produjo un sentimiento reflejo: el de la pena. ¿Qué extraño que se sienta ante la túnica desgarrada de Jesús, y ante las desgracias de la infeliz Polonia?... Tres o cuatro rasgos de oro hicieron la apología del silogismo, de esa espada agudísima, vista tan de reojo por los que llaman a la Metafísica la *estéril gimnasia del entendimiento*.»

Al hablar de la elección y coronación de Su Santidad Pío X, el P. Proaño hizo ver en su discurso *d)* que el augusto Pontífice era un Papa según el Co-

1) Véase el folleto siguiente; «Triduos en honor del Beato Juan B. de la Salle, celebrados en Quito, en los días 13, 14 y 15 de Noviembre de 1888, y en Tulcán en los días 27, 28 y 29 del propio mes.—Quito, 1889.—Impr. de la Universidad Central»; pags. 11-22.

razón de Dios, estudiando para ello su preparación al Pontificado, su nombramiento por el Conclave de 1903 y analizando sus primeros actos.

Al sermón *c)* acerca de la *Profesión religiosa* dio el Orador una amplitud y elevación maravillosa. Al ver que una persona piadosa se liga con los votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia, se eleva el P. Proaño y considera la sublimidad de la vocación, lo heroico del sacrificio y las grandes ventajas que de ello reporta la sociedad cristiana. Consideró pues ese acto *«en el principio que lo explica, en la persona que lo cumple o realiza y en el fin a que se ordena.»* El desarrollo, sin grandes arrebatos ni elevaciones superiores, está impregnado de cierto tinte de religiosidad y grandeza templada.

A medida que los años cargaban con su mayor fuerza sobre los hombros del P. Proaño, volvía éste más sensible y afectuoso; la ternura le hacía hablar el lenguaje del corazón y le impedía un tanto el razonamiento. Esto advertimos con mayor fuerza en el discurso (I) pronunciado con motivo de celebrarse las *Badas de Oro* de la beatificación de la Virgen quiteña, Mariana de Jesús, en 1903.

Conmovedores recuerdos de su vida, que iba ya para los 68 años, forman la introducción del discurso; las íntimas y tiernas relaciones de Mariana con la Compañía de Jesús, sobre todo en el Ecuador, son la materia principal del elogio; a lo cual se añade la consideración del lazo estrecho que une a los Jesuitas con el Ecuador.

Basta enunciar estos temas y saber que Proaño fue jesuita, quiteño y que jugó papel importante en los acontecimientos religioso-sociales del Ecuador desde 1864, para hacerse cargo que, en este elogio, *«se escucharía antes el lenguaje del corazón, que no el de un acompasado razonamiento.»* Observemos además que este elogio de Mariana fue *el último* que de la Virgen quiteña hizo el P. Proaño, como él mismo, presintiendo el futuro, lo expresó en el exordio.

Por lo demás, el cotejo entre Rut, tierna amante de Noemí, y Mariana Paredes y Flores, decidida-

mente encariñada de la Compañía de Jesús, es bellísimo y por extremo conmovedor, nadie podrá leerlo sin experimentar la frescura de un idilio, sin darse cuenta de los arrebatos de un tierno y virginal cariño.

* *

A excitar la sensibilidad del P. Proaño se sumaron varios sucesos sobrevenidos en sus últimos años. En 1904 falleció su hermano queridísimo, el Sr. D. Eloy Proaño Vega. A consolar al anciano en su dolor y hacerle más llevadero concurren muchos y grandes amigos, entre los cuales debemos hacer mención especial de los Sres. Luis Cordero, ex-presidente de la República, y el Rvmo. Sr. Cornelio Crespo Toral. Ambos le dirigieron sendas cartas, llenas de aprecio y benevolencia. (1)

1) Como esas dos preciosas cartas contienen datos interesantes para perfilar la personalidad del Sr. Eloy Proaño Vega, que conviene recoja la Historia, y demuestran el alto aprecio en que hombres de grande significación tenían al P. Manuel José Proaño, no dudamos en salvarlas del olvido y publicarlas junto con estos apuntes.—«Cuenca, Enero 27 de 1904.—Muy Reverendo Padre Manuel José Proaño S. J.—Quito.—Muy Reverendo Padre e inolvidable amigo.—Vayan unas pocas palabras mías a turbar su profundo duelo; pero no las escribo con otro propósito que el de manifestarle lo intenso de mi pesar, por la inesperada muerte de uno de mis más nobles y mejores amigos. Muy duro se me hace creer que ya no existe Eloy Proaño y Vega y que ni su digna familia cuenta ya con ese padre modelo, ni la sociedad con ese ciudadano tan culto y amable, ni las magistraturas con funcionario tan ejemplar, ni la literatura patria con escritor tan hábil, correcto y aventajado, ni la amistad con uno de los hombres más benévolos, afectuosos y leales de la República, al través de toda especie de cambios, y vicisitudes, *per tot discrimina rerum*, como me decía él, doliéndose de mis multiplicados pesares, con ocasión del fallecimiento de mi última esposa, que fue muy amiga suya.

¡Qué sarcasmos los de la suerte! o más bien ¡qué sorpresas las que nos da la providencia del Altísimo, con lo inesperado de sus terribles decretos! Le habla escrito yo a mi querido Eloy, a mi fiel y caballeroso compañero de políticas penurias, una carta de pésame, por la pérdida de una virtuosa hermana suya, y supongo que si leyó esa carta mía o la leyó en el lecho en que se estaba preparando para emigrar a la gloria en pos del ángel que le antecedería.... ¡Cuánto considero a la distinguida Señora viuda, cuánto a los dolientes huérfanos de padre tan incomparable! No tienen ellos otro amparo que el de Dios y el del ilustre tío que la Divina Clemencia les había deparado para la prematura orfandad en que tan de improviso se encuentran.

También fallecieron otras personas, amigas del P. Proaño y a algunas de ellas consagró artículos necrológicos, de que vamos a dar cuenta, con la rapidez necesaria:

39.—Una Corona sobre la tumba del Sr. D. Miguel Freile Chiriboga.—A la memoria de la Sra. Dña. Felicia Cevallos.—El Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Roberto M. del Pozo, Dgmo. Obispo Dimisionario de Guayaquil.—A la memoria de un literato amigo (Sr. D. Belisario Peña.)

Pocos serán, Reverendo Padre y atribulado amigo, pocos serán, aun entre los deudos mismos del finado, los que sientan con la cordialidad que yo la desaparición de persona tan digna de vivir por dilatados años en el mundo, para enseñanza de muchos que no saben ser padres, amigos, ciudadanos ni magistrados. Pero, ya que para premiarle sus notorias virtudes, nos lo ha quitado nuestro Señor y Dueño, acatemos, llorando, su soberana determinación; resignémonos, con la firme confianza de católicos; honrémosto cuanto fuere posible en el mundo, y contemos con este representante más de los buenos, en aquella excelsa Corte a la cual acudimos con tanta frecuencia, por medio de lágrimas y de oraciones, solicitando para nuestros males del alma, los remedios que nunca puede suministrarlos este triste destierro.

A su Reverencia suplico que sea el intérprete de mi pena para con la Señora viuda, cada uno de los huérfanos y demás allegados del amigo que ha volado a los gozes eternos; pues me uno de corazón a la desolada familia, para llorar con ella a quien tan digno fué del justo homenaje de un copioso llanto.

Soy de su Paternidad, con inalterable estimación, muy afecto y obsecuente amigo.

LUIS CORDERO.

Cuenca, Enero 29 de 1904.—R. P. Manuel José Proaño, S. J. Quito.—Muy distinguido y recordado Padre y amigo:—He tenido largos días de enfermedad, que me han inhabilitado para enviar antes a V. R., un sentido pésame por la muerte de su digno hermano y buen amigo el Sr. D. Eloy Proaño y Vega (Q. D. D. G.)

Tuve ocasión de tratar al Sr. Proaño desde mi primera edad, pues fue mi profesor de Literatura; y, después en Quito estuvimos juntos en algunos Congresos, y pude observar su hombría de bien, sus variados conocimientos y cristianas convicciones. No sólo la familia y los amigos, sino el país todo ha hecho una dolorosa pérdida, sobre todo en estos tiempos en que el Catolicismo pierde terreno entre nosotros y escasean sus defensores.

Sin duda Dios lo encontró ya preparado para la final partida y merecedor del premio eterno, cuando se dignó sacarlo del mundo, a pesar de que nada hacía presumir estuviese tan cercano su fin.—Como amigo de V. R. y del finado cuidaré de aplicar sufragios por su alma, a fin de que cuanto antes goce de la vista de Dios. Y V. R. acepte esta carta como expresión de sincera condolencia, junto con mis votos de que Dios prolongue su vida, para que siga empleándose en servicio de la causa católica y en provecho de las almas.

La CORONA se publicó en dos hojas entutadas, en Quito, Impr. "LA NOVEDAD", en Marzo 1º de 1900; va suscrita por UNOS AMIGOS.—La necrología de la Sra. Felicia Cevallos se publicó en EL BOLETÍN ECLESIASTICO de Quito, año de 1901; págs. 602-607.—Asimismo el artículo sobre el Ilmo. Sr. Pozo se publicó en EL BOLETÍN ECLESIASTICO, en 1912, y de allí se hizo una tirada aparte, de 4 hojas, en la Imprenta del Clero.—Finalmente el escrito acerca del Sr. Belisario Peña se publicó en el periódico quincenal riobambeño "EL TEMPLO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS"—Año XXII 1º de Septiembre de 1933—Núm. 261.

Todos estos artículos, escritos siempre con aquella alteza de miras que comunica a la inteligencia la fe en los eternos destinos del hombre, revelan la tristeza de que estaba lleno el corazón del P. Proaño al ver que, ante su mirada penetrante, iban de continuo desfilando y desaparecían cuantos habían sido sus conocidos y sus leales y sinceros amigos. En medio de esa tristeza, el faro esplendente de una fe robusta brilla con su luz serena e indefectible. A través de esos escritos, se nota que el autor derrama lágrimas de dolor por los seres queridos que se van, por los que un día fueron sus compañeros en el destierro; pero que, vigorizado por la esperanza cristiana, eleva la mirada y vislumbra las claridades de la patria, adonde se dirige con acelerados pasos.

Veo con agrado que, no obstante la edad y la amargura que en estos días oprime todo pecho sacerdotal, Dios concede a V. R. fuerzas para continuar enseñando al pueblo *verbo et exemplo*. He leído con mucho gusto varios discursos oratorios de V. R., llenos de doctrina, y que revelan el celo y los bríos que enardecen su espíritu siempre deseoso de promover los intereses de N. S. Jesucristo. Ojalá que en el *Boletín Eclesiástico* publicara V. R. algunos artículos sobre cuestiones sociales, como lo hizo en otro tiempo en *La República del Corazón de Jesús*....

El Señor quiere tenerme, sobre todo en mi país, bajo el yugo de tenaces dolencias que me impiden trabajar en el ministerio activo. Apenas si me quedan fuerzas para publicar de vez en cuando algo en defensa de la doctrina católica.

Ruego V. R. me encomiende a Dios, a fin de que yo sepa sacar fruto de las enfermedades, y sírvase aceptar mis sentimientos de aprecio y estimación, siéndome grato suscribirme de V. R. affmu. serv. herm. y capñ in Xto. Jesu.

CORNELIO CRESPO TORAL

*
* *

En tan avanzada edad, el P. Proaño sentía aún el vigor de sus mejores tiempos cuando se trataba de contribuir a la gloria del Corazón de Jesús, a cuya Basílica del *Voto Nacional* consagró gran parte de los escritos en sus últimos años.

40.— a) Discurso pronunciado en la dedicación de la Capilla de la Basílica Nacional al Purísimo Corazón de María.— b) Ageo y nuestro Voto Nacional (Serie de XVI artículo).— c) Ageo y la próxima inauguración de la primera Capilla de la Gran Basílica. (Continuación de la Serie anterior: 3 artículos) — d) Discurso Pronunciado en la Consagración de la primera Capilla de la Basílica Nacional.— e) Ageo y el Primer Centenario de nuestra emancipación política.

El primer DISCURSO a) se publicó en la revista quitoña EL VOTO NACIONAL, de donde se hizo una tirada especial en un folleto de 17 páginas; Diciembre de 1904. Los artículos señalados con b) aparecieron en la misma Revista; desde el Número 32 [Año 3-Noviembre de 1906] hasta los Núms. 54 y 55 (Año 4º-Enero y Febrero de 1909) con ciertos intervalos.— Los tres artículos siguientes se publicaron en los Núms. 60, 61, 62 y 63 de la misma Revista [Año 5º; Agosto, Setiembre, Octubre y Noviembre de 1909].— El DISCURSO d) apareció en un número especial de la misma Revista, en Diciembre de 1909. e) En fin, en dos folletos de tamaño diferente, apareció el trabajo «AGEO Y NUESTRA EMANCIPACIÓN POLÍTICA»; Quito-Imprenta de Julio Saenz R. - 1909.

El P. Proaño, en su afán de adelantar, cuanto en él estaba, la construcción de la Basílica Nacional, cuyo Promotor había sido nombrado desde 1885, concibió la idea de que el Ecuador católico presentase a la Virgen Inmaculada, como ofrenda nacional en las Bodas de Oro de la declaración pontificia del dogma de la Inmaculada, una parte siquiera del templo del Voto Nacional. Unido estrechamente con el Rvmo. Sr. José Julio Matovelle, trabajó arduamente, y al fin salió con su empresa. Efectivamente el 8 de Di-

ciembre de 1904, la Capilla del Inmaculado Corazón de María pudo entregarse al culto público.

En la solemnidad de ese grande día, cuya descripción hicimos en otra parte, (1) tuvo el precitado discurso. a) En él trató de tres puntos: La Inmaculada y el Mundo; la Inmaculada y la Iglesia; la Inmaculada y el Ecuador. En cada una de esas tres partes expone lo que se ha hecho en honor de la Inmaculada. No tiene este trabajo el corte de un discurso verdaderamente oratorio; son más bien tres artículos breves acerca de cada punto. Es claro que no faltan ni el afecto ni el entusiasmo que el P. Proaño solía poner en todas sus obras; pero se echa de menos aquella profunda elaboración de razonamiento que es otro de los caracteres de sus grandes discursos.

En todos los artículos b) c) *Ageo y nuestro Voto Nacional*, intentó el P. Proaño levantar los ánimos de los ecuatorianos, y excitarlos para que se apliquen a construir la Basílica Nacional. Con el fervor del antiguo Profeta que caldeó los ánimos para la reconstrucción del templo de Jerusalén, el P. Proaño dio voces a los ecuatorianos y, en efecto, los alentó hasta que salió con su empeño.

En fin, en Diciembre de 1909, al presenciar el acto de la consagración de la tan deseada Capilla del Inmaculado Corazón de María, el P. Proaño cantó el *Nunc dimittis*, en el Discurso d) tenido en esa fecha. Precisamente tomó por texto las palabras del canto de Simeón y las aplicó hermosamente a las circunstancias, hablando el lenguaje de los dulces recuerdos y del corazón conmovido ante el espectáculo de una obra por la cual tanto había suspirado y tanto había hecho el insigne *Promotor de la Basílica Nacional*. Y había razón para ello; por espacio de treinta años, el P. Proaño, de palabra y por escrito, con su poderoso influjo y con sus obras de celo, se empeñó en que la idea de la *Basílica Nacional* llegase a ser

1) La Consagración de la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús; ant. cit. págs. 407-413.

un hecho; Dios le concedió que, en sus días, viese realizada, siquiera en una pequeña parte, la obra de su vida.

En el trabajo «*Ageo y nuestra emancipación política*»; discurre sobre nuestra independencia con criterio católico y hace ver que es un hecho digno de celebrarse de modo religioso y social, sobre todo con la *exposición* de los adelantos culturales de la patria.

*
* *

Como es por todos conocido, el 20 de Abril de 1906, se realizó, en el Colegio San Gabriel de Quito, el hecho prodigioso que dio lugar a la veneración y culto de *La Virgen Dolorosa del Colegio*. El hecho, con sus inmediatas consecuencias de relloracimiento innegable de la piedad cristiana, en todas las esferas de la sociedad, no pudo menos de exasperar a la impiedad encaramada en las alturas del Gobierno.

Se trató, pues, de desvirtuar el hecho, de explicarlo por el *espiritismo* entonces reinante en el Ecuador, (1) y de entregarlo a la burla sangrienta.

Por su parte, los católicos salieron al paso a los ímpios de nuevo cuño, tan insolentes como llenos de ignorancia. Salió a luz un panfleto injurioso, sin sustancia y con aires de ciencia: *La Virgen del Parpadeo*.

El P. Proaño, empleando diestramente el arma del ridículo, pero con un fondo de verdadera ciencia filosófica, hizo trizas a ese escrito impertinente, cuyo autor no tuvo ánimo para replicar.

Tal es el objeto del escrito

11 Un testigo bien abonado, como es el escritor ambateño que emplea el pseudónimo de *Saturno*, nos da a conocer lo que era el *espiritismo* en el Ecuador, cuando en esta nación imperaba el liberalismo-radical político. Puede verse el relato del Sr. A. Montesdeoca en *El Debate*, diario quiteño, número 2025, correspondiente al 25 de Mayo de 1935: «*Crónicas de Saturno: recuerdos históricos de antaño; el espiritismo como medio de descubrir revoluciones en la primera administración del General Alfaro; el espíritu de don Juan Montalvo.*»—Da pena leer tales sandeces realizadas en nombre de la *Ciencia espiritista!*

41. — El Doctor de los Invisibles.—Artículos joco-serios contra un folleto espiritista de Felicísimo López.—Quito Imprenta de «El Orden»; 1907.—XIII con 213 páginas, más 2 de fe de erratas.—El Prólogo es del Dr. D. Angel Polibio Chaves.

La serie completa de 30 artículos se publicó primeramente en «El Orden», diario quiteño de 1907; poco después se coleccionaron esos artículos en el folleto arriba indicado.

El P. Proaño no se concretó, en su estudio, a la refutación del folleto *«La Virgen del Parpadeo»*, sino que abrazó todo lo relativo al espiritismo, considerándolo por los diversos puntos de vista. He aquí, expuestas por el Sr. Dr. Angel Polibio Chaves, que puso el prólogo al folleto, las consecuencias y el contenido de dicho escrito: El P. Proaño «poco a poco fue entrando en materia y desplegando tal erudición en asunto tan ignorado de casi todos, que despertó justo entusiasmo, y llegaron muchas veces a agotarse los números en que se publicaban los admirables artículos. Citas copiosas y oportunas de autores eclesiásticos y profanos, análisis fecundo de teorías filosóficas importantes, refutación de libros enteros en pocos párrafos, caudal de doctrina erudita, así racional como evangélica. Y todo en forma castiza, por la frase, el corte y los giros; la elegancia de la expresión, salpimentada de gracioso donaire; y el armónico conjunto como cristal de Bohemia, con circunstancias de oro, destinado a guardar riquísimas esencias de la India y del Japón. Y todo ceñido estrictamente al Dogma y a la Filosofía, con austera severidad, sin desviarse de la Revelación ni de la Ciencia, esparciendo la doctrina de modo tan natural, que la recibe el lector como el ambiente, sin darse cuenta de ello y nutriéndose a maravilla.»

No debemos ocultar que, como para los años en que escribía el P. Proaño acerca del *espiritismo*, este problema no era aún suficientemente conocido, como lo es en nuestros días, algunas de las soluciones propuestas por el ilustrado jesuita no son ahora comple-

tamente admisibles; tal la hipótesis de atribuir *todos* los fenómenos espiritistas a la intervención diabólica. (1)

El P. Proaño no se limitó a rechazar los ataques que la impiedad se atrevió a lanzar contra la Virgen Dolorosa del Colegio; quiso fomentar la piedad de los fieles hacia la Madre del dolor y compuso una:

42.—*Novena de la Dolorosa del Colegio....para uso de los alumnos de dicho Colegio.—1908.*

Es un Ms. de 20 fojas en papel de 30 x 12.

Ingeniosa, como casi todo lo escrito por el P. Proaño, es la *novena*: cada día se considera un vicio especial o una virtud propia de la juventud; y las deprecaciones respiran verdadera piedad y amor a la Dolorosa. Sospechamos que no la entregó a la estampa, porque el devoto Sr. Daniel Muñoz, sacerdote cuencano y antiguo discípulo de Proaño, se adelantó en componer y publicar la novena que se ha hecho popular y que corre impresa en el folleto *«La Dolorosa del Colegio y la Azucena de Quito»*; edición de 1920; pág. 13 y sigts.

*
* *

42.—a) *Allegoria--Cor Jesu Dulcissimum, Fous sa-
liens in vitam aeternam...Ode alcaica.—b)* 1908.—Año
Jubilar de Ntro. Smo. P. Pío X. *¿Qué haremos?—c)* 1908.—Las
Congratulaciones.—d) 1908.—Reseña de las manifestaciones.

La ALLEGORIA a) consta en el folleto: *«Al Ilmo. y
Rvmo. Sr. Dr. D. Pedro Rafael Calisto, Dgmo. Arzo-
bispo de Quito, en las Bodas de Plata de su Consagración*

1) Para formarse una idea exacta del estado actual de los estudios acerca de los problemas del espiritismo, conviene leer la obra: *«Los Fraudes Espiritistas y los Fenómenos Metapsíquicos—por Carlos María de Heredia S. J....Imprenta Teresita—México 1931.»* Desde un punto de vista mucho más elevado se da cuenta de estos mismos fenómenos en el libro: *«Metapsíquica y Espiritismo—por Fernando María Palmés S. J....Editorial Razón y Fe. Madrid—1932»*

Episcopal dedican este Ensayo literario Manuel José Proaño S. J., Belisario Peña y Quitiliano Sánchez.—Quito Diciembre 27 de 1901.—Quito-Impronta del Clero.» Folleto de 13 págs. formato 21 x 17, con prólogo del P. Proaño. Aquí se encierran: la poesía latina de dicho Padre y las traducciones de D. Quitiliano Sánchez, la de D. Belisario Peña [traducción libre] y la del mismo P. Proaño. Los escritos b) c) y d) relativos todos a la celebración del Jubileo sacerdotal del Sumo Pontífice Pío X, se publicaron en varias revistas, sobre todo en EL VOTO NACIONAL de 1908, y en folletos separados—Quito, Impr. y Enc. Salesianas.

Nada diremos acerca de la preciosa *Oda alcaica latina*, que fue reproducida en la revista española «*Razón y Fe*» de Madrid, ni de la traducción hecha por el mismo P. Proaño porque entrambas ponemos en el *Apéndice*, Número XX.

En cuanto a los varios artículos publicados con motivo de haber celebrado el Ecuador Católico, en 1908, el jubileo sacerdotal de Su Santidad Pío X, debemos anotar que el P. Proaño, elegido *Presidente del Comité de Festejos*, trabajó incansablemente por despertar en los ecuatorianos todos un grande afecto hacia la Cátedra de Pedro.

Y, en efecto, lo hizo de tal modo que el Excmo. Señor Delegado Apostólico de Lima, apenas tuvo conocimiento de lo realizado en el Ecuador, se apresuró a dirigirle la siguiente honrosísima comunicación:

«*Delegación Apostólica.—Nº 712.—Lima 11 de Febrero de 1909.—Rvmo. Señor Manuel José Proaño, ex-Presidente del Comité Eclesiástico Central de Quito para la celebración del Jubileo Sacerdotal de S. S. Pío X.*

Rvmo. Señor.—Junto con la muy estimable carta de V. R. de 31 de Diciembre del año pasado he recibido de manos del Sr. Manuel Santamaria las hojas que, como dice muy bien V. R. condensan las ideas y sentimientos religiosos de la inmensa mayoría del pueblo ecuatoriano.

Agradezco muy sinceramente, a nombre de Nuestro Santísimo Padre, las manifestaciones de filial afecto compendiadas en estos documentos y tengo la seguridad de que el corazón del S. Padre recibirá con ellas una de las más suaves satisfacciones que Dios ha querido proporcionarle en estas fiestas Jubilares.

Según los deseos de V. R. remitiré las hojas que me envía, al S. Padre, al Excmo. Cardenal Secretario y a los principales directores de la prensa católica italiana.

En testimonio de mis agradecimientos reciba V. R. la bendición Apostólica.

Dios guarde a V. S. Rma.

*† Angel M. Arzobispo de Nazianzo.
Delegado Apostólico*

*
* *

Enumeramos a continuación algunas piezas oratorias que el P. Proaño compuso y que aun no se han incluido en estas *Notas*.

43.—a) Elogio Fúnebre del M. R. P. Maestro Fr. Víctor Pacífico Robalino, Mercedario.—b) Sermón acerca de Ntra. Señora de la Escalera.—c) Conferencia a la «Liga de Señoras» de Quito.—d) Discurso Fúnebre en las honras del R. P. Miguel Rúa, Superior General de los Hijos de D. Juan Bosco.—e) Sermón en la solemne bendición preliminar del nuevo templo de San Roque en Quito. f) Sermón en la bendición solemne del templo de Santa Catalina en Quito.

El ELOGIO FÚNEBRE a] se publicó en folleto separado de 17 págs. y formato de 25 x 17, en la Imprenta de la Merced, Quito, 1902.—El SERMÓN b] se conserva manuscrito, en 13 fojs., en papel de 28 x 22.—c] Asimismo sólo manuscrita se conserva la Conferencia; tiene 13 fojs. en papel idéntico al anterior.—El DISCURSO FÚNEBRE acerca del Rvmo. P. Rúa d] se imprimió en la CORONA FÚNEBRE págs. 26-43; editada en los Talleres tipográfi-

cos Salesianos, en 1909.—El sermón e) salió en folleto de 14 págs. de 36 x 17, editado en la Imprenta de la Curia Arzobispal de Quito—1912.—En fin, el sermón f) se publicó en la Imprenta de Santo Domingo Quito, 1911, en folleto de 11 págs. y 23 x 15 de formato.

En el elogio fúnebre del P. Robalino, el Orador entreteje cuerdamente una brillante e histórica alabanza de la Orden Mercedaria en el Ecuador; cosa tanto más necesaria, cuanto que, por aquellos días, la impiedad movía guerra cruel a las Ordenes religiosas en nuestra Patria. La segunda parte del elogio se concreta a tratar del P. Robalino; pero faltan en el discurso los arranques propios de Proaño y no se ven ya los altos razonamientos que nos ha demostrado en anteriores discursos. Evidentemente el Orador ha decaído no poco cediendo a los años y a la fatiga.

La *Virgen de la Escalera* es un cuadro, antes devotamente venerado en Quito, como lo hace ver el Rvmo. Sr. Dr. Julio María Matovelle en su interesante libro: *«Imágenes y Santuarios célebres de la Virgen Santísima en la América Española»* (Quito Ecuador—1910; págs. 291—297.) La imagen representa la Purificación de María, y nuestro Orador habló de este misterio haciendo ver dos cosas: 1ª) *la fidelidad con que los hombres cumplieron, cumplen y cumplirán la siniestra profecía del anciano de Israel;* y 2ª) *la absoluta sinrazón e injusticia de tan funesto cumplimiento por parte de los mismos hombres.»* Con ello pretendía el Orador, como él mismo lo dice, traer a los fieles *«una luz y un consuelo... en medio de la lóbreguez del mundo y de los dolores de muerte que causa a la Iglesia el infierno.»* Si se considera que, por aquellos años, el gobierno liberal del Ecuador menudeaba sus golpes contra la conciencia católica, se observará que dicho tema era verdaderamente muy oportuno.—El desarrollo consiste en una inteligente aplicación de las palabras proféticas del santo anciano Simeón.

Invitado por *«La Liga de Señoras»* de Quito, que patrocinaron espléndidamente un ciclo de Confe-

rencias científico-religiosas hacia 1909, se presentó el P. Proaño a disertar sobre *«Lo que no hace falta»*, que, en su concepto, era *ilustrar la inteligencia, cada vez más, con el profundo conocimiento de las verdades católicas e inflamar la voluntad para llevar a la práctica esas mismas verdades*. Demostró con razones convincentes esta tesis, guardando en todo el tono y mesura de una disertación dirigida a personas cultas e ilustradas.

En el *Elogio Fúnebre* del P. Rúa, desde el texto mismo elevó al personaje y, en el desarrollo, hizo ver que, si Juan Bosco fue el Elías del siglo XIX, el P. Rúa, sucesor suyo en el gobierno generalicio de los Padres Salesianos, fue el Eliseo del mismo siglo y de los comienzos del siguiente.

Tomando pie de un pasaje bíblico—la construcción del templo de Jerusalén por Zorobabel—discurre el Orador, en el sermón predicado en San Roque, sobre quiénes son los que habían construido ese templo, cómo lo habían construido y con qué fin lo habían hecho. Al exponer esos puntos, sobre todo el tercero, se remonta a consideraciones bastante elevadas y del orden sobrenatural; pero, en general, falta al discurso el verdadero movimiento oratorio.

A mayor alteza de pensamientos se elevó el P. Proaño en el Sermón predicado en el templo de Santa Catalina: el templo material, cuya bendición acababa de hacerse, le trajo a la mente la Iglesia católica con toda su sublimidad, y acerca de ella discurre con intenso afecto. Luego enumera los múltiples templos que, por esos años, se construían en nuestra patria, y contrae sus reflexiones a la Iglesia en el Ecuador. En la segunda parte de su discurso, expone las excelencias del templo católico; de donde deduce que, en la ocasión del sermón, debía el Ecuador regocijarse y concebir fundadas esperanzas para lo futuro.

* * *

Manuscritos solamente se conservan los siguientes trabajos.

44.—a] Los últimos días del Gral. D. Ignacio de Veintemilla, contraído a contar—en forma de una carta conmovedora—los últimos días y la edificante muerte del famoso Mandatario.—b] Carta laudatoria al Sr. Dr. y Gral. D. Emilio Terán.

Como fruto de sus estudios políticos en Londres, este malogrado General había publicado el primer tomo de su obra: *Derecho político Inglés*. En prenda de la gratitud noble y sincera que guarda un inteligente discípulo hacia su antiguo profesor, el Dr. Terán remitió, con atenta dedicatoria, un ejemplar al P. Proaño. Este, conmovido hondamente por el obsequio y renovando el afecto al discípulo de ayer, le dirigió una carta para alentarle a que siga adelante en lo comenzado, para bien de la patria ecuatoriana; hácele también ciertas indicaciones muy oportunas, con delicada benevolencia.

45.—Salutación de Luis Cordero a Chile y Carta Gratulatoria de Manuel José Proaño al Vate azuayo.—Quito Imprenta y Encuadernación de Julio Sáenz R.—Quito 24, Calle de la Policía, 24-1910. Folleto de 23 págs.

Cónocidísimas son de todos los ecuatorianos tanto la *Salutación* como la *Carta Gratulatoria*, no menos que la ocasión de aquel bello romance del Vate azuayo: no hay que decir nada sobre ellas. La Carta del P. Proaño mereció juicios y felicitaciones muy honrosas. He aquí algunos: EL TIEMPO, periódico liberal guayaquileño, decía así en su Número 2722: *Bibliográficas*: Muy agradecidos recibimos de manos del Sr. Celiano Monge, erudito y atildado escritor nacional, el folleto que acaba de publicar la Academia Ecuatoriana, y que contiene la Salutación a Chile del renombrado y justamente aplaudido vate azuayo, Sr. Dr. D. Luis Cordero, y la carta Congratulatoria del no menos ilustrado y castizo escritor y académico, el P. Manuel José Proaño.

Ya la prensa nacional acusó recibo de la primera de las producciones nacionales, pero sólo nosotros nos concretamos a ponderar las bellezas de todo gé-

nero que encerraba la Salutación; nosotros sin egoísmo, enviamos al Dr. Cordero nuestras efusivas felicitaciones por el triunfo literario alcanzado en su Salutación, que los chilenos deben recomendar a la memoria.

Ahora nos corresponde manifestar que la carta Gratulatoria es, en nuestro concepto, otra soberbia producción, respecto a la forma y al fondo literario, que, en cuanto a ciertas ideas, bien saben nuestros lectores que no estamos de acuerdo con el autor de la hermosísima Carta Gratulatoria, digno de su autor y del poeta cuencano.

Agradecemos además el folleto en cuestión, y a la vez felicitamos cordialmente a los viejos académicos que suelen en el campo de las letras producir magníficas obras.»

Por su parte, el Sr. Dr. Leonidas Batallas escribía al Padre Proaño la siguiente esquela: «Leonidas Batallas saluda muy respetuosamente al R. P. Manuel José Proaño, S. J., y le presenta las más cordiales felicitaciones por el magnífico *juicio crítico* del romance *Salutación a Chile*, obra del inspirado poeta Sr. Dr. D. Luis Cordero. En el juicio crítico están brillando la claridad del talento, la sensatez del juicio, el conocimiento del corazón humano, la torneada frase y el decir elocuente.

Batallas se aprovecha de esta oportunidad para reiterar una vez más sus sentimientos de alto aprecio y distinguida consideración a su amigo y antiguo maestro, de quien tiene a mucha honra suscribirse veraz amigo, obsecuente, seguro servidor.—Quito, Diciembre 12 de 1910. (f).»

Aludimos ya anteriormente a la

46.—Carta al Sr. Carlos A. Flores, fechada en Quito a 4 de Junio de 1910.

Reprodujo esa CARTA EL COMERCIO de Quito, en su número 1296, correspondiente al sábado 25 de Junio de 1910.

El Grito del Pueblo, diario liberal de Guayaquil, había publicado una monografía del P. Proaño; con

ese motivo, éste dirigió la aludida carta al Director de aquella publicación. A juicio del diario quiteño, últimamente nombrado, esa carta «sin duda, en el concepto de una alta y concienzuda literatura, merece ciertamente la atención de todos los que cultivan ese ameno ramo de las bellas letras.»

*
* *

En repetidas ocasiones, los Caballeros de la Congregación de la Inmaculada exteriorizaron su aprecio a su Director, el R. P. Manuel José Proaño. Hablaremos aquí solamente de tres: 1ª) En 1906, 1º de Enero, cuando el P. Proaño cumplía las *Bodas de Plata* de Director de la Congregación; 2ª) En 1911, 1º de Enero, al cumplir el Padre Proaño los 70 años de edad; 3ª) En 1914, el 17 de Abril, con motivo de las *Bodas de Oro Sacerdotales* del venerable anciano.

Para apreciar el espíritu de tales manifestaciones, bástanos trasladar aquí el siguiente párrafo tomado de una de las *Reseñas* de esos actos. «*La Congregación de Caballeros de la Inmaculada*—Considerando:—1º) Que el R. P. Manuel José Proaño, esclarecido miembro de la insigne Compañía de Jesús, en medio de su modestia sin ejemplo, constituye una de las verdaderas glorias de las letras ecuatorianas;—2º) Que inspirado siempre en los sentimientos más puros de caridad evangélica, no ha omitido medio alguno para atraer al seno de la Congregación, desde hace cuarenta años, a los Caballeros de esta ciudad; y—3º) Que siendo un día como éste el más adecuado para presentar al virtuoso y prudente sacerdote, al verdadero y cariñoso amigo, al celoso y caritativo Director una manifestación de filial amor y de profunda gratitud,—Acuerda: Ofrecerle un Acto Literario-Musical, el día 1º de Enero de 1911, en que dicho Padre celebra su onomástico y cumple 70 años de edad.»

47.—a) Discurso improvisado al recibir la Medalla de oro.—b) Contestación a los Señores de la Congregación.

El discurso a) consta en el folleto: «Reseña del Acto Solemne en el cual la Congregación de Señores de la Inmaculada Concepción ofreció a su Director, R. P. Manuel José Proaño S. J. una Medalla de oro y un Album. Quito.—Tipografía y Encuadernación Salesiana.—1906»; págs. 11-16.—Nótese que ese Discurso IMPROVISADO fue escrito después, con permiso del Autor, por el Sr. Pablo Mariano Borja.

La Contestación b) se imprimió en el folleto «RESEÑA del Acto Literario Musical que los Señores de la Congregación de Caballeros de la Inmaculada Concepción dedican a su Director, R. P. Manuel José Proaño S. J., en su día onomástico.—1º de Enero de 1911.—Quito Tipografía Salesiana»; págs. 37-41

En fin, los múltiples actos y felicitaciones dirigidas al P. Proaño con motivo de sus Bodas de Oro Sacerdotales, constan en la publicación: «Bodas de Oro del R. P. Manuel José Proaño S. J.—1864-1914.—Tipografía de La Prensa Católica—Quito-Ecuador.»

De las muchas y apreciables felicitaciones que el P. Proaño recibió con motivo de sus *Bodas de Oro Sacerdotales* en 1914, consignaremos aquí tan sólo dos; ambas se han conservado inéditas hasta el presente, ambas proceden de personas autorizadísimas y ambas sirven para dar a conocer la egregia figura del jesuita quiteño. Helas aquí:

«Cuenca, 20 de Abril de 1914.—R. P. Manuel J. Proaño, S. J.—Quito—Mi Reverendo Padre y muy amado amigo: En vano he querido dirigir a V. R., desde el día viernes 17, el siguiente Telegrama:

«Saludo y felicito cordialmente V. R. en este faustísimo aniversario, con profunda estima y entrañable afecto que le profeso: recompénsele Dios medio siglo de proficua labor para su mayor gloria, y entre tanto, bendígale y consérvale *ad multos annos*.—† Manuel María, Obispo de Cuenca.»

Por la interrupción del telégrafo u otros motivos no se ha despachado este telegrama.

No puedo pues dejar que pase este día, octavo aniversario del admirable milagro de la Virgen Dolorosa de ese Colegio de la Compañía de Jesús, residencia de V. R., durante tantos años, sin dirigir a V. R. estas bre-

ves y rápidas líneas, para manifestarle mi más íntima y cariñosa adhesión, uniéndome a cuanto han hecho nuestros compatriotas para honrar a su sabio maestro, al sacerdote de virtud ejemplar y celo incansable durante más de cincuenta años, al digno hijo de la Compañía de Jesús, sin dejar de serlo, para honra nuestra, también de la Patria ecuatoriana.

¡Ah! que este pobre Ecuador no estuviera sumido en el mar borrascoso de la revolución y la anarquía, ¡cómo se hubiese entusiasmado por festejar a su anciano filósofo, literato, orador, religioso y sacerdote, que será un día contado entre sus más preclaros hijos, al lado de un Villarroel, de un Aguirre y de un Viescas, individuos ilustres de la antigua Compañía, de un Solano, a quien emuló por su ciencia y erudición, al lado de todo un García Moreno, de quien fué consejero y amigo! Las provincias que han aprovechado la labor de V. R. debieran ser la primeras en conservar, con aureola de gloria, el nombre de V. R.; y entre ellas el Azuay, a quien represento y por quien saludo, aclamo y agradezco a V. R.

Como Obispo, aunque indigno, envío a V. R. mis más copiosas bendiciones, y he rogado encarecidamente al Divino Remunerador de todo bien, que premie a V. R. diariamente en el cielo lo mucho que ha realizado para su mayor gloria, para defensa de la Iglesia y salvación de millares de almas. La corona celestial es la única digna de V. R.

Créame siempre, mi R. P., y carísimo amigo, el más adicto y amante de V. R., ínfimo siervo en J. C.

† MANUEL MARÍA

Obispo de Cuenca.

Al Muy Rdo. Padre Manuel J. Proaño, S. J.—
Quito.—Muy reverendo Padre y venerado amigo:
Poseído de una viva emoción de júbilo, me dirijo a
Vuestra Paternidad, con motivo del Quincuagésimo
Aniversario de su Ordenación Sacerdotal, para ofren-
darle mi respetuosa y efusiva felicitación, por tan
fausto acontecimiento.

Prohombres de nuestra amada Patria y lo más noble, lo más digno, lo más valioso de la Capital, que fue la cuna de Vuestra Reverencia, celebrarán—no lo dudo—muy pronto, justamente alborozados, las *Bodas de Oro del Sacerdocio de Vuestra Paternidad*.

Sin título ninguno de mi parte, para ni siquiera pensar en la pretensión, para mí imposible, de unirme al hermoso concierto de ciencia y de piedad, con que tributarán a Vuestra Paternidad el bien merecido y solemne homenaje de gratitud, de reverencia, de admiración y de fe, sus aventajados discípulos de ayer, que forman hoy una esplendorosa corona de gloria de nuestra amada Patria; aspiro únicamente, asistido sólo de los dulces derechos de la amistad y del patriotismo, a satisfacer una de las más gratas y apremiantes necesidades de mi corazón: la de congratularme con el excelente amigo, con el ilustre Sacerdote ecuatoriano, —ornamento insigne de la Inclita Compañía de Jesús— *en el mejor de sus Aniversarios*.

Sí: ufano, también yo, bendigo a Dios; porque se ha dignado conceder a nuestra Patria, el señaladísimo beneficio de abrigar en su seno un Hijo que tanto la honra; un Sacerdote, de cuyo proficuo ministerio ha gozado yá cincuenta años de exquisitos frutos.

La palabra y el sacramento; actos esenciales del ministerio sacerdotal: la palabra, como instrumento de la gracia, han sido las dos llaves de oro, de que, desde el día feliz en que le fueron entregadas con el Sacerdocio, ha sabido valerse el celo apostólico de Vuestra Reverencia, para abrirse las inteligencias y los corazones de los hombres; inundarlos de luz y de vida; y formarlos, ciudadanos ilustres y católicos fervorosos, que son la honra, no menos que la esperanza de nuestra sociedad.

Discípulo verdadero de Jesucristo, Señor Nuestro, y abnegado heraldo de su doctrina salvadora, Vuestra Reverencia, viene cultivando y fecundizando, *durante ya medio siglo*, la Viña del celestial Padre de familias, con la infatigabilidad de su ministerio sagrado; con los raudales de su vasta ilustración y pro-

fundo saber; con el calor de su docta y elocuente palabra; y con el ejemplo de su acrisolada virtud. ¡Misión santa y sublime que tanto enaltece a nuestra Patria, y que tanto consuela a la Iglesia!

¡Infinitas acciones de gracias sean rendidas al Dador de todo bien

¡Loor y bendición a Vuestra Paternidad, mi estimado amigo, en el *Quincuagésimo Aniversario de su Sacerdocio!*

No terminaré esta humilde expresión de mi afecto hacia Vuestra Reverencia, sin repetirle aquellas riquísimas estrofas que le cantó, el inmortal Poeta azuayo, Doctor Don Luis Cordero, que de Dios goce:

«Vive tú, Pastor insigne,
«Sacerdote inmaculado,
«y, entre las tiernas plegarias
«de tu amoroso Rebaño,
«suban las mías al Cielo
«y pídanle que los años
«de tu existencia se aumenten
«hasta que llegue a tantos
«como gotas en la lluvia;
«como frondas en el árbol

.....

«¡Vive, Maestro incomparable;
«vive eminente Proaño
«para lustre de la Patria,
«columna de su Santuario,
«ornamento de sus letras,
«norma de justos y sabios!

Guayaquil, 12 de Abril de 1914.

† Juan María, O. P.

*Obispo de Guayaquil
y Administrador Apostólico de Portoviejo.*

* * *

Los achaques de la edad arreciaron sobre el P. Proaño a partir de 1914; su mente fatigada se resistía ya a seguir los fervores de su espíritu siempre intrépido.

do, siempre celoso. Desde aquella época hasta su muerte no escribió sino dos piezas oratorias:

48.—a) En la Consagración de la Rotonda de Riobamba, Sermón.---b) Oración fúnebre del Sr. Dr. D. José Modesto Espinosa.

El SERMÓN a] predicó el P. Proaño en Riobamba, en Junio de 1914, y se publicó en folleto de 15 págs.; Quito Tipografía de La Prensa Católica.—1915.— La Oración Fúnebre b] vio la luz pública en las "Memorias de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española-Nueva Serie-Entrega Primera 30 de Abril de 1923" págs. 69-78, precedida de una breve anotación del Sr. Dr. D. N. Clemente Ponce.

Al predicar en Riobamba, con motivo de la Consagración del hermoso templo construído en esa ciudad a honra del Sagrado Corazón de Jesús, la mente del P. Proaño, llena de un cúmulo inmenso de ideas, su memoria repleta de gratísimos recuerdos y su corazón, presa de múltiples afectos, no acertaron a producir un discurso que pudiera parangonarse con alguno de aquellos sublimes arranques que antes había tenido; se contentó pues, con recordar los hechos de nuestra Consagración nacional al Corazón Sagrado de Jesús y a tejer la historia de la construcción de la Rotonda. El discurso aludido no tiene ni la elevación, ni la magnificencia de los que el P. Proaño había producido diez años antes.

La oración fúnebre b) en las exequias del Dr. Espinosa está asimismo muy lejos de ser una pieza oratoria de verdadero fuste. Una narración, bastante fatigosa, de la vida del eximio literato en la primera parte; una breve narración de la vuelta a la vida del amigo de Jesús, Lázaro de Betania, con una ligera aplicación al caso concreto, forman la trama toda del discurso. Evidentemente el grande Orador que pronunció el elogio fúnebre, magnífico y grandilocuente de Pío IX y de muchos otros personajes, no vivía ya en el fatigado P. Proaño, próximo a rendir la jornada de la vida.

Po lo demás, si volvemos la mirada hacia atrás y contemplamos la dilatada carrera oratoria del P. Proaño para apreciarla en su conjunto, sobre todo en vista de aquellas piezas que produjo cuando se encontraba en plena virilidad y en completo goce de sus facultades oratorias, encontraremos muy aceptable el siguiente juicio, emitido por juez tan competente en la materia como el Dr. D. N. Clemente Ponce. «El P. Proaño, docto humanista, filósofo de profundos y variados conocimientos, escritor castizo y elegante, singularizose principalmente por su arrebatadora y sustanciosa elocuencia en la Cátedra sagrada. Ya escribiese de antemano sus discursos, ya los produjera en el entusiasmo de sus fáciles, originales y brillantísimas improvisaciones, en los que la inagotable fuente de sus pensamientos se derramaba en los copiosos y diáfanos torrentes de sus períodos espontáneos y majestuosos; siempre cautivó a sus ilustrados auditorios con el indiscutible poder de su elocuencia: fue siempre vencedor con el irresistible poder de su palabra.

Y su palabra elocuente no dejó de ser persuasiva y eficaz, como expresión galana de pensamientos profundos, elevados y precisos, y de la exquisita ternura de sus delicados sentimientos, ni donde, al pie de los ochenta años, su vida laboriosa y fatigada se acercaba ya al término en el tiempo.» (1)

* * *

Al despedirse el venerable anciano Manuel José Proaño de su coetáneo, condiscípulo y amigo el Dr. José Modesto Espinosa, cuya Oración fúnebre predicó en Enero de 1916, decía al fin: «*Ruega al Señor por mí.... ¡que ya te siga!*

Meses después, el 16 de Diciembre, el P. Proaño seguía efectivamente a su amigo y bajó—pero siempre de pie—al sepulcro.

1) Memorias de la Academia; pág. cit.

Sus conciudadanos todos, sin diferencia de criterios ni reservas de ninguna clase, lamentaron su desaparición del teatro de los vivos, en tanto que la prensa del país le consagró artículos de necrología grandemente laudatorios. Uno de sus más leales amigos y sinceros admiradores, el Sr. Alfredo Flores y Caamaño, le dedicó un bello y sentido elogio fúnebre cuya reproducción contribuirá a dar realce a la simpática y atrayente figura del venerado maestro.

«Fue, por muchos años, mi amigo íntimo y de lo más querido; él, la imagen perfecta de la antigua hidalguía, de la bondad ingenua, del sólido saber y del bien en sus mejores manifestaciones, durante una vida útil y ejemplar.

La noticia de su muerte—llegada aquí (1) sólo hace poco—me ha conmovido profundamente, renovando el dolor que por algunas desgracias de familia he padecido, de poco tiempo a esta parte, en mis arraigadas afecciones. Y no han podido siquiera mitigar el justo sentimiento de mi pena, ni la reflexión de que el Padre Proaño, ya en edad avanzada, había logrado cumplir todos sus deberes con honradez, brillo y constancia; ni el convencimiento de que su pérdida ha sido lamentada por tantos que lo apreciaron y conforme lo exigían las raras prendas de ese encantador anciano; ni la idea, en fin, de que un consuelo poderoso—el de sus buenas obras—debió asistirlo hasta exhalar el último suspiro de alma sana, cariñosa y sensible. Todas estas consideraciones han servido, más bien, de natural estímulo para arrancarme un tributo de lágrimas al evocar vivamente su memoria, entre los transportes de amargura de mi corazón enternecido. ¡Que el desborde de un sincero y hondo sentimiento no se contiene con nada! ¡Su única represa se halla en la misma inmensidad del espíritu que él invade y atormental

Yo tuve la fortuna de conocer y tratar mucho al Padre Proaño desde que llegué a Quito por vez prime-

1) El Sr. Flores y Caamaño se encontraba en Londres cuando falleció el P. Proaño. (N. del A.)

ra, hace doce años; pero, ya desde antes, me inspiraba su respetado nombre afecto y gratitud, debido a la firme adhesión suya, enteramente desinteresada, a predecesores y relacionados míos. Yo sabía, en efecto, que en 1866, el Padre Proaño, siendo todavía joven, habla pronunciado en la Catedral de Quito su primera oración fúnebre—pieza brillante de elocuencia sagrada—en homenaje a mi abuelo el General D. Juan José Flores, cuando trasladaron su cadáver a Guayaquil, que llevó sobre sus hombros el ex-Presidente García Moreno desde la puerta del templo hasta el catafalco, acompañado de otras personas. Yo sabía que en 1889, al agitarse la intransigente oposición del partido conservador contra el católico Gobierno del Dr. Antonio Flores, el Padre Proaño, justiciero con el mandatario, no ingresó en esa liga de hostilidades bizantinas e infundadas, y con franqueza, pero sin intervenir en la política, se puso de lado de aquél.

Yo sabía, asimismo,* que no poca se le hizo padecer entonces y después por su lealtad hacia los míos, y finalmente, que en toda circunstancia nos fue leal compañero de infortunios, sin descanso, defensor ardiente y siempre uno de los más cariñosos y benéficos de nuestros amigos. El Padre Proaño debía ser, pues, y así lo era, como un buen miembro de mi familia; y yo, por eso, lo contaba en el seno de ella, antes de que cultivara su trato, deleitable por la gracia, instrucción y amenidad que lo singularizaban.

En el curso de nuestra amistad—en la que no intervino el vínculo religioso que solía unirlo con otras—me dió pruebas constantes de marcada deferencia; por ejemplo, al regalarme en 1909, con ejemplares de sus propias obras, una interesante colección de poesías originales del Dr. Miguel Antonio Caro que él conservaba con esmero más de medio siglo y que se la había dado el autor cuando fue su discípulo (como el Sr. Cuervo y el hoy Arzobispo Herrera Restrepo) en el colegio de San Bartolomé de Bogotá; poesías que publiqué en un estudio sobre aquel hijo de Nueva Granada, eximio cual su maestro, en el conocimiento de las letras castellanas. Después, en ese mismo año, me

entregó uno de sus más fieles retratos con dedicatoria muy honrosa para mí, pues me llamaba su apreciableísimo y muy querido amigo, escribiendo que constituía una prenda de leal y constante amistad.»

El Padre Proaño, que era al morir el sacerdote de la Compañía de Jesús más antiguo en el mundo (a donde vino en 1835), encargóse de la dura y santa misión de educar a la juventud durante varias generaciones, como si se hubiese dicho obedeciendo al libro de los *Salmos*: «*No daré sueño a mis ojos ni a mis párpados adormecimiento.*» Numerosos ciudadanos provechosos para el Ecuador y Nueva Granada oyeron sus lecciones, mientras desempeñábase lucidamente escribiendo y predicando. Fue confesor de algunos Presidentes ecuatorianos—verbigracia, de los señores García Moreno, Javier Espinosa y Antonio Flores—y del neogranadino Sr. Caro. El immaculado Arzobispo de Quito, González Calisto lo distinguió eligiéndolo su consultor literario y religioso de manera preferente, como antes lo hicieron otros mitrados, y aun después; habiéndose contado entre sus confesados extranjeros de fama, cual el referido filólogo Cuervo y no escasos representantes diplomáticos acreditados en el Ecuador. El carácter del sabio maestro, de bellas concepciones y alta moralidad, siguió pues, imponiéndose en el Padre Proaño fuera de las cátedras escolar y universitaria, y a su opinión se ceñían personajes de indisputable valor que lo buscaban para oírlo, en diversos campos, especialmente el literario. Ponía empeño en difundir las ideas y principios de perfección estética, orden y propiedad en el lenguaje, revelando con entusiasmo cuanto él había admirablemente acumulado de doctrina y por meditación profunda, como clásico de verdad.

El Padre Proaño encerraba en su pecho un corazón de oro. Recuerdo que, cuando viejo y desvalido regresó el General Veintimilla a la República para fallecer luego de gangrena senil, aquél apóstol misericordioso, viéndolo abandonado hasta de seres que surgieron a su sombra, lo acompañaba día y noche fatigándose para dulcificar sus amargas horas de largo

crepúsculo, inspirando resignación a su ánimo caído y convirtiéndolo a las creencias que él profesaba sinceramente, como fin y no como medio de la existencia humana. Yo estuve allí presente impulsado por un movimiento de caridad, de que no podía sustraerme ante ese ejemplo; y por tanto, observé que la conducta del Padre Proaño en tal ocasión merecía imparcial encomio y reconocimiento. ¿Pero en qué dejó de ser puro, abnegado? Sus dandos lo saben: a ellos cedió la renta que el Congreso de 1904 tuvo a bien decretarle, creo que jubilándole como profesor.

Era el Padre Proaño un anciano venerable, de pequeña estatura, vivaz, risueño y atrayente por sus modales delicados, que invitaban a quererlo con facilidad. Su aspecto y presentación se hacían notables por la dulzura y llaneza, que nada tenían de exagerado o fingido, y siendo naturalmente un santo—si así se han de llamar los justos sobre la tierra—nunca lo supo debido a su modestia, que a todos complacía. A cualquiera que a él se acercaba, recibíalo con aire paternal y afectuoso; y si solicitaban los consejos de sus luces y experiencia, los concedía informándolos siempre de la más grande franqueza y decoro, con ese su modo de decir castizo, animado, elegante.

Como hombre de estudio y vasto conocedor de las ciencias eclesiásticas; como latinista, literato, filósofo y orador, el Padre Proaño alcanzó el timbre de mayor fama a que podía hacerse digno por su bien organizado talento, clara síntesis y depurado gusto. Durante muchas décadas su reputación se mantuvo incommovible, airosa, entre los afanes de perseverante trabajo para sí y para los muchos que, sin cesar, invocaban su asistencia; hasta que los años se amontonaron sobre él luchando con la resistente complejidad suya, para exigir de su cansada cabeza superiores esfuerzos; hacer algo trémula su mano, y volver su temperamento muy impresionable. Esto que pudo parecer extraño y explicable de otra suerte a los que mal lo conocían, fue para mí, que escuché su discursar sesudo y discreto hasta 1912, el fruto de una sensibilidad exquisita, a diario excitada por tantos y

tantos desconsolados que lo hacían con acierto el preferido depositario de los propios torcedores y angustias.

Abundantes escritos en prosa y verso sobre varias materias trazó la docta pluma del sacerdote maestro, y entre ellos está, como modelo de elocuencia, *«La idolatría de la palabra»*, composición académica cuya índole religiosa no ha detenido las alabanzas de los que piensan con criterio diferente, en el país y fuera de él. El P. Proaño ha dejado también bastantes producciones inéditas (acaso algunas musicales) en un baúl que vimos en su celda y ojalá se publicaran si alguien no dispusiere lo contrario. Varias veces lo invité, en la confianza que teníamos, a que permitiera darlas a luz; pero, en la vida conventual, sujeto en todo al examen y obediencia, no podía resolverlo. Además, cuando me separé de él, estaba deseoso de escribir la historia de la expulsión del Ecuador de la Compañía de Jesús, realizada a través del horrible camino de Naranjal para Centro América; la misma que me relató, despertando mi creciente interés por los episodios dramáticos de que fue víctima con los restantes del instituto. En esa peregrinación estuvo al mando de la escolta del Gobierno, sólo unas leguas afuera de Quito, el joven oficial bromista, entonces bastante liberal, D. José Modesto Espinosa, quien los trató bien y fue más tarde hábil escritor, notable hombre público del partido católico y un amigo del Padre Proaño en la Congregación que éste dirigía. ¿Y cuáles cosas no vió, entre constantes agitaciones, ese sabio habitador del Claustro, que nació casi después de fundarse la República? El constituía una historia viviente para los ecuatorianos, rica y filosófica; y con frecuencia parecía tener un oráculo de los sucesos de los hombres.

Descanse tranquilo el ilustre octogenario, reliquia de la Patria; por mucho tiempo, solaz, consuelo y admiración más. Que desde la inmortalidad que se ha labrado, recuerde al que lo amaba enorgullecido, y

quiera, con el aliento de su noble espíritu, acompañarlo hasta que rinda también la última jornada de la vida.» (1)

* * *

El Domingo 30 de Junio, diecinueve años después de muerto el venerado P. Proaño, la insigne Congregación de Caballeros de la Inmaculada y el señorío de Quito celebraron una Misa de acción de gracias y una *Sesión solemne* para conmemorar el primer *centenario* del nacimiento del notable jesuita quiteño. (2) En tal acto se dejó palpar el aprecio y la veneración en que aun permanecía el recuerdo del P. Proaño.

1) Véase *El Comercio*, diario quiteño Número 3601, correspondiente al domingo 6 de Mayo de 1917, edición de la mañana.

2) He aquí cómo describía ese acto solemne el diario quiteño *«El Debate»*, en su número correspondiente al Lunes 19 de Julio de 1935. «LA ESTUPENDA APOTEOSIS DEL P. PROAÑO Pocas veces se ha gustado en Quito de algo más delicioso que la Academia de ayer en conmemoración del centenario del nacimiento de ese quiteño inmenso que se llamó Manuel José Proaño.

Hora y media duró el acto, que transcurrió entre la fervorosa estupefacción de un auditorio por demás selecto.

Julio Tobar Donoso estudió la figura del P. Proaño como Apóstol, con la maestría del sociólogo, la profundidad del filósofo, la admiración del creyente y la serenidad del historiador.

La insuperable musicalidad de Remigio Crespo Toral, finalmente interpretado por Ortiz Bilbao, nos presentó ese ciclo de verdaderas eminencias, en que le tocó actuar al ilustre jesuita. Con observación aguda y ponderado juicio asignó el puesto que como patriota y hombre de letras corresponde en la historia del Ecuador al primero, en esta tierra, de los hijos de San Ignacio de Loyola.

Luego ese singular avaro de su enorme talento, doctor Lucindo Almeida Valencia, hizo revivir al P. Proaño, presentándonoslo en la cátedra y en la Academia, con tal viveza y actualidad que, el estudio del discurso «La Idolatría de la Palabra», arrancó repetidos aplausos. La magistral pieza fue magníficamente leída por el doctor Alfonso Ribadeneira.

Luis Cordero Crespo, en representación de su padre, el doctor Miguel Cordero Dávila, declamó las estrofas que publicamos. El público interrumpió con sus aplausos entusiastas a Cordero Crespo que supo hacer apreciar la elevada inspiración del egregio vate azuayo.

Carlos Riofrío recitó las sentidas estrofas que dedicara a su Maestro, el P. Proaño, esa soberbia cumbre de la intelectualidad americana, el celeberrimo humanista colombiano Miguel Antonio Caro.

Cerramos estas *Notas* consignando en sus páginas tanto la *Oración Sagrada* de la mañana, como también las bellas piezas literarias declamadas en la sesión vespertina porque esas contribuyen a dejar exactamente perfilada la noble figura del *orador excelso*, del *insigne filósofo*, del *literato modelo*, del *digno educador* y del *celoso apóstol del Corazón de Jesús*, en el Ecuador de la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del XX.

Roberto Páez y el Prefecto de la Congregación de Caballeros de la Inmaculada. D. José Pío Escudero, agradecieron, en frase galana y justiciera, así al escogido público asistente como a los renombrados literatos que honraron la memoria del que fue, hasta su muerte, Director de la mentada Congregación.

Al final se leyó una hermosa adhesión al homenaje, suscrita por dos ilustres cuencanos, discípulos del P. Proaño, los doctores Luis y Miguel Cordero Dávila.

Gustosos nos detendríamos a analizar y reseñar con los pormenores que merecen los sabios estudios leídos en el acto literario de ayer. Pero se anunció que todo se publicaría en un folleto que aparecerá pronto, y allá remitimos a nuestros lectores a que saboreen cuanto se dijo en honor de uno de los mayores ingenios de Quito.»



Discurso del R. P. Ramón Gavilanes de la Real Orden Mercedaria.

Erat vir in cunctis prospere agens.

Era hombre a quien todo cuanto hacía
le salía felizmente.

GEN. CAP. 39, V. 2.

No extrañéis que a los elocuentes y múltiples elogios prodigados por la prensa y diversos círculos sociales, al sabio y venerable religioso, hijo ilustre de la Inclita Compañía de Jesús, M. R. P. Manuel José Proaño, se una mi humilde palabra para entonar en este día un nuevo himno de alabanzas en su honor. Vengo en nombre de la Congregación de Caballeros de la Inmaculada a deponer una corona de amor y gratitud en este día en que celebramos el Centenario del nacimiento de tan ilustre compatriota nuestro. Ah, señores! Cuantos dulces, pero tristes recuerdos se agolpan a mi mente en este instante! Lo diré con franqueza: es también el pago de una deuda personal lo que hoy me conduce a esta sagrada Cátedra, me hace derramar dulces lágrimas de reconocimiento y me constituye, con derecho, admirador de su ciencia y panegirista de su eminente virtud. «Cuán grande es el que posee la sabiduría, dice el Eclesiástico, pero no aventaja al que teme a Dios y observa sus mandamientos!» (1) Nada añadiré, señores, a esta magnífica sentencia de la Sabiduría, porque ella será todo el ornato de mi discurso, encadenará todo el plan de mis

1) Eclesiástico, XXV, 13.

pensamientos y, realzando cada palabra, cada frase, cada sentimiento, tendréis necesariamente que repetir conmigo a cada instante: «Cuán grande es el que posee la sabiduría, pero no aventaja al que teme a Dios y cumple sus mandamientos!»

Sabiduría cristiana, ciencia aprendida en la escuela de la cruz y robustecida en las austeridades del claustral no necesito vanos adornos de elocuencia para ponderar tus creaciones y tus eminentes grandezas; la sombra ilustre del M. R. P. Manuel José Proaño hará elocuente mi voz, y las lágrimas con que regaremos su sepulcro será la más fehaciente prueba de la justicia de mis elogios. «Los labios del sacerdote custodiarán la ciencia», exclama el Profeta, y los pueblos recibirán de su boca la verdadera sabiduría.»

Sí: el sacerdocio cristiano, y con más razón el sacerdocio perfeccionado en las austeridades de la vida religiosa, es el más perfecto santuario de la ciencia. *Sapientia aedificavit sibi domum.* (1) Sí: la sabiduría, ella misma ha edificado su casa, demarcado sus cimientos y colocado las columnas que le sirven de fundamento. Dónde? no necesito buscarla, ni en el esplendor de los tronos, ni en las suntuosas academias de Atenas o de Roma, ni en las Universidades más ilustres del mundo civilizado, porque sé que «su morada predilecta está en Jacob, y sus más hondas raíces en la casa de Israel.» No diviso tampoco en sus claustros, en sus huertos, en sus encenadas y jardines esos broncees soberbios, tributos con que el mundo recompensa a los genios del saber, pues han huído para siempre de sus hogares la riqueza y arrogancia de un mundo bullicioso; en un solo monumento descubro, señores, en esa mansión misteriosa, una cruz, y en ella esta inscripción: «Dios es el Señor de las ciencias.» (2)

No pudieron ocultarse a la virtud y esclarecido talento del P. Proaño las grandezas encerradas en la

1) Proverbios, IX, 1.

2) I Reyes, II, 3.

humildad y pobreza de ese divino santuario; habíase desposado con la virtud desde su infancia, y enamorado su espíritu de aquella sentencia del Sabio, «la sabiduría es la corona del hombre santo», cumplió sus altos destinos, eligiendo en la tierra el asilo que le designara la Providencia, como el único centro capaz de suministrar a su espíritu todos los elementos necesarios para satisfacer sus nobles y santas aspiraciones. Si el P. Proaño debía ceñir sus sienes con la aurcola del santo realzada por los esplendores de la sabiduría; el claustro de la Compañía de Jesús tomó sobre sí la responsabilidad de la obra, y es hoy el día en que debemos formular el juicio sobre el desempeño del difícil como honroso cometido.

Ah, señores! en la época en que todo el conato de los sabios es horrar el nombre de Dios de los códigos de la ciencia, arrebatár al sacerdocio el ministerio de la instrucción y anatematizar los claustros, como centros de un refinado oscurantismo, la prominente figura del M. R. P. Manuel José Proaño, alzándose majestuosa en nuestra patria, dice a nuestra sociedad: «La herencia del sacerdocio cristiano es la instrucción de los pueblos; los institutos monásticos son el taller de la sabiduría, la escuela de las inteligencias superiores.»

He indicado ya todo el asunto de mi oración; elevemos ahora al cielo una plegaria para que el Dios de las ciencias bendiga mis afectos y los haga dignos del ilustre religioso a quien dedicamos estos homenajes.

Yermos seculares del Oriente y Occidente, claustros santificados por la eminente virtud y sabiduría de los monjes de la antigüedad cristiana! dad inspiraciones a mi mente, sentimiento a mis palabras, y mostradme, aunque sea entre ruinas, las soberbias bibliotecas de vuestros doctores, los monumentos erigidos para perpetuar el glorioso recuerdo de sus grandezas!

Si nuestro intento, señores, es examinar los claustros, a la luz que nos envía la tumba elocuente del R. P. Manuel José Proaño, importa mucho que co-

nozcamos la piedra angular sobre que descansa el gigantesco edificio. Para quien no haya meditado jamás sobre la naturaleza del espíritu humano, sobre los sentimientos más delicados del corazón, ciertamente que las comunidades religiosas podrán aparecer despreciables, y acaso perjudiciales. Renunciar para siempre a los deleites de la carne y entregarse a los rigores de la más severa penitencia, hacerse esclavo de la ley, para ofrecer al Señor todos los días el holocausto de su propia voluntad, y constituirse en pobre voluntario, sacrificando las riquezas del siglo, ved aquí lo que la falsa filosofía del mundo nunca ha podido comprender, lo que siempre ha despreciado y aborrecido.

Pero, señores, hablo a un auditorio eminentemente cristiano y abrigo la íntima convicción de que todos vosotros tendréis a gloria confesar conmigo, en este día, para honra de nuestro héroe: «Grande es la sabiduría del P. Proaño; los institutos religiosos son su más perfecto santuario, porque la ciencia que en ellos se cultiva es hija de la virginidad, hermana de la obediencia e inseparable compañera de la pobreza evangélica.»

*
* *

«Cuán bella es una casta generación, adornada con la claridad de la ciencia.» (1) Se afanan los hombres por investigar su propia genealogía en la serie indefinida de nobles generaciones, y olvidando la fuente de donde emana esa gota de vida que poseen, se imaginan conquistar su grandeza, cuando han logrado descubrir el tronco de sus ilustres ascendientes en las cortes de los emperadores o en los castillos de los príncipes de sangre real. Ilusión!.... El sabio cristiano ha encontrado una genealogía más espiritual que esta: la santidad de nuestros padres temporales, imagen de la santidad de Dios: ved aquí el sólo título

1) Sabiduría, IV, 1.

de nobleza a que aspira el sabio, formado según el corazón de Dios. Hijo de padres sinceramente cristianos, el R. P. Proaño siempre recibió de ellos una educación inspirada en las máximas del divino Evangelio. Cuán bello sería ver a ese inocente niño dirigirse en compañía de sus padres, en las primeras horas de la mañana a este hermosísimo templo de la Compañía de Jesús! qué idea vagaría entonces en su clara inteligencial qué impresiones sentiría su corazón angelical! Yo lo contemplo anegado en el más dulce fervor, mezclando sus sentimientos a las preces fervorosas del sacerdote que ofrece el Santo Sacrificio. Después de haber terminado sus ejercicios de devoción, yo lo veo aún, alegre y risueño, recorrer los claustros del convento, para ofrecer sus homenajes de cariño a los que debían ser más tarde sus amigos y maestros más queridos, en quienes encontraba retratada la imagen de la eminente perfección que más tarde debía alcanzar en el seno de tan santo instituto.

No necesitó el joven Proaño visitar más de una vez ese campo bendito para exclamar con el Esposo de los Cantares: «Encontré el tesoro de mi alma, lo he asido con mis manos y no lo soltaré jamás». (1) En efecto, era la divina Providencia la que le conducía de la mano a esa tranquila mansión, y por eso pronto brilló para él el día en que debía trocar la librea del mundo por el sayal del penitente. El 4 de mayo de 1851 fue la fecha marcada por el cielo para que el joven Proaño se substraiese del bullicio del mundo y empezase a realizar en su persona los sabios designios de Dios.

Los más nobles sentimientos obraron en su alma, al decidirse a abrazar la vida religiosa en los silenciosos claustros de la Compañía de Jesús; en esos claustros, bajo mil aspectos venerables, que siempre han sido y serán, lo espero en Dios, el foco de la ciencia y de la virtud; esos claustros que han contado en su seno los más esclarecidos sabios; esos claustros que

1) Cantar, III, 4.

han visto practicar a muchos de sus moradores las más esclarecidas virtudes, los más heroicos sacrificios; esos claustros que han visto expirar a tantos varones apostólicos y pasar de esta vida miserable a la mansión de la gloria en medio de los regocijos y cánticos celestiales; esos claustros, en fin, santificados con la inocencia de tantos hijos del mejor de los Loyolas, regados con la sangre de tantas víctimas inocentes que, sin haber provocado jamás la ira de Dios, despedazaban sus delicados miembros con el cilicio y la disciplina, lanzando de este modo un eterno anatema contra las víctimas del sensualismo que miran la mortificación como impracticable, sin acordarse que tienen por maestro a un Dios crucificado.

Toda grandeza, señores, supone una preparación iniciadora, y, aunque cada uno de los años del noviciado del P. Proaño podría ser el asunto de una interesante historia, como su espíritu no bebió de la infancia más que su candorosa simplicidad, más tarde tendréis la satisfacción de percibir, bajo un solo golpe de vista, la majestad del anciano experimentado en la virtud, realizada por la simpatía que engendra la edad de la inocencia, en que hizo su verdadera preparación. A la manera que el agricultor diligente prepara la tierra que debe recibir la semilla de su cosecha, y como la tierna avecula, previniendo el furor de la tempestad, emprende presurosa su vuelo, para buscar abrigo contra la inclemencia de los huracanes y las lluvias, así nuestro joven religioso dispone su inteligencia a la adquisición de la sabiduría, y previene su corazón contra el veneno de las pasiones, por la puntual observancia de las prescripciones monásticas.

Fecundo en virtud, el noviciado de nuestro joven; el supremo anhelo de su alma, ver llegar el día de su inmolación absoluta por los votos religiosos. «Cuándo, Señor, me será dado subir al monte de la mirra y recrear mis ojos en los amenos collados del incienso! Qué hermosos son tus tabernáculos, oh Dios de Israel! Hasta que sople el día y declinen las sombras de la noche, cual el siervo sediento suspira por la fuente de las aguas, así suspira mi corazón por po-

seertel) . . . Pero, al fin, lució para nuestro joven levita el momento más deseado de su vida: el día 30 de mayo de 1853 hizo los primeros votos de religión en Guatemala, a donde hubo de dirigirse sufriendo el destierro impuesto por un Gobierno despótico y tirano, a él y a sus demás compañeros de religión, por el solo crimen de llamarse *compañeros de Jesús*.

Hasta entonces esa tierna planta sólo había ostentado la belleza de sus primeras flores. Ella debía crecer con rapidez asombrosa; su ramaje cobijar bajo su sombra una numerosa familia y llenarse de fecunda semilla. Un solo complemento faltaba a nuestro humilde jesuita para que su espíritu adquiriera todo el ensanche posible: la promoción al sacerdocio. Y qué? el santuario podía cerrar sus puertas de oro, interceptar sus misteriosos vestibulos al que, como nuevo Aarón del sacerdocio cristiano, debía presentarse ante el altar del sacrificio, vestido con el alba de la virginidad, ceñido con el cingulo de la mortificación, calzado de la pobreza, llevando en sus manos el cetro de la virtud y de la ciencia? . . . Grande, infinita, incomprendible, es señores, la dignidad del sacerdote; pero no se desdén de buscar en los desiertos y asilos más humildes a los que, en su misma pobreza y humildad, exaltarán sus maravillas, cumpliendo a la letra la predicción del Maestro divino: *Vos estis lux mundi, vos estis sal terrae*. (1)

* * *

No es mi ánimo sondear todos los secretos del sacerdocio del R. P. Proaño; pues mi principal propósito es manifestaros, desde luego, que los claustros son una escuela de ciencia, porque su sabiduría es hija de la virginidad; y, como por otra parte, el prototipo de la sabiduría casta, inmaculada, es el sacerdote católico, defraudaría a éste de la más pura de sus glorias, si al hacer el panegírico del sabio inspirado en la virginidad monástica, no atribuyera como propios e

1) S. Maleo, V. 13, 14.

inherentes a todo el sacerdocio de Cristo los triunfos en la ciencia del sacerdocio regular por medio de la virginidad. Sí, señores: los labios del sacerdote custodiarán la ciencia» (1) porque son puros; y, como «ella es un vapor de la virtud de Dios, y casi una mansión de claridad del Omnipotente, nada manchado cae en la sabiduría.» (2)

Veamos, pues, de qué manera la virginidad es un poderoso auxiliar de la sabiduría. Es una virtud tan celestial, que de seres terrenos y carnales nos transforma en ángeles de luz y reviste nuestra inteligencia de los fulgores de la inteligencia angélica: *Et erunt sicut angeli Dei*: serán como los ángeles de Dios en el cielo (3). Quienes?... los que amáis con pasión un mundo corrompido? los que vivís esclavos del placer y repetís a cada hora del día: «comamos y bebamos, que mañana moriremos?... A vosotros, ángeles del cielo, con vosotros, sacerdotes del Señor, habla ahora el Maestro de la virginidad: «Seréis como los ángeles de Dios en el cielo» (4) Penetremos, entonces, con el pensamiento en la región en donde moran esos seres tan bellos y felices. ¡Qué pálido resplandor arroja nuestra inteligencia en presencia de esos focos de luz! Ah! quién puede seguir en su veloz carrera esos rayos, esas poderosas inteligencias a quienes el ser de Dios ha enriquecido con tan sublimes prerrogativas? Oh misterios del sacerdocio cristiano! *Erunt sicut angeli Dei*. (5) Sí, os lo digo en el nombre de Jesucristo, venerables sacerdotes: la virginidad de vuestro sacerdocio os hará semejantes a los ángeles del Señor.

Pero no es este el solo privilegio de la virginidad en orden a la vida intelectual del hombre. El amor a las ciencias es condición indispensable para la adquisición de ella misma, como quiera que esta virtud, re-

1) Malaquías, II, 7.

2) Sabiduría, VII, 25.

3) S. Mateo, V, 13, 14.

4) Id.

5) S. Mateo, XXII, 30.

fundiendo en el estudio y conocimiento de la sabiduría el cariño que podrían robarle las criaturas, convierte el tálamo nupcial en el desposorio del corazón y de la ciencia. (1)

Mas aún: el hombre no puede desarrollar conjuntamente todas las facultades de su ser: si el cariño de la esposa, la ternura de los hijos embeben la sensibilidad de su espíritu y enajenan su pensamiento, imposible es que su inteligencia, dividida la esfera de su actividad y dilatado el campo de su ejercicio, pueda alcanzar todo el ensanche y robustez convenientes. No habréis visto nunca, señores, que la mano del labrador, encallecida por el manejo del arado, trace en el lienzo, con primor, los paisajes que en un instante dibujaría el diestro pincel del artista; ni habréis oído jamás que el mercader, engolfado en los negocios y el dinero, haya immortalizado su nombre, dejando consignadas en un poema las creaciones fantásticas del poeta o los arranques sublimes del orador inspirado.

Si tales son los fueros de la virginidad cristiana; si ella tiene el mágico poder de comunicar a nuestra inteligencia cierta fuerza y penetración, propias exclusivamente de las inteligencias celestiales; si ella engendra en el sabio amor a la sabiduría y reconcentra maravillosamente nuestro espíritu en el estudio de las ciencias, no os extrañará, sin duda, que la página más brillante de la historia del R. P. Proaño sean sus conquistas en el campo de las letras y, sobre todo, en el campo de las ciencias sagradas. Como era natural, la gracia del sacerdocio infundió en él un eficaz deseo de alcanzar por todos los medios posibles ese conocimiento profundo de los misterios revelados, que es, sin disputa, el principal mérito y la más rica joya del sacerdote ilustrado.

Pero, señores, es imposible recordar la vida científica del P. Proaño, sin traer a la memoria ese magnífico palacio de las ciencias que existe en los claus-

1) Sabiduría, VII, 2.

tros de la Compañía de Jesús. Fue allí en donde nuestro sabio bebió la ciencia de los misterios revelados y el conocimiento de todas esas sublimes perspectivas del orden sobrenatural. No extrañéis que su inteligencia haya penetrado tanto en los misterios de la teología católica. El águila, cuando quiere fijar sus ojos en el sol para mirar de frente sus esplendores, emprende su vuelo a las altas regiones a fin de posar su planta en la cima de las montañas; así nuestro sabio, consagrado a Dios por la carne y, por consiguiente, su espíritu en aptitud de elevarse a las regiones del infinito, contemplar de cerca sus resplandores y consumirse en el ardor de sus llamas. Ah! quién pudiera revelarnos todas las sublimes ideas e inspiraciones que mil veces brillarían en su mente cuando ofrecía al Señor el divino sacrificio! ¡Qué preciosa semilla de verdades no infundiría en su alma ese alimento celestial que diariamente robustecía su espíritu y ensanchaba su corazón! Figuraos al sabio jesuita en la biblioteca del convento, terminados apenas los piadosos ejercicios de la mañana; entregado al estudio de las ciencias, su mente está completamente abstraída en la meditación de los altos misterios de la sagrada teología. Ah, señores! ven brotar de su frente rálagas de luz que anuncian la inspiración de su inteligencia; es quizás el momento en que acaba de penetrar las más sabias razones que deben servirle de fundamento en la explicación de los dogmas sublimes de nuestra religión; talvez tiene entre sus manos las páginas inspiradas del Doctor de la gracia, o los elocuentes sermones del Crisóstomo han transportado su alma a la consideración de inefables, incomprensibles verdades.

A medida que voy penetrando más y más en los secretos científicos del R. P. Proaño, la grandeza del héroe me hace recelar de mis débiles fuerzas y temer que sean demasiado escasas para llegar al término de la empresa que me he propuesto realizar. Asombra la energía e intrepidez de nuestro sabio: no satisfecho con los prolijos estudios del Dogma católico y de la Escritura Santa, dedicóse de una manera especial a adquirir profundos conocimientos de la Patrología

Cristiana, de la Teología Moral, del Derecho Canónico y de la Historia Eclesiástica.

Al modo que el hábil artista necesita examinar circunstanciadamente todos los detalles de una hermosa pintura, la perfección del colorido, la naturalidad de los conjuntos, la gracia y elegancia de las sombras y la seguridad del pincel, para fallar en toda justicia que el autor es un genio artístico de primera categoría; así, para que comprendáis hasta donde alcanza el mérito del P. Proaño como hombre dedicado al estudio de las ciencias sagradas es necesario que escudriñéis sus eruditos conocimientos en todos los diferentes ramos que comprendió su vasta erudición.

Con qué laboriosidad y decidido entusiasmo no se le ve registrar las obras del gran Crisóstomo, con el objeto de aprender en sus sublimes homilías, sermones y discursos, la inspirada sabiduría del Apóstol, que nadie como él explicó, con tanta elegancia y lucidez! Cuántas veces, impulsada su voluntad por el deseo de hartarse en el conocimiento de los misterios que tratan de Dios, la augusta Trinidad o la Redención del hombre, no se le veía buscar con gran avidez el tesoro de la sabiduría en las inmortales obras de Atanasio, Hilario, Basilio, Bernardo y demás ilustres Padres y Doctores de la Iglesia!

«Suscitado el R. P. Proaño por Dios Nuestro Señor cuando las direcciones pontificias de Pío IX y León XIII señalaban al mundo un resurgimiento de la filosofía escolástica de Sto. Tomás, abarcó competente cuanto los grandes maestros católicos de Italia, Francia y España hacían resonar en las más esclarecidas cátedras de Europa, y púsose a tal altura que vino a ser hábil reflector de todas ellas. Entonces podíamos gloriarnos los ecuatorianos de poseer en nuestro profesor de Quito, como en un solo volumen compendiado, el Derecho Natural de Taparelli, la Metafísica de Liberatore y Tongiorgi, la Ética de Cornoldi y Signorello, la Lógica de Prisco y Sanseverino, la intuición filosófica de Zigliara y Zeferino González.»

¿Qué más argumentos queréis, señores, para convenceros de que los claustros son una escuela de ciencia, y que la virginidad es la palanca más poderosa para poner en actividad las facultades de nuestra alma? En presencia de hechos tan elocuentes me atrevo a interrogar a los sabios orgullosos del mundo: «Eh! sed francos; poned la mano en vuestro pecho y contestadme ingenuamente: es o no el sacerdocio cristiano la luz del mundo? es o no la virginidad evangélica el auxiliar más poderoso de la sabiduría? son o no los institutos religiosos el taller de la ciencia?» En vano se quiere prescindir de la fe en los diferentes monumentos de la sabiduría del hombre; en vano se quiere traer a nuestra memoria los infinitos catálogos de obras escritas por los genios más ilustres, que tratan de todo género de ciencias, en las cuales se maldice del Evangelio casi en cada una de sus páginas. No tenemos a mengua, señores, confesar el talento de los sabios en donde quiera que se encuentre; pero nos atrevemos a decir, y lo decimos con franqueza y entera convicción: si todos los genios del saber siempre hubieran sido esclarecidos por los resplandores benéficos de la virginidad cristiana, si en sus soberbios gabinetes siempre se hubiera ostentado una cruz, ay! no registraríamos en sus obras tantas prostituciones del talento, tantas adulteraciones de la verdad, tantos poemas escandalosos del vicio y del error. A la verdad, si la pura religión de Cristo hubiera abrigado en su casto seno a todos esos genios e inteligencias superiores, nuestra vista hubiera sido inmensamente más pequeña de lo que es, para surgir en la celeridad y elevación de su vuelo a esas águilas majestuosas.

*
* *

Hasta el presente, sólo hemos visto a la sabiduría educándose, bebiendo sus inspiraciones, extrayendo sus magníficas concepciones de la fuente inmaculada de la virginidad evangélica; veamos ahora multiplicando la esfera de actividad, impulsada por la obediencia monástica.

Los sabios que se han atrevido a condenar esa necesidad que el hombre se impone, haciéndose *esclavo de la ley* e invocando en contra los inalienables fueros de la libertad personal, desconocen ciertamente que ese heroico esfuerzo de la propia voluntad, a más de suponer el perfecto ejercicio de ella, es, sin disputa, un medio muy poderoso y adecuado para asegurar al sabio el triunfo en las campañas de la ciencia.

El sabio, señores, para entregarse de lleno a la investigación de los mil secretos de la sabiduría, necesita, en primer lugar, vivir ajeno de los muchos cuidados e inquietudes que necesariamente trae consigo la acertada dirección de los intereses eternos y temporales de su persona.

Es tan inconstante nuestro corazón, las inclinaciones, pasiones y sentimientos de nuestro espíritu son a veces tan opuestos, reina en nuestra naturaleza una lucha tan encarnizada, que, a no mediar, como sucede en la vida religiosa, una ley clara, terminante y obligatoria, que nos marque el camino que debemos seguir a fin de asegurar el bien eterno de nuestra alma, nos encontramos en la imprescindible necesidad de vivir constantemente preocupados de nosotros mismos, y emplear una buena parte de nuestro tiempo en discernir lo que más convenga a nuestra vida espiritual.

Por otra parte, señores, la misma vida temporal exige de parte de los sabios una especial dedicación para entregarse al desempeño de ciertos negocios destinados a asegurar su subsistencia o la de una numerosa familia, y para cumplir con honradez los deberes que exige el ejercicio de su empleo o profesión en el mundo.

El religioso, señores, al contrario, nada tiene que temer, puesto que asegura el éxito de sus obras, en lo eterno y en lo temporal, con sólo repetir de lo íntimo de su corazón al comenzar el nuevo día: «Os bendigo, Señor, os doy infinitas gracias porque habéis prometido que el varón obediente siempre cantará victoria.»

Pero la principal riqueza de la obediencia monástica no consiste solamente en independizar al sabio

cristiano de toda inquietud o preocupación que pueda estorbarle estrechar íntimas relaciones con la sabiduría; sino que el gran tesoro de la obediencia está en hacer de la ley del trabajo una ley obligatoria, una cadena que enlaza al sabio y a la sabiduría con tan fuertes ligaduras, que es imposible romperlas. Ah, señores! en ninguna parte como en los institutos monásticos, ha resonado el eco de este infalible decreto: «Trabajarás.» Concebir al sabio sin concebir el trabajo es un absurdo manifiesto; y precisamente, porque la ley del trabajo ha sido elevada al rango de voto religioso en los institutos monásticos, por eso no cabe la menor duda de que ellos son los talleres más adecuados para la ciencia.

Cosa singular! «El espíritu humano se asombra meditando el heroísmo sin ejemplo de los monjes del siglo XII. Ellos realizaron en cierto modo en Europa lo mismo que ejecutaban los primeros pobladores del mundo cuando procuraban devolver al globo desfigurado por el diluvio su primitiva faz; ellos previnieron con su infatigable laboriosidad el inevitable caos que amenazaba a las ciencias y a las letras, que, a no haberse refugiado en los claustros, difícilmente se habría escapado de la muerte.» Y, sin embargo, señores, hay quienes se atreven a afirmar en nuestra época, que los claustros no tienen elementos de prosperidad intelectual para el hombre, y que no son las escuelas llamadas a darle toda la ciencia e ilustración que necesita.

¡Oh sagrados asilos de la virtud y del saber! nadie puede existir en el mundo, que, meditando a la luz de la historia vuestras incomparables grandezas, y, sobre todo, los inmensos beneficios que habéis prodigado a la humanidad, no prorrumpa espontáneamente en este arranque convencido: «Sublime es el poder del trabajo santificado por la obediencia religiosa!»

Después de tales reflexiones, de nuevo vuelve a presentármese la simpática figura del R. P. Proaño, corroborando con su ejemplo la verdad de mi doctrina.

Veámosle, desde luego, ejercitándose por orden

de los superiores en los arduos ministerios de la enseñanza. «La voz de los superiores, si ha dicho nuestro obediente religioso, es la voz de Dios.» *Non vos me elegistis*, no soy yo quien ha hecho la elección. Es la divina Providencia quien me deputa para ejercer el ministerio de maestro? pues, adelantel; trabajaré por hacerme digno de ella y, Dios mediante, procuraré que mis discípulos siempre vean inscrito sobre mi frente este precioso lema: «ciencia y piedad.»

Y ¿qué faltaba a nuestro sabio jesuita para que con justísima razón fuera presentado, como el tipo perfecto del verdadero maestro? No es mi ánimo, señores, retratar, en esta parte de mi discurso, la figura del maestro cristiano adornado de la sabiduría; ya considerasteis la ciencia del R. P. Proaño, inspirándose en la virginidad evangélica; admirad ahora las bellezas del maestro, cuya norma en el magisterio de las ciencias, son las máximas de una piedad viva e ilustrada. El óptimo educador, según el mundo, es aquel que hace de la instrucción de su educando el fin último de su noble misión; es aquel que solo procura la ilustración de su alumno, pero sin imaginar fines más nobles y espirituales. El P. Proaño ha podido comprender, a pesar de todo, que ese optimismo del maestro es el peor de los optimismos, porque la ciencia e ilustración del alumno no pueden ser el norte del maestro cristiano, sino solamente el medio para moralizar su corazón y enseñarle la práctica de la verdadera virtud.

El justo renombre que supo conquistarse nuestro sabio, me dispensa de manifestaros aquí el incomparable talento que tuvo para sacar de la enseñanza todo el provecho posible en bien de sus queridos discípulos. Cuantos tuvieron la gloria de ser sus discípulos podrán, mejor que yo, manifestar y ponderar esas nutridas y piadosas disertaciones de este gran maestro, esas elocuentes exhortaciones a la virtud, esas hermosas apologías de los misterios de nuestra fe, con que, a la vez que ilustraba las inteligencias, enamoraba los corazones de lo santo y lo perfecto, encendiéndolos en el amor divino.»

Hélo ahí, señores, en el aula explicando a los

alumnos las tesis más difíciles de la ética o la metafísica, dilucidando los más oscuros sistemas de la filosofía antigua y moderna. Ahí sabe ciertamente que el estudio de estas ciencias no es el estudio frívolo de los delirios y absurdos nacidos de la mente extraviada de los filósofos, no iluminada su sabiduría por la luz del Evangelio; ha encontrado en la fe, en la revelación cristiana, el infalible criterio con que preservarse de los infinitos errores de que puede ser víctima nuestra débil inteligencia, abandonada a sus propias fuerzas, y además el medio de ensanchar poderosamente la esfera de la actividad de la razón humana. Todo, señores, en manos del P. Proaño es un gimnasio de santificación para sus alumnos.

Largo sería caracterizar a nuestro sabio en todas las esferas de su múltiple magisterio. Cuarenta años completos de magisterio tuvo nuestro insigne compatriota, repartidos en Guatemala, en donde cultivó la Filosofía escolástica y regentó las clases de Lógica y Metafísica; en Colombia, donde enseñó Filosofía y Matemáticas, contando entre sus discípulos a muy esclarecidos personajes; y por último en nuestra querida patria en donde, desde 1866 hasta 1901 enseñó Filosofía; regentó la Cátedra de Religión en la Universidad de Quito, y por un año la de Derecho Canónico en Riobamba.

El trabajo, señores, cuando está santificado por la obediencia religiosa, se multiplica maravillosamente, y el religioso encuentra tiempo para todo. Vais a considerar a nuestro héroe esparciendo las luces de su sabiduría en una escuela cuyo único maestro es el sacerdote del Señor. Os confieso ingenuamente que lo que jamás acabaré de admirar en el virtuoso Padre Proaño es su exquisito talento en aumentar el tiempo destinado a sus labores científicas, sin defraudar un ápice el ejercicio del ministerio sacerdotal. Cuando sepáis que ese religioso que ha pasado tantos años en la enseñanza es el mismo que con sin igual celo apostólico se consagra al ministerio de la predicación—destacándose siempre como orador elocuentísimo—, a oír muchas y difíciles consultas de los hombres más

notables del foro y la magistratura; ahí creo que no trepidaréis en afirmar conmigo: El P. Proaño es infatigable en el trabajo; el P. Proaño es un santo.

No es vana lisonja, no es el fuego de un entusiasmo pasajero lo que me impulsa a decir en este instante: Es mi voz por demás desautorizada para cantar el himno de alabanzas que merece el sabio director de las conciencias, el padre bondadoso, el médico hábil y caritativo, el amigo tierno y desinteresado.

El P. Proaño antes de dar principio a la difícil carrera de la predicación, para animarse a emprenderla con el verdadero espíritu evangélico, recordaba que pertenecía a una orden esclarecida, a una orden cuyos hijos con la abnegación del apóstol y la paciencia del mártir, han dado repetidas veces la vuelta al mundo predicando la doctrina de salud, desde el Oriente al Occidente y desde el Septentrión al Medio Día. Todas las ribetas han guardado las huellas de la sangre de los hijos del Santo de Loyola, y todos los ecos el sonido de su voz. El indio... el japonés y el chino se han detenido para oír a estos maravillosos extranjeros; el Ganges los ha visto comunicar a los parias la sabiduría divina; las ruinas de Babilonia les dieron una piedra para reposar su cabeza y pensar un momento, enjugándose la frente, en los días angustiosos. Qué arenas o qué florestas no los vieron? Qué lengua no hablaron? En qué llagas del alma o del cuerpo no pusieron la mano?...

Tales eran, señores, los modelos que se propuso imitar el P. Proaño al emprender la fatigosa tarea de la predicación. El P. Proaño hablaba con esa noble libertad que debe caracterizar al ministro de la Religión; nunca jamás se dejó arrastrar de los respetos humanos en la predicación de la divina palabra. Cuántas veces, señores, no oísteis a este celoso sacerdote, a este ministro del Altísimo desplegar sus labios eloquentes para anunciar al pueblo la doctrina de la vida eterna? Cuántas veces no lo visteis, ocupando una tribuna entre el cielo y la tierra, explicar las sublimes verdades de la religión? Cuántas veces no lo visteis tratar con rara maestría los puntos intrincados de la

teología mística? Cuántas veces, en fin, no os sentisteis conmovidos con la suavidad de sus palabras, con la energía de sus expresiones, con la fuerza de sus raciocinios?

Su voz elocuente resonó en la mayor parte de los púlpitos de esta Capital; resonó no como el estampido del trueno que pasa sin dejar vestigios en pos de sí, sino como la apasible brisa que viene a refrescar dulcemente el encendido rostro del fatigado caminante comunicándole nueva vida, nuevo vigor para que pueda proseguir su camino; me parece que las bóvedas de este santo templo, que tantas veces produjeron los acentos de su voz, se levantan para confirmar lo que acabo de decir; me parece que esas majestuosas columnas se levantan para dar público testimonio de la verdad de mi aserción. Y este púlpito sagrado, desde el que se ha dejado oír la voz de tantos elocuentes oradores, este púlpito que tan indignamente ocupó, ¿no será también un testigo fidedigno de la predicación del P. Proaño? Vosotros espíritus celestiales que continuamente rodeáis ese sagrado tabernáculo, rindiendo adoración y alabanza al Cordero Inmaculado que diariamente viene a recrear nuestras almas, decidnos si alguna vez oísteis de sus labios una sola palabra que no fuese digna del sublime ministerio que ejercía, una sola expresión que desdijese del sagrado carácter sacerdotal; decidnos si se predicaba a sí mismo o a Jesucristo crucificado, si se proponía alcanzar el vano aplauso de los hombres o la gloria de Dios y el bien de sus semejantes? . . .

Y vosotros, Caballeros de la Inmaculada, por quienes tanto se afanaba nuestro ilustre sacerdote, conservad profundamente grabadas en vuestro pecho las importantes lecciones que durante tantos años os dió de todas las virtudes: miradlas como la herencia preciosa que os dejó el más tierno de vuestros amigos, el mejor de vuestros padres; recordad siempre con gratitud que vuestra felicidad fue el objeto constante de sus fatigas y que os consagró sus lágrimas de amor. . . .

Que la más pura esencia del cristianismo sea el despojo voluntario de todos los bienes creados; y que la pobre cuna de Belén haya formado y formará en la serie de los siglos una esclarecida falange de genios de la ciencia, cuya escuela de aprendizaje es el Calvario, es una cosa que brilla en el pensamiento de todos con una evidencia tal, que no necesito demostrarlo. El R. P. Proaño, destinado por el cielo para arrancar los tesoros de la sabiduría del océano de la virginidad evangélica y ensancharlos por medio de la obediencia monástica, debió optar por esta escuela. Hábil filósofo, y, más que todo, hombre eminentemente virtuoso, no se contenta con la adquisición de la sabiduría, sino que idea todos los medios imaginables para precaverse contra los peligros de la falsa sabiduría del mundo. Sí: el P. Proaño debía manifestar con el testimonio de su vida que los claustros son una escuela de ciencia, no sólo porque ellos suministran los elementos de prosperidad intelectual, sino también porque ellos prestan los suficientes para precaver los extravíos del corazón y de la inteligencia en la adquisición de la sabiduría.

¿Cuáles son, señores, los más terribles escollos que pueden hacer naufragar la nave de la ciencia? ¿cuál el luminoso faro destinado a salvarla de tan inminente desgracia? Brevemente resolveremos estas dos importantes cuestiones a la luz de la pobreza evangélica.

La pobreza religiosa, en esencia, consiste en el despojo voluntario de la riqueza y demás bienes materiales por amor a Jesucristo. A juzgar por la teoría de ciertos filósofos economistas de nuestra época, la riqueza es el mejor elemento de libertad humana; y, cuanto más rico es el hombre, de tanta más libertad disfruta. A la vista salta el sofisma de tan singular sistema y la sola exposición de las doctrinas que enseñan la pobreza monástica, basta para desvanecerlo. «La verdadera libertad del alma, dice un ilustre orador, consiste en no tener trabas; y para no tenerlas

no hay más que un secreto: no estar apegado a nada, no estar detenido por nada; y yo afirmo que nadie hay menos libre en la tierra que aquel a quien la pasión ha entregado al servicio del oro, a la esclavitud del dinero.»

El P. Proaño ha abrazado este sistema y, abrazándolo, ha apartado de sí y para siempre la posibilidad de caer en la ominosa esclavitud de la riqueza. El ha jurado al pie de los altares su completa abdicación, trocando la ambición del oro y los placeres que él proporciona por los rigores de la penitencia corporal y la mortificación interior. Y natural era, señores, que ese sabio, que había repetido tantas veces en su vida con el Apóstol, «no conozco más que a Jesucristo, y a este Crucificado», y que había robustecido siempre su espíritu con los sublimes ejemplos de penitencia del gran Patriarca de Loyola, procurara de mil maneras revestir a su sabiduría de ese colorido divino que sólo sabe inspirar la religión del dolor y del sacrificio.

En el elogio de la falsa sabiduría, señores, los títulos de honor, los diplomas de las academias, las medallas y condecoraciones del mundo, son necesaria condición para realzar el colorido del cuadro y dar mérito al héroe que en él figura; en el panegírico de la sabiduría que descende de lo alto, del sabio modesto, puro, lleno de misericordia y buenas obras, esta larga hoja de méritos, esta bulliciosa trompeta de la fama, no suministra un ápice de gloria esencial a la corona de sus triunfos. Genios inmortales de la ciencia ¡cuántos cismas, apostasías y defecciones de la fe habréis evitado! qué de lágrimas, miserias y desastres no habréis economizado a la pobre humanidad, si el eco halagüeño de los honores del siglo no hubiera cautivado tan poderosamente vuestros oídos.

La sólida virtud de nuestro humilde religioso jamás pudo temer ser influenciada por las astucias de ese amigo lisonjero.... Oh excelso poder de la humildad!.... Humilde fuiste, venerable sacerdote! Ah, señores! con qué empeño ocultaba las glorias de su

nombre y escondía en las entrañas de la tierra el brillo de sus honores!

Cuan grande es, señores, la sabiduría realzada por los esplendores de la santa humildad! De ella es de quien ha dicho el Espíritu Santo: «Me esperarán cuando calle y cuando hablare, me mirarán, y cuando me extendiere en el discurso, pondrán las manos a su boca.» En nuestro humilde jesuita se han cumplido a la letra estas palabras de la escritura, puesto que su sabiduría, haciendo eco en nuestra patria, atravesó los mares y llamó vivamente la atención de los más ilustres sabios de Europa.

A su vez el ángel tutelar de la Iglesia Ecuatoriana preside esta ceremonia y, cerniendo ahora sus alas misteriosas sobre ese altar, dice a nombre de nuestro venerable Metropolitano y de sus esclarecidos predecesores: Gloria al insigne religioso, eterna bendición al sabio consultor del Arzobispado! La Academia de la lengua, haciendo justicia a su saber, lo llamó a ocupar un lugar entre sus miembros; fue el consejero de los hombres más ilustres por su ciencia, en la Iglesia, en la magistratura y en el foro.... Sí, toda nuestra patria, bendiciendo el recuerdo de su virtud y talento, se apresura a recoger la hermosa página de su historia para insertarla en el libro de oro de sus héroes.

Señores, harto hemos deleitado nuestro espíritu admirando los prodigios del bello mausoleo que la virtud y la ciencia han erigido a la memoria de aquel, cuya vida forma el elogio más cabal de los institutos monásticos; y a la verdad que muy fecunda se ha manifestado la sabiduría cristiana para suministrarnos la excelsa figura de este sabio y santo religioso. El P. Proaño, señores, desapareció del teatro de este mundo, nos dice nuestra fe; pero esta separación es pasajera; amaba con delirio la verdadera sabiduría y podeis abrigar la íntima esperanza de que su alma voló a unirse para siempre con la Eterna Verdad.

Patria querida, recibe la elocuente lección que, para tu mayor engrandecimiento y prosperidad, quie-

re legarte este insigne apologista de las grandezas del claustro. Nunca el eco de injusta persecución contra la Iglesia arranque de nuestro suelo los institutos religiosos; siempre sea tu mayor anhelo defender, propagar y enaltecer esas sublimes escuelas de la virtud y de la ciencia; y, sobre todo, que tu noble conducta convenga de error a todos aquellos gobiernos mal aconsejados que, contradiciendo las doctrinas del Evangelio, y recusando los abiertos testimonios de la historia, se atreven a decir con los hechos, con la injusta expoliación de los bienes sagrados y civilizadores del clero regular: «Los claustros son centros de ignorancia, genuinas producciones del fanatismo religioso.»

Discurso del Sr. Dr. Julio Tobar Donoso

Congregámonos hoy para conmemorar, en el mes predilecto del R. P. Manuel José Proaño, el primer centenario del nacimiento de tan eminente jesuita, cuyo recuerdo perdura en nuestra alma con espléndida lozanía, como si aun nos deleitase su armoniosa palabra, cual si nos abrasara todavía la hoguera de su espíritu y su apostolado continuase fertilizando moralmente la sociedad ecuatoriana.

En el P. Proaño se realiza a maravilla ese privilegio de los hombres superiores: a despecho de las leyes universales de la muerte, permanecen en la vida, convertidos en luz, en fuerza, en estímulo e ideal de imitación de los que, fatigados y doloridos, vamos en peregrinación hacia el Cielo. Y esa inmortalidad de los hombres de excepción, no es solo figurada y simbólica: se eleva sobre las regiones del recuerdo, entra en las de la mente y de la voluntad, porque continúan obrando, reproduciéndose y vivificándose espiritualmente sin cesar. La grandeza de un personaje mide, en suma, por la duración de su influencia póstuma.

Con haber sido la Compañía de Jesús en nuestra

partria, fecundísima siempre en varones esclarecidos, que han dado gloria a la religión y al país, ora en las letras, ora en la santidad, ora en evangélicos ministerios, quizás ninguno ha adquirido más amplio renombre que el R. P. Proaño.

Ingenio ubérrimo, de sorprendente multiplicidad de fases; corazón ardiente, divinizado por los más augustos ideales; palabra elocuentísima, que presentaba el vino generoso de la Verdad en copa de oro artísticamente cincelada y enjoyada; alma avasalladora, preparada con ricos dones de naturaleza, virtud y gracia para conquistar otras almas y atraerlas con imanes sobrehumanos, el P. Proaño ofrece singular unidad en su existencia, porque en todo fue apóstol.

Prototipo de apóstol: hé aquí el carácter principal con que el sabio sacerdote ha adquirido los lauros de la gloria y vivirá en ella perennemente.

El apostolado es, en efecto, el lazo invisible y áureo que explica, funde y sintetiza en un solo haz luminoso la labor del P. Proaño, genio esencialmente plástico, que derramó el caudal interior en innumerables industrias espirituales y elevadísimos quehaceres de índole intelectual. En otros prohombres católicos, las letras y las artes vienen a ser ramificaciones y desdoblamientos de la personalidad, aspectos aislados de acción. Por contraste, en el jesuita ecuatoriano, todas las obras de su larga vida, son irradiaciones de su genio apostólico, resortes eficaces para la expansión y triunfo de su plan sobrenatural, capítulos de un solo grandioso programa: el reinado de Cristo.

Todo en el benemérito compatriota va y viene del apostolado, fuerza centrípeta que dirige y eslabona sus iniciativas seductoras. Nada hay en su obra que aparezca desquiciado o extraño a ese centro de gravedad moral, engrandecedor de su laboriosa carrera.

Apostolado fecundo, de estupendos caracteres, así en su duración a través de medio siglo, como en sus orientaciones y sublime meta; apostolado, cuyo principio coincide aproximadamente con la magna revolución doctrinal introducida por el *Syllabus* en

nuestra patria; apostolado que asciende al Tabor con la epopeya religiosa de 1873-74; apostolado dúctil que se acomoda, sin transigencia alguna, a los cambios de situación de la República, y se entrega con optimismo derivado de promesas inmortales y con renovado ahinco, a pesar de la ancianidad, a nuevas y nuevas modalidades salvadoras.

Apostolado nunca tímido y apocado, sino esencialmente batallador, siempre victorioso. En su primera juventud, fortalecido por la voz estimuladora de un Héroe, Proaño parte al destierro, a pesar de los gemidos de su madre; y allí adquiere intrepidez en la defensa de la Verdad. Arrojado más tarde, con su Instituto, de una nación hermana, vuelve a la patria, cuando ese mismo Héroe, desde la cumbre de la magistratura, clareada por nobilísimos ideales, inicia la más vasta y gloriosa reforma de que hay memoria en América. Y Proaño aparece entonces como uno de los colaboradores doctrinales del Genio, como uno de los filósofos de su política, para la regeneración cristiana de la sociedad.

Nace así otra faz de su ministerio, esa que podemos denominar sin riesgo de error: *apostolado de la vida cívica nacional*. Proaño es el continuador, el brazo, el verbo artístico del pensamiento filosófico del P. Enrique Terenziani, de ese hombre providencial que transplantó al Ecuador la profunda transformación que en las Ciencias públicas había hecho poco há su sapientísimo maestro, el P. Taparelli.

Mientras Terenziani lucha en la Universidad con los errores modernos y se ocupa en dar forma orgánica, estructura cabal a la escuela católica; mientras en la Congregación de Caballeros de la Inmaculada, el jesuita italiano modela vigorosa legión de hombres cristianos, después de arduo desbrozo de inveterados prejuicios; Proaño, desde su retiro de Riobamba se prepara a sí propio para la más bella apoteosis de de Cristo en nuestra patria: la consagración de ésta al adorable Corazón del Salvador, Rey de las Naciones.

El gran misionero toca el férreo carácter de García Moreno, conquista a los prelados, emprende la

cruzada que ha de disponer al pueblo para esa glorificación del Señor, glorificación con la que el país magnifica su pequeñez y adquiere sagrada primacía respecto de los demás Estados, sumidos en su mayor parte en las cenagosas simas del naturalismo político.

Bien saben García Moreno y el P. Proaño que, como dice el *Código Social de Malinas*, «lo que se llama a menudo el reinado social de Jesucristo no consiste sólo en la inscripción de su Nombre sagrado al frente de la Constitución de un país, o en la colocación de la imagen del Sagrado Corazón en la bandera nacional. Estos actos exteriores, excelentes en sí mismos y deseables, son más bien, hoy día sobre todo, una resultante que una causa, y el mundo no cambiaría el día en que una mano fuerte realizara por su sola autoridad esos grandes actos. . . . El verdadero reinado social de Jesucristo existe cuando su ley santa de justicia y de amor penetra todos los organismos sociales.»

Y porque lo supieron, porque no quisieron que la Consagración fuese acto político de carácter artificioso y de transitorio significado, se afanaron, como necesidad previa, en transformar moralmente al pueblo, con el doble recurso de la educación cristiana y de la efusión de la piedad en todas las clases. García Moreno, enemigo de toda simulación, al rehusar en los primeros días su asentimiento a la felicísima iniciativa del P. Proaño había dicho: «. . . . Será el Ecuador una ofrenda digna del Corazón del Hombre-Dios? Este Corazón es santo, inmaculado. ¿y hemos logrado ya moralizar bastantemente a los pueblos? ¿hemos santificado el hogar doméstico? ¿reina la justicia en el Foro, la paz en las familias, la concordia entre los ciudadanos, el fervor en el templo? El Corazón de Jesús es el trono de la Sabiduría: ¿y el pueblo ecuatoriano acepta todas sus enseñanzas. . . .?»

El gran magistrado permitió que se procediese a la consagración únicamente después que una legión de misioneros recorriera el territorio nacional, predicando nuevo florecimiento del amor y de la moralidad. «Sólo entonces, dijo, podremos presentar con manos

puras al Dios de la pureza un pueblo purificado con la sangre divina. . . .» Esa labor intensa de restauración social hizo de nuestra patria modelo de pueblos en su organización pública y en su infraestructura religiosa. La Consagración no fue, pues, obra de cálculo, recurso político falaz, sino el ápice de lenta y admirable ascensión moral del pueblo ecuatoriano.

No se redujo al período que se cierra en 1875, el apostolado de la vida pública que llevó a cabo tan docta y brillantemente el jesuita quiteño. Muerto García Moreno, el P. Proaño trabaja de manera infatigable, en esa que llamó su *Catacumba*, la Congregación de Caballeros, por la conservación de las conquistas católicas, fortificando al efecto, en la oración y el estudio, el alma de los que, poco después, iniciaron la reacción cívica. La Congregación, joyero de los más excelsos amores del P. Proaño, fragua donde modelaba a su imagen y semejanza otros corazones, viene a ser espléndido foco de luz nacional, academia de ciencia religiosa, la primera tribuna doctrinaria del Ecuador. Allí, se alimenta y derrama a la vez la primaveral exuberancia del amor eucarístico del P. Proaño: allí la sabiduría y la elocuencia brillan de continuo, en fraternal consorcio, para nervio de la fe, estímulo de la acción, enmienda de la vida, sanidad y decoro de las costumbres políticas. Desde allí, el P. Proaño fue el legislador religioso de la patria, el ardiente promotor de toda iniciativa de orden espiritual, el doctor de sus conciudadanos, el fustigador de los extravíos de los católicos, el paladín de la Iglesia y de Cristo.

Para el P. Proaño el libro es la prolongación de la cátedra sagrada. Desde esta nueva palestra, contribuyó también a restaurar el brillo indeficiente de la verdad católica, difundiendo la doctrina del más sabio de los Papas del siglo XIX y manteniendo el espíritu católico de gobernantes y súbditos. Inspirador de los prelados, oráculo suyo, compone maravillosas cartas pastorales que, como aquella sobre el Liberalismo católico, no vacila el episcopado todo en suscribirlas para introducir claridad y orden en las

filas católicas, entre las cuales comienzan a germinar el desconcierto y la desunión.

Nuestra frivolidad ha condenado a injustísimo olvido algunas de las obras del P. Proaño, especialmente ese *Catecismo Filosófico*, donde campean limpia y sana doctrina y esmerada y elegantísima forma, donde la inteligencia se recrea en bella apología de la Civilización hija de la Cruz, y el gusto paladea a menudo regaladísimos primores de estilo. Ese libro es la defensa y el elogio mejores de nuestra política cristiana, que llegó a alturas envidiables, en cuyo vértice resplandecen a una la gloria humana y la luz de lo divino.

Apóstol por la elocuencia y la pluma, el P. Proaño tuvo dotes excepcionales que le inclinaban a la *idolatría de la palabra*; y, sin embargo, nadie la ha combatido y denostado con mayor denuedo en nuestra patria. Sobraban, en efecto, al preclaro académico y humanista esas cualidades que predisponen al literato para solazarse en todos los escarceos de la pluma ya para rendir devoción y pleitohomenaje a *la palabra por la palabra*: imaginación exuberante, frondosidad de sentimiento, dón de la armonía y del número, abundancia de ideas y admirable facilidad para revestirlas con arte peregrino, a fin de que produzcan el apetecido efecto. Mas, su genio filosófico, inundado en las misteriosas claridades del espíritu cristiano, le apartó de ese extravío; y a la palabra desustanciada y convertida en fin de sí misma, a la palabra profanada y prostituida por el olvido de sus leyes fundamentales, opuso la palabra-medio, la palabra-instrumento de la verdad, la palabra santificada y sublimada por la fe. Contra la estética emancipada de Dios, que se concreta en la fórmula: *el arte por el arte*, propugnó el verdadero concepto de la hermosura, que reconoce las relaciones esenciales de las cosas y busca en el esplendor de los contrastes de los órdenes natural y sobrenatural, la idea, el sentimiento y el amor de quien es su Razón y su Meta, el Alfa y la Omega. Así la estética del P. Proaño va a descansar necesariamente en la base inmovible de Cristo, venero

prístino e inagotable de toda poesía, arquetipo sublime de belleza absoluta, y a sacar de ella perfección y fecundidad. Y como la Iglesia es la extensión mística e histórica de Cristo, en ella halla también el insigne académico la fuente de las más sublimes inspiraciones. La palabra, en suma y síntesis magníficas, es para el P. Proaño «lazo y red de amor tendidos para estrechar eternamente a las generaciones por el Espíritu Santo»; y, consiguientemente, el órgano excelso de que debe valerse el apóstol para preparar y robustecer la obra del mismo Espíritu.

Compréndese de este modo cómo la poesía, la música, las letras en general, no constituyeron en manos del ilustre maestro, sino resortes fecundísimos para llevar las almas a Dios, manifestaciones difusivas de su fe, rayos y reclamos del amor en que se abrasaba y en que quería caldear a todos. Y este altísimo fin, en vez de quitar aliento a su estro, fue su acicate. Su musa nada perdió en espontaneidad, en vigor artístico, ni en seductora plasticidad. Sus poesías, latinas y castellanas, en que se advierte deleitoso sabor clásico, son modelos de elegancia y sencillez.

Fue filósofo; y porque lo fue de veras, porque bebió su saber en el manantial claro y profundo que mana de aquel a quien se denominó «esplendor del Verbo Encarnado», de Santo Tomás, pudo escribir en su comentario de la Encíclica *Aeterni Patris*: «Un profesor de veinte años no puede definirnos qué cosa sea filosofía fuera de los horizontes católicos.» Y tenía razón, señores, porque los horizontes católicos, sombrea cárcel para los negadores de la revelación, son los más amplios y esplendorosos, los únicos que descubren la concatenación y unidad de las cosas, que no mutilan al hombre, que no quiebran una de sus alas, la fe, a pretexto de engrandecer la otra. Por eso, también en la Cátedra de filosofía fue apóstol el P. Proaño, apóstol que tomaba esa ciencia como antecedente y pórtico de la fe.

En su clase, llena de justa fama, no se hizo nunca frío y estéril recuento de doctrinas muertas, sino examen y acopio de una doctrina, de una doctrina

profunda y cabal. «En nuestros días, afirmaba, el estudio de la filosofía se reduce en su mayor parte al examen de las aberraciones y delirios humanos, que no a la investigación tranquila de la verdad.» Si en Francia, un gran sabio católico, Esteban Gilson, dice que «... se ha trabajado por eliminar progresivamente la metafísica, cuyos relentes teológicos hacían la atmósfera irrespirable a muchos espíritus cultos. Nada era más fácil que llegar a ello. Bastaba reemplazar la filosofía por la historia de la filosofía, medio seguro, con tal que esta historia se entendiese como una especie de arqueología mental, o como un catálogo de los errores humanos»; si en Francia ha ocurrido tamaño desvío, ¿qué no acontecerá en el Ecuador? Añoremos, señores, y hagamos votos porque vuelvan los tiempos del P. Proaño en que la filosofía, en los planteles oficiales, era ciencia y no catastro y clasificación de los desvaríos de la inteligencia, en que las doctrinas se presentaban vestidas del más elegante ropaje, en que el caudal del saber se enriquecía con el contraste y la prueba mutua de la razón y de la fe.

Apóstol por el magisterio. ¡Qué discípulos los formados por él? En Colombia, lo fueron los Caros y los Cuervos, esos de quienes su mismo educador pudo exclamar un día: «Hijos son y legítimos descendientes de la fe: no menean las plumas de oro sino bajo la inspiración y enseñanza de la verdad.» Y entre nosotros tuvo también legión de brillantes alumnos, corona del maestro y lustre de la patria y de la Iglesia. ¿Para qué nombrarlos, si todos los conocéis?

Cuántos y cuántos otros aspectos del apostolado singularmente glorioso y prolífico del sabio y virtuosísimo P. Proaño podría presentaros, si no temiese fatigar vuestra benevolencia.

Digno es de honra imperecedera aquel egregio conductor y modelo de dos generaciones, que, por doquiera, dejó imborrables huellas de luz. Hombre de Iglesia fue, a la vez, si me permitís la expresión, un estadista, por la admirable penetración de su influencia apostólica en los dominios de la filosofía política nacional. Defensor integérrimo de la Sociedad espiri-

tual, trabajó sin tregua por extender su imperio, con el arma de brillantísima palabra. Amador impetuoso y ferviente de Cristo, no quiso servirle con recursos vulgares: su mente iluminada por los fulgores del Cielo, descubrió nuevos moldes de acción, caminos no soñados, perspectivas y horizontes de sin par grandeza. Su vida está sellada con el signo indeleble del amor, de un amor encendido en las intimidades y confidencias del Corazón de Cristo. Por eso fue grande; por eso será inmortal.

Desaparecerán sus libros; perderáse, tal vez, el gusto por sus escritos, con el cambio de tendencias literarias; morirán los que tuvieron el deleite de paladear su oratoria vibrante y majestuosa en su opulencia; las generaciones que cooperaron un día, en la patria, al triunfo de la *Idolatría de la palabra*, cederán el paso a otras más profundas y severas; y, por lo mismo, los discursos académicos de Proaño, aparecerán tal vez desprovistos de oportunidad e interés permanente. Lo que no morirá nunca es la gloria del Filósofo eximio que concibió la magna idea del primer reconocimiento oficial de la Soberanía de Cristo. Cuanto a Dios atañe, adquiere la marca indefectible de su imperio: la eternidad.

¿Para qué mármoles y bronces, si un nombre está inscrito con perennes caracteres en el corazón del Redentor?

DISCURSO del

Sr. Dr. Remigio Crespo Toral

Mientras haya memoria de los personajes y de las altas realidades humanas en nuestro país, se lo recordará secillamente así: el PADRE PROAÑO, inteligencia y probada austeridad.

Se vinculan a su nombre buena parte de las actividades religiosas y patrióticas de varias generaciones de educadores, literatos, hombres de ciencia y de sanidad moral.

Perteneció a los escogidos, que nacieron desde 1828 a 1835: agrupación selecta, que, en país pequeño y medianamente culto como nuestro Ecuador, quizás no se repita en tan corto período de tiempo: Montalvo, Llona, Juan León Mera, José Modesto Espinosa, Julio Zaldumbide, Borrero Cortázar, Luis Cordero, Antonio Flores Jijón, el Padre Proaño, a los que se pueden añadir otras esclarecidas superioridades.

La Patria posteriormente ha sido talvez menos fecunda en ejemplares de inteligencia y corazón. Adviértese ordinariamente que las celebridades no surgen solitarias, sino a manera de constelación de astros mayores y menores.

El Padre Proaño—al trazar su retrato moral—se destaca como sacerdote, como religioso jesuita: sacerdote de aquellos que hasta el Libro Santo dice que honran las sacras vestiduras. Su virtud, excelente; su acción, múltiple en el campo de la Iglesia, con la pluma en la mano, la elocuencia en los labios, el celo ardiente en las entrañas. Jesuita, fue el mayor de la gran Compañía entre los de nuestra República. Desde la expulsión de aquélla, cuando novicio, poseyó la eminencia—más que del talento—la del carácter. Nervioso, con el cordaje palpitante, su índole iba hacia el ataque contra los adversarios de la causa de Dios, y salsa afuera en disertaciones, discursos, libros, proyectos y propaganda intensa y valerosa, y ello, sin excederse de los límites de la obediencia claustral y las reservas del régimen del Instituto.

En pueblos extranjeros, en Europa y, sobre todo en la docta Bogotá, brilló por el talento y la ilustración, ejerciendo el maestrazgo en discípulos como el Arzobispo Herrera, Primado de Colombia, y en los polígrafos Caro y Cuervo. En el Ecuador, formó él una juventud escogida en letras y acción religiosa y cívica. Porque aquel hijo espiritual de San Ignacio fue también de los más ingenuos patriotas, amante de

la Patria sin otro interés que el de su amor, colaborando desde las gradas del altar con el genio de nuestra política, García Moreno, Jefe del Estado, estadista de cuerpo entero.

Sobresalió en las actividades de predicador, de evangelista, empresario de nobles empresas trascendentes. El Padre Heredia, en un pío y hermoso libro que acaba de publicar sobre motivos de la consagración ecuatoriana al Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, prueba que, en el generoso intento, el Padre Proaño fue inspirador, que lo insinuó al Concilio Provincial, logrando estimular la fe y la caridad de García Moreno.

El celoso Padre dirigió la Sociedad de Caballeros, selecta y predominante, que tanto ha contribuido a mantener la fidelidad católica en la Capital, con extensión a todo el país. Queda el fuego sagrado, que lo mantuvo encendido hasta ayer el Padre Manuel Córdova y que lo atiza actualmente otro abnegado miembro de la Compañía.

Literato, el Padre Proaño lo fue fundamentalmente, mediante el conocimiento consciente de las letras antiguas greco-romanas, formando de esta suerte el armonioso ensamble de la educación católico renacentista que bautizó a Homero y Virgilio, incorporando su arte inmortal a la corriente cristiana, sin menoscabo de ésta ni de la insuperable literatura hebrea. El Padre tuvo puesto merecido en la Academia de la Lengua; y, poeta castizo, en latín principalmente, en el galardón de que era acreedor juntó a la rama de encina el laurel, que tan bien reverdece sobre las ínfulas de la sabiduría.

Maestro y profesor, enseñó las ciencias sagradas, y redujo a volúmenes de nutrida y correctísima prosa castellana la filosofía neo-escolástica, obra la suya de intensa preparación, y aprovechable para dirección de las inteligencias en el tumulto de las escuelas modernas.

El genio, la especialidad del teólogo humanista se habrían acomodado más y mejor a los métodos, aunque no precisos, apropiados de la exigencia con-

temporánea, alejada de la técnica escolástica y de su rigidez, un tanto ingrata a espíritus como el del Padre, desenvueltos en amplitud poética y en dinamismo oratorio.

Amigo y favorecido por el ilustre religioso, consagro a su memoria esta página de ocasión, deplorando no dilatar mi labor en el estudio completo de su personalidad, que infuyó eficazmente en el adelanto nacional, en las letras y en la sana política. Y él puede considerarse en el Ecuador y en América como uno de los principales predecesores de la acción social, refugio de la Iglesia en la calamidad presente, cuando se procura relegar la Religión a la clausura de la vida privada, que es menos que la mitad de la vida.

En la historia eclesiástica ecuatoriana, en la americana también, el eximio precursor e incansable obrero de la causa santa, tiene posición relevante. En Diócesis de Colombia, en Riobamba, en Quito—cooperador y consultor de Prelados—, participó en sus labores, con el mártir Sr. Checa, con el manso Sr. González Calisto, y, sobre todo, con el austero y valeroso Sr. Ordóñez, jefe tanto de la Iglesia como de la alta política de la Patria, según juicio de González Suárez, que fue Secretario del famoso Arzobispo.

Ha de recordarse, además, la afectuosa influencia del Padre en el Presidente Flores Jijón, cuyas intermitencias partidistas fueron explicadas con sabia benevolencia por el Padre, su amigo. En todo caso, su criterio inspirábase en causales y circunstancias observadas a la luz de la más sana intención.

En las Bodas sacerdotales del egregio ecuatoriano, la Patria ofrecióle testimonio de admiración a sus virtudes y talento: tributo merecido por jornada social y de magisterio de un hombre dedicado, en plenitud de actividad, al servicio de los más elevados intereses, y, principalmente, al de trascendencia inmortal, que le cuenta entre las almas selectas, encumbra das hacia el ministerio divino de salvación, fórmula definitiva de progreso.

El Ecuador ha escrito el nombre del Padre Manuel José Proaño, de la Compañía de Jesús, con áureos

caracteres, en página de mármol gratulatorio y en el libro de la historia patria, que registra los positivos valores con que hemos de concurrir al intercambio de la cultura universal.

EVOCACION

A la ínclita y veneranda memoria de mi santo y sabio Maestro, el M. R. P. Manuel José Proaño, de la Compañía de Jesús, en el glorioso Centenario de su Nacimiento

Señor, tu noble imagen, los años no han borrado del pecho agradecido, en que esculpida está; con trazos diamantinos, que el tiempo ha respetado, porque hasta allá no alcanza su espíritu falaz.

Ni cómo ha de intentarlo, si imperio soberano ejerce sobre mi alma, la dulce gratitud: que tu recuerdo evoca, desde el confín lejano, como el de hermosa antorcha de inextinguible luz...

De luz, que aun se expande, por nuevos horizontes, llenándolos de mágico, perenne resplandor; como en brillante día, los valles y los montes, inunda de fulgores, desde el cenit, el sol.

Y acaso no era un astro, tu espíritu omnisciente, y no era tu cerebro la fácula central, de donde se esparcían, en fúlgido torrente, los rayos de la ciencia, con áurea claridad?....

Felices, los que oímos, de tu diestro labio, la clásica enseñanza, que nutre el corazón; la que la mente eleva, la que modela al sabio: abriéndole la senda de un mundo superior!

Invicta tu docencia, tenaz y convincente, en alas de tu verbo, cual impetuoso alud: la cumbre señoreaba, gallarda y elocuente, donde la Ciencia impera, asida de la Cruz.

A esa excelsa altura, las huestes conducías,
de juvenil milicia, que amante del saber
te escuchaba inebriada, cuando en mejores días,
a pestilente cátedra no alzábase Luzbel....

Y aun después, la ruta seguiste iluminando
de las nuevas falanges, librándolas de error;
como el experto nauta la proa va guiando,
en medio de las sirtes, con docta previsión.

Tu Escuela: la del Santo Filósofo de Aquino,
aquella que columbra más clara la verdad:
la del sutil Scoto, de Suárez el divino;
en noble eclecticismo y en profesión genial!

Aquella sabia Escuela, que postra y aniquila
a la caterva ignara, que se alza contra Dios;
y osada, cada día, de nuevo se perfila
con los mismos errores, en falsa evolución!

Tus Letras: las del Siglo que señaló la Historia,
como epopeya de Oro, en el suelo español:
en la frase, Cervantes; Granada, en la oratoria,
y en la alma poesía: Fray Luis o Calderón.

Sacerdote y Maestro; Patriota esclarecido:
insigne prototipo de Ciencia y de Virtud:
tu nombre, que hoy repite tu Pueblo agradecido,
será siempre una enseña de santidad y luz.

Los claustros todavía añoran tu figura,
que es lujo y ornamento de excelsa Religión:
la del invicto Ignacio, que en el cenit fulgura,
de la Iglesia de Cristo, como inextinto Sol....

La Patria, que en su cumbre meció tu noble cuna,
te inscribe en los Anales de Pléyade inmortal;
y al Salmo de la Iglesia, el Himno suyo aduna
para entonar un canto, que no se apagará.

El canto de tu gloria triunfal, inmarcesible,
cual apolínea rama de olímpico laurel;
que se alza hasta la cima del Genio, inaccesible:
para exornar por siempre, su victoriosa sien.

Las pálidas estrofas de mi modesta lira,
aúñense al concierto que suena en tu loor;

la gratitud las dicta, tu nombre las inspira;
las rosas son, Maestro, que brota el corazón....

Las mezcla con los mirtos, que en tu Clásico Día
se ofrendan en el ara de tu orto cenital;
acéptalas afable, que es grata sinfonía,
la que modulan juntos, amor y lealtad!

MIGUEL CORDERO DÁVILA.

DISCURSO

del

Sr. Dr. Lucindo Almelda Valencia

En el rincón más perfumado de nuestra memoria—como que de él nos llegan embalsamadas auras de juventud—vive el recuerdo de nuestro venerado Maestro, el R. P. Manuel José Proaño, como un cuadro en que las artes y las ciencias se hubiesen dado la mano.

Era profesor de filosofía en el Colegio Nacional de San Gabriel cuando, estudiantes nosotros, tuvimos la suerte de convivir siete años con él, como en familia; y creemos que ese trato íntimo nos lo hizo conocer suficientemente, dejando impresas en nuestro espíritu no sólo sus altas enseñanzas, pero también el aprecio de sus raras prendas personales. Porque, si bien es cierto que en él prevalecieron como base y fundamento de su ser las normas de su Instituto, éstas no anulaban, antes abrillantaban unas y moderaban otras de sus tendencias características. Era filósofo, pensador profundo por temperamento; y así, en toda su manera de ver la vida, por fútiles que fuesen los motivos de sus pensamientos, siempre sabía ponerlos arriba, en la altura a que la meditación y el método elevan las cuestiones de todo orden, sabiendo vestir las con lenguaje y expresión tales, que, desapa-

recido lo endeble, quedaba impresa en el ánimo la verdad serena y noble. Era orador; y, si algún reparo pudiera hacerse a su oratoria, sería el de esa sobrea-bundancia de ideas que brotaban, hervían y pugnan-ban, por ser expresadas, a pesar de la riqueza de su léxico y de que estaba muy familiarizado con los se-cretos de la abundosa y grandilocuente lengua nues-tra: Repásense sus escritos y muy raro será el hallar incorrecciones en ellos. Sabía su lengua y, arrebatada-mente, según la urgencia y calor del tema, fluía en larga vena el discurso, como brotan burbujeantes las aguas termales al perenne empuje de las fuerzas plu-tónicas centrífugas. Era poeta, poeta ternísimo, a cuya exquisita sensibilidad llegaban las ráfagas más sutiles de la poesía de la naturaleza espiritual y corpórea, a veces con tal fuerza y tan ahincadamente, que no le quedaban para expresar sus sentires sino lá-grimas, la última y la más elocuente de las expresiones del sentimiento humano. Era músico; porque sus fa-cultades todas armonizaban en él; y el filósofo profun-do, y el poderoso orador sagrado, y el escritor castizo, y el poeta sensibilísimo, no se desdeñaba en compo-ner sencillos cantos místicos y alegres aires patrióti-cos, según las ocasiones. ¡Oh! Y con cuánto entusias-mo nos los enseñaba y cómo gozaba en ellos más, mucho más que en sus admirables discursos o confe-rencias doctísimas: modo humano y frecuente en los grandes hombres de querer con amor de predilección quizás lo que luégo la posteridad revalúa señalándole lugar menos eminente.

Paseinos por alto, ya que otros enantes lo estu-diaron con fuerzas que nos faltan, el admirable capít-ulo de la pasmosa erudición del Padre Proaño. Todos sabemos cómo cultiva la Compañía los talentos de sus juniorez y hasta qué insondables alturas llegan en sus investigaciones aquellos de sus miembros que a alguna ciencia especialmente se dedican—cómo a la hora lo estamos admirando en la patria con orgullo—. Pero todo ulterior intento, toda análisis escrupulosa, toda producción perfecta forzosamente se basa en el estu-dio asídúo y profundo de las humanidades clásicas, en

las que son maestros ya acabados cuando apenas terminan el noviciado. Humanista erudito fué el Padre Proaño, como se deja entender de un joven que, apenas estudiante, enseñaba latín al que luego sería el gran humanista Miguel Antonio Caro. Profundo conocedor de las literaturas clásicas, no menos que de las modernas; no había lección, no había conferencia, no había conversación en que, sin esfuerzo y siempre muy a pelo, no ilustrase el pensamiento propio, muchas veces originalísimo, con el testimonio de los griegos o de los romanos. Prescindamos del teólogo y del predicador: vastas zonas suyas de erudición en las que tanto cúmulo de méritos granjeara y en las que apenas nos es dado admirarle; y, ateniéndonos a su labor de maestro, decimos que de todo cuanto estudiamos, de todo cuanto oímos en la segunda enseñanza, que es la que decide del hombre, menos que las doctrinas filosóficas de los programas, con ser las que han informado nuestras creencias, lo de mayor provecho práctico para la vida han sido esas conversaciones—fuera de la diaria lección científica—en que a menudo se distraía del capítulo filosófico para ilustrarnos en las grandes verdades de orden político, de orden social, de orden científico, de orden literario, de orden patriótico, que fluyen claras, rotundas, precisas y definitivas, con lógica severa y con ilustraciones de histórica confirmación ejemplar. Es decir, la vida; la vida de familia, la vida de la ciudad, la de la patria, en todos sus ápices, ante todos los conflictos que a un alma honrada se ofrecen, para darles la resolución adecuada a la verdad y al bien, en cuya posesión ardía en celo de dejar a sus discípulos, resolviéndoles de antemano las dificultades que habrían de saltarles en el camino. ¡Oh! Esas lecciones no tenían precio. ¿Qué valían ante ellas los sistemas y las lucubraciones filosóficas, hoy dueñas de los espíritus para ser sustituidas mañana por otras nuevas, como todo lo que alienta en este imperio de la moda....?

Claro se está — y lo contrario sería monstruoso — que, como sacerdote católico, católica fuese toda su enseñanza; su espíritu ardoroso e ilustradísimo se re-

belaba contra todo lo que atacaba a su credo científicamente netamente católico; y, por eso, con derecho que a nadie le será dado negar a un hombre, se enardecía contra toda clase de errores y más aún si éstos traían su origen en voluntades depravadas. Y en todo campo les salía al frente, con el valor de la convicción, con la eficacia del talento, con la autoridad de la erudición. Y aquí viene el recordar que, entre los hombres que en aquella época discutían cosas de la política, con ser algunos de ellos personajes de los que hoy carecemos por desgracia, siempre fué tomado en cuenta el sabio jesuita: si por los suyos, para el aplauso agradecido; si por los contrarios, para la réplica enemiga; porque, como gran talento, tuvo enemigos. . . . Y alguno, de los demás marca, en expresión del más conspicuo entre todos los que con él partieran el sol. Este, modelo de insultadores, como lo califica Unamuno—para citar un su parcial—con el desenfado suyo peculiar, no le refutó, sino que por ahí se contentó con llamarle *«Grano de guisante»*, *«Cortadillo eclesiástico»*, añadiendo: *«Para que yo le nombre, el jesuitillo es muy chiquito»*. . . . !

Pues bien, este *grano de guisante*, este *jesuitillo chiquito* penetró en muchos ramos del saber humano y a lo largo de su vida octogenaria, siempre profesó una sola doctrina, enseñó unas mismas verdades, predicó una misma moral, y a esa doctrina y a esas verdades y a esas virtudes, ajustó su vida; de suerte que, quien recorre su obra filosófica, quien atendió sus lecciones en la clase, quien asistió a sus pláticas en el templo no puede menos que admirar esa sorprendente y perenne unidad de doctrina filosófica, moral y social que, en bloque de acero, perdura invariable en toda la obra y en toda la vida de este hombre. ¿Hay alguno de sus contradictores de quien pueda decirse lo propio? ¿Fué el principal de ellos cristiano? A veces sí; a veces no. ¿Fué pagano? Más se inclinó a serlo siempre; porque, con fruición y con esa elocuencia suya propia, se embelesaba en todo lo de la Roma anticristiana, como zahería, cuando venía a cuento y a veces sin venirlo, cuanto de la Roma Cristiana le

ocupaba. Doctrina suya filosófica, cuál? Ideas suyas directrices de su obra, cuáles? Credo suyo inamovible en alguno de los grandes problemas de la vida, cuál? Gran conocedor de la lengua, prosador único, a su manera; corazón anchuroso que ambicionó siempre un más arriba; harpa sonora de poeta que sin proponérselo poetizó a veces inimitablemente, eso sí.

En algo de todo esto debió de haber estado discutiendo el Padre Proaño cuando se le ocurrió el originalísimo tema de LA IDOLATRÍA DE LA PALABRA; tema profunda y elocuentemente desenvuelto en su maravilloso discurso de contestación al de Honorato Vázquez, en la recepción de éste en la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Real Española de la Lengua. Discurso en que no sabe uno qué admirar más: si la originalidad de la concepción, si la profundidad de la confirmación, si la elocuencia de ese epílogo que cierra la obra con broche de oro.

Define la Idolatría de la Palabra como la emancipación de ésta de la Divinidad hasta el punto de haber hecho de ella un ídolo. Ha quedado, dice, la palabra sola, desubstanciada, sin verdad, sin Dios; y así, pobre, es ofrecida a la muchedumbre infinita de espíritus ligeros, sobre todo en los pueblos de escasa fuerza y actividad intelectual. Hablar por hablar, es lo que priva en todo orden de producciones. Este ídolo, añade, tiene sus adoradores, sus sacerdotes, sus pontífices. Sus adoradores, los ignorantes; sus sacerdotes, los semi-sabios; sus pontífices, los sofistas. Todos ellos pelean contra el pensamiento armados sólo de la Gramática, de los vocabularios y de una especiosa jerga en las grandes zonas de la república literaria. Y, como para producir algo sólido se necesitan *atención, abstracción, reflexión y meditación*; decidme, si gustáis ¿cómo ha de fijar la atención un hombre anegado en mares de palabras? ¿Cómo subir a la abstracción y contemplación de lo suprasensible, de lo espiritual, quien busca en la palabra el deleite orgánico solamente? ¿Cómo podrá adentrarse y vivir consigo en la reflexión y en la meditación quien anda derramado y olvidado de sí mismo para vagar a caza del sonido fugaz

como síntesis exclusiva de belleza? Confirma este temor el ver que, a medida que va ganando esta idolatría de la palabra, van perdiendo terreno las ciencias metafísicas y exactas; porque, dados los hombres a esos juegos malabares, no son capaces de arrostrar el estudio profundo de las verdades austeras....

Para esos escritores idólatras de la palabra desubstanciada esto les confiere el título en que fundan una superioridad indisputable sobre hombres y cosas y hasta sobre Dios mismo. A nadie aman, aborrecen a todos, si no es ya a quienes les aplauden y admiran; pero aun este amor no se reduce sino a aceptar con desdeñosa y compasiva condescendencia el humo del incienso que les queman. En su propia estimación y concepto, son más obispos que todos los obispos, más pontífices que todos los Papas, más Augustos que todos los Augustos.... A ellos corresponde, por derecho imprescriptible, gobernar pueblos y naciones, dictar leyes a los hombres y conducir invencibles ejércitos al campo de la gloria. Y ¡ay! de los que no les brindan vasallaje!; porque entonces, hiel destilan sus labios, su tinta es veneno corrosivo; espada de dos filos su lengua; puñal asesino su pluma. No hay virtud que no denigren, ni decoro que respeten, ni dignidad que no ultrajen, ni patria que amen, ni Dios a quien adoren... Pasan su vida en perpetua auto-idolatría, en fruición infinita de sí propios, como aquellos infelices monjes del monte Athos, de quienes habla la Historia de la Iglesia, extáticos en la contemplación del propio vientre.

Pasa en la segunda parte de su magnífica oración a estudiar este afán de la orgullosa ciencia contemporánea, de encontrar la unidad en todo y para todo. El racionalismo la busca para las ciencias abstractas; el materialismo, para las experimentales; la filología, para la palabra humana; el deísmo, para la moral universal, y la falsa política busca en el nihilismo la pavorosa unidad del vacío. Con análoga audacia a la de los hombres que, en la llanura de Senaar, quisieron elevar la torre que tocara al cielo y que acabaron en ese repentino rompimiento de la unidad del lenguaje, cono-

cido en la Historia con el nombre de la confusión de Babel, va caminando este nuevo intento de la hora actual en busca de esta unidad soñada hasta dar con la nueva idolatría, la Idolatría de la Palabra, que ha puesto a la humanidad en una nueva confusión babilónica cuya causa es esta adoración de la palabra sin pensamiento, sin verdad y sin Dios....

Y ahondando en las terribles consecuencias que esta dessubstanciación universal trae aparejada consigo y viendo que ella nace de la idolatría del verbo humano, llega hasta a pensar que quizás fuera mejor que en la república literaria sobreviniese un tremendo castigo, el de quedarnos sin lengua, el de quedarnos mudos, y añade elocuentísimamente: «El silencio sería solemnísimo, es verdad; pero sabéis ¿cuándo bajó el Verbo del Padre para resonar en todos los ámbitos del mundo de modo que le oyese todos los hijos de mujer? Oídselo al Sabio en su coloquio íntimo con Dios: — «Cuando un tranquilo silencio — notadlo bien — ocupaba todas las cosas, y la noche, siguiendo su curso, se hallaba en la mitad de su camino, tu omnipotente palabra, oh Señor, desde el cielo, desde tu alto solio, cual terrible campeón, saltó de repente en medio de la tierra condenada al exterminio; y con una aguda espada que traza tu irresistible decreto, a su llegada derramó por todas partes la muerte; y, estando sobre la tierra, alcanzaba al cielo...» Y comentando el texto, anota y explica que el Verbo Divino que derramó por todas partes la vida, por todas ellas derramó también la muerte; la muerte de todas las idolatrías...

Ni es eso renegar del divino dón de la palabra; puesto que de ella se sirve para condenar tan sólo su idolatría; y termina con este peregrino apóstrofe que no resisto al deseo de transcribirlo íntegro para no desvirtuar un ápice de su belleza:

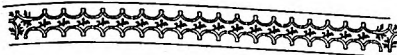
«Palabra humana, yo te amo como dón regalado que me hizo en la creación el Padre que tengo allá en los cielos; como una difusión incomprensible del esplendor de la gloria del Padre, Esplendor engendrado que es Hijo y es también Palabra; yo te amo como lazo y red de amor tendidos para estrechar eternamen-

te a las generaciones por el Espíritu Santo. Palabra humana, yo te respeto y venero como un misterio profundo, impenetrable. Dime: ¿cómo saliste del seno de la Divinidad y, entre resplandores de gloria, te posaste en mi lengua? ¿Cómo encarnas mi pensamiento y llevas con él al pronunciarle mi alma toda a todos los que me oyen, sin que se parta ni divida pensamiento o alma, quedándome yo con alma y pensamiento? ¿Cómo te conviertes de sonido en letras y pasas por la presión del bronce para multiplicar y perpetuar mi pensamiento y llevarme allá a donde no estoy y salvar mi alma en la tierra del olvido y de la muerte? Misterio, misterio. Los misterios son divinos y yo amo, respeto y venero lo divino. Palabra humana! En los labios de la sabiduría, semilla: eres fecunda que enriqueces el entendimiento con sazonados frutos y deleitas castamente el sentido con inflexiones y armonías que no sé cómo hurtaron los hombres a los ángeles. En los labios de la virtud defiendes y guardas la inocencia, corriges el vicio, propagas el bien, extirpas la maldad y viertes bálsamo suavísimo en las hondas heridas del corazón. Palabra humana! Te habló Cristo; te divinizaste en sus labios y así divinizada, pasaste a la boca de su Iglesia para que ella te pronunciara infalible, irreformable en toda la extensión de la tierra y hasta la consumación de los siglos. Está, pues, consagrada y santificada... Adúltero es quien te corrompe, y quien te profana, sacrílego.»

Así pensó, así habló y enseñó éste «*grano de guisante*» que, como el de mostaza del Evangelio, sembrado en el huerto cerrado de la Compañía, se hizo árbol gigante, cargado de los nutritivos frutos del saber y embellecido y alegrado con la armonía de la muchedumbre de aves de las gayas artes que en él anidaron y cantaron mientras pasó por el mundo. ¿Sólo mientras pasó por el mundo? No, Señores: su palabra, sierva fidelísima y efficacísima de su sabiduría, como acabáis de escucharla, ha perpetuado su pensamiento, le ha traído a donde no está, ha salvado su alma en la tierra del olvido y de la muerte; y aquí le tenemos en este recinto en donde le estamos oyendo; aquí está-

él todavía en éste su asilo de la virtud y de la ciencia, en donde las suyas enseñaron a varias generaciones; y, en este día conmemorativo de su nacimiento, empieza apenas el segundo siglo de su existencia; porque su palabra nos le devuelve redivivo, como vivo ha de seguir para todos los que quieran oír las enseñanzas que su sabiduría legó a los siglos pósteros.

Y a nosotros, que fuimos sus discípulos y que hemos vivido de sus altas doctrinas, nos ha cabido la suerte, en esta hora de su recuerdo, el procurar aunque seguramente sin haberlo conseguido, el devolvérsle como vive en nuestra memoria y el hacérsle escuchar, como por un alto parlante escuchamos hoy la voz de los muertos queridos cuando llega a los ansiosos oídos nuestros maravillados.



APENDICE

PASAJES SELECTOS

DE LOS

Escritos del R. P. Manuel José Proaño S. J.

I

Exordio de un discurso (1)

Acaso os parecerá extraño, Amados Oyentes, el que yo, al acercarme con vosotros al humilde lecho de la más tierna y dulce de las madres, me atreva a interrumpir el silencio respetuoso que os impone un justísimo dolor, y a enjugar las fervientes lágrimas que derramáis en torno de Ella, presintiendo su próxima separación de nosotros y la orfandad tristísima en que nos deja.

Extraño es, sin duda, y aun temerario mi intento. Va a dejar la tierra aquella mujer fuerte que, con una generosidad y constancia inaudita, nos hizo hijos de Dios, adoptándonos por hijos suyos en medio de atroces tormentos, al pié de la Cruz ignominiosa; ¿y yo me atreveré a detener el torrente del llanto que arranca a vuestros ojos el profundo dolor causado por su pérdida?... Va a

(1) La Inmaculada Concepción de Ntra. Señora, considerada en su glorioso Tránsito. — Predicado en Guatemala, Agosto de 1856.

ser presa de la muerte aquella que, cual valerosa Judit, quebrantó la cabeza del dragón temido; ¿y yo me atreveré a interrumpir el duelo en el cual debieran únicamente resonar los suspiros del corazón?... Va a eclipsarse la hermosura de aquella pura Ester, cuya angelical belleza hechizó de tal modo al Rey Eterno, que cautivo de su amor, tuvo en nada deponer los rayos de su justa indignación contra nosotros; ¿y yo intentaré disimular, con artificioso y estudiado discurso, la terrible condición de hijos de ira y enemigos de Dios en que nuevamente nos va a constituir la eterna ausencia de nuestra mediadora?...

Vano es, sin duda, y aun temerario mi intento. Vuestro llanto es justísimo y por lo mismo, en tales circunstancias, debía yo pensar tan sólo en mezclar mis lágrimas con las vuestras para ofrecerlas a esta Señora excelsa, como último testimonio de la fidelidad y gratitud que debe un hijo a su dulce madre.

Mas ¿qué he dicho? ¿Puede acaso María ser infeliz presa de la muerte?... No, mil veces no. Acabo de oír, en medio de vuestro silencio, una voz suavísima, y a no dudarlo, fue la del Divino Esposo, que, al són acorde de celestiales instrumentos, la dijo: *«Veni, columba mea... immaculata mea»*: Ven, paloma mía, inmaculada mía. La oyó también María, e inundada de júbilo respondió: *«Laetata sum in his, quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus»*: me regocija en gran manera tan dulce invitación: iré gustosa a la casa del Señor... Por consiguiente, si aquella alma privilegiada va a dejar ese cuerpo purísimo, no creáis que su separación sea un triunfo de la muerte sobre la Madre de Dios; sino más bien consideradla como un apacible transporte del amor, o como la preciosa corona de sus méritos: pues si bien muere María, muere cual paloma inmaculada, obediente a la voz del Divino Esposo que otra vez le convida diciendo: *«Veni, columba mea... immaculata mea»*: ven, paloma mía, inmaculada mía. Hé aquí el pensamiento capaz por sí solo de consolar, reanimar y regocijar nuestro es-

pritu en el dichoso tránsito de nuestra cara Madre: pensamiento que, formulado de un modo más concreto y distinto, entraña la proposición que, para honra de María y provecho nuestro, voy a ofrecer a vuestra consideración si antes me ayudáis a implorar la asistencia del Espíritu Santo por la intercesión de esta misma casta Esposa suya a quien saludamos reverentes: *Ave María*.

II

Ad Sanctum Ignatium

ODE (1)

Quæ lingua musæ, quæ lyra Apollinis
Dignis tuæ nunc laudibus inclytæ
Virtutis, Ignati, per ævum
Egregiam memorare famam

Valebit? O, qua lumine Delius
Circumdat oras, maxime militum,
Quem lege romana carentes
Iam populi experiuntur Indi

Quam sis potens! Nam consilio tuo
Franciscus annem transiit indicum
Gentique Hydaspeæ colenda
Decalogi documenta pandit.

Illustre proles mox facinus tua
Suscepit omnes orbis et angulos
Fidelium electi benigno
Imperio gregis alligavit.

Ejus videndum rebus in arduis
Robur stupendum, quo juga diruit

(1) Guatemala, 3 de Diciembre de 1856.

Veræque libertatis orbi
Restituit decus atque honorem.

Et quale nubes ver placidum fugans
Iam luce pectus lætificat nova,
Sic illa debellans tyrannum
Mox animos hilaravit omnes.

Sic Nilus illum, qui caret imbris
Fœcundat agrum frugibus aureis,
Postquam colono rura culta
Diluvio superavit unda;

Ut barbarorum gentibus inclyta
Viam salutis progenies tua
Detexit omnem et cæcitatem
Aethereo pepulit nitore:

Praebente semper numina prospera
Teque adjuvante subsidio novo:
Namque ex eo, quo vestra bello
Dextra potens glomeravit agmen,

Fortuna risit per tria sæcula
Vultu sereno militibus tuis
Festisque jam lauris eorum
Cæsariem redimivit altam.

Te lata cernit terra Asiatica,
Europa, et oræ te Garamanticæ
Mirantur, o Heros Iberi
Gloria præsidiumque nostrum.



III

AL PADRE MANUEL JOSE PROAÑO, S. J.
EN SUS DIAS

Poesía inédita del eximio literato colombiano MIGUEL A. CARO

Cuando pienso que ausente
vives del patrio suelo, en esta tierra,
que horrores solamente
y peligros encierra,
fatal teatro de luctuosa guerra,

en tristeza profunda
mi ánimo, Padre, queda sumergida;
en lágrimas se inunda
mi faz toda; y despedido
de mi pecho larguísimo gemidol

¿Quién es, dime, el que ordena
que esta ave por extraños campos huya,
de libertad ajena?
¡Ya se le restituya
el dulce encanto de la Patria suya!

Mas si luego mi mente
de la oración en alas se levanta
al supremo, fulgente
alcázar, de su santa
cumbre miro los pueblos a mi planta.

La vanidad advierto
que ciega los humanos corazones,
el grave desconcierto
del hombre en sus acciones
y el furor de sus miserables pasiones.

Infelices todos,
aun el más venturoso en apariencia:
que por diversos modos
a cada cual sentencia
con rigor infalible la conciencia.

El hombre virtuoso,
aunque sufrir parezca suerte dura,
es el solo dichoso:
sí; su conciencia pura
goce inmortal del cielo le asegura!

Goce inmortal del cielo
con pasajera abnegación alcanza,
y aun en el bajo suelo
de interior bienandanza,
le llenan Amor santo y Esperanza.

¿Qué al pecador le valen
mundanales deleites, si un momento
duran; si de ellos salen
hondo remordimiento
y con la muerte perenal tormento...?

Del virtuoso el Cielo
es la única Patria, y la desea
con incesante anhelo:
nada le lisonjea
que por la gloria del Señor no sea.

En balde la riqueza
por reducirle, ante sus ojos brilla;
orgullo de nobleza
humana no amancilla
su pecho, ni ambición de excelsa silla.

Felice tú, por tanto !
Por Patria el Cielo, la Virtud por guía
tienes: vano el quebranto
fue del ánimo mío...
¡ Conviértase en dulcísima alegría...!

Bogotá, Abril 18 de 1861.

IV

SUPLICA A LA SMA. VIRGEN
POR LA IGLESIA MEJICANA (1)

¡ Oh tierna Madre cuya hermosa frente
de estrellas coronada reverbera;
a quien *Reina* venera
la tierra, el firmamento, el mar profundo,
y en cuya mano brilla
el cetro de oro, que gobierna el mundo !

Tú del Eterno señalada un día
Árbitra de naciones y de reyes,
de quien las justas leyes
como fueron, serán puros destellos:
de Motezuma al pueblo
vuelve, vuelve por fin tus ojos bellos.

Lo ves ? De Marte en humo denso envuelto
el carro tala sus floridas vegas,
y las pasiones ciegas
le agitan con furor: en él su fuerte
halló la tiranía,
y la justicia y la piedad su muerte.

¿ En dónde, en dónde sepultada yace
del opulente Méjico la gloria... ?
¡ Ay, cómo la memoria
del pasado pregona en voces claras
que tan sólo es felice,
oh Madre, el pueblo que piadosa amparas !

(1) Guatemala, 28 de Noviembre de 1862.

Faltóle tu favor, y densas sombras
a la fe de sus hijos sucedieron;
y el yugo sacudieron
de paz, y amor y libertad gloriosa
que triunfadora impone
de Cristo al hombre la fecunda Esposa.

Y la impiedad, en su lugar, lanzando
un grito horrible, de venganza llena,
a la Iglesia condena
a dura esclavitud, y a sus Pastores
a proscripción injusta,
y sus templos del saco a los furores.

Le viste tú, Pastor esclarecido,
fuerte en la lucha, en la aflicción constante;
tu pecho de diamante
no pudo detener ese torrente
de asoladores males
que hoy triste lloras de tu grey ausente.

Mas nó; no eterna la aflicción del justo
será: que su oración en raudo vuelo
penetra el alto cielo;
la Emperatriz del mundo el sacro manto
sobre su pueblo tiende
y en breve enjugará su acervo llanto.

Sí, dulce Madre, escucha las plegarias
de la virtud; y el lúgubre gemido
del pecho dolorido
convierte ya en cantos de victoria,
y el punzador abrojo
en verde lauro de naciente gloria.

EL TRIUNFO DE LA DIVINA GRACIA

EN LA

CONVERSION DE LA MUJER SAMARITANA (1)

Ojalá pudiera yo manifestaros a la larga las riquezas de la liberalidad del Señor y los tesoros inagotables de su infinita paciencia. Pero ya que esto fatigaría vuestra atención, contemplad un momento el combate de la gracia con esta mujer escogida (la Samaritana) y haced aplicaciones provechosas a vosotros mismos. Desde luego, nada os parecerá tan natural como el que dicha mujer, movida de la pacífica y sencilla petición de Cristo, acudiese prontamente a satisfacer la necesidad que le había expuesto; sin embargo, ved el primer desvío de esta obstinada pecadora. Lejos de ofrecer al peregrino un poco de agua, reconvíénale y se resiste a complacerle, y le da en rostro con el poco miramiento de Cristo en pedir agua a una samaritana, lo cual era a sus ojos tanto más reprehensible cuanto suponía cierto descuido de los deberes religiosos: *«Quomodo tu Judaeus cum sis, bibere a me possis, quae sum mulier samaritana non enim contuntur Judaei samaritanis;»* ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí que soy samaritana? Pues los judíos no comunican con los habitantes de Samaria. — Desvío ciertamente cruel y descortés: pues además de la implícita negativa, añade una como acusación de desprecio de los usos religiosos. ¿Y cuántos de los que me escuchan no verán en la conducta de esta mujer una exacta imagen de la suya? ¿Cuántos de los que me escuchan no han rechazado la divina gracia con igual crueldad y descortés?

(1) Sermón sobre la necesidad de corresponder a la divina gracia — Quito, Febrero de 1866.

tesía? Y si bien no podemos oponer a Jesucristo la diversidad de culto y de religión como la samaritana, siendo así que abrazamos su fe; sin embargo, cuántas mujeres profanas, cuántos jóvenes disolutos, cuántos ancianos viciosos no se arman de las perversas máximas del mundo corrompido para resistir a Dios y decirle a su modo: «*Quomodo tu Judaeus cum sis, bibere a me poscis, quae sum mulier samaritana?*» Señor, le dice la mujer profana, ¿cómo exigir de mí más modestia en mis adornos, más pudor en mis conversaciones, más recogimiento en mi vida, cuando yo por mi condición social, por la franqueza de mi carácter, por los compromisos sagrados que he contraído, soy samaritana, esto es, pertenezco al gran mundo con el cual no hablan ni la modestia, ni el pudor ni el recogimiento? Señor, le dice el joven disoluto, ¿cómo exigir de mí que no allegue a mis labios la copa de Babilonia, que no corone mis sienes de rosas, que no pasee por los amenos prados del deleite, cuando la flor de mis años, los risueños horizontes que a mis ojos se despliegan, ofrecen a mi corazón encantadoras ilusiones? Señor, le dice el anciano, ¿cómo exigir de mí que rompa las doradas cadenas que me oprimen, que enjague el sudor de los que guardan y aumentan mis tesoros y las lágrimas del huérfano y la viuda, cuando yo, cabeza de numerosa descendencia, soy, en los designios de vuestra misma sabiduría, responsable del porvenir de las criaturas que me habéis confiado? Tales son, Dios mío, los discursos de la malicia humana que delante de Vos desata su lengua unas veces con Faraón, diciendo: «*Quis est Dominus, ut audiam vocem ejus?*» ¿quién es el Señor para escuchar su voz?, *Nescio Dominum, et Israel non dimittam*: no le conozco ni dejaré libre a Israel» (1); otras veces se le dice con la Esposa de los Cantares, desdiciendo las invitaciones del Señor, con menos inurbanidad, pero con mayor hipocresía: «*Expoliavit me tunica mea,*

(1) Exod. V, 2.

quomodo induar illa? Lavi pedes meos, quomodo intimabo illos?: ya me he desnudado para entregarme al sueño, ¿cómo he de volver a tomar las vestiduras? Me he lavado los pies, ¿cómo los he de manchar con el polvo por abriros la puerta?» (1)

Pero ¡oh Jesús! a pesar de nuestra ingratitud no nos abandonáis un punto y nos sufrís con una paciencia digna de vuestro poder y eternidad. Ved, en efecto, como Jesucristo dirige los tiros de la divina gracia para rendir a la Samaritana. Desoye élla la petición, y Jesús lejos de volverle las espaldas como lo merecía, insiste nuevamente y dícele: «*Si scires donum Dei, et quis est qui dicit tibi: da mihi bibere, tu forsitan petiisses ab eo et dedisset tibi aquam vivam*». ¡Oh mujer, si conocieses el dón de Dios, si supieses quién es el que te pide de beber, acaso tú le habrías a él pedido, y él te hubiera dado una agua viva. Que es como si le dijera: «disculpo tu desvío, porque no me conoces: si supieses quién soy, te persuadieras de que no te he pedido agua como menesteroso, y de que al pedirte una cosa tan fácil, más bien te he ofrecido mi gracia y mi amor antes que exponerte mi flaqueza. Si supieses quién soy, me habrías acaso pedido agua viva, y yo ciertamente no te la hubiera negado, como tú lo has hecho con la de ésta fuente; habrías al punto experimentado mi humanidad y condescendencia». Considerad, Oyentes míos, la ulterior ilustración de la gracia preveniente: en estas palabras ya hace Cristo entrever a la pecadora profundos misterios y, al mismo tiempo, excita su natural curiosidad, afecto que, bien dirigido, especialmente en las mujeres, suele ser magnífico resorte para llevarlas a Dios. Con estas palabras ya le da alguna noticia de la adorable Encarnación del Verbo Eterno; se llama a sí mismo, aunque en tercera persona, el Dón de Dios concedido al hombre para la justificación y eterna salud del mundo; le da a entender el fin de su misión; y

(1) Cant. V, 3.

de todo esto infiere dos consecuencias sumamente consoladoras. La primera, que si ella conociese a Cristo, acaso le pidiera agua viva, es decir, la salvación de su alma. La segunda, que si se la pidiera, al momento sería su petición atendida y bien despachada. Consecuencias, repito, tanto más consoladoras cuanto más ciertas e infalibles: pues en cuanto a la primera, de tal modo amó Dios al mundo que no dudó enviarle su Hijo Unigénito a fin de que (1) todos los que en El creyesen no perecieran, sino obtuvieran la salud eterna: y en cuanto a la segunda, tan exclusivo es el objeto de la misericordia de Jesucristo, que las mismas Divinas Escrituras no pueden señalarle otro; y así nos aseguran que no envió el Eterno Padre su Hijo al mundo para juzgarle, sino para salvarle. (2) ¡Oh si yo penetrase en la inteligencia de estas profundas verdades! ¡Cuán otro sería del que soy y cuán dichoso! Entonces, al plácido fulgor de la divina luz, conocería que cuando me llamas, tú eres quien graciosa y misericordiosamente me llama; conocería quién es el llamado, es decir, una criatura menesterosa y ciega que ignora el estado en que se encuentra, la miseria que la agobia, y aun más el modo de librarse de ella; conocería a qué soy llamado, esto es, a la participación del agua viva, símbolo del Espíritu Santo y de la vida eterna; conocería, en fin, cuán fácil, segura y suavemente podría conseguir. Fácilmente, pues me bastaría pedirse-lo al Señor; seguramente, pues, si se lo pidiera, el Señor me lo otorgara; suavemente, pues sin ninguna violencia extraña, por libre determinación de mi voluntad, por un impulso soberano de amor y gratitud me abrazaría con aquel único bien, capaz de satisfacer los deseos de este pobre corazón tan inconstante y débil cuando se fija en las criaturas; tan poderoso y leal, cuando descansa en su centro, en Dios... Sí, Oyentes míos, todo esto conociera, y con tan altas noticias obstruyera a mis pasiones el

(1) Joan. III, 16.

(2) Joan. III, 17.

primer efugio, que consiste en *desatender la voz de la gracia actual que siempre nos previene*.

Mas volvamos a nuestra Samaritana, y para persuadirnos más de la energía de la gracia, consideremos su segundo desvío o fuga artificiosa, contenida en estas palabras del Evangelio: «*Dicit ei mulier: Domine, neque in quo haurias habes, et puteus altus est: unde ergo habes aquam vivam?*»: dícele la mujer: Señor, no tienes con qué sacar agua, y el pozo es profundo: ¿cómo, pues, o de dónde tienes esa agua viva de que me hablas?» (1) Por una parte, la infeliz pecadora se ve notada de descortés por haber negado el agua a Cristo, quien, sin duda, habría sido más generoso con ella si se la hubiera a El pedido; por otra parte, no entiende todavía en qué sentido le habla el peregrino, ni qué aguas vivas sean aquellas que le prometía: mas esa misma ignorancia excita su curiosidad y le hace sospechar algún misterio. Pues, ¿qué hace en tales circunstancias? Muéstrase más humana; trata a Cristo con mayor miramiento llamándole «*Señor*», y no «*Judío*» como antes; le expone con alguna confianza y mucha curiosidad su duda... «*No tienes con qué sacar agua y el pozo es profundo, cómo, pues, o de dónde tienes agua viva?*» Ved ahí una aproximación a Dios: no desprecia la voz de Cristo y pregunta para saber. Sin embargo, como aun la oprimen las cadenas de la culpa y la luz de la gracia aun no ilustra de lleno su entendimiento, obscurecido especialmente por el desorden de una vida sensual, de tal modo se acerca a Dios, que parece, bajo otro aspecto, que pretende escapársele; pues aunque no niega ella explícitamente las palabras de Cristo, pero las objeta y exagera la dificultad hasta el imposible... «*No tienes con qué sacar el agua y el pozo es profundo, ¿cómo puedes tenerla?*» Y pasa más allá: le había hablado Cristo de una agua viva, naturalmente mejor que la del pozo de Jacob; y ella no se desentiende de una

(1) Joan IV, XI.

palabra que, en su concepto, robustecía más su instancia, *¿Eres, acaso, le añade, mayor que nuestro común padre Jacob para tener en esta árida región agua más excelente? El nos dejó esta fuente; de ella bebió él, y sus hijos, y sus ganados...* Así, Oyentes míos, así, a palmos disputamos a Dios la tierra estéril de nuestros corazones. ¡Cuántos de los pecadores que me oyen no se escudan con su ignorancia y corrupción para oponer a Dios sofismas, por medio de los cuales pretenden ponerse a cubierto de las más sagradas obligaciones! ¡Cuántos no se han abierto a aquellos algibes rotos de que nos habla Jeremías (1), que no pueden contener aguas salutíferas; algibes de maldición que si bien los embriagan, mas nunca pueden apagar su sed: y a pesar de eso si Dios por sus ministros les ofrece aguas más puras, a fin de que abandonen esas emponzoñadas fuentes, ellos, sin entender la palabra divina, niegan temerariamente aun la posibilidad de sus promesas, prefiriendo creer a sus mezquinas pasiones que nunca pueden concebir, en el servicio del Señor, consuelo alguno. ¡Oh Dios mío!, si hay en mi auditorio alguien tan obstinado, tened, os lo suplico, con toda la efusión de mi alma, tened con él la misma paciencia que tuvisteis con la pecadora de Samaria; pues él se digna oír mis palabras que son vuestras, ilustrad en esta misma tarde, ilustrad su entendimiento con una luz más viva; tened compasión de su ignorancia y reveladle los misterios de vuestro tierno amor! Y tú, quien quiera que seas, escucha con redoblada atención las palabras del Señor.

Responde Jesús a la Samaritana: *«Todo el que bebiere del agua de este pozo será nuevamente acosado de la sed: mas el que bebiere del agua que yo le ofrezco, quedará satisfecho por toda la eternidad; pues ella convertirase en una perenne fuente que saltará hasta la vida eterna»*. Dos cosas parece que negaba la mujer: que Cristo tuviese agua, siendo así que no tenía vaso para tomarla de un

(1) Jer. II, 13.

pozo tan profundo, y que dicha agua fuese mejor que la del pozo de Jacob. Pues bien, a esto opone Cristo dos afirmaciones: a saber, que tenía agua y que era mejor que la del pozo: de donde, como veis, era muy fácil a la Samaritana inferir la excelencia de Cristo sobre Jacob. Estos son los pasos de la gracia en la conquista del pecador: así desde el feliz instante en que una alma, aunque sea delincuente, se resuelve a oír con alguna atención y curiosidad la voz de Dios, se va insensiblemente disponiendo a recibir mayores ilustraciones, y el Señor, satisfecho de tan corta correspondencia, no la abandona, sino que dirige y maneja la gracia hasta revelarle sus más ocultos misterios. Esto advierto en la conducta de Jesucristo, pues ciertamente, es ya mucho declararla que el peregrino fatigado de sed era mayor que el patriarca Jacob. Y porque esta ilustración era absolutamente precisa, para persuadírsela se detiene en ella Jesús y le inculca por medio de un paralelo entre el agua que le promete y la del pozo de Jacob. Esta agua, le dice, es de tal naturaleza que si bien satisface, no puede sin embargo excusarnos la molestia de ocurrir por ella cuantas veces la sed nos aflija: no así la que os prometo, pues su virtud es tanta que quien de ella bebiere no volverá a experimentar sed en toda la eternidad. En las cuales palabras admirad el artificio de la divina gracia, la cual, al mismo tiempo que habla del Espíritu Santo — que eso y no otra cosa significa el agua de Cristo — manifiesta la excelencia de ésta sobre la de Jacob, acomodándose a la condición de la misma mujer para excitar más y más su curiosidad y prometiéndole una agua que seguramente le excusará la molestia de venir todos los días a la fuente de Jacob. Además, añade Jesucristo: el agua que yo prometo se convertirá, en quienes la reciban, en una perenne fuente: las cuales palabras al mismo tiempo que confirman lo que había dicho antes, es decir, que ella extinguía para siempre la sed, manifiestan otra prerrogativa sobre el agua ordinaria de Jacob, la cual era imposible que se convirtiese también en una eterna fuente. En fin, la úl-

tima excelencia del agua de Cristo sobre la de Jacob es que convertida en fuente, salta hasta la vida eterna y eleva el alma con el ímpetu de sus aguas hasta Dios: los cuales efectos pueden todos aplicarse al Espíritu Divino; porque él es la verdadera fuente de la gracia santificante, de la caridad o demás dones que nos endiosan y hacen dignos de la bienaventuranza en virtud del principio a que nos unen, que no es sino la misma adorable Trinidad.

Tan nueva luz debía ya rendir completamente a la Samaritana: sin embargo, su artificiosa malicia aun le sugiere otro recurso para salir de la estrechez en que se encuentra: dando a entender que ya cree en Cristo, pretende tomarle, por decirlo así, en su propia palabra, y le responde: «*Domine, da mihi hanc aquam*»; Señor, dame esa agua de que hablas. Si élla es tan excelente y no se compra sino con una petición, *da mihi hanc aquam*, dámela que ya os la pido. Petición, Oyentes míos, muy imperfecta, como sugerida por la mera curiosidad y por un vil interés: pues aunque Cristo había elevado su entendimiento a la consideración de una agua misteriosa que nada podía tener de común con la ordinaria, ella no lo entiende todavía, y el único fin que se propone es el de excusar el trabajo y molestia de ocurrir cada día por agua al pozo de Jacob: «*Domine, da mihi hanc aquam, ut non sitiam, neque veniam huc haurire*; dadme de vuestra agua para no sentir más sed en adelante ni verme en la necesidad de venir a esta fuente». ¡Pobre mujer!, diré mejor: ¡dichosa y mil veces dichosa! ¿Pretendes poner a prueba la fidelidad de Cristo? Pues bien: cumplirá Cristo sus promesas; pero antes ve, llama a tu esposo y ven acá... Pero, mujer, ¿por qué se han turbado tus ojos, qué significa esa palidez del semblante? Es que la pecadora no tiene marido, y sin embargo no le falta un hombre. Jesucristo lo sabe muy bien: y sabe más: que esa vida criminal era el mayor impedimento de la Samaritana para entender sus divinas palabras y el verdadero sentido de sus promesas; pues, repito con S. Pa-

blo: (1) «*El hombre animal no puede percibir las cosas que son del espíritu de Dios: Animalis homo non percipit quae sunt spiritus Dei*». Por eso, cual piadoso y diestro médico, remueve la causa de todo el mal llamando la atención de la mujer a su tristísimo estado, para que así se confunda, se humille y se arrepienta. ¡Tan cierto es que el sobrenatural conocimiento de nuestras miserias es una de las más próximas disposiciones de nuestra justificación!

Mas, oh malicia en recursos fecundísima! Viéndose la Samaritana casi sorprendida, no quiere aún soltar la presa, si así me es lícito decirlo, y disimulando mal su interior turbación responde a Cristo en tres palabras: «*Non habeo virum: no tengo marido*». Confesión imperfectísima, como veis; pues tomando la parte negativa, omite astutamente la positiva que la hacía culpable. Pero Jesucristo ha resuelto combatirla en sus últimos atrincheramientos; y así le sale al encuentro con su gracia victoriosa; y cuando la Samaritana pretende pasar prontamente a otra cosa, Jesucristo se detiene en explicar esa respuesta y en recomendar su exactitud por medio de la relación de la vida y costumbres de la misma pecadora: «*Bene dixisti, quia non habeo virum: bien has respondido que no tienes marido...*; e inmediatamente pasa a suplir lo que faltaba a esa confesión, y a revelar el exacto conocimiento que tenía de lo que la mujer trataba neciamente de ocultarle... Bien has respondido que no tienes marido; «*quinque enim viros habuisti, et nunc quem habes, non est tuis vir: hoc vere dixisti: durante tu vida has tenido cinco esposos: todos ellos fallecieron y el que ahora tienes no es tu esposo: con verdad, pues, has dicho que no tienes marido*». Al llegar a este punto, os confieso, Oyentes míos, que no sé cuál de los dos deba llamar con preferencia mi atención: si el asombro y confusión de la mujer, o el tino y suavidad de la gracia de Jesucristo:

(1) 1 Cor. II. 14.

pues en cuanto a la pecadora, dejo a vosotros considerar cuál sería su admiración y sorpresa al verse descubierta por un peregrino, y éste Judío con quien, por consiguiente, no podía haber comunicado antes ninguno de sus compatriotas; cuál sería su vergüenza e interior agitación al ver tan puntualmente reveladas esas grandes miserias, cuya publicación es capaz de sacar los colores al rostro a la procacidad misma; ¡qué golpe de luz habrá iluminado su entendimiento para concebir una alta idea de Cristo y conocer el funesto estado de su propia conciencia...! Efectivamente, este fue el tiro más acertado de la gracia: porque, como veréis, desde este instante la pecadora, profundamente herida, no pudo menos de reconocer en Cristo por lo menos un gran Profeta. Mas esto mismo recomienda sobre modo la eficacia y suavidad de la gracia divina en la conducta de Jesús. Porque, decidme: ¿cómo ha adelantado tanto el peregrino? Con la mayor cordura y mansedumbre: no la ha herido, no la ha reprendido, no la ha dado en rostro con su incontinencia; únicamente le ha puesto delante la exacta noticia de su vida, y esto no por humillarla sino por manifestarle quién es el que la habla, y así reducirla más fácilmente a su santa fe. «*Quinque viros habuisti et nunc quem habes non est tuis vir*: has respondido bien; pues durante tu vida has tenido cinco maridos, y el que ahora tienes no es tu esposo». Conducta que eficazmente reprende el celo indiscreto de aquellos ministros del Santuario, que nunca piensan sostener mejor los derechos de Dios que cuando se escandalizan de las miserias de los penitentes. Jamás abogaré por la debilidad y criminal condescendencia; pero tampoco estaré por la exageración e intolerancia que lejos de cautivar los corazones, los intimidan y ahuyentan de las fuentes de misericordia y salvación.

Pero, volviendo a nuestro propósito, ¿quién de vosotros, a pesar de la estrechez en que se encuentra la Samaritana, no quisiera trocar su propia suerte con la suya? ¿quién de vosotros no ha dicho en su interior, oh dichosa mujer que, predestinada en el consejo eterno, mereció le

hablara el mismo Salvador y le estrechara con su gracia hasta rendirla? ¡Oh si a mí me cupiera igual ventura, con cuánta presteza me apartaría de las sendas del pecado para correr en pos de Cristo por la estrecha vía que me trazan sus divinos mandamientos? ¡Ingratitud monstruosa! ¿Qué decís, pecadores? Con que ¿no os llama el Señor, no os convida, no os ruega, no os acosa? ¿No trae escritos en sus palmas los nombres de cada uno de vosotros para no perderos de vista y preparar en vuestro favor mil y mil emboscadas en el laberinto por donde andáis perdidos? ¿Qué decís, pecadores? Conque quien ha derramado su sangre por todos ¿se olvidará de alguno? Quien ha hecho de la tierra su eterna mansión encerrándose en ese humilde tabernáculo y probando así que verdaderamente sus delicias son morar y conversar con los hijos de los hombres ¿desmentirá sus infalibles promesas sólo por justificar las quejas de vuestra negligencia y contumacia? ¿Qué decís, pecadores? Es verdad que Cristo no os habla sensiblemente; pero os hablan sus ministros, con misión autorizada, con ilustraciones superiores, con celo inspirado, el cual, según la expresión de la Escritura, les corroe las entrañas y deshace su corazón en amarguísimas lágrimas que a solas vierten, diciendo al Señor: (1) «*Quis credidit auditui nostro: et brachium Domini, cui revelatum est?*», quién da crédito a nuestras palabras, o a quién se ha revelado el poder de vuestro brazo? — Es verdad que el sacerdote no tiene en el tribunal de la penitencia la gracia de poner delante de vuestros ojos todo el desorden de una vida culpable para excusaros la vergüenza de confesarle; pero cuántas veces el Espíritu Santo mueve los labios del predicador para heriros en lo vivo, y luego una ilustración o impulso interior establece en vuestras conciencias un coloquio muy semejante al de Cristo con la Samaritana? — Es verdad, en fin, que a veces el Señor, en medio de vues-

(1) Isai. LIII, 1.

tras fluctuaciones y borrascas, parece que duerme y cansado de vuestra infidelidad guarda silencio; pero ¿qué significan esos crueles remordimientos que os rasgan el pecho aun en medio de vuestras profanidades e insensatas alegrías? ¿qué significa ese temor que os sobrecoge cuando, huyendo de la luz y buscando las tinieblas, os encontráis con un ojo perspicaz y vigilante que, en medio de las sombras de avanzada noche, cuenta los más imperceptibles pliegues de vuestro corazón? ¿De dónde proviene, pues, que, a pesar de tantos esfuerzos de la gracia, permanecéis siempre los mismos, es decir, tan ciegos y tan vendidos a vuestras pasiones como antes? Proviene, Oyentes míos, de que sabéis imitar muy bien a la Samaritana en sus desvíos; proviene de que, cuando la gracia inicia en vosotros el bien, os desentendéis de sus reclamos, sofocáis los remordimientos de una conciencia rea, os tomáis plazos indefinidos con Dios, y lo que es mucho peor, haciendo mérito de lo que por ningún título es vuestro, es decir, de los primeros impulsos de la gracia preveniente, os tenéis por muy buenos cristianos y pensáis satisfacer al Señor con una simple aprobación y con el mezquino obsequio de una fe puramente especulativa, y por el mismo caso, muerta. (1) «*Domine, ut video, quia propheta es tu*»: Señor, conozco y confieso que sois un gran profeta. — Hé aquí todo el fruto que sacáis de las divinas ilustraciones; hé aquí el gran triunfo que corona el trabajo de los predicadores evangélicos. Y si no, decidme: ¿qué haréis esta misma tarde al salir de este templo? ¿Os volveréis al Señor y os despediréis diciéndole: «*Domine, ut video, quia propheta es tu*: Señor, conozco y confieso que sois un gran profeta...», e inmediatamente, cediendo al respeto humano, acallando los clamores y embargando los suspiros de una santa compunción, os pondréis a aventurar vuestros bien o mal fundados juicios sobre el mérito o demérito del pre-

(1) Joan. IV, 19.

dicador...? Oyentes míos: no es tan corta nuestra suerte ni vendemos a tan bajo precio la divina palabra. Si os revelamos los misterios de Dios, si os anunciamos la verdad, ella reprende vuestra conducta y os llama al orden para que secundéis los impulsos de la gracia, para que os apartéis de las juntas de los pecadores obstinados y para que, en el secreto de vuestros corazones, digáis muchas veces al Señor: « Confieso y reconozco que sois más que profeta, pues sois mi Salvador. » Pero decidido de modo que esa confesión os estimule a pedirle nuevas ilustraciones y nuevas fuerzas para apartaros de las torcidas sendas del error y corrupción. Entonces, únicamente entonces, nos daremos por satisfechos, y Dios llevará adelante la empresa de vuestra sincera conversión, como lo hizo con la Samaritana, ostentando nuevamente en su fuga la suavidad y energía de su divina gracia.

Y ¿qué? (me diréis) ¿tan difícil es la reducción de un pecador...? ¿No se ha rendido la Samaritana...? No, Oyentes míos; no se rinde; aun le quedan dos quites o fugas. El primero es el que ya he indicado. Viendo esta mujer descubiertas sus miserias, y no pudiendo ya disimular su confusión, responde al peregrino: « *Domine, video quia propheta es tu*: veo, Señor, que sois profeta. » Estas palabras dan homenaje a la verdad; dan algún testimonio de Cristo y envuelven una humilde aunque indispensable confesión de sus culpas, que la disponen a una mayor ilustración. Pero ved el artificio con que pretende aún hurtar el cuerpo en tan estrecho lance. Temiendo que Cristo se detenga en una relación más minuciosa de sus miserias, con aquella luz profética que ya en Él reconoce; previendo el mal rato y hocorno que pasará al ver patentes a los ojos de un peregrino los más ocultos pensamientos; llama inmediatamente la atención de Cristo hácia otra cosa, proponiéndole una gravísima duda en materia de Religión, la cual, en su concepto, debía cortar completamente el discurso comenzado. « Señor, le dice, nuestros padres adoraron a Dios aquí en

este monte Garizim; ¿cómo decís vosotros que se le debe adorar en Jerusalén?» Aquí, Oyentes míos, aunque pecadora, ya se las da de instruída y nada menos que en cuestiones de altísima Teología. Tal era, en efecto, la interminable disputa que trafa divididos entre sí a los Judíos y Samaritanos. Juzgaban éstos que, adorando a Dios en el mismo monte donde lo habían hecho sus mayores, guardaban mejor que los Judíos las paternas tradiciones. Oponían los hijos de Judá que Salomón, su Rey, había levantado al Dios verdadero un templo en Jerusalén; que tenía sacerdocio y que ellos eran el pueblo escogido al cual se había hecho la promesa del Mesías. La duda era, pues, muy digna de empeñar al Maestro de la verdad en su resolución: y aunque no se le encubre a Jesucristo el designio de la Samaritana en proponérsela, sin embargo, disimula prudentísima y caritativamente ese conocimiento, y no tiene a mengua condescender hasta cierto punto con la flaqueza humana y ponerse a instruirla muy despacio sobre la materia, derramando a torrentes la luz de esa mente divina, en la cual se encierran los tesoros de la Ciencia y Sabiduría del Señor en beneficio de los que humildemente le consultan. *«Mujer, le dice, créteme a mí. Se aproxima la hora en que todos adoraréis al Padre; mas no en Jerusalén ni en este monte. Vosotros rendís culto a un Dios desconocido; nosotros conocemos a quien adoramos: pues la salud del mundo vendrá de la Judea. Mas llega ya la hora, y es esta en que nos hallamos, cuando los fieles adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque a estos tales busca el mismo Padre para que le adoren. Dios es Espíritu, y por lo mismo, aquellos que le adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad...»* (1) ¡Qué respuesta tan luminosa, cuán profundas noticias encierra! Bienaventurado el hombre a quien la verdad enseña por sí misma, no por figuras y voces que se pierden al soplo de los

(1) Joan. IV, per tot.

vientos! De buena gana explicaría yo para vuestra instrucción todas estas palabras de Cristo; pero como mi objeto principal, en esta tarde, es más bien seguir a la gracia en sus diversos pasos, llamo vuestra atención sobre la flexibilidad en virtud de la cual Dios, para triunfar de nosotros, se acomoda a nuestro carácter e inclinaciones naturales, en cuanto es compatible — entendido bien — en cuanto es compatible con nuestros verdaderos intereses. Reflexión que, a la vez, reprende nuestra terquedad y recomienda del modo más elocuente la fecundidad y energía de la gracia en las diversas formas de que se reviste. Y ciertamente, con cuán distintas fases se ha presentado la gracia a la Samaritana! ¡Cómo ha obstruído todas sus salidas! ¡con qué suavidad y tino! Y fijándonos en la última respuesta de Jesucristo, ved cómo se da por satisfecho con la confesión de la pecadora, y sin insistir más en una materia vergonzosa, pasa a iluminarla y perfeccionarla por el flanco que ella misma le presenta. ¿Es naturalmente curiosa?—Jesucristo satisface esa curiosidad. ¿Se muestra instruída en materia de Religión?—Jesucristo la instruye más. ¿Se muestra capaz de entender la resolución de sus dudas?—Jesucristo llena esa capacidad disipando sus tinieblas. De este modo, Oyentes míos, ordinariamente hablando, la gracia de Dios no hace más que adelantar lo que hay en nosotros capaz de perfección. Saulo ¿es fogoso y naturalmente activo y emprendedor?—Pues en manos de Dios no será un anacoreta, será un Pablo, Apóstol de las Gentes. Magdalena ¿es naturalmente afectuosa y en extremo tierna?—Pues Jesús le entregará todo su corazón y le franqueará sus pies divinos para que se los lave con lágrimas de casto amor y los enjague con su cabellera. ¿Es Agustín amante de la sabiduría y por eso discípulo de los que aprisionaron la verdad en la injusticia?—Pues aguardad que se convierta, y será en la diestra del Señor una antorcha luminosa que difundirá sus rayos hasta el fin de los tiempos. En una palabra, decidme, pecadores, ¿cómo queréis convertirlos, cómo queréis san-

tificaros? y yo os contestaré que el Señor, exceptuando el pecado, hará en todo y por todo vuestra voluntad. Pero, me replicaréis: «Y si nos exige algún sacrificio?» —No hay cuidado: no os lo exigirá sino cuando su gracia os haya robustecido de tal modo, que os sea a par de muerte omitir el mismo sacrificio. «*Gustate et videte, quam suavis est Dominus*» (1): gustad y veréis cuán suave es el Señor; gustad y veréis cuán injustas son las acusaciones que hace el mundo a la virtud; gustad y veréis cuán vanos y pueriles son vuestros temores.

Entre tanto, veámos el desenlace del coloquio de Cristo con la Samaritana. Iluminada la pecadora con la última réplica del peregrino; ardiendo ya en deseos de hallar al Mesías, e ignorando quién fuese el que tenía delante de sí, le da por fin una respuesta tan poco satisfactoria, que dirigida a cualquier otro que no fuese el Mesías, bastara para apurar su paciencia y su constancia, y dejar (si me permitís la expresión) el juego en tablas. «*Scio*, le dice, *quia Messias venit, qui dicitur Christus. Cum ergo venerit ille nobis annuntiavit omnia*»: Sé que ya viene el Mesías que se llama Cristo. Pues cuando él llegue, nos declarará todo lo que hay sobre el particular. (2) Que es como si le dijera; aunque no puedo rebatir ninguna de vuestras razones, sin embargo, no me llenan, ni disipan completamente mis dudas. Esperemos, pues, al Mesías, y entonces veremos quién tenía razón. Ved qué contumacia la de esta mujer; ved qué salida: justamente dije que esta respuesta habría apurado la paciencia de cualquiera otro que no fuese el Mesías. Pero como habla precisamente a Cristo, ha llegado para Cristo el momento decisivo... Se le descubre clara, sencillamente, sin rodeos «*Ego sum, qui loquor tecum*»: yo que hablo contigo, soy el Mesías que esperas.»

Triunfó Jesucristo, Oyentes míos: esa misma palabra: «*Ego sum*, yo soy» que, en breve, postrará a la

(1) Ps. XXXIII, 9.

(2) Joan. IV, per tot.

pérfida Sinagoga, cuando le busque para sacrificarle, levanta a la gentilidad rindiendo a una Samaritana. ¡Oh profundos misterios de la gracia vencedora! Y ¡cómo dilatáis mi seno a la esperanza de ver vuestros milagros renovados en estos pobres pecadores! ¡Oh dichosa y mil veces dichosa pecadora! Ya contemplo tu mente iluminada con una luz tan viva que, en su presencia, el mundo todo se te ha convertido en tinieblas; ya contemplo tu corazón ardiendo en llamas de nuevos amores, mientras una fuente de apacibles aguas que saltan hasta la vida eterna, refrigera tu sed y presenta a tus ojos el mundo como un mar de hiel... Vedla, también vosotros, Cristianos. ¿No observáis una súbita y misteriosa mutación? Vedla! la mirada incierta, el rostro encendido, el pecho levantado. Está ya poseída del mismo Dios: fuera de sí, deja al Mesías su cántaro, y torna a los suyos agitada de encontrados afectos: de profunda admiración, de tierna gratitud, de santa compunción, de celestial contento... Llega a la ciudad, y con una voz casi ahogada en sus mismos sollozos, dice a todos los que encuentra: « *Venid todos conmigo y veréis un hombre que me ha revelado todos mis secretos y misterios: El, El es nuestro Cristo.* »

Triunfó, Oyentes míos, el peregrino! ¡Oh dichosa y mil veces dichosa pecadora! »

VI

EXORDIO DEL
PANEGIRICO DE S. IGNACIO DE LOYOLA (1)

*Ecce ego et pueri mei, quos dedit mihi
Dominus in signum et in portentum Israel.*

*He aquí que yo y los hijos que me ha da-
do el Señor, somos el signo de contradic-
ción y el portento en el pueblo de Israel.*

ISAI. VIII, 18.

Si la gloria de los discípulos de la Cruz tuviese algo de común con el esplendor que ilustra el nombre de los héroes del mundo, ni yo me atreviera en este día a desatar mi lengua para engrandecer la memoria de mi Padre, ni mi Padre aceptara complacido los obsequios que, interpretando vuestra religiosidad y nuestro amor filial, intento tributarle. Ignacio es discípulo de la Cruz; yo, el último de sus hijos, también profeso serlo. Lejos, pues, de mí el incienso de la vanidad. Ignacio es discípulo de la Cruz, y su diadema es la corona de la virtud. Y ¿cuál es, señores, la suerte de esta peregrina sobre la tierra? Un día apareció en el mundo, y el tirano del siglo creyendo neciamente que venía a disputarle los laureles de sus mentidas glorias, conspiró con todas las pasiones humanas en su ruina, juróle guerra a muerte, y reservando para sí las insignias de honor y de victoria, ofreció a su frente espinas por corona, y a su diestra frágil caña por cetro. Desde entonces acá los hijos de las tinieblas doblan, es verdad, la rodilla en su presencia; mas luego hieren alevosamente su modesto rostro y

(1) Predicado en el templo de la Compañía de Quito, el 31 de Julio de 1866.

entre risas descompuestas la saludan con escarnio como a Reina; desde entonces en los frutos de bendición que su prodigiosa fecundidad ha dado a luz, ellos no reconocen sino otros tantos objetos de execración y de horror, otras tantas víctimas de proscripción y exterminio. Desde entonces, sentada en el Gólgota al pie de un infame patíbulo, levanta sus ojos al cielo, y en medio de la grito y sarcasmos con que el mundo la insulta, nos hace oír estas magníficas palabras que mucho tiempo antes el profeta Isaías, presagiando la suerte del apostolado de Jesucristo, dirigió a Dios en su nombre: *Ecce ego et pueri mei, quos dedit mihi Dominus in signum et in portentum Israel*: he aquí que yo y los hijos que me ha dado el Señor somos el signo de contradicción y el portento en el pueblo de Israel. Y ¿no es este, el acento universal que desde el fondo de la tribulación y del dolor han enviado al mundo todos los atletas del cristianismo? Sí: la Iglesia en sus primeros días perseguida por Decio y Valeriano repitió llorosa esa palabra: la oyó Pablo, y reconociéndose hijo suyo, se apartó en la flor de sus años a las soledades de la Tebaida, donde en medio de innumerables discípulos, pudo decir al Señor: « he aquí que yo y mis hijos somos el signo de contradicción y el portento en el pueblo de Israel. » La Iglesia en su adolescencia, violentamente combatida por el error, la ignorancia y corrupción, fijó sus ojos en los suyos, y dijo también suspirando esa palabra: la oyó Domingo de Guzmán, y alzando en medio de sus heroicos alumnos su frente iluminada por los rayos de claridad sempiterna, la repitió a su vez: « he aquí que yo y los hijos que me ha dado el Señor, somos el signo de contradicción y el portento en el pueblo de Israel »: la oyó también Francisco de Asís y presentando al mundo en medio de sus humildes pero gloriosos hijos, las huellas de la pasión sangrienta del divino Salvador, maravillosamente impresas en sus pies y en sus manos, clamó una y otra vez: « he aquí que yo y los hijos que me ha dado el Señor, somos el signo de contradicción y el portento en el pueblo de Israel »: la

oyó Pedro Nolasco y, rompiendo las cadenas de los que gemían en triste cautiverio, la repitió a su vez. Y la oyó, señores, más tarde Ignacio de Loyola, y siguiendo los ilustres ejemplos de los Patriarcas que le habían precedido, se abrazó generosamente con la Cruz de Jesucristo y, a nombre suyo y de su mínima Compañía, se ofreció una vez para siempre en perpetuo holocausto a la gloria del Señor, diciéndole: *Ecce ego et pueri mei, quos dedit mihi Dominus, in signum et in portentum Israel*: he aquí que yo y los hijos que me habéis dado, somos el signo de contradicción y el portento en el pueblo de Israel.

Esta es Señores, la única gloria que se reservó Ignacio para sí y para sus hijos: esta es la única gloria que hoy celebraré en mi Padre y en mis hermanos. Mas para fijar vuestra atención en el objeto de mi elogio, explico mi pensamiento asegurando que la señal más inequívoca de la divina misión de Ignacio y de los suyos es haberse presentado al mundo como un signo de contradicción: es decir, que Ignacio siempre perseguido y su Compañía siempre combatida por el mundo, prueban de un modo irrefragable la legitimidad de su misión y la divinidad de su apostolado.

Espíritu divino, vos que os complacéis en los homenajes que la religiosidad de un pueblo fiel tributa a los milagros de vuestra gracia, iluminad mi entendimiento e inflamad mi corazón en estos solemnes instantes en que trato de renovar la gloriosa memoria de mi Padre, considerando su santidad precisamente bajo el punto de vista por el cual más se aproxima a su verdadero ejemplar y modelo, Jesucristo. Oid mi súplica por la intercesión de vuestra casta Esposa a quien saludamos con el Angel. — *Ave María*.

VII

LA PROTESTA DE GARCIA MORENO
CONTRA LA USURPACION
DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS

« Mi Padre ¡ ay ! en prisiones...
¡ en silencio la tierra..!
Prusiano belicoso, dame, dame
de tu estéril venganza el rayo fiero;
préstame tus legiones...
Arde en mi pecho fuego santo... ¡ Guerra
declaro al mundo infame;
en lid gloriosa sucumbir yo quiero ! »

¿ Quién eres, quién te inspira
ese sublime acento ?
¿ Quién en tus dedos trémulos la pluma
agita, en medio de ese acerbo llanto.. ?
¡ Oh Genio, tu santa ira
respete el mundo, y a tu voz atento
el peso que le abrumba
sacuda, y alce al Ecuador un canto !

Patria, la Fe su gloria
siempre hallará en mirarte,
como el náufrago mira en lontananza,
combatido del mar, propicia estrella;
y tu eterna memoria
llevará de la Cruz el estandarte
adonde el sol avanza
y a do la luna su fulgor destella.

Del Gólgota en la cumbre
el Dios de amor un día
oyó insultar la Cruz al duro hebreo,
al bárbaro, al romano. Retiraba

el sol la pura lumbre,
y el postrer rayo halló sólo a María,
que, en funeral arreo,
el vil madero en lágrimas bañaba.

Tal hoy, en tu Calvario,
Padre de los creyentes,
rugidos mil escuchas por doquiera
de orgulloso poder, de bando impío,
de arrojo temerario ;
y las lenguas vibrando maldicientes,
levantan altanera
la frente y gritan : « ¡ Caiga, muera Pfo ! »

Mas a tus pies rendida
la Hija del Sol, su escudo
de Fe y Justicia generosa embraza ;
ciñe a sus sienes fúlgida corona
a su valor debida ;
desprecia a la impiedad ; vuelve sañudo
el rostro y amenaza...
A su acento *Babel* se desmorona !

Patria, yergue la frente !
¡ Grande serás ! que grande
es de un pueblo católico el destino.
Desprecia noble la infernal sonrisa
de la maldita gente,
cuyo furor la espada en vano blande
contra el Poder divino
que alza al humilde, y al soberbio pisa

PIO IX
A LA REPUBLICA DEL ECUADOR

Fiel Hija del Pichincha,
do el sol más puro brilla,
desde mi excelsa silla
mi bendición te doy.
Fiel Hija del Pichincha,
do plácido reposa
mi perseguida Esposa,
Yo el Padre tuyo soy.

Fiel Hija del Pichincha,
que humilde mi pie besas,
mi espíritu embelesas
calmando mi dolor.
Fiel Hija del Pichincha,
no temas la venganza
de Dios; que a tí no alcanza
el rayo destructor.

No temas; que el averno
te dejará tranquila,
porque eres la pupila
del ojo del Señor.
Yo vi la faz divina,
y vi en su lumbre pura
tu imagen, tu hermosura,
¡ católico Ecuador !

Pequeño es, dije, en medio
de la maldita tierra;
mas ¡ ah ! su seno encierra
fuentes de vida y luz.
Si Odio y Error su enseña
aquí ciegos tremolan,
Amor y Fe enarbolan
allá mi regia Cruz.

¡ Europa desgraciada !
Europa— ¡ dura suerte ! —
¿ cómo te das la muerte
alzando otro pendón . . ?
Hija del sol dichosa,
al centro de Fe unida,
¡ cómo te das la vida
salvando tu alto don !

Conserva lo que tienes,
conserva tu corona :
que así Dios galardona
tu fe y amor filial.
Alza la frente ufana,
ajena a la perfidia :
tu gloria con envidia
verá el genio del mal.

Y pues ansiosa buscas,
al centro de Fe unida,
la verdadera vida,
salvando tu alto don ;
fiel Hija del Pichincha,
do el sol más puro brilla,
desde mi excelsa silla
te doy mi bendición.

Junio 8 de 1871.



VIII

EJEMPLO NOTABLE DE NARRACION ILUSTRADA (1)

Refiere Xifilino de Domiciano Emperador que, deseando hacer alguna cosa digna de memoria, aparejó una cena fúnebre a la cual invitó a todos los senadores romanos : preparó al efecto su magnífico palacio vistiéndole de luto : bóvedas, paredes, pavimento .. todo negro. Extendióse en la sala del banquete una larga mesa desnuda y en su torno negros asientos ordenadamente dispuestos. Creeríase que aquella era la mansión pavorosa de la muerte. Hecho esto, mandó llamar a los convidados en avanzada noche, e introducirlos en profundo silencio a la sala dispuesta. Coloca junto a cada uno de los senadores una pirámide sepulcral, en cuya lápida se leía escrito el nombre de cada uno a la opaca luz de una lámpara pendiente de la misma columna; luego déjanse ver muchos sirvientes como otros tantos espectros que, girando inquietos al rededor de los aturridos convidados, les presentan en negra vajilla cráneos, huesos, cenizas de los muertos. El miedo anuda la garganta de los circunstantes ; déjase oír apenas el aliento entrecortado de los medrosos senadores. Solo Domiciano interrumpe con su voz solemnísima ese silencio, y comienza a hablar sobre la muerte y las matanzas de los hombres.

¿Qué decís, pecadores? ¿Qué os parece, gentes débiles y tímidas, de este convite extraño? ¿Qué fuera de vosotros, si en una cena semejante, ocupaseis un asiento entre los convidados? ¡Ah! Como si lo presenciase: vería vuestros semblantes pálidos, oiría el crujir de dientes, sentiría el temblar de las rodillas, y vería más: a mu-

(1) Sermón sobre la muerte.—Predicado en Riobamba, Febrero de 1871.

chos de vosotros en brazos de la muerte, a impulsos de gran miedo; que tales son los pecadores: mientras más delincuentes, más cobardes. Y sin embargo, asistís, cristianos, ahora mismo a un banquete parecido. La Iglesia nos reúne en este templo desnudo, vestida de negro, y con faz severa toma del altar una urna; llama a cada uno de sus hijos; pone ceniza en la frente, diciéndoles: « *Acuérdale que eres polvo y en polvo te convertirás: Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* » Y ¿cómo no os veo sobrecojidos de temor? ¿Cómo hombres irreflexivos, en la más grave de nuestras ceremonias, se ríen los unos de los otros? Os confieso, cristianos, que no me sé explicar esta insensibilidad temeraria, si no convenís conmigo en que no habéis entendido lo que os ha dicho la Iglesia.

IX

DISCURSO DE APERTURA DEL AÑO ESCOLAR DE 1874 - 1875 (1)

Permitidme, Señores, que antes de ocupar vuestra atención con el objeto principal que aquí nos congrega, interprete los genuinos sentimientos de mis superiores y de mis hermanos, y diga en alta voz y con toda la ternura de mi corazón: « *Mucho, mucho debe nuestra mínima Compañía de Jesús al Ecuador católico!* » Débele este suntuoso templo, que si bien le alzaron con diestra ungi-da nuestros padres, nos le arrebataron sin embargo las violentas manos de Aranda y de Pombal. Débele este imponente santuario de la virtud y asilo de las ciencias, cuyos muros, aunque amasados con el sudor de nuestros

(1) Este discurso se publicó en *El Nacional* de Quito, número 375.

mayores, fueron sin embargo muy pronto salpicados con las lágrimas que al despedirse vertieron los proscritos, víctimas, como siempre, de esa filosofía loca, enemiga de Dios. Débele un pueblo cariñoso y dócil cuyas clases todas, sin distinción de edad o sexo, consuelan al apóstol, estimulan al misionero, entusiasman al orador, complacen al maestro. Si pues la gratitud es natural y muy religiosa correspondencia al beneficio recibido; si entre todas las virtudes sociales de nuestro Santo Fundador fue ella uno de los más preciosos legados que hizo a sus hijos: creedme, Señores, que los alumnos de Ignacio de Loyola, y muy especialmente los que formamos la Misión Ecuatoriana, no revolvemos con más complacencia en nuestros corazones otro pensamiento que este: « *Mucho, mucho debe nuestra mínima Compañía de Jesús al Ecuador católico.* » Y esta idea, o mejor dicho, este sentimiento que enardece nuestro celo religioso, y nos aguija en el desempeño de nuestros ministerios, recobra hoy mayor fuerza y energía al contemplar al digno Jefe de la nación que, rodeado de una brillante corona de padres de familia, viene a nuestro templo para confiarnos nuevamente el depósito más sagrado y el porvenir más lisonjero de la Religión y de la Patria en esta buena parte de la naciente generación ecuatoriana! Sí: en presencia de tan tierno espectáculo laten nuestros corazones a impulso de una gratitud profunda, y tan profunda, que arranca a nuestros labios la confesión pública y solemne de que no podemos corresponder a la República del Ecuador, si dentro de nuestra esfera religiosa no nos sacrificamos generosamente por sus más vitales intereses. Y como el más vital de los intereses de un pueblo es preparar su futura prosperidad y engrandecimiento por medio de la recta educación de la juventud; nosotros nos creemos en la obligación indispensable de consagrar a este objeto todo el contingente de nuestras fuerzas físicas, intelectuales, morales y religiosas a fin de ver levantarse, en no muy remota época, el renuevo preciosísimo de la generación venturosa que, en los días más aciagos de

la Iglesia, supo conservarse fiel a Dios, y buscar en El la estrella propicia de su salvación.

Mas nunca obtendremos tan glorioso resultado, si no tomamos por base de todo nuestro movimiento en la educación e instrucción que debemos dar a nuestros alumnos esta verdad: que hoy en día la juventud ecuatoriana necesita una dirección que, puesta a la altura de las exigencias actuales, sea eminentemente *práctica*, ya respecto de las materias mismas de enseñanza, ya respecto del modo de enseñarlas. La razón. Señores, es evidente: si se estudia con alguna atención el carácter especial de nuestro siglo, observaremos que, en medio de los muchos y muy graves males que lamentan unos, y de los grandes y positivos bienes que justamente recomiendan otros, hay una tendencia general en todos los pueblos y en todos los individuos a desenvolver las ideas y los pensamientos en la región de los hechos. En nuestra época todo es movimiento y vida: los hombres ya no se contentan con simples especulaciones, quisieran ver como encarnadas sus ideas en todo cuanto les rodea; el filósofo, el diplomático, el naturalista quisieran respectivamente gobernar por medio de la aplicación inmediata de sus teorías al mundo de la realidad en artes, política, moral y religión. Las mismas revoluciones y trastornos que tan seriamente comprometen a las veces la existencia de las sociedades humanas, parece que no estiman los hombres sino como ensayos más o menos atrevidos de una idea, de un pensamiento dominante. Tan cierto es esto, que el progreso de un pueblo no se valúa ya sino por los efectos reales de su actividad. Es, pues, innegable que si el Ecuador ha de vivir la vida de su siglo y ha de recorrer la senda del bien entendido progreso, dentro siempre de la órbita de la fe sus hijos, es decir, nuestros alumnos deben prepararse a llenar la misión que les espera en el porvenir, por medio de una dirección, como he dicho, eminentemente *práctica*. Este

carácter práctico de la educación e instrucción de nuestra juventud debe extenderse igualmente a las *materias mismas* de enseñanza y al *modo* de enseñarlas: ved aquí el cómo y en qué sentido.

I

Respecto de las materias, éstas en general se reducen a cuatro: Religión, Ciencias y Letras, Artes, trato de gentes. Comenzando por la Religión (y hablo de la católica, porque ella sola es la verdadera y la única concebible), todos sabemos que ella abraza *dogmas* que ilustran y elevan el entendimiento humano, y deberes que purifican y santifican el corazón, los primeros que forman la parte especulativa de la Religión, los segundos la parte práctica: los primeros están combatidos por muchos errores; los segundos atropellados por muchos y grandes vicios. Ahora bien: ¿cuándo la enseñanza de la Religión entre nosotros será verdaderamente práctica? Cuando así respecto de los errores que la combaten, como respecto de las verdades que la apoyan, insistamos especialmente sobre aquello que, en nuestros días, tiene mayor aplicación. Siempre la razón humana, inquieta y orgullosa, ha puesto pleito a Dios acerca de los dogmas revelados; de modo que pudiera decirse que la historia de la Iglesia católica, columna y firmamento de verdad, es precisamente la historia de esos eternos combates que ha sostenido esa razón contra la fe. ¡Qué de errores, qué de herejías no han pululado por todas partes en el espacio de diez y nueve siglos! Ofúscase el entendimiento y contrístase el corazón del teólogo y del apologista, cuando se ponen a contemplar desde las alturas de la fe el intrincado laberinto en que vaga incierta la razón abandonada a sí misma: y si hoy para sostener los dogmas religiosos debiésemos batallar con cada uno de los delirios y quimeras de mucho más de mil siglos que nos han precedido, arostraríamos una empresa poco menos que imposible, y tal vez inútil, puesto que por más que en

nuestros días se hacinen y aglomeren los desvaríos de los hombres contra Dios y su Cristo, lo cierto es que muchos errores han caducado, porque sólo la verdad es eterna y no envejece. Hoy, por ejemplo, nadie disputa acaloradamente sobre la procesión de las divinas personas en el misterio augusto de la Trinidad; que los racionalistas niegan todo el misterio sin meterse en otras honduras: nadie disputa sobre el modo de unión hipostática o personal del Verbo Divino con la naturaleza humana: que los deístas niegan absolutamente la Divinidad de Jesucristo y el misterio de la Encarnación: nadie habla hoy de esas ruidosas controversias de tomistas y molinistas acerca de la gracia divina; que los esclavos de la carne niegan simplemente la elevación del hombre a un estado sobrenatural, y sustituyen en su lugar el naturalismo puro. En una palabra: recorred ese gloriosísimo documento de Verdad, el Syllabus, que su Oráculo Infalible, en medio de sus enemigos y a pesar de las cadenas que le oprimen, acaba de presentar al mundo, y delante del cual la mentira y el error huyen despavoridos a refugiarse en los reales de la fuerza bruta para retardar algún tanto el momento de su definitiva derrota; y en él, en el Syllabus, hallaréis divinamente trazada la senda que, en materias religiosas, debe hoy recorrer la razón sumisa a la fe, para declinar el error y entrar en posesión de la Verdad. Por consiguiente, nosotros, para dar a la enseñanza religiosa un carácter práctico, aun respecto de la parte de suyo especulativa, juzgamos necesario seguir como norma inflexible ese elenco de errores y verdades, que aunque hoy luchan tenaces, mañana darán paz al mundo, retirándose los primeros a las cavernas de donde vinieron, y alzándose gloriosa sobre nuestros horizontes la verdad en triunfo.

¿Cuándo la enseñanza de la Religión, entre nosotros, será verdaderamente práctica? Cuando respecto de los deberes que ella impone procuremos habituar a nuestros alumnos a su fiel observancia, siguiendo el muy consolador movimiento católico del mundo, que hoy al

través de tantas dificultades, está asegurando el triunfo decisivo de la Iglesia. No faltan muchos hombres melancólicos que al contemplar el estado actual de las sociedades humanas, al ver las agitaciones y revueltas de una política hostil al catolicismo, al presenciar algunas insignificantes ventajas del mal sobre el bien; creen que ya está todo perdido, que la Iglesia sucumbirá sin remedio, y que ya es imposible una reacción favorable. Sin embargo: nada es más inexacto o infundado que estos juicios. Así como en los primeros tiempos de la Iglesia la sangre de los mártires era simiente de nuevos cristianos; no de otro modo hoy los ataques a la misma Iglesia son para sus fieles hijos fecundísima fuente de incalculables bienes: y si prescindimos de las perturbaciones políticas de que al presente Europa es teatro, fácilmente podríamos demostrar que el movimiento religioso en nuestro siglo es muy más consolador e imponente que en los anteriores. Recorred la crónica contemporánea, y veréis con cuánta mayor razón podemos decir hoy de la Iglesia lo que de Roma pagana dijo el Poeta:

*Duris ut ilex tonsa bipennibus
Nigrae feraci frondis in Algido,
Per damna, per cades, ab ipso
Ducit opes animumque ferro.*

*Merges profundo, pulchrior evenit:
Luctere, multa proruet integrum
Cum laude victorem, gevelque
Praelia conjugibus loquenda.*

Sí: herido está el árbol santo de la Cruz por segur enemiga; pero de cada uno de sus golpes recibe nuevo vigor y vida que dilatando más y más el pomposo ramaje, ofrece su apacible sombra a todos los moradores de la tierra. Sumida está la Iglesia en el mar grande de sus tribulaciones; pero aguardad un instante, y saldrá del profundo aún más gloriosa que antes. Y dejando a un

lado las metáforas; ¿a quién no consuela el movimiento religioso de Alemania representado en la heroica resistencia que hace el episcopado y pueblo católico al imperio de la fuerza? ¿A quién no consuela el movimiento religioso de Inglaterra representado en las diarias y pacíficas conquistas del catolicismo en las más altas clases sociales? ¿A quién no consuela el movimiento religioso de Francia, Italia, Austria, Alemania, Bélgica, España, Estados Unidos representado en ese espíritu de asociación que, llamando de todas partes a los jóvenes, a los nobles, a los sabios, a las matronas, a las vírgenes, y estrechándolos en los lazos de una misma fe, de una misma esperanza y de una misma caridad común, los lleva al Vaticano y atropellando a los usurpadores de Roma, los pone a los pies del Vicario de Jesucristo y les arranca esas solemnes protestas de amor filial que alientan los corazones de más de doscientos millones de católicos? Y qué diré de la difusión del catolicismo? En el Asia y Oceanía, el misionero nos presenta 9'536.000: en el África desierta, 4'071.000. Y ¿qué significan delante de la marcha majestuosa del catolicismo esos parciales asaltos de la política y diplomacia del siglo? Presto, muy presto se destrozarán entre sí los poderosos de la tierra, y la Iglesia victoriosa levantará su solio sobre una multitud de tronos caídos y de cetros hechos pedazos. El triunfo de la fe está ya asegurado, y la acción del catolicismo nunca fue, cual hoy, tan eficaz y enérgica: bajo su influjo se depuran las costumbres, el culto adquiere más esplendor, y se estrechan más y más las relaciones del hombre con Dios. Pues bien: sigamos en la educación religiosa este movimiento consolador del mundo católico, comuniquemos a nuestros jóvenes ese espíritu del Señor que anima a todas las demás clases de nuestra misma sociedad ecuatoriana, y habremos satisfecho en este punto capital a las exigencias de la época.

Respecto de las ciencias, la razón humana puede desenvolverse o bien en la esfera especulativa, o bien en la región de los hechos. Desenvuélvese en la esfera es-

peculativa por medio de las ciencias metafísicas y abstractas; desenvuélvese en la región de los hechos por medio de las que hoy se llaman por autonomasia Ciencias naturales. Las primeras siguen con el silogismo a Aristóteles, las segundas siguen a Bacón con la inducción y análisis; las primeras concentran al hombre dentro de sí mismo, las segundas le llaman al examen y observación de cuanto le rodea; las primeras fortifican la inteligencia y afirman el juicio, las segundas le enriquecen y recrean la mente con la contemplación de la naturaleza; las primeras, en fin, desenvuelven ideas prescindiendo tal vez de los hechos, las segundas explican hechos para remontarse a los principios y deducir las leyes de la naturaleza. Como todas las cosas de los hombres, la metafísica y física han producido muchos frutos, sin dejar de causar, de vez en cuando, algún mal: ¿pues de qué no abusarán los mortales? De aquí nace que, algunos menos justos en sus apreciaciones sobre aquello que constituye la verdadera ciencia, y a quienes sólo agrada morar en las alturas de la abstracción, abandonando el mundo de las realidades, condenan sin piedad las ciencias naturales y creen que su cultivo es muy pernicioso origen de los extravíos de la razón. A su vez, aquellos a quienes arrebatara más el positivismo de nuestro siglo, y preocupa lo singular y lo concreto, que nos presenta el libro de la creación sensible; se burlan con alto desdén de las abstracciones metafísicas y condenan con igual inelencuencia el peripato. Mas, si consideramos el movimiento general de la razón humana, debemos convenir en que hoy muchos dan la preferencia a las ciencias experimentales, a pesar de todas las reclamaciones y protestas de los ardorosos partidarios de la abstracción. Hoy, el progreso de un pueblo se mide con el de las Ciencias naturales y con las fecundas y ciertamente maravillosas aplicaciones a los usos de la vida. ¿Hay en un pueblo, en una ciudad, academias bien organizadas, donde bajo la dirección de buenos profesores, se cultivan con ardor la Geología, la Mineralogía, la Química, la Botánica, la Zoolo-

gía, la Historia Natural, etc.? Dícese: ese pueblo progresa! ¿Hay gabinetes y museos bien montados que, recogiendo ordenadamente las riquezas esparcidas aquí y allí en la naturaleza, las presentan en conjunto a la ávida mirada y calmosa meditación y estudio de una juventud llena de vida y entusiasmo? Dícese: ese pueblo progresa! ¿Gozan ya, o empiezan a gozar los habitantes de los beneficios y ventajas que ofrecen las aplicaciones de estas ciencias a la agricultura, a la industria, al comercio; se han descubierto en las entrañas de la tierra, veneros de riqueza y abundancia, que les prometen prosperidad y engrandecimiento? Dícese: ese pueblo progresa! Ved aquí, por qué el Gobierno ecuatoriano, verdadero intérprete de las legítimas aspiraciones de su pueblo, ha dado en nuestros días un impulso verdaderamente sorprendente a la educación científica de nuestra juventud, abriéndole nuevos y dilatados horizontes, donde puedan campear libremente las muy felices disposiciones con que la ha enriquecido la Providencia; procurando, empero, apoyar este mismo progreso, en las bases de la religión y de la moral, únicas capaces de hacer que no confunda el hombre la Divinidad con la materia. Y ved también, por qué nosotros, llamados a sostener y llevar adelante el mismo impulso, creemos absolutamente necesario que, respecto de la enseñanza científica, nuestros jóvenes ecuatorianos vivan la vida de su siglo, hermanando en cuanto nos sea posible y subordinando la síntesis y el análisis, el silogismo y la inducción, lo abstracto y lo concreto, lo ideal y lo real: de modo que, en nuestras lecciones ni seremos intolerantes partidarios de Aristóteles, ni exclusivos adoradores de Bacon; pues si es cierto que, debemos ensanchar y enriquecer la inteligencia de los jóvenes con el estudio de la naturaleza, no lo es menos, que esta inteligencia debe robustecerse y afirmarse el juicio con una lógica severa y con un caudal proporcionado de sanas ideas que, especialmente en la parte moral, nos suministran las Ciencias intelectuales.

Otro tanto digo, de las letras humanas: si la elocuencia y la poesía son la fiel expresión del espíritu del siglo y del estado de cultura de los pueblos, es evidente que las modificaciones de aquel espíritu y las fases distintas de la civilización, deben necesariamente reflejarse en la literatura de los pueblos, dándole un carácter especial que las distinga de las de otras épocas. Pretender que nuestros oradores no han de perorar sino como Demóstenes y Cicerón; y que nuestros poetas no han de cantar sino como Teócrito y Virgilio, es desconocer completamente los progresos de la razón humana e ignorar lastimosamente cuál es el estado actual de los hombres y de las cosas. La palabra humana es la encarnación de las ideas; y si éstas se multiplican, se desenvuelven, se elevan, es indispensable que aquella, le represente fielmente, multiplicándose, desenvolviéndose y elevándose a su modo. Es verdad que la literatura griega se atavió con la bellezas de las formas, pero también es cierto, que la literatura cristiana, la literatura moderna, sin descuidar enteramente las formas, está enriquecida con muy nobles y altos pensamientos. Luego, si en la enseñanza de literatura queremos satisfacer también a las exigencias de la época, procuraremos con mucho empeño, que nuestros jóvenes estudien en la literatura antigua la belleza de las formas, y en la literatura moderna, la nobleza y elevación del pensamiento. Y porque la palabra humana no puede perfeccionarse sin un práctico y muy sostenido estudio del idioma patrio, nos proponemos, Señores, como uno de los principales objetos de nuestra atención y como una de las más importantes materias de enseñanza, la rica y muy hermosa lengua castellana.

Pasemos adelante. Las artes y la industria son la verdadera fuente de la abundancia y riqueza de un país. Podrá avara la tierra negarle en su territorio venas de oro y plata; podrá ocultar para siempre en sus profundidades las esmeraldas y diamantes; pero si sus campos le ofrecen una vegetación fecunda, sus montes un tra-

yecto, sus mares una fácil comunicación con el resto del mundo; si al mismo tiempo se despierta en sus moradores el amor de las artes útiles, se favorece la industria, se estimula la actividad, y se premia con recompensas el genio; ese país, vuelvo a repetir, habrá hallado la verdadera fuente de prosperidad y abundancia, fuente tanto más pura, cuanto que abierta sólo por la diligencia y trabajo del hombre, no se enturbiará con esas aguas corrompidas que suelen depositarse en los fangos de la inercia, en que por lo común viven aletargados los pueblos que sin sudar son ricos. ¿Cómo abriremos a nuestro Ecuador tan saludable fuente? Dispensando en la educación de la juventud muy particular atención al desenvolvimiento de las artes y actividad de la industria: explotando. Señores, las minas que tenemos delante de nuestros ojos, y esos ocultos veneros de riqueza y gloria. ¿Qué minas? ¿qué veneros? Lo digo con santo religioso orgullo: cada uno de estos jóvenes, compatriotas míos, discípulos de la Compañía e hijos vuestros, es una mina, es un venero. ¿No los véis? En la frente de aquel niño centellea el genio de la pintura, genio que bien cultivado, sabrá copiar en reducido lienzo, los hermosos panoramas de la naturaleza, y sostener en este punto la bien merecida reputación de los ecuatorianos con soberbias concepciones de una creación nueva. Explotemos esa mina: enseñemos a nuestros alumnos el dibujo y la pintura. ¿No los veis? En la frente de aquel otro niño centellea el genio de la música, genio que bien cultivado, hurtaría al cielo secretas armonías, y nos alegraría en la tierra con nuevas y sorprendentes inspiraciones. Explotemos esa mina: enseñemos a nuestros alumnos la música. ¿No los veis? En la frente de ese otro niño centellea el genio de la escultura, genio que bien cultivado, eclipsará muy luego nuestras antiguas celebridades, eternizando en mármoles y bronce las glorias de la religión y de la patria. Explotemos esas minas: preparemos a nuestros alumnos para el aprendizaje y estudio de las bellas artes. Todo esto, Señores, nos piden vuestros

hijos, todo esto esperáis de nosotros, y nada menos que esto os debe nuestra muy religiosa gratitud; y porque un diamante no puede resplandecer con mucho brillo, si no está muy bruñido y bien limado, añadiremos como complemento necesario de la educación de nuestros jóvenes, un estudio muy *práctico* del trato de gentes, de la urbanidad, cultura y buenos modales, examinando los usos y costumbres de los países más distinguidos; a fin de que nuestros jovencitos, en cualquiera ocasión y donde quiera, dejen bien puesto el nombre del Ecuador.

II

Creo, Señores, que si realizamos fielmente, como espero, el plan que acabo de trazar, respecto de las materias, sin duda alguna daremos a nuestra enseñanza secundaria, ese carácter eminentemente práctico de que hablé al principio: réstanos ver cómo podremos dar el mismo carácter a la forma y método de la enseñanza. Mucho podríamos decir sobre este punto; mas, como temo fatigaros con la prolijidad, me contentaré con algunas indicaciones generales. Tres cosas me parece que contribuirán muy eficazmente a este efecto: la lectura, el ejercicio frecuentísimo de composiciones y los ensayos académicos públicos y privados.

Respecto de la lectura, digo que es sumamente importante despertar en los jóvenes su afición, pues mi propia experiencia aquí en el Ecuador, en esta capital, en Colombia y Centro América, me ha manifestado que la lectura es un auxiliar poderosísimo del desenvolvimiento de los jóvenes. He observado que del muy crecido número de discípulos míos en estas tres Repúblicas, aquellos se han aventajado a los demás y me prometen más risueñas esperanzas, en quienes he logrado despertar este amor de la lectura; y vosotros convendréis conmigo en que los jóvenes amigos de los libros, por lo menos, no son víctimas del ocio y tienen por lo común aspiraciones más generosas. Pero, para que esta lectura

sea provechosa debe ser muy bien dirigida; pues en tan asombrosa difusión de libros malos que llevan por todas partes el tósigo de muerte a las nacientes inteligencias, es necesario mucha discreción y tino, para habitar a los jóvenes a la lectura, conteniendo y reprimiendo a la vez esa natural curiosidad que los lleva a buscar sin discernimiento cualquier libro: novelas, historias, poesías, que no hacen más que arrojar en el corazón gérmenes de muy funestas pasiones. Nuestros profesores, por consiguiente, despertarán en sus alumnos el amor de la lectura, pero de modo que ellos mismos pondrán en las manos de sus niños libros inocentes, amenos y variados, que traten de las materias que cursan actualmente en las clases, a fin de ampliar, por medio de esta lectura, los conocimientos que vayan adquiriendo con el estudio del texto y las explicaciones del profesor. Ojalá, con el apoyo decidido del Supremo Gobierno, pudiésemos ir formando pequeñas bibliotecas parciales para cada una de las clases, de modo que los gramáticos, por ejemplo, tuviesen la suya y en ella los mejores y amenos autores de geografía, historia antigua y moderna, etc.; los retóricos la suya, y en ella los libros más escogidos de elocuencia y poesía, y así de las demás escuelas. Esto contribuiría poderosamente a un ventajosísimo desarrollo de las facultades de los niños, a una instrucción más variada, y a la formación del gusto, sobre todo, si los profesores tomasen cuenta a sus alumnos de las lecturas que hiciesen.

Mas, así como al polluelo del águila no le bastan las alas para encumbrarse a la región del sol, sino que es necesario que de hecho las bata, emprenda el vuelo y haga esfuerzos para vencer las corrientes de los vientos; así a un joven no le basta la simple instrucción adquirida por medio del estudio y de la lectura para dar frutos sazonados de una instrucción esmerada, sino que es absolutamente necesario haga también sus esfuerzos y emplee los talentos con que le enriqueció la naturaleza en el frecuente ejercicio de composiciones,

práctica de los preceptos y aplicación de los principios de las ciencias que cultiva. El estudio y la lectura son desde luego las alas del genio; pero si el genio no bate de algún modo estas alas, jamás se levantará un palmo de la tierra. En prueba de ello, conozco hombres de mucho talento, variada lectura e instrucción vastísima, que viven y mueren confundidos con la muchedumbre, sin dejar ninguna huella de su existencia en el mundo literario y científico; esos hombres tendrán alas, pero no las batan ni pueden batirlas, porque no se habituaron a ello desde niños. Esos hombres viven consigo, viven para sí; y contentos con la reputación de sabios, que han adquirido entre aquellos pocos que los han visto rodeados de libros, no tratan sino de sostener su prestigio, con un silencio imponente y ceño adusto, por lo demás, su talento es ocioso, su ciencia estéril, su lectura un pasatiempo. Y ¿por qué así? Porque jamás ejercitaron sus fuerzas. Nosotros, pues, deseando ardentemente que la educación e instrucción que damos a vuestros hijos produzca algún resultado positivo, os prometemos poner en continua acción y movimiento las facultades de nuestros alumnos, por medio de composiciones y ejercicios prácticos que, escrupulosamente examinados y corregidos por los profesores, formen un cuaderno, que deberá tener cada alumno, para presentarlo al fin del curso escolar, a los respectivos examinadores, quienes darán sus votos atendiendo no sólo a las respuestas que de viva voz dará el mismo alumno, sino también al mérito o demérito de las composiciones y prácticos ejercicios que presente: de modo que, de hoy en adelante, estas composiciones de todo el año escolar tendrán un influjo positivo en el éxito de los exámenes. Bien veis que, adoptando esta medida, se estimularán los niños al trabajo, recogeremos frutos sazonados de su aplicación y diligencia, y los examinadores se verán en gran parte, libres de ese compromiso en que se encuentran con frecuencia de dar su aprobación a jóvenes que, habiéndose descuidado del cumplimiento de sus deberes,

en la mayor parte del año, repasan o recorren muy superficialmente la parte especulativa de su programa en los últimos días, ganan los cursos y pierden para siempre el tiempo y el fruto que pudiera esperarse de su educación.

Finalmente, el tercer medio de que nos serviremos para dar vida y animación a nuestra enseñanza son los frecuentes ensayos académicos, justas literarias y solemnes concursos que presentarán y sostendrán nuestros alumnos delante de sus padres y de todos los hombres ilustrados y amantes del progreso y glorias de la patria. Es este en mi concepto el medio más poderoso para excitar el pundonor, encender una noble emulación, y promover la aplicación y diligencia de los jóvenes. Testigo soy de los grandes sacrificios que han hecho nuestros alumnos, cuando han debido presentarse en público, para exhibir los frutos de sus tareas escolares; entonces niéganse el sueño, prívanse de todo honesto entretenimiento, revuelven libros, consultan autores, disputan con sus condiscípulos, únense con sus profesores, préstanse dóciles a todo cuanto se les exija, y, en fin, preocupados de una idea, de un pensamiento, consagran a él toda la actividad y fuerzas de su espíritu, y el solo temor de dejar su nombre mal parado en un certamen público, basta para traerlos pálidos y desasosegados muchos días y aun meses antes de presentarse en la palestra. Muchas veces he pensado en estas circunstancias que, si nuestros niños ecuatorianos desplegasen ordinariamente la misma actividad, que en vísperas de un acto público, sin duda nuestro Ecuador sería, muy en breve, la sabia Grecia cristiana y no tendría que echar menos en sus hijos el progreso e ilustración de otros pueblos. Pues bien: para mantener siempre despierta la actividad de los alumnos, procuraremos presentároslos con mucha frecuencia en actos públicos; y para llamar y recrear la atención de todos los concurrentes, nos esforzaremos en dar a dichos actos aquella variada amenidad y novedad que las circunstancias permitan.

He aquí, amados jóvenes, la senda que debéis recorrer en vuestros floridos años para aseguraros un porvenir muy venturoso. Erizada está ella de espinas; pero extended la vista más allá, y descubriréis campos de rosas y azucenas, donde la Religión y la patria entretejen graciosas guirnaldas que ceñirán a vuestras sienes antes de introduciros en el templo santo de la inmortalidad. Aliento, pues, generosos jóvenes. Con nosotros recorreréis esta senda: en nosotros tenéis padres, y más que padres, madres cariñosas y compasivas que antes de veros punzados de alguna espina, os llevarán en sus propios brazos, y venciendo las asperezas y escabrosidades del camino, os entregarán salvos y contentos a los que con el ser y la vida dieron en vosotros al Ecuador católico un glorioso patrimonio de muy lisonjeras esperanzas. En nosotros tenéis padres! No nos llaméis, pues, extranjeros. Distinguí mi voz, conocéis mi corazón, os habla un compatriota, os ama un hijo de la Compañía de Jesús: y mi voz, y mi corazón son la misma voz y el mismo corazón de cada uno de vuestros superiores y de cada uno de vuestros maestros. Conocednos bien, acercaos a nosotros: no hay por qué temernos: acaso, acaso, nadie os amará en la tierra como nosotros. Y ¿por qué nó? Sois dóciles: podemos gobernaros con riendas de seda. Sois hábiles: podemos levantar con vosotros el Ecuador a su más alto grado de ilustración y de cultura. Sois piadosos casi por instinto: podéis bajo nuestra religiosa dirección brillar en la corona de la iglesia como sus más preciosos diamantes: y estas prendas con que os favoreció la naturaleza nos estimulan a amarnos muy de veras y a sacrificarnos generosamente por vosotros. Y también nos estimulan la generosidad y la confianza con que nos honran las Autoridades supremas de la República y vuestros padres y madres que, atentos al más ventajoso desenvolvimiento y más esmerada educación de la generación que se levanta, cifran en nosotros sus esperanzas, comunicándonos para ello los derechos sagrados de la paternidad, sosteniendo con su nunca des-

mentido amor a nuestra Compañía el prestigio de los maestros de la juventud, y dando, en fin, a sus hijos el más vigoroso impulso en la senda del bien: la eficacia del ejemplo. « *Mucho, vuelvo a repetir y concluyo, mucho debe nuestra mínima Compañía de Jesús al Ecuador católico.* » Mucho debemos hacer para corresponderle.

Felices nosotros, si como yo acabo de hacer la confesión de lo mucho que os debe nuestra religiosa gratitud, así también algún discípulo agradecido, al describir más tarde las glorias de la patria, pudiera con verdad decir: « *Algo, algo debe el Ecuador católico a la Compañía de Jesús.* »

X

NUEVO DUELO DE LA IGLESIA EN EL ECUADOR (1)

Muy funesta es la noticia que nos ha traído el último correo de Guayaquil. ¡Murió el Ilmo. y Rvmo. Señor José Antonio Lizaraburu de la Compañía de Jesús, Dignísimo Obispo de aquella importante diócesis! El 30 de marzo del presente año lloraron los fieles de la Metrópoli sobre el cadáver de su Arzobispo envenenado: seis meses y medio después, el 17 de octubre, a las cinco y cuarto de la tarde, pierden los católicos del Guayas su Prelado y su Pastor, arrebatado en edad temprana, de una dolorosa y muy complicada enfermedad. Muy a prisa se nos van los justos. ¿Qué horroroso misterio es este? ¿Qué espera a la Iglesia en el Ecuador? ¡Se apagan sus antorchas, sucumben sus Pastores, huye o se oculta el sacerdote, todo en un momento! ¡Pobre Ecuador! ayer

(1) Publicado en «*La Libertad Cristiana*», Año 2; Trim 1; Quito, Viernes 2 de Noviembre de 1877; núm. 46.

estrella fulgente del catolicismo, padeces hoy eclipse pavorosa ! *Cecidit corona capitis nostri ; vae nobis quia peccavimus !*

Lamentable es siempre la desaparición de los hombres buenos ; porque en la eterna lucha de la virtud, y el vicio son ellos el escudo de los frágiles y el terror de los delincuentes ; pero cuando la lid se empeña más reñida, cuando el fragor y estruendo de las armas asorda el aire e impide a los combatientes escuchar los gemidos de la paz ; cuando el humo negro de las bocas del fuego arrebatada la luz del sol y precipita a los hombres en espantoso abismo ; entonces la caída y muerte de los Jefes y caudillos de la virtud y de los defensores del derecho no es lamentable como quiera : es una verdadera calamidad, présaga de males sin cuento y señal inequívoca de una próxima y completa disolución social. La Iglesia no perecerá ; salvaranse los predestinados ; pero la sociedad, los pueblos habrán de clamar en medio de mortales angustias : *Cecidit corona capitis nostri ; vae nobis, quia peccavimus !*

La prematura muerte del Ilmo. y Rvmo. P. José Antonio Lizarzaburu, tiene en nuestro concepto, todo el carácter de una grave calamidad : y por esto con mucha razón ha llenado a todos los creyentes, y especialmente al clero ecuatoriano, de una consternación profundísima. Hablando con libertad verdaderamente cristiana, el Ecuador atraviesa hoy la época más aciaga de su existencia política. Ha llegado hasta nosotros el soplo asolador de la revolución anticristiana : y mientras el Poder apoyado en las armas llama a discusión y disputa a la Iglesia los sagrados derechos con que su Divino Fundador quiso enriquecerla ; he aquí que un espíritu, sin duda alguna satánico, se apodera de la parte más insensata y corrompida de la sociedad para promover por su medio la completa desmoralización de los pueblos y la ruina del catolicismo en la República.

Defiende el Ilmo. Señor Lizarzaburu los fueros de la Iglesia con su constancia y energía del discípulo de

Jesucristo; y una insolente y soez mascarada, llevando el ultraje de la decencia, de la moral, de la religión y del respeto público hasta el último exceso de la barbarie, recorre las calles de la culta ciudad de Guayaquil, escarneciendo impía y sacrílegamente los misterios venerandos del cristianismo: el sacramento eucarístico, grosera y vilmente representado por galletas que hombres frenéticos cubiertos de sacerdotales vestiduras se reparten entre sí, a la manera de la Comunión del Cuerpo Adorable del Hombre Dios. Ni en la India los bonzos, ni en la Turquía los ulemas, ni en el Napo los salvajes ultrajaron de este modo al Dios del Evangelio. Preciso es haber perdido la fe para mirar con criminal indiferencia tan monstruosos escándalos. Cuán profunda herida haya abierto este horrendo desacato en el corazón del Ilmo. Señor Lizaraburu lo conoce muy bien todo el pueblo ecuatoriano que atribuye, en gran parte, su muy sentida muerte al dolor agudísimo y cruel amargura que saboreó en los últimos días de su preciosa existencia.

Postrado estaba el santo Prelado en su humilde lecho, batallando con la muerte: acércasele el sacerdote que le asistía para exhortarle a la resignación; tranquilo escucha el ilustre moribundo su sentencia, y pide el Santo Viático para la eternidad. Difúndese la triste nueva en la ciudad, conmuevense todos los buenos; hombres, señoras, jóvenes y niños de todas las clases de la sociedad acuden en tropel inmenso al templo para conducir con solemnísima pompa el Sacramento Augusto al palacio del Pastor. Guayaquil no se desmiente a sí misma: un concurso innumerable y respetabilísimo ocupa siete cuadras, dando un testimonio espléndido de su fe y de su filial adhesión al Prelado: concluida la patética ceremonia retíranse todos tristes y compungidos: y poco después una insignificante turba audaz y sacrílega renueva enmascarada el ultraje a la sociedad y a la religión, remedando la procesión del Santo Viático!!! Esto ya no es sólo impío, sino cruel.

Pero los corazones corrompidos, cuando pueden, son

capaces de esto y mucho más... Muere el Pastor: con-
dúcese el cadáver a otro lugar, un silencio religioso y
una tristeza profunda embarga a todos los moradores del
Guayas; pero hay quien se alegra de la muerte del jus-
to, y cuatro ebrios sacrílegos van a cantar indecentes
endechas y a dar una serenata al cadáver del difunto
Obispo!!! Este es pecado grande, este es crimen inau-
dito! Tan grave e inaudito, que si no es un hecho, era
moralmente imposible el suponerlo en cartas privadas de
hombres fidedignos. *Peccatum peccavit Jerusalem*. La
sociedad donde se dejan impunes estos arranques de la
iniquidad está muy próxima a su última disolución y
ruina. *Cecidit corona capitis nostri; vae nobis quia pecca-*
vimus! ¡Ay desventurado Ecuador! ayer estrella re-
fulgente del catolicismo, padeces hoy eclipse pavoroso!

Y bien: ¿qué motivos dió el Ilmo. Lizarzaburu pa-
ra concitar contra su Venerable persona la saña y el
furor de tan implacables enemigos? Rompió el Estado
con la Iglesia: el Rvmo. Prelado de Guayaquil, hombre
de carácter firmísimo y constante, pero sincero y humil-
de de corazón, tentó todos los medios que en casos seme-
jantes aconseja la más escrupulosa prudencia para con-
currir por su parte a un arreglo pacífico: creyó las
promesas que se le hacían, y en los primeros días del
conflicto los católicos del interior acaso echaron de me-
nos en su conducta la intrepidez que honrará siempre a
los demás Prelados en la defensa de los derechos de la
Iglesia; porque ignoraban que en la sinceridad de su co-
razón estaba persuadido de que se le cumplirían fielmen-
te las reiteradas promesas. Hizo, pues, lo que entonces
debía, sacrificando a la caridad y mansedumbre lo que le
inspiraba su carácter firme y constantísimo. Presto ob-
servó que «los hombres prometen según sus esperanzas,
y cumplen según sus temores»; e inmediatamente pre-
sentó el pecho como escudo de bronce a los tiros furi-
bundos que la desatinada política del siglo asesta contra
la Iglesia inerme y desvalida. Satisfizo, pues, a los ca-
tólicos sin hacer violencia a su carácter: satisfizo a la

caridad y mansedumbre evangélicas, que tanto se nos predicán hoy en día, compadeciéndose de los extraviados, y abriéndoles los brazos de su ternura paternal. Pues ¿por qué, preguntamos otra vez, por qué los impíos se burlaron del moribundo y escarnecieron su cadáver?

Responda a esta pregunta la católica sociedad guayaquileña. Ella conservará fresca la memoria de su malogrado Padre y Pastor; y no podrá desmentirnos si afirmamos que el Ilmo. y Rvmo. P. José Antonio Lizarzaburu fue un Prelado dignísimo de la Iglesia en toda la extensión de la palabra. Complejo perfectísimo de todas las prendas y virtudes morales, sociales, religiosas y pastorales fue, en el breve período del gobierno de la diócesis, un regalo de la Providencia en favor de toda alma buena y corazón bien puesto. Halláronle sus amigos afable, ameno, cordial y delicado; halláronle sus súbditos prudente, caritativo, celoso y vigilante; halláronle sus gratuitos enemigos manso, humilde, generoso y abnegado. Socorrió al pobre, consoló al afligido, hizo bien a todos: *pertransiit benefaciendo*. ¿Qué diremos de su vida privada? Religioso profeso de la Compañía de Jesús, llevó al palacio y sede episcopal todas las palmas que un verdadero hijo de San Ignacio de Loyola debe alcanzar en aquella gloriosa palestra de la virtud y ciencia. Capacísimo y laborioso enriqueció su vasta inteligencia con un caudal de profundos y variados conocimientos de las ciencias naturales y eclesiásticas; dócil y fervoroso desde el primer día en que pisó los umbrales de la casa religiosa, atavió su alma pura con todo el arreo de las más sólidas y arduas virtudes. No quiso ser Obispo, porque había renunciado en su profesión solemne toda dignidad eclesiástica, a no ser que se le impusiese con *precepto expreso* el Vicario de Jesucristo, como en efecto sucedió! No testó al morir, porque dijo: «yo soy profeso de la Compañía de Jesús, y como tal declaro que nada es mío, todo es de la Iglesia!» Digno descendiente de San Francisco de Borja! muy de cerca imitaste su abnegación sublime y humildad profunda! Nada llevaste contigo al

sepulcro, sino las lágrimas y suspiros de los que quedamos acá en la tierra para herir nuestros pechos y clamar junto a tu losa: «Desventurado Ecuador, ayer estrella refulgente del catolicismo, padeces hoy eclipse pavoroso! *Cecidit corona capitis nostri; vae nobis quia peccavimus!*

Ningún motivo, pues, dió el Ilmo. Señor Lizarzaburu a los impíos y sacrílegos para que, en la hora solemne de su muerte e inmediatamente después de ella, hicieran alarde de tanta crueldad e imprudencia. Decimos mal: dió un motivo, y ese imperdonable: era Obispo católico, defendió los derechos de la Iglesia, desempeñó fielmente la misión que Dios le había confiado. Desengañémonos: esta es la explicación verdadera de todo lo ocurrido: y por esto el fallecimiento del santo Prelado de Guayaquil es en nuestros días una gravísima calamidad para todo el Ecuador. Mas réstanos un consuelo. Cierta día plugó al Señor desafiar las iras de Satanás, para humillarle con la paciencia invencible de Job: hoy el mismo Dios desafia a la incredulidad y apostasía de nuestro siglo corrompido para confundirlas con la fe incontrastable del pueblo ecuatoriano. Aliento, pues, ¡oh Ecuador, aliento! No te exhortamos a las armas, porque nuestra misión es de paz: no te exhortamos a las armas, que ni aun tienes. No te provocamos a la venganza, porque somos discípulos de Aquel que murió en la Cruz pidiendo al Padre perdón para sus enemigos y verdugos. Sacerdotes del Altísimo, guardianes de la casa de Israel, pedímonos una cosa: vístete de luto, vé al templo santo, póstrate de rodillas y clama compungido: *Cecidit corona capitis nostri; vae nobis quia peccavimus!*

Y vosotros, espíritus inmortales del Arzobispo envenenado y del Obispo escarnecido, vosotros que descansáis tranquilos en aquella región de luz inaccesible, vibrad sobre esta Patria desgraciada algunos apacibles rayos de verdad y de fe, de caridad y amor, para que vean los ciegos, para que se enternezcan los contumaces: sostened desde el cielo a vuestros Pontífices y sacerdotes, bendecid desde el cielo a vuestros huérfanos.

XI

MODELO
DE ARGUMENTACION ORATORIA (1)

He dicho, oyentes míos, que la construcción de este templo es la afirmación más elocuente y categórica de nuestra fe nacional. Oídmе atentos las pruebas. A dos reduzco en general las más comunes afirmaciones nacionales de la fe religiosa de un pueblo: a la palabra y a los monumentos. La palabra es hablada o escrita, en prosa o en verso; los monumentos son estatuas, arcos, obeliscos, pirámides y templos. Prescindiendo de la verdadera predicación evangélica y de las enseñanzas del Maestro común de los creyentes, que en la Iglesia católica son palabras de un orden superior, y aquí no las tomo en consideración, digo que, en general, y muy especialmente en nuestros días, la simple palabra de los hombres está muy lejos de poseer esa fuerza secreta y misteriosa, esa fuerza profundamente persuasiva y conmovedora que un templo construído presta a la afirmación nacional de la fe religiosa de un pueblo. Examinad conmigo el carácter y naturaleza de la palabra humana, y os convenceréis.

Desde luego observo que la palabra humana y sus afirmaciones son de ordinario más aisladas de lo que parecen: de donde se infiere que ellas muy difícilmente pueden ser la genuina expresión de las ideas, de los sentimientos de la voluntad general. Hoy en día, atrévome a decir que excepto la evidencia de los primeros principios, y entre los católicos las profesiones de fe, ninguna afirmación verbal puede contar seguramente con el sufragio de todas las inteligencias. Y, ¡cosa verdadera-

(1) Del Sermón predicado en la bendición del templo de San Alfonso M. de Ligorio, en Riobamba (Agosto 19 de 1880).

mente singular! mientras más se multiplica la palabra, mientras más se facilitan los medios de comunicación, mientras más crujen las prensas, y se tienden más rieles para trasmitirlas por hilos telegráficos del uno al otro polo, menos se aúnan los entendimientos en la proclamación de lo que otros afirman, disolviéndose así la unidad social en mil y mil fracciones, merced a la misma palabra. Todos hablamos, y no nos entendemos: es la confusión de Babel. Contemplad la palabra humana en el orden científico, en el orden histórico y muy especialmente en el orden político, y habréis de exclamar todos conmigo: bienaventurados los pueblos en el siglo diez y nueve taciturnos! No me tilde el siglo diez y nueve de retrógrado, llámeme desengañado, enhorabuena: el hombre desengañado siempre va más adelante que cuantos quedan meciéndose en hermosas ilusiones.

No sólo es aislada la palabra, es también especulativa, y por lo mismo infecunda y estéril en el orden práctico, en el orden de los hechos. De ordinario el pensamiento humano imprime en su más inmediata expresión, que es la palabra, su carácter privativo; y, como el pensamiento es por su naturaleza un acto de pura contemplación, nada más natural que las afirmaciones puramente verbales participen de la condición del pensamiento mismo. Fácil cosa es pensar el bien, fácil es afirmarle de palabra; pero practicar el bien, hacer un sacrificio por el bien, parece que supera a las fuerzas ya gastadas o enervadas de los hombres y de los pueblos. ¡Dios mío, cuánto se proyecta en los gabinetes! ¡cuánto se discute en las tribunas y en los parlamentos! ¡qué discursos tan acalorados! ¡qué apologías tan brillantes de la verdad! ¡qué diluvio de libros y efemérides! y todo por la felicidad y para loor y gloria de los pueblos. Y, sin embargo, los pueblos más habladores son los más desventurados, y los gobernantes más locuaces y utópicos son los menos sensatos, y el siglo diez y nueve, perdido en esas atmósferas radiantes que le ha creado la doble libertad del pensamiento y la palabra, o se desata en blasfemias,

o tiene que confesar avergonzado su impotencia, repitiendo aquello del poeta: *video meliora proboque; deteriora sequor*. Veo el bien y lo afirmo; pero en la práctica abrazo lo peor. ¡Tan estéril e infecunda es la palabra! ¡Bienaventurados, oyentes míos, bienaventurados los pueblos en el siglo diez y nueve taciturnos! Repito, no me tilde él de retrógrado, llámeme desengañado, enhorabuena; el hombre desengañado siempre va más adelante que cuántos quedan meciéndose en hermosas ilusiones.

Tan adelante voy en mi desengaño, que él me ha descubierto cómo la palabra no sólo es aislada, infecunda, estéril, sino que también es una afirmación muy débil, muy fugitiva, de muy poco valor. Mirad: la palabra es al pensamiento lo que a la riqueza es la moneda que la representa. En esta proporción advierto que, así como no siempre son más ricos los pueblos donde circula más moneda, así nunca los pueblos asordados por la palabrería son los más sabios y poderosos, porque la redundancia de la lengua los confunde, y amilana, y debilita gradualmente hasta sepultarlos en su ruina. ¿Queréis una prueba de hecho? La edad de oro de las literaturas de las grandes naciones jamás ha podido resistir al violento empuje de conquistadores bárbaros. Allí están Roma y Grecia antiguas deponiendo en mi favor. Esta debilidad de la palabra es la causa de que sus impresiones sean siempre fugitivas, y por más que se engalane con el ropaje que le presta una imaginación brillante y un corazón apasionado, los efectos que produce siempre guardan proporción con las impresiones del momento. ¿Qué son delante de la verdad, en el orden especulativo, las palabras blasfemas de Renán, la teorías disociadoras de Mazzini, las máximas corruptorras de los patriarcas de la novela! Fuegos fatuos que sólo relumbran en la oscuridad de las tinieblas, y se disipan en la inmensidad del espacio, al rayar la lumbre matutina. Y ¿qué es la misma afirmación hablada de la verdad en el terreno de los hechos? Preciso es confesarlo: hasta la verdad puramente hablada participa de la debilidad y fugacidad

de la palabra; pues vemos que ella, la verdad, es hoy de hecho víctima del crimen o del vicio. ¿Y sabéis de dónde le viene esto a la palabra humana? Viénele de que vale muy poco: nada nos cuesta hablar mucho. Así es que, en el comercio del pensamiento humano, paréceme la palabra una moneda de pobres; paréceme *moneda* de cobre, que ciertamente desprecian los que tienen su riqueza representada por oro de subidos quilates.

Tales son, por lo común, los caracteres de la palabra humana, de los cuales participan sin duda en su mayor parte las aseveraciones de los hombres. Por eso la Fe Divina inspiróles otro idioma, otro lenguaje imponente y majestuoso, para que con él formularsen sus grandes afirmaciones religiosas. La Fe Divina me habla con sus templos: me habla en Roma con San Pedro, y en Milán, en Florencia, en Pisa, en Venecia, en Colonia, en Maguncia, en Strasburgo, en Reims, en Orleans, en París, en Toledo, en Sevilla, en Burgos, en Nueva York y en toda la superficie de la tierra me habla con sus soberbias basílicas, catedrales e iglesias, que, a despechos de las injurias de los tiempos, llevan a las más remotas generaciones la afirmación solemne de la religiosidad de sus progenitores. Y hoy vosotros me habláis con este templo, que es también la afirmación más elocuente y categórica de nuestra fe nacional.

En efecto, un templo construído es una obra social por excelencia; jamás puede ser una expresión aislada de un pensamiento individual. Exige el apoyo y la cooperación de toda la sociedad representada por sus dos elementos constitutivos, la autoridad y las muchedumbres; exige muchas fuerzas unidas y muchos brazos; exige muchos sacrificios comunes; empeña el interés general y arranca la más sincera y cordial aprobación de todos los demás hombres. La sola historia de la fábrica de este hermoso templo de San Alfonso, en Riobamba, es una prueba victoriosa de lo que voy diciendo. Dos lustros há que los dignos hijos de Ligorio, que, por dispensación de la divina Providencia, vinieron al Ecuador,

concibieron el atrevido proyecto de levantar un templo en esta capital del Chimborazo. Pregunto ahora: ¿podía arrostrarse la ardua empresa, si la autoridad política de entonces, y la autoridad eclesiástica de la naciente diócesis no hubiesen prestado al celo de esos hombres apostólicos toda especie de apoyo y de cooperación? ¿Podría llevarse la obra adelante, si el pueblo todo, sin penetrarse de la importancia y de la necesidad imperiosa de un nuevo templo, no hubiese contribuido por su parte a la satisfacción de esa necesidad? Claro está que no, sobre todo tratándose de una fábrica que, especialmente entre nosotros, atrévome a decirlo, dista poco de una creación verdadera, por falta casi absoluta de elementos preexistentes. Es cierto que el primer templo de Jerusalén fue justamente celebrado como una de las maravillas del mundo; pero también es cierto que no podemos leer sin asombro en los Paralipómenos y en el tercer libro de los Reyes los inmensos recursos, los caudales al parecer fabulosos que David legó a Salomón para la fábrica, y los que este sabio Rey se proporcionó en medio de la prosperidad de Israel, entonces tan rico y poderoso. Vosotros habéis levantado este templo magnífico; mas ¿qué Ofir os ha franqueado su oro? ¿qué Biblos sus mármoles? ¿qué Líbano sus cedros? ¿qué Arabia sus perfumes? Habéis debido luchar con gravísimas dificultades, tropezar con obstáculos casi insuperables y suplir con la constancia, con la abnegación y sobre todo con la unión de las fuerzas individuales la escasez aun de la materia prima. Hijos de Ligorio, este es el momento en que nosotros como ministros del Altísimo debemos a nuestra vez fijar los ojos reconocidos en este pueblo fiel y darle, a nombre de la Iglesia, un testimonio solemne de muy alta recomendación y alabanza. ¡Ah! lo recordáis en este instante con gratitud profunda y religiosa. ¡Cuántas veces en el decurso de ocho años os ha acompañado este mismo pueblo en globo: la grave madre de familia, la virgen delicada, el joven ardiente, en vistosa romería y al son de instrumentos músicos, al vecino Chibunga para

disputarle las piedras que sus ondas bañaban! ¿Qué espectáculo más tierno? ¿qué expresión más sencilla y al mismo tiempo sublime de la fe nacional? ¡Cuántas veces millares de pobres os han importunado, golpeando las puertas de la casa religiosa para ofrecer el óbolo en que con heroica generosidad se gravara para subvenir a los gastos! ¡Qué de humildes labradores, después de recoger en los campos, al rayo abrasador, el escasísimo fruto de sudor copioso, volvieron contentos a sus chozas, dejaron la mitad de su salario y unas cuantas espigas a la esposa enferma y a los hambrientos hijuelos, y os entregaron la otra mitad para la fábrica, avergonzados de no poder contribuir con más! ¡Qué de viudas solitarias, qué de huérfanos tristes partieron con Jesús pobre su pan mojado en lágrimas! ¡Bienaventurados, bienaventurados los pobres de espíritu y de corazón, porque de ellos es el reino de los cielos! (1) Con razón este templo ha empeñado el interés y ha mantenido la expectación de toda la República; con razón envían hoy a los del Chimborazo sus saludos y entusiastas felicitaciones los hijos todos del Pichincha, del Guayas, del Azuay, del Imbabura, del Tungurahua y del Cotopaxi; con razón todo el pueblo ecuatoriano vuelve hoy sus ojos lleno de júbilo hacia nosotros y exclama: ¡cuán amables son los atrios de la nueva casa del Señor! nuestra alma se enternece y vuela hacia ellos! *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit et deficit anima mea in atria tua* (2). Ved ya si este templo es una verdadera afirmación colectiva de nuestra fe nacional.

Pero no basta: este templo, oyentes míos, es una afirmación fecundísima. Contemplo y admiro esta prodigiosa fecundidad, no tanto en las mentes como en las manos y en los corazones de todos los que directa o indirectamente habéis prestado vuestros brazos a la fábrica. Contraste verdaderamente divino! La fe católica, que en

(1) Matt. V. 3.

(2) Ps. LXXXIII, 2.

las regiones de la especulación es tan oscura y enigmática; la fe católica, que para defenderse de los ataques de adversarios en el terreno científico tiene que escribir inmensos volúmenes, y enriquecer sin fin las bibliotecas con abstrusas y recónditas combinaciones, patrimonio exclusivo de los sabios; la fe católica, repito, en las prácticas afirmaciones de sus hijos, en la construcción de un templo, parece que se convierte en evidencia, y los dirige y mueve con una especie de intuición directa e inmediata de las más altas y profundas verdades que nos revela. Ven acá, niño amable, y dinos: ¿qué pensabas, qué querías, cuando ibas tan contento al vecino Chibunga para recoger algunas pedrezuelas? Quería, me responde, con infantil candor, ayudar a mis Padres Redentoristas en la fábrica de San Alfonso.

Bien, hijo mío, y ¿qué es un templo?—Es la casa de la oración, (1) la escuela de la verdad; allí mis padres aprenden a ser virtuosos y darme buen ejemplo; allí se adora a Dios, que es uno en la esencia y trino en las personas; allí se inmola cada día Nuestro Señor Jesucristo, que, derramando toda su sangre por amor nuestro, nos libró de las penas eternas del infierno y nos hizo herederos de su gloria; allí hay altares de María nuestra Madre, y de otros Santos que ruegan por nosotros en el cielo.»—¿Habéis oído afirmaciones más absolutas? Y sin embargo, he aquí las ideas que, como a este niño, movieron a todos vosotros en la cooperación a la grande obra. ¿Y no son ellas la afirmación fecundísima de todo el dogma católico, de toda la moral evangélica? ¿Y esta fecundidad de la idea no prestará al testimonio una fuerza irresistible? Sin ninguna duda: un niño con su pedrezuela en la mano para el templo, es otro pastorcillo de Belén, capaz de quebrarle la frente al más soberbio filisteo, (2) o de volver loco al más denodado campeón del escepticis-

(1) Luc. XIX, v. 46.

(2) 1º Reg. XVII, v. 49.

mo filosófico. Una sola de las columnas de este templo puede con su peso aplastar a mil legiones de necios que tuviesen el capricho impío de querer bajo sus ruinas sepultarse.

Pero no, nadie, nadie querrá jamás entre nosotros derribar este templo. Si el Señor, en castigo de nuestras culpas, no toca con sus dedos las cumbres de nuestros formidables volcanes; si el Señor no sacude con el ceño de su enojo la tierra sobre que está asentado, (1) este nuevo monumento de San Alfonso será el testimonio más permanente y duradero de nuestra fe. Contempladle! Cuán firme y cuán robusto! Desafía a siglos de siglos: sus cimientos son profundos, como es profunda la religiosidad del pueblo que lo ha levantado; robustas sus columnas, como son firmes e inquebrantables los corazones que aman su fe más que la vida; elevadas y orgullosas son sus torres, como altos y sublimes los pensamientos de una nación que, aunque pequeña y flaca, sin embargo se mece airosa en las regiones limpias y serenas que eternamente alumbra el sol de la Revelación. Sí, este templo hablará a la posteridad; los hijos de vuestros hijos, al renovar la memoria del primero de agosto de mil ochocientos ochenta, buscarán agradecidos las tumbas de sus padres, y, después de regarlas con lágrimas de gratitud profunda, exclamarán enternecidos: «Descansad en paz, restos sagrados de nuestros mayores, que nos legaron en este templo la afirmación más elocuente y categórica de nuestra fe nacional.» Ved ya, mis amados oyentes, con cuánta razón he dicho y lo repito: De júbilo rebotó mi corazón cuando se me dijo: vamos a la casa del Señor. *Lactatus sum in his, quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.*

(1) Ps. CIII, v 32.

XII

MODELO
DE AMPLIFICACION ORATORIA (1)

Existe, Señores, una ley tremenda que preside a la vida y conservación de las sociedades humanas, en virtud de la cual éstas no pueden vivir ni conservarse sin víctimas. Así como no hay pueblo sin religión, así tampoco hay religión sin sacrificios, ni sacrificios sin víctimas. Nada es más opuesto a los instintos del corazón humano que la inmolación de víctimas; y sin embargo esta ley es tan inflexible que la historia universal del humano linaje nos le ofrece siempre sometido a expiaciones sangrientas. Pero los pueblos tienen dos especies de vida: la una, puramente social y política; la otra, moral y religiosa. Aunque estas dos vidas son distintas entre sí; sin embargo es evidente que la primera está subordinada a la segunda; la primera depende de la segunda; puesto que sin vida moral y religiosa, es (absolutamente hablando) imposible la vida social y política. De estos principios fácilmente deduciréis conmigo que, si como los pueblos tienen estas dos especies de vida así hay también dos especies de víctimas; sin duda alguna son muy más excelentes y muy más acreedoras al amor y gratitud de sus conciudadanos aquellos que se sacrificaron por reconciliarlos con Dios, que los héroes del siglo que arrostraron la muerte por salvar la patria de las agresiones de sus enemigos.

En honra de nuestra santa virgen quiteña, pláceme hoy presentaros estas verdades de un modo más concreto, poniendo en parangón el sacrificio que ella hizo de su vida por la patria con el de algunos héroes de la anti-

(1) Del Panegírico de la B. Mariana de Jesús, predicado en Quito, el 26 de Mayo de 1881.

güedad que también murieron por los suyos. Registrando « Los Paralelos de Plutarco », hallo desde luego los siguientes nombres celebérrimos de ilustres víctimas del amor patriótico. Sea el primero el de Codro, hijo de Melanto y rey de los atenienses, que floreció 1160 años a. d. J. C. Ardía una guerra cruelísima entre éstos y los dóricos; estrechados los atenienses consultan al oráculo sobre el éxito, y reciben por toda respuesta que aquel pueblo triunfaría cuyo Rey sucumbiese en el combate. Oyelo Codro, e inmediatamente quítase la corona, depone el cetro, deja el manto real, y cubierto de pobres vestiduras, penetra incógnito en los reales de los enemigos, pasa a cuchillo al primer centinela, y él mismo cae muerto a los pies del segundo, asegurando de este modo el triunfo a sus atenienses. ¿Qué os parece Señores? Codro es, no hay duda, un héroe.

Ved aquí otro. Publio Decio dirigía, 343 a. d. J. C. la guerra que había declarado Roma a los albanos. Este General soñó una noche que su muerte podría dar nuevo brío a sus legiones; y sin más, al otro día por la mañana acometió él solo a todo el ejército enemigo, entre quienes blandiendo la espada difundía el terror y la muerte hasta que, como era natural, cayó exánime, abrumado del número. Trescientos sesenta años antes de Jesucristo habíase repentinamente abierto en medio del foro romano una sima profundísima que amenazaba tragarse toda la ciudad. Consternados los moradores consultan el oráculo, y éste les responde que no se cerrará el abismo, si antes Roma no arrojaba en él lo más precioso que tenía. Oyelo el joven Curcio, célebre ya por sus proezas, y como si él solo quisiese desafiar a la naturaleza, arrójase armado a lo profundo, ciérrase al instante el abismo y Roma se salva. ¿Qué sublimidad tan bárbara, Señores? Y ¿qué diremos de aquel Horacio que sostuvo solo el ímpetu del ejército enemigo para dar tiempo a los suyos de cortar el puente del Tíber e impedir de este modo el paso a los invasores etruscos? ¿Qué de Quinto Fabio Máximo que, en una de esas famosas guerras púnicas, se

lanzó con sus trescientos Fabios a los reales de Aníbal, acometió al caudillo cartaginés, quitóle la corona de la cabeza y cayó gloriosamente ciñendo la frente moribunda con esa corona de tan terrible y poderoso rival? ¿Qué de Leonidas que, con sus trescientos espartanos, se arrojó también sobre las innumerables huestes de Jerjes y pereció en la batalla del mismo modo que los Fabios? Paso en silencio el nombre de Agesilao, hijo de Timístocles, que se sacrificó por la patria, habiendo él solo penetrado en el campamento de Jerjes, y dado muerte a Mardonio por dársela al Rey persa. Llevado Agesilao a presencia del Rey, puso intrépido la diestra en el fuego y declaró que su intención era matar a Jerjes; pero que supiese él que todos los soldados atenienses eran como Agesilao, y que, en prenda de ser esto verdad, estaba pronto a poner también la siniestra mano. Paso en silencio los nombres de Mucio Scévola, de Horacios y Curacios, de Tegeatas y Eeneatas... El mundo no olvida tan tremendas hazañas. A él corresponde, que no al orador sagrado celebrarlas como él suele: y si yo evoco el recuerdo de personajes profanos, hágolo tan sólo con el objeto de amasar, permitidme la expresión, todas estas glorias y formar con ellas un pedestal humilde donde descanse victoriosa y triunfante otra gloria más alta y divina: la gloria de la caridad cristiana, personificada hoy en nuestra Santa compatriota.

Sí, yo opongo a todos estos prodigios de valor patriótico una sola página de la historia de Mariana de Jesús. Al penetrar en ese estrecho recinto donde guardamos con religiosa veneración sus restos, no podemos levantar los ojos hacia la primera bóveda sin que tropiecen en un cuadro pintado por uno de nuestros hábiles artistas, cuya contemplación me enajena y extasía. En ese lienzo miro a Dios llevado en alas de los vientos sobre nube nacarada; encadena con la siniestra mano los rayos de negra y horrisona tempestad y tiene extendida la diestra, señalando con el índice a una joven casta y pudorosa que tiene delante de sí con la frente inclinada,

bajos los ojos, encendido el rostro, doblada la rodilla y vestida de la librea de la Compañía de Jesús. ¡ Ah Señores, este lienzo me recuerda a Ester en presencia de Asuero... digo mal: este lienzo me representa el heroísmo tranquilo de la fe y del amor. Estudiémosle.

Era el año de 1645: los pecados de nuestros padres, como tan frecuentemente lo hacen nuestras culpas, habían despertado contra sí la ira de Dios; y toda la Provincia de Quito atravesaba una de esas épocas funestas en que, como llevo dicho, la existencia y conservación de los pueblos está vinculada al sacrificio de una víctima. Al ceño de Dios padecía nuestra tierra desmayos de muerte y entraba en convulsiones que reducían a míseros escombros soberbios templos, casas opulentas. ¿ Dónde está la hija hermosa del Rey de los Andes? ¿ dónde sus nobles y alegres moradores? Todo desapareció en un momento: y sin embargo la ira de Dios iba adelante: « *et adhuc manus ejus extenta* » (1) Tocó Dios con su dedo las cumbres del Sangay, del Tungurahua, del Cotopaxi y del Pichincha; y nuestros montes humearon, y se ennegreció nuestro cielo, y convirtiéronse en lóbrega noche los días... y sin embargo la ira de Dios iba adelante: « *et adhuc manus ejus extenta*. » Sopló el Señor en su cólera, y sembró en los aires gérmenes de muerte para que los hijos de un pueblo prevaricador y delincuente perdiesen la vida al respirar sus auras! Así sucedió: lloraron las esposas, lloraron las madres, lloraron los hijos, vistiéronse todos de luto... y sin embargo, la ira de Dios iba adelante: « *et adhuc manus ejus extenta*. » Buscaba Dios en estas regiones una víctima y hallóla en este templo de la Compañía, aquí, debajo de este púlpito... era Mariana de Jesús... « *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis*. » Predicaba en la cuarta dominica de Cuaresma de aquel año un hermano mío, el P. Alonso de Rojas, director a la sazón

(1) Isaías. Cap. V. 25.

de la conciencia de nuestra Mariana; el compungido auditorio era selecto y numeroso: aquí, Señores, estaban sin duda vuestros padres escuchando la predicación evangélica y derramando copiosas lágrimas de sincera penitencia. Conmovidó el orador terminó su discurso con una muy grave y patética exhortación en la cual ofreció al Señor su vida por la cesación de las calamidades públicas y por la reconciliación del pueblo con su Dios: dejándonos a nosotros sus hermanos un alto y religiosísimo ejemplo de desprendimiento heroico y de sublime celo en favor del pueblo ecuatoriano. Pero el Señor no aceptó su sacrificio; porque mientras hablaba Rojas volaban también por estas bóvedas los gemidos de una casta paloma, y se elevaban más elocuentes hasta el trono del Eterno. « Jesús mío, decía Mariana en voz alta, Esposo único de mi alma, único aliento de mi vida, tú la gran Víctima del mundo, tú pendiente de la Cruz, me enseñas hoy a dar la vida por la patria. Prendido há en mis entrañas la misma chispa de ese fuego divino que abrasaba tu santo Corazón en el Calvario. Viva el apóstol para gloria de nuestro Padre celestial y salvación de mis conciudadanos; viva el maestro para la educación cristiana de los jóvenes mis compatriotas; guarda, Esposo mío, a mi madre la Compañía, y salva a mi patria. Basta ya de rigores; apaguen mis lágrimas el incendio horroroso de nuestros volcanes; refrésquese en mi sangre tu espada sedienta, y enváinala. Pobre es, Señor, la ofrenda de mi inútil vida; pero tú, Esposo mío, no estimas tanto el don como el amor. Muera, pues, tu esposa y sálvese la patria » « *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* »

He aquí, Señores, lo que inspiró al artista el lienzo que estudiamos. Ahora os pregunto: ¿qué son delante de esta magnífica, sublime oblación de Mariana todos los sacrificios de los héroes profanos? El heroísmo del siglo es el arranque momentáneo de una pasión exaltada; el heroísmo de Mariana es la inspiración altísima de su espíritu iluminado por la fe. El heroísmo del siglo

es el arrojo temerario de la soberbia; el heroísmo de Mariana es la exhalación ardiente de un corazón humilde. El heroísmo del siglo hijo es del odio; el heroísmo de Mariana fruto es del amor. El heroísmo del siglo combate con los hombres; el heroísmo de Mariana rinde a Dios.

A la verdad: la victoria de Mariana consistía precisamente en que Dios aceptase el sacrificio que le hacía de su vida con todas las condiciones y circunstancias incluídas en su fervientísima plegaria. Pedía Mariana su muerte inmediata sustituida a la del padre Alonso Rojas; pedía el pronto remedio de las calamidades públicas; pedía la penitencia y conversión de sus conciudadanos. Pues bien: Dios aceptó el sacrificio con todas estas condiciones y circunstancias, y le aceptó de la manera más solemne, de un modo que cerrase el paso a todas las vacilaciones de la duda. Esto es lo que no debiéramos olvidar nunca los ecuatorianos, a ley de agradecidos. La solemnidad de la aceptación consistió en la publicidad del ofrecimiento. Hízole Mariana en este templo, aquí delante de este púlpito, en medio de un concurso numeroso, en alta voz, de modo que la oyeron todos los que la rodeaban, e hízole con ocasión de haberse ofrecido como víctima el predicador a quien todos escuchaban conmovidos y muy especialmente Mariana por ser hija espiritual del mismo apóstol. ¿Puede darse un hecho más sensible, más notorio, más público y solemne? No puede. Es esto tan cierto que no hay un solo ecuatoriano que ignore este hecho de la vida de Marianna: esta es la tradición más constante que ha pasado de padres a hijos hasta nosotros, y pasará a todas las generaciones a donde lleve la Iglesia la fama de sus glorias sudamericanas. Es por tanto imposible dudar de la solemnidad de la aceptación.

XIII

¡OCHO AÑOS DESPUES!

A la imperecedera memoria
del Excmo. Sr. Dr. D. Gabriel García Moreno

Gran parte son los íntimos y profundos sentimientos y afectos que conmueven y agitan a un pueblo para crear en él y levantar a muy alto grado el *espíritu nacional y el amor a la patria*, principio fecundo de la grandeza y gloria de las naciones. Y como solamente los grandes hechos son capaces de excitar los afectos y sentimientos de todo un pueblo, forzoso es concluir que los grandes acontecimientos son, en el gobierno e intención de la Divina Providencia, los agentes más poderosos y eficaces de la prosperidad y ventura de ese mismo pueblo: y cuando tales hechos se agrupan, se atropellan y pasan sobre una sociedad cualquiera, con la misma rapidez con que se desenvuelven las últimas escenas y episodios que preparan el desenlace de una epopeya brillante, razón hay muy fundada para conjeturar que dicha sociedad ha entrado de lleno en ese interesantísimo período de su existencia política que deberá en gran parte decidir de su suerte futura.

El Ecuador, a no dudarlo, acaba de entrar en este período interesante. Preparado a su reorganización con hechos grandes, aflictivos unos y otros gloriosísimos; ha recibido de lo alto con el laurel de la victoria el título más legítimo del derecho de reconstituírse conforme a los deseos y aspiraciones de un pueblo profundamente religioso, moral, culto, sensato y generoso. ¿Qué escritor puede describir en pocas líneas; qué poeta llorar en tristes elegías; qué pintor formar con colores bastante

sombríos el cuadro funesto que nos representase fielmente las calamidades y desdichas que han pesado sobre nosotros desde el infausto 6 de Agosto de 1875, en que el aliento infernal de pasiones desapoderadas eclipsó para siempre la naciente gloria de la patria; cuando el puñal parricida que afló el crimen en los antros de la desesperación, derribó en la plaza de la capital y a la luz del más esplendente sol ecuatoriano al Sabio, al Bueno, al Inclito, al Heroico, al Glorioso, al Inmortal García Moreno?

Cayó García Moreno, y desde entonces, cual si el Héroe ecuatoriano hubiese sido el corazón mismo de la Patria, fue la Patria entregada a las horribles convulsiones de la anarquía y de la muerte. Nadie puede desmentirnos. ¿Qué días de paz y de seguridad hemos contado desde entonces? Y si es la paz el principio fecundo del bienestar y progreso de los pueblos; ¿qué bienestar, qué progreso ha podido presentar a los ojos del mundo el Ecuador desgarrado, ocho años há, por la ira siempre creciente y nunca satisfecha de guerras intestinas? ¡Ah! la mente se anubla y tiembla el corazón cuando se fija una mirada atenta en este nuestro lóbrego pasado. Cayó García Moreno, y desde entonces en lo religioso visto hemos con nuestros propios ojos, un pastor angelical envenenado el Viernes Santo, en el altar del sacrificio, en el cáliz sagrado: viuda la Iglesia en la Arquidiócesis lloró después Obispos desterrados, Vicarios fugitivos, Sacerdotes en prisiones, ciudades en entredicho, rentas arrebatadas, Concordato suspendido, eclipsada, en fin, la gloria de su fe, de su catolicismo.

En lo moral hemos sentido en gran parte relajados sus resortes; pervertido en no pocos su recto criterio; estimulada al mal esa nativa debilidad de nuestro carácter, que el Héroe ecuatoriano llamaba justamente *enfermedad endémica del siglo*; provocados los pueblos al vicio con la condescendencia y el ejemplo; amedrentada la virtud y humillados y perseguidos sus alumnos por la violencia del crimen triunfante.

¡ Cayó García Moreno! y ¿cuáles son desde entonces los progresos del Ecuador en lo intelectual? Hablen los números. Ya en 1873 había, según los más exactos datos estadísticos, en la provincia de Pichincha 64 escuelas, con 3.134 niños; en la de Imbabura, 28 con 1.912 alumnos: en la de León 29, con 1.284 discípulos; en la de Tungurahua 44, y se educaban 2.381; en la del Chimborazo 52, y se educaban 2.528; en la del Azuay 61 y se educaban 3.117; en la de Loja 32, y se educaban 1.211; en la de Los Ríos 31, y se educaban 1.119; en la del Guayas 43, y se educaban 2.322; en la de Manabí 22, y se educaban 1.136; en la de Esmeraldas 7, y se educaban 232 niños. La constante y celosa vigilancia del gobierno aseguraba la moralidad y competencia de los pedagogos, los cuales religiosamente pagados, dispensaban el beneficio de una educación esmerada a 20.586 niños ecuatorianos; siendo así que, en no muy remota época anterior, apenas alcanzaba el número de educandos a 9.000 niños y niñas. En 1875 habíase aumentado el número de escuelas, de modo que se educaban ya 32.000 niños, como consta del último mensaje del Héroe a las Cámaras: ¿y cuál ha sido la suerte de la infancia en los ocho años precedentes? Respóndannos los *iluminados*, los declamadores, los pueblos, los padres y madres de familia... En la enseñanza secundaria empleaba el gobierno de García Moreno 20.000 pesos anuales y la Autoridad eclesiástica 12.000; y 110 profesores, la mayor parte europeos y muy competentes y afamados, promovían la cultura intelectual de más de 1.000 jóvenes, abriendo a nuestros ingenios nuevas y brillantes carreras que presto debían dar a la nación todo el esplendor de un país verdaderamente civilizado y culto. ¿Qué hicimos de la Escuela Politécnica? ¿qué de esas lumbreras de las ciencias naturales que honraban nuestra patria...? ¿qué de esos gabinetes de física, de zoología, de botánica, de mineralogía...? ¿Cuál es la suerte de nuestros Colegios? Respondan las capitales de Provincia. Hoy de nuestros pocos y mal organizados colegios se levanta una nube de

abogados y médicos que, a favor de la *libertad de estudios*, abrevian los cursos, con grave detrimento de la educación moral, religiosa y científica.

Cayó García Moreno! y la política del país perdió su rumbo, y se ha visto desde entonces víctima de una perturbación y desasociego que casi ha arrastrado a la República hacia su completa disolución. A una política incierta, malsegura, *tornasolada*, sucedió otra política funesta que engendró la traición, amamantó la inmoralidad, sostuvo el pillaje, y derribó su misma inepticia, su misma arbitrariedad, su misma tiranía. Mas ¡cuántas lágrimas y sangre no ha costado a la patria esa política funesta y vergonzosa! Patriotismo, desinterés, honradez, abnegación, virtudes cívicas, prudencia, sabiduría, ilustración, todo, todo se había ausentado en tan larga época, del gabinete ecuatoriano. Humea aún la sangre de los ecuatorianos en Galte, en los Molinos, en nuestra Capital, en el Carchi, en Imbabura, en Cayambe, en Sanandrés, en Patate, en Quero, en Ambato, en Riobamba, en Guayaquil, Manabí y Esmeraldas; en una palabra: en todos los ámbitos y rincones de la República adonde ha penetrado el furor de la guerra civil, para arrebatarnos las artes e industrias sus maestros y alumnos, a los campos sus labradores, a las familias sus padres, esposos y hermanos; y a la Patria, exhausta y moribunda, sus más amados hijos. Y mientras nos hemos estado abrasando todos en el fuego de la discordia, ¿qué gloria, qué prestigio, qué estimación se ha sabido conquistar nuestra desventurada patria a los ojos de todas las demás naciones? Antes, bajo el gobierno de García el Grande, el Ecuador aunque pequeño, era una nación respetable y respetada; la grandeza del Héroe se reflejaba en nuestros confines, y la irradiación permanente de su gloria inmaculada, formaba en torno de toda la República una atmósfera luminosa que llamaba hacia sí las atentas miradas de todos los pueblos de la tierra, como hacia un foco inmenso de luz pura y benéfica que hubiese concentrado él sólo, los espléndidos rayos de la civilización cristiana.

Veíannos los pueblos, y nos saludaban con cariño respetuoso, nos aplaudían, nos estimulaban con sus aprobaciones, y envidiaban nuestra ventura. ¿Merecemos hoy el aplauso del mundo civilizado...? ¿Nos envidiarán hoy muchos pueblos...? Fáltanos aliento para contestar a estas preguntas...

Y ¿cuántas veces, en el fondo de nuestra humillación y desventuras, nos hemos involuntariamente preguntado: ¿qué habría sido hoy de nuestra querida Patria, si el crimen, menos impaciente, hubiese concedido al Héroe ecuatoriano el plazo de vida que le decretó el Todopoderoso para bien de la República y consuelo de la Iglesia? Su último período habría expirado ya dos años atrás, en 1881! Entre tanto, ¡qué vuelo habrían cobrado la industria, el comercio, las artes y las ciencias! ¡Qué riqueza y abundancia habría traído al Ecuador la pureza en el manejo de las rentas públicas, prodigiosamente aumentadas con ocasión de la guerra del Pacífico! Volaría el ferrocarril sobre las crestas de los Andes; cruzaría el interior en contacto inmediato con las costas; Caráquez, el Pailón, Esmeraldas serían al presente nuevos puertos de la República, que habrían levantado a inaccesible altura a las hoy postradas provincias del Norte, y a nuestra Capital y provincia del Pichincha; el Oriente, llamado a la civilización por la voz poderosa del Héroe, nos habría enriquecido con los frutos de su vegetación exuberante y rica, y nos habría franqueado sus veneros de oro, sus avaros Pactolos, y sus ríos caudalosos, el Napo y Amazonas, para trasladarnos al Atlántico, rompiendo todas las vallas, que nos tienen hoy aprisionados. El prestigio de nuestro bienestar y progreso habría facilitado la inmigración de las mejores razas de la Europa católica, y veríamos hoy esos hombres dominadores de la naturaleza, poblando nuestras selvas olvidadas, e improvisando ciudades, puertos, canales, templos, muros: y esa inmigración habríanos proporcionado el beneficio inapreciable de la fusión de razas que es, en nuestro concepto, acaso el único medio que puede levantarnos

de la postración en que yacemos. Esa vida, esa acción, ese movimiento, dirigidos siempre e informados por el principio católico, habría dado a nuestros hombres y a nuestros pueblos hábitos de paz, de orden, de trabajo: comprendiendo todos que no es la política la única granjería, ni el tesoro público la única fuente de una subsistencia mezquina; respetarían más su propia dignidad y decoro, se avergonzarían de ser asalariados, y no pedirían a los gobiernos sino las garantías necesarias para el libre desenvolvimiento de su actividad individual y para el honesto ejercicio de derechos legítimos.

No es este un sueño; no es una conjetura apasionada: todos estos bienes y aun mucho mayores nos hubieran procurado la administración de García el Grande, de 1875 a 1881. Pocos días antes de ser asesinado, en íntima confidencia, díjonos el sabio estadista, poco más o menos, las siguientes palabras reveladoras de su profunda política: « En 1851 cuando me decidí a tomar alguna « parte en la política del país, consideré que la Repúbli- « ca, para su prosperidad y dicha, necesitaba de tres pe- « ríodos de una administración justiciera y benéfica, « cada una de las cuales debía abrazar de cuatro a seis « años. El primer período debía ser *de reacción*, el se- « gundo *de organización*, el tercero *de consolidación*. Por « esto, cuando llegué al poder, mi primer período tuvo, « como debió tenerlo, un carácter de reacción contra los « males que desgarraban la patria; y como esos males « eran inveterados, impusieronme el deber penoso de « emplear la violencia hasta extirparlos. El segundo « período que va a terminar en breve, ha sido para mi « gobierno período de organización, la cual como es na- « tural, no me ha demandado violencia: en prueba de « ello aun mis adversarios políticos reconocen hoy la mo- « deración y templanza con que he regido el país. Si la « Divina Providencia no dispone otra cosa, el próximo « período será de consolidación; y en él los pueblos, ha- « bituados ya al orden y a la paz gozarán de más amplias « libertades, bajo un gobierno verdaderamente paternal

« y muy tranquilo. Asegurado así el porvenir de nuestra querida patria, me retiraré a la vida privada, llevando en mi alma la satisfacción de haber salvado el país y colocándole definitivamente en la senda de su progreso y engrandecimiento.» En otra ocasión, por esos mismos días, como le habláramos del temor de una bancarrota y del papel moneda, respondiéronos con energía: « ¿Quién le ha dicho a Ud. tal cosa? Nunca la República ha contado como hoy con tantos elementos. Mire Ud. *si me malan*, mi sucesor tendrá a su disposición muy más cuantiosas rentas que en todos los años precedentes, puesto que deberán acumularse, para invertir las en beneficio del país, las que antes hemos debido desviar para el religioso pago de ingentes deudas que hemos ya amortizado (1): y si él quiere emplearlas como debe, abrirá nuevos puertos, cruzará el país de ferrocarriles, favorecerá la inmigración y poblará el Oriente... habrá plata para todo.» Otras veces, y eran frequentísimas, nos hablaba del amor entrañable

(1) Referíase a las deudas interna y externa que desde la fundación de la República venían transmitiéndose de administración en administración por inventario, como los documentos de un archivo, sin que ninguno de los magistrados anteriores hubiese siquiera advertido la responsabilidad que gravaba a la nación, para procurar su pago. Con excepción del integérrimo Sr. Dr. Francisco Javier Espinosa, cuya administración duró poco tiempo, todos los demás Presidentes del Ecuador, no solamente olvidaron en lo absoluto esta obligación, sino que algunos aumentaron todavía más los gravámenes del Erario, con los empréstitos forzados en lo interior, y el aumento de intereses de la deuda externa. A estas cantidades pagadas ya por García Moreno, debían acumularse para libre inversión ulterior, las sumas invertidas por el sabio Magistrado en la realización de las nuevas empresas y fundación de la Escuela Politécnica, con sus riquísimos gabinetes de todo género, y las que demandaron los numerosos edificios de beneficencia e instrucción pública, que poseen en toda la República, los eternos bienes con que la enriqueció.

Veamos cómo se expresa a este respecto el último Mensaje de García Moreno:

« Con los recursos de este bienio no sólo hemos satisfecho puntualmente los sueldos, pensiones y censos que gravitan sobre el Tesoro, sino amortizado en su totalidad la deuda Mackintosh y la anglo-americana; pagado 358.000 pesos de la deuda inscrita y 112 588 pesos de la flotante; invertido 142.708 pesos en los establecimientos de beneficencia; 609.841 pesos en instrucción pública y 1'943.732

que profesaba al pueblo ecuatoriano; la más pequeña e insignificante manifestación de gratitud, de aprecio, de parte de los que gobernaba; una salutación, una visita, una palabra en su favor bastaba para excitar en aquel generosísimo corazón los sentimientos de la más exquisita ternura y benevolencia para con todos sus compatriotas. «El pueblo es bueno, Señor, nos decía entusiasmado y ardiente; el pueblo es dócil, sumamente hábil e inteligente; aquí hay mucha fe, muchas virtudes: sólo necesita estímulos; si tiene algunos defectos, ellos no son consecuencia de su mala índole y carácter, sino resultado de usos y costumbres que se han arraigado por falta de una educación atenta y esmerada.» Un día habiéndole dado el pésame por la muerte de una niña suya algunas personas de la capital, poco después debimos hablarle, y le hallamos profundamente conmovido y enternecido, y díjonos: «Vea Ud., yo no sé cómo pagar a un pueblo que así se digna tomar parte en mi dolor.»

Y le llamaron y aún le llaman *tirano*! Dios Santo! ¿Qué nueva especie de tiranía es esta? qué corazón humano concibe así las cosas? qué lengua hablamos? Ti-

pesos en obras públicas, es decir, vías de comunicación, penitenciaría, observatorio astronómico, edificios para hospitales, colegios, escuelas etc., según veréis en las cuentas del Ministerio de Hacienda.

Reunidos todos los caudales invertidos en estos importantes objetos, durante los seis años transcurridos hasta diciembre de 1874, resulta gastado:

1º En la extinción de la deuda externa «Mackintosh» anglo-americana	9 525.379
2º Deuda interna, por capital e intereses del empréstito de medio millón de la administración Espinosa, extinción de la deuda por manumisión de esclavos, deuda flotante y deuda inscrita, incluidos millón y medio de pesos de capitales «censo devueltos con arreglo al Concordato con la décima parte de su importancia nominal»	4'320.210
Total pagado por la deuda pública	4'845.598
3º En instrucción pública y beneficencia	1'386.759
4º En obras públicas	3'715.732

Total invertido en el servicio de la deuda, interna y externa, beneficencia, instrucción y obras públicas..... 9'948.089

(¡U le llaman derrochador de los caudales públicos!!)

rano el hombre que fue la más noble y la más alta personificación de una virtud perdida en el siglo XIX, en el siglo del más rastrero egoísmo? Tirano el hombre que que sacrificó al bien de la Patria reposo, fortuna y honra y vida; el hombre que consagró al progreso del país toda la actividad de su genio poderoso, toda la energía de su voluntad incontrastable, todos los recursos de una mente inspirada, toda la rectitud de un espíritu justiciero, todo el prestigio de una moralidad jamás amancillada, toda la desconocida benevolencia de un corazón tierno y generoso, toda la fe de un creyente de los siglos primitivos de la Iglesia! Tirano el hombre que mientras todos dormíamos tranquilos bajo la sombra de la Cruz y de la Paz; él sólo en alta noche, sin soldados, sin armas, sin estrépito, sin tren de guerra, en el rigor del invierno, arrosando peligros, desafiando la muerte iba y venía, conjuraba tormentas, ahuyentaba la discordia, reprimía pasiones tumultuosas, desconcertaba planes de revoluciones sangrientas, y se restituía al hogar doméstico, como si nada hiciera, y sin consentir jamás en que el pueblo reconocido a tantos beneficios le dijese: *os lo agradecemos!* Tirano el hombre que abrumado por la maldición y la calumnia de los hablistas de la lengua castellana, no oponía a tantos dictérios, a tantos furores otra réplica que hacer el bien a la patria y aceptar resignado la recompensa decretada por el genio del mal, diciendo en conversación privada: *este es mi sueldo!* Pero no: nos equivocamos. El Héroe cristiano tenía sus desahogos con su Padre: el Hijo de la Iglesia con el Vicario de Jesucristo! En su última carta al inmortal Pío IX. decíale: « Qué dicha es para mí, Santísimo Padre, ser detestado « y calumniado por el amor de nuestro Divino Redentor! « Y cuán grande sería mi felicidad si vuestra bendición « me alcanzara del Cielo la gracia de derramar mi sangre « por Aquel, que siendo Dios, quiso derramarla por nosotros en la Cruz! » *Ecce Homo!* He ahí el tirano!!! Tirano! que antes de morir e ignorando sin duda el momento preciso en que debía ser sacrificado, escribió más

con lágrimas que con tinta su último Mensaje a las Cámaras legislativas en el cual decía, como despidiéndose, a todo el Ecuador. «Si he cometido faltas, os pido «perdón mil y mil veces, y lo pido con lágrimas sincerísimas a todos mis compatriotas, seguro de que mi «voluntad no ha tenido parte en ellas. Si, al contrario, «creéis que en algo he acertado, atribuidlo primero a «Dios y a la Inmaculada Dispensadora de los tesoros «inagotables de su misericordia, y después a vosotros, «al pueblo, al ejército y a todos los que, en los diferentes ramos de la administración, me han secundado con «inteligencia y lealtad en el cumplimiento de mis difíciles deberes». . .

Así se despidió de nosotros el Tirano García! Tales fueron en vida y muerte los horribles sentimientos de su despotismo, de su crueldad, de su fiera abominable: por esto le aborreció y detestó el mundo, y los que le dieron muerte merecida danzaron alegres sobre su tumba como libertadores de la Patria, a quien, con tan gloriosa hazaña, abrieron nueva era de paz, de dicha, de contento. Ahora, cuando el cadáver ensangrentado del Tirano se ha convertido en cenizas, ahora conviene revolver el odiado sepulcro para esparcir a los cuatro vientos los restos odiosos de ese Malhechor. El tiempo ha interpuesto ya ocho años entre el 6 de Agosto de 1875 y el 6 de Agosto de 1883; entre el último día de la existencia política de ese hombre funesto y el día de hoy, día de los redimidos y de los redentores, día de gloria y día de esperanza. . . ! El 6 de Agosto de 1883 debe corregir y enmendar al 6 de Agosto de 1875, y si en éste la desaparición violenta y cruel del Personaje, después de Pío IX, más grande del siglo XIX, arrancó un grito de horror y consternación a todo el universo, hoy debemos desmentir al universo y burlarnos de las lágrimas y del dolor universal de Asia, Africa, Europa y América, para entregar a olvido sempiterno la memoria odiosa de Gabriel García Moremo!!!

Pueblo ecuatoriano, provincias todas del interior y

de la costa, nobles adalides y vencedores de la dictadura, Quito agradecida y generosa, ¿seréis capaces de consentir en esto? Vosotros que habéis celebrado con tan ardoroso entusiasmo las recientes victorias de la Patria, porque eran las de la justicia: vosotros que, evocando la memoria de Bolívar en su glorioso Centenario, os habéis mostrado dignos herederos del legado con que ese Héroe enriqueció la América meridional; vosotros que os disponéis a renovar el recuerdo de otra fecha no menos gloriosa de la historia patria, el 10 de Agosto, hermanando las libres expansiones del espíritu nacional con la muy elocuente expresión oficial del Catolicismo ecuatoriano, la colocación de la primera piedra de una nueva Basílica, olvidaréis el 6 de Agosto de 1875, en que el *Hombre que honraba al hombre*, cayó en la plaza bajo el yerro del asesino, víctima de su fe y de su caridad cristiana para con la patria, como, hablando de García Moreno, dijo el Inmortal Pío IX?

Ah no! Sels de Agosto y García Moreno, son fecha y nombre indelebles, cuya memoria fielmente renovada tiene en la Patria muy gloriosos destinos. Ella debe purificar a los ecuatorianos con las lágrimas reparadoras y siempre renacientes de aquel dolor primero, que se tradujo en los ayes prolongados y desgarradores alaridos de la nación, en el luto que vistieron las ciudades, en el duelo general del mundo, en las sentidas elegías de los poetas, en los elocuentes patéticos arranques de oradores inspirados, en las justas quejas e indignadas protestas de la prensa europea y americana contra los infortunados fautores, cómplices y ejecutores del más horrendo crimen de lesa patria.

Mientras el Ecuador consagre un recuerdo doloroso al 6 de Agosto y pronuncie una palabra que sea el fallo eterno de la vindicta pública contra el crimen que nos arrebató a García Moreno, razón hay para esperar que la República, recobrada de tanto infortunio, vuelva definitivamente al sendero de la prosperidad y ventura adonde la impulsaba la diestra vigorosa del Héroe. Excita-

mos, pues, a todos nuestros compatriotas a la renovación de este sentimiento talvez adormecido. Vistamos nuestras casas de luto; narremos a nuestros hijos, para su moralización y enseñanza, las virtudes y méritos de la Víctima, y la crueldad y escándalo de la catástrofe. Meditemos en las consecuencias desastrosas que han sido el único fruto de hecho tan execrable; a fin de persuadirnos, como en otra ocasión lo hemos dicho, de que nunca la prosperidad de las naciones puede estar vinculada al crimen.

Si el profundo sentimiento del pueblo ecuatoriano por la violenta desaparición de su benéfico caudillo, ha sido ahogado durante los ocho años que han transcurrido bajo el predominio humillante de las armas que han asolado la Patria, conduciéndola al abismo con ruina estrepitosa, hoy que vuelve a irradiar en el horizonte ecuatoriano la apacible luz de una nueva aurora, para el imperio de la moral, de la justicia y del bien entendido progreso, justo, muy justo es que el sensato e incorruptible pueblo ecuatoriano, proteste con la elocuencia de los hechos y arroje al conturbado rostro de sus corruptores, la sangre inocente con que estos quieren manchar su limpia faz, llamándole a la complicidad del nefando crimen del 6 de Agosto de 1875. Hagámoslo así con las manifestaciones de nuestro dolor, y elevemos una plegaria al Cielo, pidiendo al Dios de nuestros padres, derrame sus bendiciones sobre la patria, la preserve de los criminales que ensalzan ese *puñal de la salud* que nos privó de la más grande gloria, orgullo y esperanza del Ecuador; juremos no olvidar nunca la memoria gloriosa del caudillo generoso que así amó a la patria, que *pródigo de su sangre, vivió sólo para ella y por ella fue inmolado*.

Depositemos, después de ocho años, esa flor en esa tumba que encierra tantas glorias y sepulta tantas esperanzas: he ahí el último tributo de nuestro indeleble amor y veneración al gran Magistrado ecuatoriano.

Quito, 6 de Agosto de 1883.

XIV

ETOPEYA DEL PUEBLO ECUATORIANO (1)

Los ecuatorianos, políticamente hablando, son un pueblo inquieto, exigente, celosísimo de su libertad; no quiere ser gobernado sino por hombres probos, integérrimos, justos, perfectísimos y muy sinceramente religiosos. Por esto tiene abiertos cien ojos sobre los gobernantes para sorprender en ellos el más leve desliz, la mancha más imperceptible: tiene una aversión profunda a la arbitrariedad, al nepotismo, al despilfarro de la hacienda pública. El pueblo ecuatoriano quiere, —¿y por qué nó?— que su gobierno ponga en juego todos los elementos de prosperidad temporal, quiere el progreso de de las ciencias, de las letras, de las artes, de la industria, del comercio... Mas al lado de estos defectos y virtudes, junto con estas aspiraciones y deseos, hay una cualidad, un hábito sobrenatural y divino que es la forma de todas sus virtudes y son la represión oculta de todos sus defectos. Esa forma es la fe católica, ella se desenvuelve vigorosamente, no sólo en la vida individual y doméstica, sino también, y sobre todo, en su misma existencia y vida política. Los ecuatorianos han dicho una vez por todas: «*Una fides, unus Dominus, unum baptisma*»: «no hay más que una sola fe, un solo Señor, un solo bautismo»; y el poder constituyente, y el poder legislativo, y todos los poderes han debido consagrar siempre en la República la unidad de creencias y de culto contra ese pueril e insensato prurito de improvisar, en medio de pueblos creyentes, un protestantismo sin objeto que nunca puede aclimatarse entre nosotros. Los ecuatorianos han dicho: «creemos en la santa Iglesia católica, apostó-

(1) Del Discurso pronunciado en la iglesia Metropolitana, en la fiesta cívica del 10 de Agosto de 1884.

lica, romana»; y la República, en ejercicio de su soberanía, ha roto las cadenas con que el regalismo español nos dejó cautiva a la Esposa de Cristo, y le ha devuelto con su independentia todas sus prerrogativas y usurpados derechos. Los ecuatorianos han dicho: «reconocemos en el sucesor de Pedro y Vicario de Jesucristo al Papa-Rey»; y la República en ejercicio de su soberanía levantó, la única en el mundo, su voz contra la usurpación inicua de los Estados Pontificios. El pueblo ecuatoriano dice. «La Iglesia no yerra; el Papa es infalible»; y todos los cuerpos docentes de la República, sus gravísimos e ilustrados doctores, sus sabios y virtuosos maestros, una juventud ardorosa, perspicaz, inteligente aceptan sin discusión, sin restricción de ninguna especie, el Syllabus de Pío IX, las Encíclicas de León XIII. Pero, ¿adónde voy, Señores? Muy prolijo sería enumerar todos los actos de soberanía en su relación con la fe del Ecuador. Bástame, pues, recordaros, que, en días de vivos, hemos visto al *Hombre que honraba al hombre*, al Benjamín de la Iglesia en el siglo XIX, al más grande de los ecuatorianos, llevar en triunfo por calles y plazas la Cruz del Redentor diciendo, poco antes de ser sacrificado, al pueblo que gobernaba: «*Salva Cruce, liber esto; Salva Cruce, libertatem et gloriam consequuto.*» Bástame recordaros que, no contento el Héroe Ecuatoriano con inspirarnos con su ejemplo el amor de la Cruz, registró con fe el pecho opulento del Hombre - Dios, y en ejercicio de la soberanía nacional, por él representada, dejó a la República suspendida de una de las fibras del Corazón Divino... Y todo esto en el siglo XIX... en medio del naufragio universal de las creencias... contra el torrente asolador de pasiones enfurecidas, y a despecho de la ingrata y pérfida apostasía de la civilización moderna... No: «*Digitus Dei est hic*»; «este es el dedo de Dios.» Sólo Dios puede explicar el misterio de la fe nacional del pueblo ecuatoriano: nada tenemos de que envanecernos. Sólo Dios ha podido inspirar hoy mismo a nuestros legisladores y gobernantes tan hermosas discusiones,

tantas nuevas leyes, tantos nuevos decretos que, en el ejercicio de la soberanía, confirman, corroboran, desenvuelven el espíritu heroicamente católico de la nación ecuatoriana.

HIPOTIPOSIS DE JESUCRISTO

¡ Ah ! Señores, contemplad a Cristo silencioso en el pórtico del templo de Jerusalén: pocos le conocen; nadie sabe quién es; pero bullen en su mente divina altos y soberanos pensamientos, y dilatan su corazón ardientes deseos y esperanzas inmortales. Vedle: vibran sus ojos con rayos de luz celestial que eclipsan la gloria de Ciro y Daríos, de Alejandros y Césares. Cristo quiere conquistar el mundo, y medita para ello el establecimiento de la Iglesia. « Yo, dice, fundaré una sociedad que no abrirá su seno más que a aquellos que quieran ofrecermé estos dos grandes sacrificios: la sumisión de la razón a la fe, y el sacrificio de la voluntad propia a la ley divina y a la autoridad de mi Iglesia. » Así dijo Cristo, y así es: todo el cristianismo reposa en la idea de estos dos sacrificios individuales. Suprimid el primero y tendréis la *herejía*; suprimid el segundo y tendréis el *cisma*. Tanto en un caso como en otro habrá siempre ruptura, y la unidad social será imposible: tan cierto es que el sacrificio es el jugo vital de la sociedad, y que por consiguiente la perfección del ser social está, permitidme una frase matemática, en razón directa del espíritu de sacrificio y en razón inversa del egoísmo de los asociados.



XV

PASAJE DEL "CATECISMO FILOSOFICO"

LECCION SEPTIMA

Sumario: *Patriotismo, cuarta prenda de los hombres públicos.—Patriotas y PATRIOTEROS.—Descrédito de algunas repúblicas causado por los patrioterios.—Espíritu patriótico exigido por los filósofos y legisladores antiguos.—El patriota del Ecuador.—Consecuencias que deduce León XIII del dogma católico sobre el origen divino de la autoridad social.—Deberes de los gobernantes.—Deberes de los gobernados.—Importancia de las doctrinas pontificias.*

FILÓSOFO.—Asegurada estaría en gran parte la ventura de los pueblos, si tuviesen siempre a la cabeza hombres *religiosos, probos y aptos* para el gobierno: pero, si no me engaño, señalasteis en una de nuestras conferencias anteriores otra prenda: ¿cuál era?

ECUATORIANO.—Sin duda la *religión, probidad y aptitud*, bien comprendidas, abrazan todas las cualidades que se pueden apetecer en los hombres públicos: mas como no todos tenemos ideas *claras y distintas* de las cosas, juzgué necesario indicar en concreto otra cuarta condición que deben considerar los pueblos en tiempo de elecciones: esta es, el *patriotismo, el amor desinteresado de la patria*.

F.—Os sobra, amigo mío, razón para ello. Hoy en día el verdadero patriotismo es como el fénix, *rara avis*. Conozco el mundo, y la experiencia me enseña una cosa muy triste, a saber, que especialmente en los pueblos republicanos escasean más los patriotas entre los hombres y partidos que se disputan el poder, que en las cla-

ses sociales libres de la ambición y del interés. Cuando oigo tantas promesas como hacen los ambiciosos al pueblo, sin quererlo me vienen a la memoria las palabras de Virgilio contra el funesto caballo de Troya: *Timeo Danaos et dona ferentes*: temo a los griegos en sus mismas dádivas. Cosa cruel es verse condenado un hombre al escepticismo en esta materia, y a haber de admitir, *velis nolis*, la distinción profunda entre *patriotas* y *patrioteros*; término, este segundo, que aunque no corre en el diccionario de la lengua, le hallamos sin embargo muy expresivo, y le entendemos perfectamente en el vocabulario de los pueblos anárquicos.

E.—Lo peor del caso es que en Europa esta miseria es el mayor descrédito de las repúblicas hispano americanas. Luis Veuillot, en su famoso editorial sobre García Moreno, decía hablando de los Presidentes de la América del Sur: «Acontece de ordinario que los Presidentes en su gobierno no hacen más que atesorar, remitir los fondos a Europa, e ir luego a disfrutar de ellos: por lo demás, son hombres sin crédito alguno...» ¿No es esto sobre toda vergüenza vergonzoso, y sobre toda indignidad indigno? Y si tanto dijo el publicista francés hablando de los jefes de partido; ¿qué no pudiéramos añadir nosotros testigos inmediatos, oculares de tantas miserias de los subalternos, agentes, aduladores, en una palabra, de todos aquellos que, en cada cambio de gobierno, no aspiran más que al miedo personal, aunque sea a costa de los más vitales intereses de la nación?

F.—Ciertamente el vil egoísmo y rastrero interés de los caudillos y de las facciones es la verdadera causa del abatimiento y postración de muchos pueblos republicanos. Nunca serán ellos prósperos y grandes, si no se esfuerzan en levantar el espíritu patriótico, poniendo a la cabeza hombres de conciencia, desinteresados y generosos. «El Senado de la República Romana, dice Valerio Máximo, se distinguía por la fidelidad y sabiduría de sus decretos; el secreto de sus deliberaciones le hacía impenetrable. Los que eran admitidos en él, lo primero

que hacían era *despojarse del interés partitular, por considerar sólo el bien público.* » Por esto, como observa Floro, los embajadores de Pirro, habiendo sido despedidos de Roma con sus regalos, que la integridad romana no quiso admitir, les preguntó este Príncipe qué habían observado en esta famosa ciudad; y respondieron que « Roma les había parecido un templo, y el Senado una asamblea de Reyes. » ¡ Cuán otra sería la suerte de muchas de nuestras repúblicas, si sus legisladores fuesen como los senadores romanos !

Lo que digo de los legisladores debe con más razón entenderse de los Jefes del Estado; porque como sabiamente dice Platón, « el bien público es el fin de todo buen gobierno »; y como observa Jenofonte, no se han instituido los príncipes y jefes de los pueblos para pasar una vida dulce y voluptuosa, sino para procurar a los gobernados una vida feliz y honrosa. El mayor elogio que se puede hacer de un Rey o Presidente es el que hizo Plinio del Emperador Trajano en estos términos: « Aborrecéis vuestra propia salud, si no está unida a la de la República: no podéis sufrir que se dirijan votos al cielo a favor vuestro, si no son útiles también a los mismos que los hacen. » ¡ Bello elogio ! Felices los pueblos gobernados por hombres tan nobles y generosos ! Hoy, amigo, muy pocos pueden merecer esta alabanza; muy pocos pueblos tienen esa felicidad. La tuvo el Ecuador mientras vivió García Moreno: ese Héroe cristiano mereció, al pie de la letra, el panegírico de Plinio, concebido en favor de Trajano más bien por la adulación y la lisonja que por la verdad y el mérito.

E. — No me habléis, amigo, de García Moreno; porque su sólo nombre conmueve mi corazón hasta derramar abrasadoras lágrimas. Aún no sabe el Ecuador lo que perdió... lo va entendiendo más y más cada día... pero le falta mucho, mucho, mucho por entender. Si el Ecuador, tirando por otro camino, consuma su prevaricación, y se despeña en el precipicio de una política opuesta a los principios de su Regenerador, conocerá lo

que perdió en el Héroe, cuando se agite moribundo en el abismo de su completa ruina. Si el Ecuador, aleccionado con dolorosas experiencias, vuelve al derrotado que le señaló en vida el dedo de su inmortal caudillo, le ensalzará gozoso cuando, merced al impulso que le dió, domine triunfante las cimas luminosas de la prosperidad y de la gloria.

Pero volvamos, si os parece, a nuestra Encíclica « *Immortale Dei* », y confirmemos todo lo que llevamos dicho en las precedentes lecciones con la autoridad de la palabra pontificia.

F.—Que me place, y tanto más, cuanto este fue el objeto principal de nuestras conferencias. Os ruego, pues, que en cuanto sea posible contestéis a mis preguntas sirviéndoos de los mismos términos del sabio Pontífice. Decid ¿cuál es la consecuencia práctica que deduce León XIII del dogma del origen divino de la autoridad social y política?

E.—Deduce nada menos que todos los deberes de los gobernantes y gobernados: lo cual es sobre manera provechoso y necesario; por cuanto no faltan, aun entre católicos, quienes, contentos con hacer profesiones de fe especulativa, se cuidan poco de estudiar el enlace de los dogmas con la vida práctica. Acaece esto más ordinariamente en materias sociales y políticas. Pues bien: León XIII, después de explicar el origen divino de la autoridad social, nos dice: « Cualquiera que sea la forma de gobierno, los jefes o príncipes del Estado deben poner la mira totalmente en Dios, supremo Gobernador del universo; y proponérsele como ejemplar y ley en el administrar la república... »

F.—¡ Precioso documento ! El solo ennoblece y eleva la autoridad a una altura inaccesible. Admitida la existencia de Dios y el dogma de la Providencia, no queda a la razón otro dechado y norma de gobierno que el mismo Dios y su Providencia. Las teorías liberales no hacen de los gobernantes, sino otros tantos pajes de frac y banda, esclavos de la tiranía de la opinión voluble de

muchedumbres inconscientes, esclavos de los caprichos de turbas ebrias, esclavos de una prensa malcontentadiza y sediciosa: la enseñanza católica levanta a los reyes y presidentes hasta el trono mismo de la divinidad para decirles, señalándoles a Dios: He aquí vuestro modelo, he aquí vuestra ley, he aquí vuestra única *razón de Estado*: Dios, Dios y Dios! No comprendo por qué reyes y pueblos prefieren a la teoría católica los delirios del liberalismo.

E.—Menos lo comprenderéis, amigo mío, si pesáis el razonamiento con que muestra el Pontífice su proposición. «Porque así como en el mundo visible, dice, Dios ha creado causas segundas que dan a su manera claro conocimiento de la naturaleza y acción divinas, y concurren a realizar el fin para el cual es movida y se actúa esta gran máquina del orbe; así también ha querido Dios que en la sociedad civil hubiese una autoridad principal, cuyos gerentes reflejasen, en cierta manera, la imagen de la potestad y providencia divinas sobre el linaje humano.»

F. - De modo que los hombres han de gobernar a los hombres como gobierna Dios... ¡Oh doctrina profunda y sublimísima! Ya entreveo que ella sola abraza, en su sencillez divina, toda la extensión de las obligaciones que pesan sobre la conciencia de los gobernantes sinceramente católicos.

E. - Así es, en efecto: porque apoyado el Padre Santo en este principio, deduce: 1º Que ha de ser *justo* el mandato e imperio que ejercen los gobernantes, y no despótico, sino en cierta manera paternal, porque el poder justísimo que Dios tiene sobre los hombres está también unido con su bondad de Padre. 2º Que la autoridad asimismo ha de ejercerse en provecho de los ciudadanos, porque la razón de regir y mandar es precisamente la tutela del procomún y la utilidad del bien público. 3º Que si esto es así, la autoridad está constituida para velar y obrar en favor de la totalidad; claramente se echa de ver que *nunca, bajo ningún pretexto*, se ha de concre-

XVI

PERORACION DEL DISCURSO FUNEBRE
DEL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO (1)

Y bien ¿cómo feneció Sucre...? ¿Cómo terminó su breve, fecunda y gloriosa carrera...? Al llegar a este punto, os confieso. Señores, que sólo el deber sagrado que me impone esta fúnebre pompa me obliga a pronunciar una palabra espantosa, una palabra cuyo eco, repercutiendo en las profundidades del mundo moral, abate el espíritu, conturba la conciencia y arranca del corazón herido un ¡ay! prolongado de aflicción y dolor inconsolable...! No; no me atrevo a pronunciar esa palabra horrenda... Leedla vosotros escrita a cada paso en las negras y luctuosas páginas de la Historia de las repúblicas hispano-americanas. Dorrego en Buenos Aires... Blanco en Bolivia... Monteagudo en Lima... Guerrero en Méjico... Armaza y Quirós en el Perú... Bermúdez en Cumaná... Serviez en los llanos de Apure... Carvajal en Casanare... Heres en la Guayana... y otros, y otros próceres y guerreros ínclitos... y en fin, Sucre en Bermejos...!!! Ángel del Ecuador! baja hoy enlutado del cielo y extendiendo tus alas sobre los restos ignorados de nuestro héroe, refiérenos el caso lamentable...

Un día, Señores, se confabularon entre sí la sospecha inquieta, el temor pálido, la envidia negra, el odio sangriento, la crueldad inexorable y la traición mañosa, y dijeron: «Oprimamos al justo en la soledad, no perdonemos a la viuda... sea nuestra fuerza la única ley de justicia; pues lo flaco, según se ve, de nada sirve... Armemos lazos al inocente, visto que no es de provecho para nosotros y que es contrario a nuestras obras y desa-

(1) De la *Oración Fúnebre* tenida en Quito, el 4 de febrero de 1895.

credita con su conducta la nuestra depravada. No podemos sufrir ni aun su vista; porque no se asemeja su vida a la de los demás y sigue una conducta muy distinta. Nos mira como a gente frívola y ridícula; se abstiene de nuestros usos como de inmundicias, y prefiere lo que esperan los justos en la muerte... Vamos, pues, y pongámonos en acecho para matarle; armemos ocultos lazos a ese inocente. Ya viene, ya viene... traguémosle vivo, como traga el sepulcro los cadáveres... y todo entero, como si cayese en una sima... Encontraremos con su ruina toda suerte de bienes, y henchiremos de despojos nuestras casas... » (1) Esto dijeron las pasiones, y salieron armadas al encuentro del justo para sacrificarle.

Venía él al Sur, ceñida de muchos laureles la frente inmaculada, y trayendo en la diestra muy verdes ramos de naciente oliva, cual la de la paloma bíblica que, después del naufragio universal, tornó al arca misteriosa llevando en el pico la buena nueva de la paz. Hallábase el héroe en todo el vigor y plenitud de la virilidad; y sin embargo había envainado para siempre la espada victoriosa y dado eterno adiós a las agitaciones de la vida pública. No tenían qué recelar ni por qué temer sus adversarios ni sus émulos. Venía a su patria adoptiva ardiendo en castos amores de legítima esposa, y suspirando por el instante, para él felicísimo y para la patria muy honroso, en que pudiese difundir en torno del hogar doméstico la suave fragancia de encantadoras virtudes. Así venía Sucre solo, desarmado, tranquilo, cariñoso... ¡Ay pasiones humanas traidoramente escondidas en Berruecos! Perdonad a la inocencia, compadeceos del justo, de la esposa... de Colombia toda...! ¡No seáis crueles... no asestéis el golpe de muerte... deteneos...! ¡Ay! es ya tarde... Silba el plomo fratricida, traspasa el corazón del héroe, exhala éste un profundo gemido y... cae exánime...!!! Ángel del Ecuador! baja hoy enlutado del cie-

(1) Sap. II, 10 y siguientes y Prov. I, 11 y siguientes.

lo, y extendiendo tus alas sobre los restos escondidos de nuestro héroe, llora nuevamente con nosotros el caso lastimero...!!! ¡Pobre víctima, pobres victimarios, pobres pueblos..!

*
* *

Hoy, Señores, sobre las tumbas de tantos guerreros ínclitos, tan inhumanamente sacrificados, sea dado al orador cristiano exclamar en nombre de la razón y de la fe: ¡ay de la política sin Dios! ¡ay de esa política, corruptora infernal de la conciencia humana! Por esa política sin Dios mató la Sinagoga a Cristo; pues ella dijo: «Si dejamos a Cristo con vida, vendrán los romanos y destruirán nuestra nación», y precisamente por esa política envió Dios a la Judea las águilas y legiones romanas; aquéllas para que se cebasen en un millón de cadáveres de los deicidas, y éstos para que destruyesen a Jerusalén sin dejarle piedra sobre piedra. ¡Pobres víctimas, pobres victimarios, pobres pueblos...!!!

Mas ¿qué hicisteis, Dios mío, del espíritu inmortal de Sucre? ¿adónde le llevasteis? ¿dónde está? Hoy, a los sesenta y cinco años del horrible parricidio, nos preguntan nuestros hermanos de Venezuela:—¿dónde están los restos del hijo ínclito de Cumaná?—y en honda pena debemos contestarles:—«lo ignoramos!»—Y hoy, a los sesenta y cinco años del horrible parricidio, os preguntamos, Dios mío: «¿qué hicisteis del espíritu inmortal de Sucre?», y nos contestaréis: «*Ese es mi secreto.*»

Yo, Señor, adoro con la frente en el polvo los secretos escondidos en la profundidad de vuestra justa providencia; pero en nombre de este grave y muy religioso auditorio, alzo mi voz al trono de vuestra misericordia, a esa Cruz que, colocada sobre todas las tumbas cristianas, guarda hasta la consumación de los siglos las consoladoras esperanzas de los predestinados. Por esa Cruz os ruego que deis paz y dicha eterna al *Abel Cristiano de Berruecos*...!!!

XVII

VERSION CASTELLANA
DE LA ODA LATINA ALCAICA DE
NUESTRO SANTISIMO PADRE LEON XIII
A JESUCRISTO
(*Cultrix bonarum*)

Del arte y de la industria la brillante
Edad fenece ya: diga sus glorias,
 En sonora lira,
Quien al humano ingenio absorto admira.

A mí del siglo en el ocaso triste
Culpas y errores me abren honda herida...
 ¡Ay! ¡cuán funesta la herencia
Deja él tras sí a incauta descendencia!

¿Qué lloraré? ¿Crueldades y matanzas?
¿Cetros quebrados, desenfreno horrendo?
 ¿O contra el Vaticano
Ese combate pérfido, inhumano?

Libre de vasallaje, ¿el lustre antiguo
Dó está de Roma, capital del mundo,
 Que mil siglos y gentes
Cual Sede Augusta honraron reverentes?

¡Ay de las leyes donde Dios no alienta!
¿Qué honestidad, qué fe resta a los hombres?
 Tiemblan, caen deshechos
Lejos de la ara santa los derechos.

¿Lo oís? De loca ciencia turba impía
Levantar osa al cielo voz blasfema:
 Y a la materia bruta
Cual a única deidad culto tributa.

Reniega audaz nuestro divino origen.
Y entre sombras perdida uuir pretende,
 En torpe maridaje,
Al de la bestia vil, nuestro linaje.

¡ En cuán iumundo cieno ¡ ay ! se revuelve
De impotente soberbia el furor ciego !
 ¡ Ah ! no violéis, mortales,
Los del Señor preceptos celestiales.

Él es la *Vida*, la *Verdad* segura;
Él para el cielo recta, única *Vía*;
 Él en la edad postrera
Dar puede al mundo paz y feliz éra.

Al sepulcro de Pedro ayer Él trajo
De fieles hijos turbas numerosas:
 La fe hoy se rehace...
No es vano auspicio... la piedad renace.

Jesús, del porvenir árbitro excelso,
Asiste al nuevo siglo en su carrera;
 Y la tierra vencida
Por tu poder, se postre a Tí rendida.
Fecunda el germen de la paz dichosa;
Ira, tumulto, guerra triste acabe:
 Y a la región oscura
Torue, de do salió, la llama impura.

Bajo tu cetro un pensamiento mismo
Junte los reyes a tu ley atentos:
 ¡ La fe de polo a polo
Reine !— ¡ Y sea un redil, un Pastor solo !

Acabé mi carrera: con tu aliento
Dos veces nueve lustros he llenado...
 Si tanto el ruego alcanza,
De tu León no frustres la esperanza.

Quito, 20 de abril de 1901.

XVIII

MODELO DE NARRACION ORATORIA (1)

¿Veis allá, en dos extensas llanuras, dos grandes ejércitos, próximos a trabar sangriento, decisivo combate? Ejército es uno de filisteos; el otro ejército del pueblo de Dios — Poder, fuerza, pericia, confianza, audacia... están de parte de los primeros: desconfianza, debilidad, desmayo, miedo, terror... abaten los ánimos del ejército de Saúl. — «Inútil es, dice un orgulloso filisteo, un gigante, derramar mucha sangre para alcanzar victoria sobre los tímidos hebreos: basta provocarlos a un combate singular...» Adelántase, pues, de las filas de los suyos hacia las del enemigo con todo el aparato de un lidiador invencible. El capacete o morrión era de bronce; la ropa de malla y las escamas que la doblaban y fortalecían, de bronce; el escudo que no sólo llegaba sino excedía los hombros, y todo lo demás que cubría el resto del cuerpo... todo, todo era de bronce: blandía lanza formidable que pesaba seiscientos siclos; diríase que era el Genio de la guerra en cuyas bruñidas armas se reflejaba el sol de la victoria para terror y consternación del pueblo de Judá. En tan amenazadora actitud llama a duelo a aquel de los hebreos que quisiese medir sus fuerzas con la suya. Tiembla Saúl, enmudecen todos, ninguno responde a la provocación...

Pero digo mal: de allá, de la última hilera del ejército de Israel se desprende un jovencito que, bajo las frescas formas de belleza encantadora, oculta todo el ardimiento de heroicidad sublime; preséntase a Saúl y dice — «Soy pastor de Belén: conduciendo mis ganados por esos bosques y selvas, muchas veces he desquijarrado

(1) Sermón del Rosario, predicado en Ambato, en Octubre de 1899.

leones con mis manos y he postrado a mis pies osos y tigres. Quiero, pues, si os place, salir al encuentro de ese incircunciso, y volver por la honra de nuestro pueblo, castigando con la muerte su orgullosa osadía.» Maravíllase Saúl de tal propuesta y niégale el permiso: insiste el pastorcito; se rinde el Rey: mas antes viste al nuevo campeón con la propia regia armadura: ensáyala el pastor; no puede con ella moverse desembarazadamente, y dice al Rey con desenfado: « Pelearé como pastor: me bastan mi cayado, mi zurrón, mi honda... », y se lanza al combate—¡ Dios Santo, qué espectáculo, qué solemne momento, qué angustia! ¡ Ya están en la estacada Goliat y David! Goliat blasfemando; David (suelta al viento la cabellera de oro) alzando al cielo los ojos azules en plegaria fervorosa. Un instante, Señores. Precipítase David a cercano arroyo; toma cinco piedras; guarda cuatro en el zurrón y la otra colócala en la honda: apóyase con la siniestra en el cayado, y dando con la diestra dos o tres vueltas a la honda, despide la piedra que en siniestro silbido va derecha a enclavarse en el único punto que tenía descubierto el cuerpo del gigante... en la frente orgullosa!!! Ved ahí a Goliat postrado a los pies de David...! Ah, Señores, cuando Dios dirige el golpe, basta una honda y un guijarro para dar en tierra con todo el poder y fuerza de la soberbia humana que se subleva contra Dios, contra su Cristo!

Mas volviendo a mi propósito, así como en la honda de David contemplo la suavidad del gobierno divino en la disposición de los medios para salvar al pueblo de Judá; así también en la inspiración del Santísimo Rosario a Domingo de Guzmán veo este mismo carácter en favor de los hijos fieles de la Iglesia para darles por su medio la victoria en los combates contra el mundo, el demonio y la carne.

XIX

HIPOTESIS DE LA FUERZA PSIQUICA (1)

Cogidos tenemos a los espiritistas, y entre ellos a nuestro pobre *Doctor de los Invisibles*, con el hurto en las manos. No saben qué hacerse. Nos hablan en nombre de la Ciencia, y la ultrajan; en nombre de la Historia, y la desfiguran y calumnian; en nombre de los sabios, y los desacreditan; en nombre de la Religión, y la profanan impíos y blasfemos; y como poco adelantan por estos caminos, se dan a forjar explicaciones, y excusas, y suposiciones insubsistentes, pueriles, atrevidas. Para probarlo hasta la evidencia bastan las estrofas en las cuales hemos recogido las múltiples hipótesis de los espiritistas. Digamos en este número alguna cosa sobre la séptima, que es como sigue:

- « Otros una *fuera psíquica*
- « Proclaman, que sin remedio
- « Prodigios hace en el medio
- « Más que cualquier causa física. »

¿Qué es esta *fuera psíquica*? « Pues, Señores, *esta fuera es una fuera* de que está dotado el *medio* para hacer bien su oficio. » — ¡Medrados quedamos! *¡Esta fuera es una fuera!* Cuando estudiábamos Lógica, se nos inculcó de mil modos que, al labrar una definición, jamás definir lo mismo por lo mismo, ni introducir en la definición lo definido... Pero ¿qué les importa la Lógica a los espiritistas? Al contrario, ellos la aborrecen entrañablemente, la detestan y la proscriben de todos los dominios de su funestísimo error. Quedemos, pues,

(1) Del folleto «El Doctor de los Invisibles... Artículos jocosos...» págs. 135-140.

en que *esta fuerza es una fuerza*, según los amigos de don Felicísimo.

No así los hombres verdaderamente sabios: ellos, aunque se equivoquen y aun yerran, procedan de buena fe, respetan a sus semejantes, están exentos de todo furor y descomedimiento sectario, fijan sus conceptos y disponen sus razonamientos con toda la calma y la medida de personas bien educadas. Buen ejemplo nos da de esto el Doctor William Crookes quien, en su obra *«Récherches sur les phénomènes des Esprits»*, al ofrecer-nos el fruto de diez años de pacientes investigaciones, se declara partidario de la fuerza *psíquica*, la cual sin contacto muscular ni de otra especie, ejerce acciones a distancia moviendo cuerpos pesados, y produciendo sonidos de muy diversa condición.» La fuerza psíquica procede del Medium y es dirigida por su inteligencia, aunque no pretendo afirmar, dice, que algunas veces no pueda ser dominada y guiada por otra inteligencia distinta de la de que procede. Con esta reserva hablan y y escriben los hombres verdaderamente científicos.

Comparemos al Doctor Crookes con nuestro *Doctor de los Invisibles*. Este pobre señor, en la página 13 de su cuadernito, nos habla así. — «Fenómenos más admirables que el parpadeo de una Virgen pintada se están observando diariamente en las naciones civilizadas, y las eminencias científicas de Europa y de América se han resuelto al fin dedicarse (*a dedicarse se debía haber dicho*) al estudio y observación de hechos que hace más de medio siglo se vienen realizando en el mundo bajo el nombre de *Espiritismo*. William Crookes, etc., etc., verdaderos sabios en ciencias físicas y naturales, no se han desdeñado de concurrir a las sesiones espiritistas con el fin de hacer sus experimentos y observaciones con los *Mediums* que sirven de instrumentos para la producción y desarrollo de los fenómenos admirables, que están poniendo en relación el mundo material visible con el etéreo, flúidico e invisible.»

Queridos lectores, ¿habéis leído trozo más pedantes-

co y rimbombante que éste de don Felicísimo? Porque si nos fijamos únicamente en los terminajos sueltos, hallaremos aquí lo más selecto de la pedantería. — « Fenómenos admirables... Parpadeo de una Virgen pintada — Naciones civilizadas — Eminencias científicas — William Crookes, Russell Wallace, Camilo Flammarion; Charles Richet, César Lombroso, etc., etc. — Ciencias físicas y naturales. — Sesiones espiritistas. — Mediums. — Mundo material visible: mundo etéreo, fluídico e invisible. » ¿Habrá sobre el haz de la tierra hombre más sabio que nuestro *Doctor de los Invisibles*?

Pero vamos a divertirnos un poco. En la pared de un conventillo de Quito había una pintura de brocha gorda que representaba el cruel martirio de unos santos religiosos. Consistía el martirio en una gran caldera de aceite hirviendo, donde estaban sumergidos hasta la coronilla unos pobres Padres franciscanos; al rededor de la caldera veíamos unos diablos muy feos y horribles en actitud de revolver con sus tridentes encendidos los cuerpos de los religiosos; y al pie del cuadro se leía un cuarteto en que el mal pintor había trabucado los dos epítetos del segundo y tercer verso, en esta forma que fácilmente advertirán nuestros lectores:

« Aun es nada lo que ves,
Tormentos más *religiosos*
Padecen los *horrorosos*
Que están en Jerusalén.

Pues nosotros al leer lo que ha escrito D. Felicísimo: — « Fenómenos más admirables que el parpadeo de una Virgen pintada, etc. », nos hemos acordado de este cuarteto, y lo parodiamos aplicándolo todo al gran Espiritista Felicísimo y a su estilo jactancioso y bombástico:

« Aun es nada lo que veis:
Dislates más *horrorosos*

Escriben los espantosos
Alumnos de Satanás.»

En el siguiente artículo hablaremos del Doctor William Crookes.

XX

ALLEGORIA

COR JESU DULCISSIMUN
FONS SALIENS IN VITAM AETERNAM

Oh fons sereno purior æthere,
Fons primo eoo sidere clarior,
Cuius beatas Vitæ in auras
Perpetui saliunt liquores !

Exornat undas chrysolithus tuas,
Et margaritis, et cyanis nites,
Et sardonix, sapphirus, auram,
Atque adamas tibi sunt arenæ.

In te recumbunt candida lilia;
In te recumbunt purpureæ rosæ:
Te circum et indoctæ canendo
Aonidas superant columbæ.

Quos verberanti fulmine sol cremat,
Puræ et fluentes excipiunt tuæ
Lymphæ: nec ulli unquam labore
Exanimi prohibetur haustus.

‘ Huc, huc loquaci flammigeræ alites
Illectæ aquarum murmure convolant:
Huc cervus imbellis, canesque
Visceribus properant perustis.

Iras luporum non pavet hic ovis;
Tauros nec atrox persequitur leo:
Omnesque te circum quieti
Membra tuis refovent in antris.

Undas bibendi fervida me tuas
Urget cupido, fons date cœlitus:
De te (nec alter fons placebit)
Da misero relevare fauces.

Vallus tuetur te tribulis:—edax
Involvit ignis turbine ramulos...
Me vepribus pungat corona,
Me celeri voret igne flamma.

Quod si vereris ne latices meis
Labris fluentes commaculem tuos;
Et tortilem, qui tristis udæ
Serpit humi, colubrum repellas;

Te propter esto fas mihi degere,
Et floridi horti temperie frui,
Dum roboris læto sub umbra
Ore tuas celebrabo laudes.

Sic lux canentem fulgida detegat,
Me nox canentem pallida contegat,
Et mors canentem in te propellat,
Fons saliens paradissi in auras!

VERSION CASTELLANA

Oh fuente muy más pura
Que de nubes exento, aire sereno,
Do más bello fulgura

De la mañana el astro de amor lleno,
Oh fuente que escondida,
Lanzas tus aguas a la eterna vida !

¡ Ah, cuán rico tesoro
De tus cristales al través admiro !
Topacios, perlas, oro,
Esmeraldas, diamantes y zafiro,
Y amatista fulgente
Son de tu fondo arena reluciente.

Ceñida estás de flores:
Lirios y rosas sobre tí se inclinan,
Y dulces ruisenores
Desde el árbol vecino alegres trinan,
Y en no aprendido acento
Superan de las musas el concento.

A quien reverberante
Rayo del sol abrasa a mediodía,
Si te busca anhelante,
Linfá le ofreces cristalina y fría;
Ni a exhausto jardinero
de tu corriente esquivas el venero.

A tu murmurio blando
Doradas avecillas acá vuelan;
Aquí el ciervo temblando
Y el can perseguidor juntos anhelan
Con tu agua bullidora
Refrigerar tu sed devoradora.

Del lobo crüel la ira
No teme junto a tí débil cordero;
El león no respira,
Ni en pos del ternecillo ruge fiero:
A tu margen umbrosa
En concordia y en paz todo reposa.

Fuente del cielo dada,
De tus raudales yo saciarme ansío:
No me niegues la entrada,
Que de otra fuente el agua me da hastío...
Y sólo tu dulzura
Del mísero es remedio a la amargura.

En torno te defiende
Un valladar de abrojos punzadores,
Y a las ramas se extiende
Eterno fuego en vívidos ardores...
Púncenme ¡ ah ! las espinas,
Y abráseme el incendio en tus colinas.

Si mi labio manchado
Temes empañe tu cristal bruñido;
Y al reptil desdichado
Que en el fango se arrastra retorcido,
Lejos de tí sediento
Le dejas exhalar el último aliento;

De tu huerto florido
Déjame al menos gozaré el ambiente;
Y a la sombra tendido
De verde sauce o de laurel riente;
Lloraré mi pobreza,
Y ensalzaré constante tu riqueza.

¡ Así me halle cantando
La alegre luz de la mañana hermosa !
¡ Así hálleme llorando,
La luna opaca en noche nebulosa... !
¡ Y la parca homicida
Impéleme hacia tí, Fuente de vida !

XXI

DISCURSO ACADEMICO

CRISTO, LA IGLESIA Y LA POESIA (1)

SEÑORES:

Si es verdad que de la abundancia del corazón habla la boca, gran tesoro de fe enriquece sin duda el pecho del nuevo académico, el Sr. D. Quintiliano Sánchez, cuando en el acto solemne de su incorporación brota de sus labios tan copioso raudal de elocuencia halagadora. Luminosa, ardiente ha sido para mí la palabra que acabamos de escuchar; porque yo no reconozco ni en las más encumbradas regiones del pensamiento, ni en las más misteriosas profundidades del corazón otra fuente más rica de luz y amor que JESUCRISTO. Señores, si para el escéptico es flaqueza, con ingenuidad la confieso; si para el creyente es gloria, con desenfado la proclamo. No puedo oír hablar del Hombre-Dios, sin sentir que la fe, al través de sus augustas sombras, sumerge mi espíritu en los esplendores mismos de la divinidad, y el amor santo me arranca el corazón para caldearle en el fuego inextinguible de sus purificadores incendios. Dos cosas hay en el hombre inseparables: la contemplación de la belleza verdadera y los éxtasis inefables del amor; porque, como observa profundamente el Ángel de las escuelas, lo *bello* que contempla el entendimiento y lo *bueno* que apetece y ama la voluntad, no difieren real sino lógicamente, puesto que entrambos radican siempre en la forma que da el ser específico a las cosas. ¿Qué es el amor? pregunta Malón de Chaide, hablando no del amor profano, no del amor profanado, sino del amor puro y casto.... y refi-

(1) Véanse las páginas 112, 113 y 114 de estas NOTAS

riéndose a una doctrina de Platón, contesta: — « El amor no es sino el deseo de la hermosura. » — Luego, deduzco yo, siempre que se revela al entendimiento la hermosura, la voluntad no puede menos de sentirse arrebatada hacia ella con todos los desmayos y deshacimientos del amor. Cuando esto no sucede, cuando la literatura de un pueblo se empeña en establecer de hecho un divorcio práctico entre la pura contemplación de la belleza y los afectos de la voluntad; señal es inequívoca de que el corazón, subyugado por las pasiones, ha adulterado y corrompido el amor: y entonces, tarde o temprano, la voluntad, en funesta reacción, extravía y pervierte la inteligencia del artista y del poeta en la creación del tipo ideal de la estatua o del poema. Observadlo en nuestro renaciente paganismo: nunca se han hecho más profundos estudios estéticos, nunca se han dicho más lindezas sobre lo bello y lo hermoso, sobre lo sublime y lo grande; nunca se ha hablado más de divinizar el estro, el numen, la inspiración, el entusiasmo, que en el siglo XIX; y con todo qué de literatos y artistas, si se encumbran en generoso vuelo de la inteligencia a la más alta esfera de los cielos, se arrastran con el corazón en el fango de la materia para extender en la tierra, con los partos de su ingenio, el imperio oprobioso de pasiones desencadenadas.

No así el poeta de la fe, no así el nuevo académico que, genuino representante del espíritu de nuestra naciente literatura nacional, nos ha hablado, con la inteligencia y con el corazón, de la belleza verdadera que contempla y ama, y será para él único objeto de las inspiraciones y cantos con que honrará nuestra Academia.

Nos ha hablado de *la poesía en la fe*; y con esta ocasión ha delineado a nuestros ojos cuadros encantadores del poema de los siglos, el *Evangelio*. Debo yo contestarle. El discurso del Sr. D. Quintiliano Sánchez es *analítico*: permitidme, pues, que yo, en contestación, os presente un trabajo *sintético*; para que *síntesis* y *análisis* den a esta sesión solemne todo el interés e importancia de un acto verdaderamente académico.

Digo, pues, y ésta es mi síntesis, que la poesía de la fe está en posesión eterna del tipo único, subsistente, infinito de la belleza absoluta; y porque la Iglesia es la depositaria, maestra e intérprete de la misma fe, añado que así como la Iglesia, en sus relaciones con la verdad, es infalible, y en sus relaciones con el bien es santa y santificadora; así también en sus relaciones con la belleza es la fuente fecundísima e inagotable de las más bellas y sublimes inspiraciones del poeta al través de todos los tiempos y en la prolongación incomprensible de los siglos eternos.

Muchos y muy gruesos volúmenes apenas bastarían para poner en claro esta proposición; tan sintética es ella. Yo, pues, que no cuento ni con el tiempo, ni con el caudal necesario de conocimientos, me contentaré con presentaros brevemente la serie de raciocinios que, al desenvolver mis ideas sobre la materia, me han llevado a la conclusión dicha.

I

Comprendéis desde luego, Señores, que para señalar el tipo único, subsistente, infinito de la belleza absoluta, en cuya eterna posesión está la poesía de la fe, me es indispensable manifestaros qué es la belleza, no en nuestro entendimiento, ni en nuestra fantasía, ni en la sensibilidad externa, sino en sí misma, en su esencia y naturaleza íntima, en su objetividad propia. Pues bien: la belleza así considerada no es, en mi concepto, sino *el esplendor de los contrastes del orden tanto natural como sobrenatural, ofrecido a las más altas facultades cognoscitivas del hombre, con el fin de excitar en él la idea, el sentimiento, el amor del que es Principio y Corona de los dos órdenes dichos, con todos sus contrastes y esplendores*. Si alguien tildara de prolija esta descripción de la belleza, yo le satisfaría diciendo que, cuando se trata de objetos muy complejos, no hemos de sacrificar a la brevedad la precisión y exactitud de los conceptos. Muy cerca está de

la oscuridad una concisión exagerada: *Brevis esse laboro, obscurus fio*; me esfuerzo por ser breve y me hago oscuro, decía justamente Horacio. ¿Qué importa, por otra parte, definir en dos palabras la belleza diciendo, por ejemplo, que es *splendor veri* o *splendor ordinis*, el esplendor de la verdad o del orden, si para comprender tan breve definición, es preciso emplear largas disertaciones en el desenvolvimiento de las ideas de esplendor, de verdad, de orden?

Salvada así esta pequeña dificultad, me permitiréis, Señores, llamar vuestra ilustrada atención hacia un ligero análisis del concepto que acabo de presentaros de la belleza objetiva y absoluta. Si os dignáis fijaros en mi definición, echaréis de ver que yo admito con todos los filósofos y literatos antiguos y modernos, como elementos objetivos de la belleza, el *esplendor* y el *orden*; reconozco también que lo bello, en cuanto tal, se ofrece a las más altas facultades cognoscitivas del hombre, cuales son el oído, la vista, la imaginación y el entendimiento: lo cual especifica la belleza de los sonidos, de los colores, de la imagen sensible y de la idea puramente intelectual. Mas, en la definición propuesta, añado dos cosas a la doctrina común, y me aparto de ésta en otra tercera. Añado la distinción explícita del orden natural y del orden sobrenatural; porque en la época funesta que atravesamos, de racionalismo y naturalismo puro, creo que ningún católico, ningún creyente sincero debe hacer caso omiso del orden sobrenatural y divino de gracia y gloria, el cual domina toda la creación espiritual y sensible con todas sus maravillas y sus pompas.

Añado también el fin con que se ofrece la belleza a nuestra contemplación; porque el hombre es esencialmente moral y religioso, y debe en todo caso desenvolver su actividad dentro de la esfera de la moral y de la religión. De donde infero que si la contemplación de la belleza es un acto humano, debe ella, como todos los demás actos humanos, someterse a las leyes inflexibles de la naturaleza racional que le prescribe un blanco, una

meta, un fin. Ya en otro tiempo un antiguo y sabio monarca se quejaba de las mutilaciones que padecía la verdad entre los hombres: *diminutae sunt veritates a filiis hominum*; y hoy tengo para mí que uno de los modos más comunes de mutilar y cercenar la verdad consiste en explicar las cosas considerándolas absolutamente y con peligrosa prescindencia de sus relaciones esenciales. En política se proclaman hasta la saciedad los derechos, se callan los deberes; en moral se habla de conciencia, se olvida la ley; en religión se trata de Dios, y se proscribe a Jesucristo. Asimismo cuántos filósofos, literatos y preceptistas hablan y escriben a destajo sobre la belleza, y sin embargo no dicen una sola palabra sobre el fin con que debe ofrecerse a la contemplación del hombre. Esta sola omisión da lugar a ese común y gravísimo error con que se piensa que la belleza no es una dote de la verdad, ni tiene relación alguna con el bien honesto, y que, por lo tanto, pueda hallarse cómodamente en el vicio y en la mentira, siempre que estén disfrazados con galas postizas que sonrían a la imaginación y a las pasiones. *Diminutae sunt veritates a filiis hominum*.

En fin me aparto de la doctrina común, cuando digo que la belleza objetiva es el esplendor de los contrastes del orden tanto natural como sobrenatural; y creo deber confirmar esta proposición del modo más ventajoso, por lo mismo que no carece de alguna novedad. En mi concepto, la belleza objetiva es esencialmente *antitética*, y la verdadera y última diferencia que pudieran exigir los lógicos en la definición de su esencia metafísica no es el esplendor *del orden*, sino el esplendor *de los contrastes* en el orden tanto natural como sobrenatural.

Por primera prueba apelo, Señores, a vuestro fallo. ¿Oís esa sinfonía de Mozart, ese aire tirolés de Rossini en su «Guillermo Tell», esa última aria de «La Lucía» de Donizetti? ¡Oh sonos deliciosos, oh encantadoras armonías! ¡Oh, cómo arroban el alma y suspenden el sentido! Mas ¿cuál es el secreto de la complacencia indefinible con que escucháis las inspiraciones de esos grandes

genios de la música? La perspicuidad de los contrastes en el orden y combinación de múltiples sonidos. Hay contrastes en los movimientos y compases, hay contrastes en la intensidad de las voces e instrumentos, hay contrastes en la variedad de tonos mayor y menor, hay Señores, hasta discordancias verdaderas y transiciones inesperadas y violentas, y estos contrastes, transiciones y discordancias son precisamente los que dan toda su belleza a esas creaciones musicales.

Fijad un instante los ojos en aquellos lienzos de Rafael y de Rubens, y decidme ¿qué os complace en ellos? ¿qué os sumerge en contemplación silenciosa? ¿qué os extasia? Admiráis el genio, admiráis el pincel, admiráis el colorido... Tenéis razón: pero nada serían genio, pincel y colorido sin luz y sombras, sin choques de tintes, sin actitudes contrapuestas, sin afectos contrarios fielmente interpretados en aquellos grupos. Así triunfa también en la pintura el contraste, la antítesis.

Acaece lo propio en las grandes escenas de la naturaleza sensible, la cual es el tipo fundamental de la belleza artística. Cuando al quebrar del alba sale el astro del día a combatir con sus rayos de oro las sombras de la noche; oh, qué soberbio espectáculo presenta el firmamento a nuestros ojos! Huyen despavoridas las nubes; las que van adelante se apiñan, se condensan, como para oponer en retirada su última resistencia a la luz; las que quedan atrás son embestidas por los rayos fulgurantes y se transforman en caprichosos arreboles que llenan de alegría prados, florestas y jardines, donde pintadas ave-cillas celebran con mil trinos y gorjeos el triunfo espléndido del sol de la mañana. ¿Qué hay en esta brillante, hermosa escena? Hay contraste, hay antítesis.

Trasladaos conmigo a la ribera de nuestro océano Pacífico en el instante mismo en que, desmintiendo el nombre, declara la guerra al continente y se apresta al asalto. Contempladle! Agítase el monstruo, como apri-sionado en cárcel estrechísima; quiere sorberse la tierra; revuelve en tumbos gigantescos el caudal inmenso de

atronadoras aguas y lanza sin cesar hacia la costa encrespadas olas que, alardeando de poder y furia incontrastables, asordan la extendida playa en estruendo pavoroso. ¡Ay Dios! ¿qué va a ser de nosotros? Venido hemos a morir...? Nó, no lo temáis...

Dios al bravo mar enfrena
Con muro de leve arena...

Un instante, Señores, y veréis cuál se retiran las ondas, mohínas y avergonzadas, habiendo quebrado todo su poder en la debilidad y todo su furor en la condescendencia de su arena movediza. Espectáculo sublime en el combate y bellísimo en el triunfo ¿no es así? Y sin embargo, combate y triunfo se resuelven, con toda su belleza y su sublimidad, en un contraste, en una antítesis.

Tengo ya, si no me engaño, en favor de mi aserto el testimonio unánime de vuestra sensibilidad interna y externa. Mas como quiero también contar con vuestra razón, he aquí otra prueba de razón. Allá en las regiones ontológicas disputaron acaloradamente Leibnitz y Clarke sobre si Dios podría crear seres perfectamente semejantes en cualidad y en cantidad iguales, de modo que sólo difiriesen en el número. Negábalo Leibnitz exagerando el principio de razón suficiente; afirmábalo Clarke fundándose en la eficacia y libertad de la divina omnipotencia. El sufragio común de todos los metafísicos dió el triunfo a Clarke. Pues bien, supongamos que Dios, en virtud de esa eficacia y libertad de su omnipotencia, crease un orden parcial de seres perfectamente iguales y semejantes, y le ofreciese en la tierra a nuestra contemplación. Pregunto, ¿satisfaríase nuestra inteligencia delante de un orden tan monótono, compuesto de tan uniformes elementos? Aquel grupo de seres ¿no causaría en nosotros la misma ingrata impresión que el lienzo de un mal pintor que intentando representar la batalla de Solferino o de Sadowa, diese a todos los combatientes una misma estatura, una misma fisonomía, el mismo unifor-

me, las mismas armas y actitudes? Habría sin duda en aquel grupo parcial todo el esplendor y orden que se quiera, mas no por eso sería bello, hermoso. ¿Por qué? Porque faltaba el contraste, la antítesis. Luego éstos, éstos son la única diferencia en la definición esencial de la belleza.

Pero ¿de dónde nos viene, me diréis, esa natural e ingénita simpatía de nuestro entendimiento con los contrastes? Señores, la razón es profunda y corrobora más y más mi enunciación. Es que el hombre, en su íntima naturaleza, es esencialmente *antitético*. *Microcosmos*, mundo abreviado, espíritu y materia, alma y carne, inteligencia y sentido, bien y mal, poder y miseria, vida y muerte, eternidad y tiempo, resume en sí mismo los maravillosos contrastes de la creación universal; y cuando sale de sí para espaciar la ávida mirada en el cielo, en la tierra y los abismos, ansía por descubrir en ellos la imagen y semejanza de su propio ser; y tan luego como las alcanza, queda absorto y sumergido en las profundidades de la contemplación más deliciosa. Vuelve luego en sí, concibe nuevos tipos ideales y con diestra mano imprime en las creaciones de belleza artística el carácter y el sello de su propio ser; el contraste, la antítesis.

Así, Señores, discurría a solas, imaginando hallarme en medio de vosotros; pero como mientras más estudio, más desconfío de mí mismo; por concluyentes que me pareciesen estos argumentos, busqué el apoyo de los grandes maestros y doctores de la Iglesia, y cúpome la satisfacción de observar que me había aproximado al pensamiento de San Agustín y de San Isidoro, Arzobispo de Sevilla. — « El hombre, dice el primero en el libro XI de la *Ciudad de Dios*, expresa sus ideas con palabras, y la infinita Sabiduría háblanos con las cosas que saca de la nada: y así como la *antítesis* hace la belleza de la elocuencia humana, no de otro modo el contraste y oposición de elementos contrarios constituye toda la hermosura del mundo y de los siglos. » *Sicut ista contraria contrariis opposita sermonis pulchritudinem reddunt: ita qua-*

dam non verborum, sed rerum eloquentia, contrariorum oppositione saeculi pulchritudo componitur.— Habla en el mismo sentido San Isidoro en el libro 2º de los « Orígenes », donde, analizando un pasaje verdaderamente hermoso de Cicerón en una de sus catilinarias, compara la antítesis del orador romano con el combate y batallar eterno de todas las criaturas y establece el *contraste* como el constitutivo próximo de la belleza así de la palabra humana como de la creación universal.

Y ¿qué mucho digan esto los hombres, cuando ya lo dijo el mismo Dios en el libro de las revelaciones? Registrad, en efecto, las páginas de Jesús, hijo de Sirac, o sea del Eclesiástico, y hallaréis esta elocuentísima antítesis con que el autor, divinamente inspirado, presenta de golpe a la razón humana todo el *esplendor de los contrastes* del orden natural como del sobrenatural en sus relaciones con el plan de la sabiduría y omnipotencia infinitas.—« Contra el mal, dice, está el bien y contra la muerte la vida; así también contra el hombre justo el pecador; y de este modo todas las obras del Altísimo las veréis pareadas, la una opuesta a la otra. — » *Contra malum bonum est, et contra mortem vita: sic et contra virum justum peccator. Et sic intueri in omnia opera Altissimi. Duo et duo, et unum contra unum.* Aquí tenéis terminantemente establecida por este oráculo divino la ley inflexible de los contrastes cuyo esplendor, repito una y otra vez, constituye toda la belleza del orden universal.

Comparad los males físicos de que el hombre es víctima en la tierra con su condición moral; y veréis cómo de esta antítesis resulta que aquéllos son para el hombre la escuela y la palestra de muchísimas virtudes. En esta escuela aprende la paciencia, la resignación, el desengaño; en ésta su inteligencia se eleva a la contemplación de sus altos destinos y su corazón, desprendiéndose generosamente del suelo, aspira a conquistar una corona que mal puede esmaltarse con los bienes efímeros de la tierra por brillantes y seductores que parezcan. Tan cierto es esto que, ordinariamente hablando, entonces y sólo en-

tonces entra el hombre dentro de sí mismo y se aplica al estudio de su perfección moral, cuando se siente herido por el azote de la calamidad y de la desgracia; mientras que, en la prosperidad y bienandanza, las pasiones triunfan, el entendimiento se oscurece, obstínase el corazón, y el hombre todo no es sino una *ruina moral* donde ni hay *esplendor* que alumbre, ni *contrastos*, signos de la vida. Comparad dentro del orden moral la honestidad y el vicio, y hallaréis que la permisión del pecado embellece el mismo orden moral con el heroísmo de la virtud. No resplandeciera tanto la paciencia de los mártires, si no se destacara contra ellos el furor de los tiranos; ni fuera tan recomendable la constancia del varón justo, si no le oprimiera la ferocidad del malvado.

Veis ya, Señores, cómo triunfa la ley universal de los contrastes cuya fuente y origen es en definitiva la misma Trinidad Adorable. En ella el Padre se opone relativamente y se contrapone al Hijo, y el Espíritu Santo se opone relativamente y contrapone al Padre y al Hijo: pues así como del Padre se deriva toda paternidad en los cielos y en la tierra, conforme a la doctrina del Apóstol a los efesios; así también del Hijo desciende toda filiación y del Espíritu Santo todo amor y procedencia. De donde es consiguiente que así como esa suma, infinita, incomprensible oposición de las Personas de la Trinidad Adorable espira refluyendo y perdiéndose en la suma unidad e identidad de la divina esencia; así, en su manera, el contraste universal de las criaturas resuélvese al fin en la unidad asombrosa y eterna de la concordia y del amor.

II

Establecida la teoría fundamental de este discurso, paso, Señores, a confirmar brevemente la primera proposición. Dos son las maravillas, divinas expresiones o personificaciones de la fe católica: *Cristo* y la *Iglesia*. Pues bien, considerando a Cristo en sus relaciones con

la poesía, sostengo que ÉL es el tipo único, subsistente, infinito de la belleza absoluta.

Para hijos de la fe como vosotros muy sencilla es la demostración de esta verdad. Si Cristo es en sí la belleza absoluta, puesta por la fe al alcance de la razón humana, es inevitable, es forzoso que sea también el tipo mismo de que hablamos: porque, en todo orden de cosas, en todo género y especie el Ser primero es la norma, medida y ejemplar de todas las demás, como nos lo manifiesta una inducción perfecta.

Ahora bien, ¿quién de vosotros pone en duda, que Cristo sea en sí mismo la belleza absoluta? Acaba de decirnos el Sr. D. Quintiliano Sánchez que Cristo es el *principio, medio y fin de todas las cosas*. Perfectamente. Cristo es Verbo del Padre, y como tal es causa ejemplar y causa eficiente de la creación y conservación de todas las criaturas. « Oh Dios hermoso sobre toda hermosura, canta Boecio en el libro de sus *Consideraciones filosóficas*, cuál llevas escondido en la mente el mundo hermoso, y formas cuanto existe ajustándolo al tipo concebido en los esplendores de tu gloria! »

« Tu cuncta supremo

Ducis ab exemplo pulchrum pulchrerimus ipse,

Mundum mente gerens, similique ab imagine
formans! »

Cristo, el Verbo del Padre, es la causa eficiente de todas las cosas: *omnia per ipsum facta sunt*. Y perdóname el nuevo académico: sólo en una cosa no estoy con él, porque me tira más San Juan de la Cruz. Dijo poéticamente el Sr. Sánchez: « la rosa, el clavel, y el jazmín *han dado* sus colores al rostro de Jesús... » Pregunté con el poeta del amor al jazmín, clavel y rosa dónde estaba Jesús y respondieronme:

« Mil gracias derramando

Pasó por estos sotos con presura,

Y yéndolos mirando,

Con solo su figura
Vestidos los dejó de su hermosura. . . »

Sí: Cristo es la pompa de las flores de un día, como es el esplendor de los astros eternos, la intuición profunda del querube y el inextinguible ardor del serafín. Las criaturas reciben y no dan.

Cristo es, en fin, corona de las cosas. Mas si como *principio* es bondad suma, y como *fin* justicia sempiterna, como *medio* es belleza absoluta. Por esto y para esto es Cristo hermoso y lindo sobre toda lindeza y hermosura, para ejercer en el mundo angélico y humano un poder de atracción irresistible. La belleza de Cristo es el arma de su amor en el combate y la corona de triunfo en la victoria. Cristo es el esplendor absoluto de todos los contrastes humanos y divinos en el orden sobrenatural.

Esplendor y contraste en su Persona. Contempladle en el pesebre! Nace a media noche, tiritita de frío, llora. . . Pero brilla en las tinieblas y sus ojuelos despiden furtivamente mil rayos de gloria que van a condensarse en nueva estrella para llamar a su adoración los sabios del Oriente, y en claridad misteriosa que inunda de alegría el pobre corazón de los pastores. Y, ¡oh contraste divino! el gemir del Niño Dios y el cantar de los ángeles!!!

Contempladle en el Tabor! ¡Ah, el Tabor es el paraíso. Allí las personas divinas: el Padre en la voz, el Hijo en la luz, el Espíritu Santo en la nube. Allí la ley, la Profecía, el Evangelio; de la ley Moisés, de los profetas Elías, del Evangelio tres Apóstoles. De los vivos, éstos; de los muertos Moisés, de los inmortales Elías. En gloria el Verbo hecho carne habla con Moisés y Elías de su pasión ignominiosa; y en éxtasis de amor arrebatados hasta el cielo los Apóstoles, envuelven sus rostros en los mantos y abaten hasta el polvo la frente iluminada por las reverberaciones de la divinidad!!!

Contempladle en el Calvario! ¿Qué puede aquí decir la lengua del mortal cuando calla moribundo el Ver-

bo eterno? ¡Ah, Señores, el silencio de la víctima en medio de las vociferaciones y blasfemias de los victimarios es el grito de horror a los deicidas. El cerrar de sus ojos y el exhalar de su postrer aliento es la extinción de la luz en los cielos y las últimas agonías de la tierra envuelta en las tinieblas del infierno. Y la muerte oprobiosa de Dios en esa humanidad desgarrada, si a primera vista parece victoria momentánea de la crueldad del hombre, en realidad es triunfo y triunfo sempiterno del amor divino. De este modo la imagen del dolor más sublime, el Crucifijo, es el tipo de las más atrevidas concepciones del genio, y el centro de atracción universal donde se derrite llorando el corazón vencido de la caridad.

Señores, para no fatigar vuestra atención voy sintetizando a toda prisa, y digo que Cristo, esplendor y contraste en su persona, lo es también en su misión, en su fe y en su doctrina.

¿A qué vino ÉL a la tierra? Vino a perder a muchos y salvar a no pocos:— *Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum*. Ruina de muchos y resurrección de no pocos, he aquí el contraste esplendoroso de la historia del catolicismo y el nudo y desenlace del drama de los siglos.

¿Qué os diré de la fe? Ella cautiva nuestro entendimiento y le eleva a una esfera misteriosa de sombras y de enigmas a donde, sin penetrar la evidencia, ha llevado la certeza su trono. Mas, ¡oh dichoso cautiverio, oh sombras y enigmas refulgentes! En él un razón es libre y a pesar de sus cadenas de oro, bate el vuelo generoso hasta el empíreo: en éstas dilátanse sin fin los horizontes de la ciencia donde difunde rayos apacibles la aurora misma de la eternidad. Creo y soy más sabio que todos los filósofos del paganismo; creo, y soy más libre que todos los demagogos del mundo.

No de otro modo la doctrina de Cristo es una perpetua, luminosa antítesis. Ella nos descubre en el oro un peligro y en la pobreza de espíritu el secreto de la

dicha; ensalza al humilde, abate al soberbio; promete corona de gloria al que es víctima voluntaria o resignada del dolor, y viste con manto de ignominia al que es misero esclavo del placer. Y, cosa por cierto sorprendente, Jesucristo, Sabiduría Encarnada, que vino a la tierra para revelarnos los misterios de Dios en sus relaciones con el mundo moral, no nos habló sino con parábolas, la mayor parte de las cuales redúcense a antítesis igualmente luminosas. ¿Veis en el hogar doméstico toda la ternura y generosidad de un padre amorosísimo luchando con la ingratitud de un joven derrochador y libertino? Es la parábola del Hijo Pródigo. ¿Veis en el palacio espléndido la indolencia y crueldad voluptuosa, vestida de oro y púrpura, cerrando el oído a lastimeros ayes y la mano a la súplica del dolor desnudo, y ulcerado, que yace moribundo en los mármoles del atrio? Es la parábola del Epulón y Lázaro. ¿Oís en el interior del templo el elogio que en jactancioso ruego teje de sí mismo el hipócrita, y la palabra humilde que allá en la puerta murmura el arrepentimiento hiriendo el pecho, sin atreverse a levantar los ojos al cielo? Es la parábola del Fariseo y el Publicano.

Veis ya, Señores, cómo es Cristo el esplendor divino de eternos contrastes en su persona, en su misión, en su fe y en su doctrina. ¡ÉL es la Belleza absoluta y por tanto su tipo subsistente.—*Veni, Domine Jesu*, diré con el Profeta Evangelista de Patmos: ven, Señor Jesús, y embiste mi inteligencia toda con los rayos de tu luz encantadora; ven, Señor Jesús, y deshace mi corazón en las ascuas del tuyo.—*Veni, Domine Jesu!!!*

III

La Iglesia en sus relaciones con la belleza es la fuente fecundísima e inagotable de las más hermosas y sublimes inspiraciones del poeta al través de todos los tiempos y en la prolongación incomprensible de los siglos

eternos. Esta es la segunda proposición que debo demostraros.

Afirmo desde luego que la Iglesia es eterna. Si no contara más que los mil ochocientos ochenta y siete años desde la Encarnación del Verbo Divino, la Iglesia sería muy niña. Pero no: es antiquísima y venerabilísima. Nació en el paraíso antes, mucho antes que todos los imperios y reinos; salvóse sobre las aguas del diluvio en las cumbres del Ararat; resonó majestuosa en la cima iluminada del Sinaí y salió del Cenáculo en lenguas de fuego para enseñorearse del mundo. Ley natural, ley mosaica y ley de gracia no explican sino el progreso lento de la sociedad religiosa, la cual, si verdadera, no puede ser más que una, puesto que fundada en la inmutabilidad misma de Dios y en la identidad de la naturaleza humana. Este solo carácter de antigüedad y perpetuidad de la Iglesia le asegura el derecho al magisterio universal de la verdad, del bien, de la belleza; por la sencilla razón de que no son los niños quienes deben enseñar a los viejos, sino al revés, los viejos a los niños. Dirame acaso el joven; *laudator temporis acti*. Pues, Señores, yo no he de moverme de mi puesto; porque yo venero lo pasado, como lo veneran todos mis semejantes. Observad una cosa: no hay siglo más satisfecho de sí mismo que el siglo XIX; y sin embargo el siglo XIX está rindiendo a la antigüedad una especie de culto. Geólogos, arqueólogos, egiptólogos, asiriólogos, críticos del siglo XIX, ¿qué hacéis para dar nueva gloria a las conquistas de la ciencia? Revolvéis en fatiga incesante los orígenes de las cosas, y los orígenes de las cosas son muy antiguos. Dais, pues, culto a la antigüedad, y os reputáis más sabios cuánto más la conocéis.

¿Y de qué dependerá este amor, respeto y veneración como religiosa de todo lo pasado? Creo que en esto intervienen dos elementos que se apoyan entre sí; fantástico el uno y el otro muy racional. En virtud del primero, acaece que el más remoto pasado proyecta en nuestra imaginación, sobre lo presente, sombras más

extensas y por lo mismo más imponentes; y nosotros, envueltos en ella, fantaseamos del pasado grandes cosas y grandes misterios. En virtud del segundo nos persuadimos, especialmente en el orden humano, de que a proporción que nos remontamos más y más al origen de las cosas, tenemos por fuerza que hallar a Dios. De donde inferimos que lo más antiguo está más cerca de Dios como de su principio; y que lo primero debió ser, a lo menos en su germen, lo más perfecto, como estreno primoroso de la omnipotencia y sabiduría infinitas.

Siendo esto así, ¿qué respeto, acatamiento y amor no nos merece esta institución divina, esa sociedad primitiva del hombre con Dios, en una palabra, la Iglesia considerada tan sólo en su antigüedad veneranda? Nada debe ella a la historia, porque es testigo ocular de los siglos; nada debe ella a la ciencia, porque se mueve en la región espléndida y sublime de la fe, la cual señala con su dedo divino a la razón humana el único derrotero de la verdad. Nada debe, Señores, a la poesía del politeísmo, porque cantó antes que él y mejor que él: cantó en el paraíso, delante del Señor, con inspiración del Verbo eterno, con lengua regalada de Dios y al son de las arpas y liras angélicas. ¡Qué inspiración, qué lengua, qué instrumentos! Señores, acabemos: no hay tal Apolo, ni tales nueve hermanas, ni ese cortejo infame de dioses fingidos, ni esos néctares ni ambrosías voluptuosamente embriagadores. La poesía del politeísmo no es sino una triste rapsodia o una adulteración vergonzosa de la poesía de la Iglesia. El Sr. D. Quintiliano Sánchez, movido del mismo espíritu que anima a los Sres. Honorato Vázquez, Carlos Tobar y Roberto Espinosa, nos lo ha demostrado a maravilla en su discurso; yo se lo agradezco muy de corazón, porque esas lecciones prácticas, confío en Dios, han de dar a nuestra literatura nacional y a esta *católica* Academia Ecuatoriana Correspondiente de la *católica* Real Española, una dirección y carácter exclusivamente *católicos*, como lo es nuestro pueblo.

Mas ya que he formulado de una manera tan cruda mi proposición contra la poesía del politeísmo, permitidme que la corrobore con dos pruebas histórico-científicas.

Mucho se alaba a Homero como al padre de la epopeya, aunque nadie ignora que Platón, en su libro sobre la República, quiere que absolutamente se proscriba de ella a Homero por cuanto, dice el filósofo, falsea las ideas que debe tener el hombre de la divinidad. Está muy bien; pero pregunto: ¿y será Homero el verdadero padre de la poesía épica? Pues no tal. Setecientos años antes de Jesucristo, Assurbanipal, Rey de Nínive, hizo sacar para su biblioteca una copia en escritura cuneiforme de un poeta épico, mil años antes escrito en la antiqüísima ciudad caldea de Erech. Figuran en él, como personaje principal, Izdubar, y como secundarios Heabani, víctima de las iras de una diosa Istaar, y un hombre piadoso, milagrosamente salvado del diluvio, el cual había obtenido de los dioses el privilegio de la inmortalidad, por nombre Hasisadra. Según Beroso, historiador caldeo, citado por Eusebio de Cesarea, el poema era perfecto. Cantábanse en él las hazañas de Izdubar, como las de Aquiles en la Ilíada, y se mezclaban hermosos episodios sobre Heabani y Hasisadra. En nuestros días los asiriólogos europeos han descubierto la tabla de dicha escritura cuneiforme de Assurbanipal, y merced al perseverante esfuerzo y sagacidad portentosa de observaciones y estudios comparativos, han logrado interpretar fidelísimamente la escritura cuneiforme de las tablas halladas, las cuales contienen un episodio hermosísimo del diluvio universal que, salvo pocas ficciones del politeísmo, coinciden perfectamente con el relato genesíaco, como lo demuestra Vigouroux en sus « *Estudios Bíblicos.* » De aquí se desprenden dos consecuencias importantes: — primera, que el original del poema de Izdubar se escribió por lo menos diez y siete siglos antes de Jesucristo, es decir, según la cronología común, en los primeros tiempos después del diluvio; y como la civilización de

los asirios, caldeos, egipcios y babilonios es *harto* anterior a la de los griegos, claro es que éstos recibieron de aquéllos los gérmenes de su literatura, como Homero recibiólos del poeta de Erech, o de algún otro más antiguo todavía. Segunda consecuencia: si se examina el poema de Izdubar, se echa de ver que cuanto en él puso el politeísmo de propia cosecha es falso, absurdo, indigno de Dios y del hombre; y lo que conservó del monoteísmo, de la divina revelación, de las tradiciones primitivas de la Iglesia es lo verdadero, lo bueno, lo hermoso y digno de Dios y de la razón no esclava de las pasiones.

Pero consideremos la poesía en sus relaciones con la Iglesia en los diez y nueve siglos que llevamos de la ley de gracia. Pues digo que las más altas y hermosas concepciones de la poesía cristiana están tomadas del genio e inspiración de los cinco primeros siglos, desde el sencillo género pastoral hasta la epopeya inclusive. En efecto: no ignoráis, Señores, que además de los cuatro Evangelios incluidos en el canon de las Divinas Escrituras, existen muchos otros evangelios apócrifos. Fabricio contaba de ellos cincuenta, si bien Tischendorf halos más tarde reducido a siete; a saber: la Historia de José, el carpintero, el Evangelio de la Infancia, el Proto-Evangelio de Santiago el Menor, el Evangelio de Tomás Israelita, el de la Natividad de María, la Historia del Nacimiento de María y de la Infancia del Salvador y el Evangelio de Nicodemus.

Estos monumentos, aunque en el juicio infalible de la Iglesia son apócrifos, esto es, de autores supuestos y destituidos de todo valor doctrinal; sin embargo, considerados literariamente y en cuanto suponen como base los cuatro evangelios canónicos y muchas tradiciones populares, prueban de un modo incontestable mi proposición. Estos evangelios son la poesía renaciente de la Iglesia; están llenos de bellezas literarias que popularizadas en la Edad Media, dieron origen al romance. ¿Qué cosa, por ejemplo, más tierna y sentimental que aquella elegía del Proto-Evangelio de Santiago el Menor, puesta

en labios de la Santa Madre de María? Son las nueve de la mañana; celébrase en el templo de Jerusalén una fiesta del Señor, a la cual no puede asistir, porque teme que las hijas de Israel se burlen de su esterilidad. Baja, pues, entristecida al jardín, siéntase a la sombra de un laurel y dice al Señor:—«Dios de mis padres, escuchad mi plegaria y bendecidme, como bendijisteis a Sara a quien hicisteis madre...» Levanta los ojos al ramaje y viendo un nido de avecillas, prosigue sollozando:—«Ay Dios, ¿con quién habré de compararme? ¿Por qué nací para oprobio y maldición de las hijas de Israel? Desprécianme ellas, y me ultrajan, y lánzanme del templo del Señor, Dios mío. ¿Con quién habré de compararme? No puedo compararme con las aves del cielo, porque las aves del cielo son fecundas delante de Vos, Señor.—No puedo compararme con los animales de la tierra, porque los animales son fecundos delante de Vos, Señor.—No puedo compararme con los ríos y la mar, porque ni mares, ni ríos son estériles, y sus aguas, ya en calma, ya en tormenta, bullen en plateados peces que a su modo entonan alabanzas al Señor...» ¿No os parece esto muy patético y hermoso?

Escuchad una alegoría de gusto enteramente oriental, tomada del «*Evangelio de la Infancia*.» En su fuga a Egipto, atraviesa la Sagrada Familia el desierto y llega a donde se alza majestuosa una palmera. Siéntase María a su sombra, y quisiera en su cansancio saborear el fruto; mas la elevación del árbol se lo impide. Entonces Jesús manda a la palmera que incline su copa, y el árbol, obediente a la voz, inclínase hasta satisfacer el deseo de los augustos peregrinos. Pernoctan allí, y a la mañana, al emprender la nueva jornada, vuélvese Jesús hacia el árbol benéfico y dícele:—«Quiero que uno de tus ramos sea llevado por los ángeles y plantado en el Paraíso de mi Padre: y en premio de tu obediencia, te bendigo y anuncio que de hoy más a los vencedores en combate se dirá:—«Alcanzaste la palma de la victoria.» Había hablado Jesús, cuando he aquí que baja de los cielos un

ángel, arranca un ramo de la palma, vuela por la mitad de los cielos llevándole en la diestra. Venle los viajeros y caen sobrecogidos de admiración y pasmo. Díceles Jesús: «¿Por qué teméis? Sabed que esta palma que yo hago trasladar al paraíso, será para los santos, en la mansión de las delicias, lo que ha sido para vosotros la palma que dejamos.» Esto es también muy bello e ingenioso.

Podría añadir otros ejemplos que se elevan a la altura de la epopeya; mas ¿para qué cansaros? ¿Habéis leído y admirado el *Paraíso perdido* por Milton, la *Mesíasda* de Klopstock? Pues Klopstock y Milton supieron aprovecharse, en sus más bellos pasajes, del Evangelio apócrifo de Nicodemus, como lo manifiesta el sabio Frepel. Digo, pues, si sólo el *desecho* de la Iglesia, que así podemos llamar a los Evangelios apócrifos, creó un nuevo género de literatura en la Edad Media e inspiró a los épicos de más alto renombre del cristianismo: ¿de qué no habrá sido, es y será capaz la misma Iglesia con su Verbo, con su Esposo Divino que es su propio corazón y cabeza? Siglos que pasasteis, levantaos y deponed en mi favor. Señores, la Iglesia con su Verbo habla todas las lenguas, pulsa todos los instrumentos e inunda en armonías celestiales los ámbitos del mundo. Cuando llora, prorrumpe en elegías que enternecen a sus mismos enemigos; cuando triunfa, entona himnos que regocijan a los mismos vencidos. La Iglesia es la cantora de los siglos, y fuente eterna de inspiración divina, sacia sin hastío nuestra sed de belleza. La Iglesia es la verdadera madre de la poesía verdadera. Sus hijos, dice el libro inspirado, *con su habilidad inventaron conciertos musicales y compusieron los cánticos de las Escrituras... Celebren los pueblos su sabiduría y replante sus alabanzas en las asambleas de su posteridad.*

Jóvenes, antes de concluir, permitid que hoy, a mi vez, os dirija una palabra amiga, como lo hizo poco ha el Sr. D. Roberto Espinosa. ¿Aspiráis a la gloria de las letras?—Reconoced siempre en la Iglesia la fuente fecun-

‘dísima e inagotable de las más bellas y sublimes inspiraciones. Mirad: tres lumbreras brillan hoy con luz muy apacible en la república literaria: Menéndez y Pelayo allá en España, y cerca de nosotros, en Colombia, Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo. Hijos son los tres y legítimos descendientes de la fe: no menean ellos las plumas de oro sino bajo la inspiración y enseñanza de la verdad. La sola «*Historia de los heterodoxos*» prueba mi aserto en favor de ese prodigio de España, de ese abrumador Menéndez y Pelayo, de ese Sol sin Oriente, porque resplandeció desde niño en su cenit. ¿Qué diré de Miguel Antonio Caro, de Rufino José Cuervo? Ah Señores, guardo de ellos en el corazón indeleble, gratísima memoria, porque los conocí personalmente. ¿Sabéis sobre qué pedestal se asienta el obelisco que ha levantado a su indisputable mérito la fama?—Asidua y penosa labor, estudio grave y profundo de lo más útil y dificultoso, ahinco y tesón imperturbables en llevar adelante arduas empresas: he ahí la base de su gloria y el principio fecundo de las obras por todo extremo provechosas con que han enriquecido las letras patrias. Leedlas, y echaréis de ver que sus autores, persuadidos de que nada enerva más el vigor intelectual que una condescendencia exagerada con la imaginación y el sentimiento, se negaron constantes a hacer excursiones ociosas por esos campos desolados de frívolas literaturas, y consagraron toda su juventud a la severa disciplina de los grandes maestros. Desde niños indagaron como sabios la sabiduría de los antiguos y estudiaron los profetas. Recogieron en su corazón las explicaciones de los hombres preclaros, y penetraron asimismo las agudezas de las parábolas. Sacaron el sentido oculto de los proverbios, y se ocuparon en el estudio de las alegorías y de los enigmas. Muy por la mañana dirigieron su corazón al Señor que los crió, y se pusieron en oración en presencia del Altísimo. Por esto llenólos el Señor del espíritu de inteligencia, y derramó sobre ellos, como lluvia, máximas de su sabiduría. Expusieron la doctrina que habían aprendido, y al-

canzaron la gloria que celebrarán muchos, porque su memoria jamás será olvidada...

¡ Ah ! quién me diera, oh jóvenes, poder decir de muchos de vosotros lo que en justicia digo de Pelayo, Caro y Cuervo, tres nombres, tres glorias purísimas de la literatura contemporánea de España y América; Madre e Hija que nunca se estrecharán de veras, sino a la sombra de la Cruz, y cobijadas por el regio manto de la Esposa de Cristo.

A. M. D. G.

SERIE CRONOLOGICA

DE LOS

ESCRITOS DEL R. P. MANUEL JOSE PROAÑO S. J.,

CON REFERENCIAS

A LAS PÁGINAS DE ESTAS NOTAS.

	<u>PÁG.</u>
1. <i>Jesucristo, buen Pastor de las almas</i> . Discurso sagrado. 1855.....	13
2. <i>La Inmaculada Concepción de Ntra. Señora</i> . Panegírico. 1856....	14
3. <i>Ad Sanctum Ignatium</i> - Ode. Poesía latina. 1856.....	18
4. <i>Beatus Petrus Claverius</i> - Ode. Poesía latina. 1856.....	18
5. <i>Definito Dogmate de Immaculate Virginis Conceptu</i> - Ode. Poesía latina. 1856.....	18
6. <i>Ad Urbem Quitum</i> . Elegía latina. 1856.....	18
7. <i>Plática en la Asunción de María</i> . 1859....	25
8. <i>Ante la tumba del Bto. Pedro Claver</i> . Poesía castellana. 1860	27
9. <i>Hortatio ad Societatem Jesu</i> . Poesía latina. 1860.....	19
10. <i>María, esperanza de la Patria y de la Iglesia</i> . (Súplica a la Sma. Virgen). 1862.....	27
11. <i>Impletæ Visionis Narratio</i> . Oda latina. 1863.	19
12. <i>Beati Joannis Britli</i> . Oda latina. 1863.....	19
13. <i>In Societatem Jesu</i> . Oda latina. 1863.....	21
14. <i>In pulchram Pueri Jesu imaginem</i> . 1863.....	19
15. <i>Sermón sobre la Misericordia de María</i> . 1864.	40
16. <i>La Oración de N. Señor en el Huerto</i> . 1864..	40
17. <i>La Inmaculada Concepción de María</i> . 1865...	40

18.	<i>Sobre la Santísima Trinidad.</i> (Sermón) 1865.	41
19.	<i>Discurso</i> al fin del año escolar de 1866.....	43
20.	Panegírico de S. Ignacio de Loyola. 1866....	43
21.	<i>Oración fúnebre</i> del Gral. Juan José Flores. 1866.....	44
22.	Panegírico de Sta. Teresa de Jesús. 1866....	42
23.	Sermón moral sobre <i>el infierno</i> . 1866.....	42
24.	Sermón moral sobre <i>la gloria</i> . 1866.....	42
25.	Sobre la <i>correspondencia a la gracia</i> . 1866....	42
26.	Exhortación sobre la gracia actual. 1867....	43
27.	A García Moreno (<i>Poesía</i>) 1868. (<i>En borradores</i>)	
28.	Sermón sobre el <i>Dulce Nombre</i> (Riobamba, 1871).....	51
29.	Sermón sobre las <i>Siete Palabras de Cristo</i> en la Cruz (Quito-1871).....	44
30.	<i>Cristo y Pío IX</i> (Poesía). 1871.....	51
31.	<i>La Protesta</i> de García Moreno. 1871.....	51
32.	<i>Pío IX a la República del Ecuador</i> . 1871....	52
33.	Sermón sobre la <i>muerte</i> . 1871.....	52
34.	Al P. Luciano Navarro, en su <i>cumpleaños</i> . 1872.....	52
35.	<i>Conferencia</i> acerca de la Fe. 1872.....	55
36.	Sermón de <i>acción de gracias</i> . 1872.....	52
37.	Sermón en la <i>Octava del Corpus</i> . 1872.....	53
38.	<i>Parénesis</i> en la colocación de la primera pie- dra del templo de San Alfonso. 1873.....	94
39.	A María en su Anunciación. <i>Himno</i> . 1873...	55
40.	<i>Panegírico</i> de la Bta. Mariana de Jesús. 1873	54
41.	<i>Novena</i> al divino Corazón de Jesucristo....	55
42.	<i>Panegírico</i> de Sta. Teresa de Jesús. 1874....	63
43.	<i>Panegírico</i> del B. Pedro Fabro. 1874.....	57
44.	<i>Discurso</i> inaugural del año escolar de 1874- 1875	60
45.	<i>Panegírico</i> de la Inmaculada. 1874..	63
46.	La Paz y el Progreso. <i>Poesía</i> . 1874....	64
47.	<i>Una palabra</i> a todos los hijos del Ecuador. 1875.....	65
48.	<i>Discurso</i> sobre Pío IX. 1877	70
49.	<i>Nuevo Duelo</i> de la Iglesia del Ecuador. 1877.	72
50.	<i>Oración fúnebre</i> de Pío IX. 1878.....	73
51.	A María. Soneto. 1879.....	74
52.	<i>Carta</i> a los Jóvenes. 1879.....	74

53.	<i>Discurso sobre la Encíclica AETERNI PATRIS de León XIII. 1880</i>	77
54.	<i>Sermón en la bendición del templo de San Alfonso. 1880</i>	78
55.	<i>Panegrico de Santa Teresa. 1880</i>	81
56.	<i>Panegrico de la Bta. Mariana. 1881</i>	82
57.	<i>¡Ocho años después! 1883</i>	83
58.	<i>Sermón en el 10 de Agosto de 1884</i>	84
59.	<i>Al halo del 17 de Agosto de 1884</i>	84
60.	<i>Carta Pastoral colectiva. 1885</i>	87
61.	<i>Oración fúnebre de García Moreno. 1885</i>	108
62.	<i>La Consagración del Ecuador. Serie de siete artículos. 1885 y 1886</i>	94
63.	<i>El Congreso Eucarístico del Ecuador. 1886</i> ..	95
64.	<i>Discurso en favor de la Basílica Nacional. 1886</i>	105
65.	<i>Dos Importantes Documentos. 1886</i>	106
66.	<i>Deberes de los católicos ecuatorianos. 1886</i> ..	106
67.	<i>El Tungurahua y la Fe del Ecuador. 1886</i> ..	107
68.	<i>La Idolatría de la palabra. 1886</i>	112
69.	<i>Cristo, la Iglesia y la Poesía. 1887</i>	113
70.	<i>Catecismo Filosófico. 1887 y 1888</i>	115
71.	<i>Panegrico de la Beata Mariana. 1887</i>	118
72.	<i>León XIII y el 31 de Diciembre de 1887</i>	119
73.	<i>Discurso en el centenario de Sta. Margarita. 1890</i>	121
74.	<i>¿Se hará la Basílica? 1890</i>	120
75.	<i>Lecturas populares. 1891</i>	121
76.	<i>Observaciones al Diccionario de la Lengua. 1891</i>	114
77.	<i>Poesías de D. Joaquín Velasco y Cobo. 1891</i> ..	115
78.	<i>A la República Soneto. 1891</i>	122
79.	<i>Discurso de acción de gracias. 1891</i>	122
80.	<i>El tercer Centenario de S. Luis Gonzaga. 1891</i>	122
81.	<i>Las dos Azucenas 1891</i>	122
82.	<i>Sermón predicado en Madrid. 1892</i>	127
83.	<i>Mensaje al Congreso de Sevilla. 1892</i>	127
84.	<i>Curso de Filosofía Escolástica. 1892 y 1893</i> ..	124
85.	<i>La Consagración del Ecuador al Corazón de María. 1893</i>	130
86.	<i>Oración fúnebre del Mariscal Sucre. 1895</i>	130
87.	<i>Traducción del Carmen Saculare. 1897</i>	132
88.	<i>Sermón del Rosario. 1899</i>	136

89.	Razón y Fe. <i>Soneto</i> . 1900.....	134
90.	<i>Una Corona</i>	141
91.	Traducción de la oda <i>Cultrix bonarum</i> . 1900.	134
92.	Traducción de <i>La Pentecoste</i> . 1901.....	134
93.	Allegoría. Poesía latina. 1901.	148
94.	<i>Dominus dedit, Dominus abstulit</i> . <i>Soneto</i> . 1901	134
95.	Discurso en un <i>certamen</i> . 1902.....	138
96.	Oración fúnebre del P. Robalino. 1902.....	150
97.	Panegírico de S. Juan B. de la Salle. 1903...	137
98.	<i>Soneto</i> en la muerte de León XIII. 1903....	134
99.	<i>Discurso</i> en la elección de Pío X. 1903.....	138
100.	En una profesión religiosa. <i>Sermón</i> 1903....	139
101.	Panegírico de la Bta. Mariánfa, 1903.....	139
102.	<i>Discurso</i> al inaugurarse la Capilla del Corazón de María. 1904	143
103.	Himno a la Inmaculada. 1904.....	134
104.	<i>Discurso improvisado</i> . 1906.....	154
105.	Himno patriótico. 1906.....	134
106.	Ageo y nuestro Voto Nacional. 1906-1909...	144
107.	El Doctor de los invisibles. 1907.....	145
108.	Sermón de la Virgen de la Escalera. 1907...	150
109.	Año Jubilar de Pío X. 1908.....	147
110.	Novena a la Dolorosa del Colegio. 1908.....	147
111.	<i>Himno popular</i> al Sdo. Corazón. 1908.....	134
112.	Los últimos días del Gral. Veintemilla. 1908.	152
113.	<i>Soneto</i> en honor de Pío X. 1908.....	134
114.	Il Cinque Maggio. 1909.....	134
115.	A la Providencia. <i>Soneto</i> . 1909	134
116.	Ageo y la Independencia del Ecuador. 1909..	145
117.	Lo que nos hace falta. 1909.....	150
118.	Discurso en la <i>Consagración</i> de la Capilla del Corazón de María. 1909.....	144
119.	Oración fúnebre del P. Rúa. 1910.....	151
120.	Carta al Director de « <i>El Grito del Pueblo</i> » 1910	153
121.	Carta gratulatoria a Luis Cordero. 1910.....	152
122.	Discurso de contestación a los Señores Con- gregantes de la Inmaculada. 1911	154
123.	<i>Carta</i> a D. Emilio Terán. 1911	152
124.	<i>Sermón</i> en el templo de Sta. Catalina. 1911...	151
125.	En la muerte del Dr. D. Luis Cordero. 1912.	142
126.	Necrología del Excmo. Sr. Pozo. 1912.....	142
127.	Sermón en el templo de San Roque. 1912....	151

	<u>Pág.</u>
128. A la memoria del poeta D. Belisario Peña. 1913.....	142
129. En la <i>Consagración</i> de la Rotonda de Riobamba. 1914.....	159
130. <i>Oración fúnebre</i> del Dr. D. José Modesto Espinosa. 1916.....	159

En la conmemoración del Centenario

Discurso sagrado del R. P. Ramón Gabilanes.....	168
Discurso del Sr. Dr. Julio Tobar Donoso.....	189
Discurso del Sr. Dr. Remigio Crespo Toral.....	197
<i>Evocación</i> . Poesía del Sr. Dr. Miguel Cordero Dávila	201
Discurso del Sr. Dr. Lucindo Almeida Valencia...	203

INDICE DEL APENDICE

I. <i>Exordio</i> de un discurso.....	I
II. Ad Sanctum Ignatium - <i>Ode</i>	III
III. Al P. Manuel José Proaño S. J. <i>Poesía</i> del Sr. Dr. D. Miguel Antonio Caro.	V
IV. Súplica a la Sma. Virgen. <i>Poesía</i>	VII
V. <i>Exposición</i> oratoria de un pasaje del Evangelio.....	IX
VI. Modelo de <i>exordio</i>	XXVI
VII. La <i>Protesta</i> de García Moreno.....	XXIX
Pío IX a la República del Ecuador...	XXXI
VIII. Ejemplo notable de <i>narración ilustrada</i>	XXXIII
IX. Discurso de apertura del <i>año escolar</i> de 1874-1875.....	XXXIV
X. <i>Nuevo duelo</i> de la Iglesia en el Ecuador ..	L
XI. Modelo de <i>argumentación oratoria</i> ...	LVI
XII. Modelo de <i>amplificación oratoria</i>	LXIV
XIII. ¡Ocho años después! <i>Necrología</i> de García Moreno.....	LXX
XIV. <i>Etopeya</i> del pueblo ecuatoriano.....	LXXXII
<i>Hipótesis</i> de Jesucristo.....	LXXXIV
XV. Pasaje del « <i>Catecismo Filosófico</i> ».....	LXXXV
XVI. Modelo de <i>peroración</i> de un discurso..	XCII
XVII. Versión castellana de la Oda <i>Cultrix bonarum</i> de León XIII.....	XCV

	<u>Pág.</u>
XVIII. Modelo de <i>narración oratoria</i>	xcvii
XIX. Hipótesis de la <i>fuera psíquica</i>	xcix
XX. <i>Cor Jesu Dulcissimum</i> . Poesía latina con la versión castellana.....	cii
XXI. <i>Cristo, la Iglesia y la Poesía</i> . Discurso académico.....	cvi

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

FECHA DE DEVOLUCION

012 1452-188
H542 Heredia, José Félix, PADRE
Notas Bio-bibliográficas
acerca del R. P. Manuel.....

[illegible]

012 1452-188
H542 Heredia, José Félix, PADRE
Notas Bio-bibliográficas
acerca del R. P. Manuel...

